

ABUELAS, MADRES Y NIETAS

Escolaridad y participación ciudadana 1930-1990

Luz Marina Ibarra Uribe



editorial
fontamara

Universidad Autónoma
del Estado de Morelos

ABUELAS, MADRES Y NIETAS

Escolaridad y participación ciudadana 1930-1990

Luz Marina Ibarra Uribe

*A: Matías y Socorro
Carlos Alberto y
Martha Cecilia*

*A: César Darío
Enah Montserrat y
César Enrique*

A: César Santiago

Mi pasado, presente y futuro

AGRADECIMIENTO

Quiero patentizar mi agradecimiento y afectuoso reconocimiento al doctor Medardo Tapia Uribe, por su impulso, enseñanzas y por los espacios y oportunidades de formación y desarrollo que me ha dispensado en los últimos 20 años, así como por haber distraído su tiempo en la dictaminación de este libro. Gracias a la doctora Gabriela Mendizábal Bermúdez por sus observaciones y sugerencias contenidas en el dictamen que elaboró para lograr la aprobación de la publicación de este texto.

A la doctora Ana Esther Escalante, “mi compañera de vuelo” en tantas actividades académicas en las que hemos participado y que definitivamente han incidido y marcado mi formación. ¡Gracias Jefa!

Gracias a Socorro Uribe Correa, por su paciente y pesado trabajo de transcribir horas y horas de entrevistas; aquí está el fruto de su callada labor, abuela. A Enah Montserrat, por tu solidaria y aguda lectura que permitió corregir el manuscrito, pero sobre todo por sentirte tan cerca de este esfuerzo individual que sin duda, terminó siendo colectivo y familiar.

Especialmente gracias a César Darío por alentarme, apoyarme y dedicarle tantas horas a este anhelo y esfuerzo.

PRÓLOGO

Es un verdadero privilegio prologar el libro de la doctora Luz Marina Ibarra Uribe, por cierto sin ningún parentesco conmigo, no obstante la coincidencia en nuestro apellido materno. La raíz del apellido de la doctora Ibarra se encuentra en Colombia, la del mío en Buena Vista de Cuéllar, Guerrero, México. Tengo el gusto de conocer a la doctora Ibarra desde hace mucho, cerca de 20 años, y desde entonces hemos realizado investigación. Por ello tuve la fortuna de conocer este trabajo desde que se inició. Admiro el trabajo de la doctora Ibarra, particularmente su forma de escribir, cultivada durante muchos años en su proceso de formación como antropóloga, historiadora y educadora. Estoy seguro que los lectores y lectoras que tienen en sus manos este volumen, además de conocer cómo la asistencia a la escuela cambia la vida de las mujeres, disfrutarán de su lectura.

Este libro (*Abuelas, madres y nietas*) es una historia de tres generaciones de mujeres de la zona oriente de Morelos (Atlatlahucan y Cuautla) que describe histórica y cotidianamente cómo se fue construyendo su participación ciudadana, en la que influyó particularmente la posibilidad que tuvieron de asistir a la escuela. En efecto, el impacto que tuvo la escuela en la vida de las mujeres va más allá del aspecto cognoscitivo o de los objetivos que se proponen formalmente los programas educativos, incluido el logro educativo. El impacto de la escuela en la vida de las mujeres de Morelos y de México como ciudadanas de esa época (1930-1990) se ha estudiado muy poco, especialmente cuando la formación cívica que se ofrecía en las genera-

ciones de mujeres que se analiza aquí era muy distinta de lo que se ofrece ahora en los ciclos de primaria y secundaria.

En esta historia se observa cómo se reproduce la historia de la mujer, así como las transiciones y las rupturas en el significado del ser mujer y ciudadana en el marco de las transformaciones históricas de Morelos y del país entre 1930 y 1990, una de ellas el derecho al voto para las mujeres conseguido en 1953.

La transformación histórica de Morelos fue distinta a la del resto del país, pues fue tardía, aunque más intensa. Inició hasta que Morelos se reincorporó al orden constitucional en 1930. En esta transformación social de la entidad se concedió un papel importante a la escuela y a la mujer vinculada a ella. Sin embargo, el gobierno no vio a las mujeres desempeñando un papel protagónico como ciudadanas, más bien, hizo eco de la idea prevaleciente en la sociedad mexicana y en sus familias: la mujer tendría que dedicarse al cuidado de sus hijos. En contraste, más de una mujer vio la posibilidad de cambiar su vida a través de la escuela, empezando por su lugar en la familia y en su hogar. La asistencia a la escuela tuvo un efecto doble en la vida de las mujeres, como se ilustra en este libro, pues transformó su vida familiar y ciudadana. Esto ha ocurrido a tal grado que, como se narra de manera excepcional y ejemplar, una de las mujeres de esta historia se convirtió en parte del selecto grupo de mujeres que gobiernan al ser electa presidenta municipal.

Sin embargo, esta participación ciudadana que se va materializando hasta convertirse en representante no ha sido única; desde la década de los cincuenta en Morelos, varias morelenses llegaron a ser representantes de sus comunidades, como presidentas municipales, regidoras, magistradas, diputadas locales y síndicos, sin dejar de ser madres y esposas. Es decir, ejercieron su derecho social ciudadano rompiendo con un papel tradicional dominante, principalmente aquel que se le asigna en la familia.

Frente a la fuerza formadora y socializadora generacional de la familia fue surgiendo el impulso formativo de la escuela hasta desafiar y transformar las creencias y los valores más acendrados, cultivados por generaciones, como aquel tradicional sobre el papel de sumisión que la mujer tiene en la familia y la sociedad; muchas veces representado como un drama frente al autoritarismo frecuente del padre.

La formación y transformación de las mujeres en ciudadanas que ejercen sus derechos sociales y políticos implica cambios de diverso orden, algunos de ellos inscritos sutil, pero poderosamente, en la cotidianidad familiar, otros en la de la escuela que se extiende a la cotidianidad de una comunidad y una región. Los valores, las creencias y las costumbres no cambian porque las leyes se establezcan como derechos a escala nacional. Luis Villoro sostiene que es una falsa dicotomía aquella que se establece entre una cultura universal y una cultura local, que lo que existe y se requiere es un diálogo entre ambas. Los valores con pretensiones universales, como los derechos de las mujeres como ciudadanas, son puestos a prueba por las personas en su cotidianidad y la escuela contribuye a ese diálogo entre ese derecho y los valores heredados familiar, generacional y localmente. Si bien da la impresión que muchos de los cambios son una simple consecuencia de las transformaciones económicas del país, lo cierto es que se hace necesario un análisis local y regional porque la identidad por hacerse, como lo señala la autora, parte de una comunidad local y no sólo de un territorio nacional.

Guillermo de la Peña incluye a Atlatlahucan como parte de los municipios de los Altos de Morelos, junto con Totolapan, Tlayacapan y Tlalnepantla (extrañamente, por cierto, no vemos en este conjunto de los municipios de los Altos de Morelos a Tetela del Volcán, Ocuituco y Zacualpan). Ésta es una de las razones por las que la autora propone hacer una regionalización sociocultural y educativa de Morelos y ofrece dos regiones para la entidad, la región oriente y la región poniente. La región poniente estaría integrada por Cuernavaca, Emiliano Zapata, Huitzilac, Jiutepec, Temixco, Tepoztlán, Miaatlán, Xochitepec, Coatlán del Río, Tlaltizapán, Tetecala, Mazatepec, Puente de Ixtla, Zacatepec, Jojutla y Tlaquiltenango. La región oriente la integrarían Atlatlahucan, Axochiapan, Ayala, Cuautla, Jantetelco, Jonacatepec, Ocuituco, Tepalcingo, Temoac, Tetela del Volcán, Tlayacapan, Tlalnepantla, Totolapan, Yautepec, Yecapixtla y Zacualpan.

Los cambios que vivieron estas regiones y el estado de Morelos después de la Revolución fueron intensos por el papel protagónico de sus habitantes en este movimiento, pero también porque habiendo sido escenario de la Revolución, Morelos se incorporó al orden constitucional hasta 1930. Esto dio como resultado, décadas después, un tardío proceso de industrialización, con excepción de los ingenios y la

industria azucarera que se remonta a la llegada de los españoles y que perduró hasta la creación de la Ciudad Industrial del Valle de Cuernavaca. Todos estos procesos tuvieron un impacto en la vida de las mujeres. Sin embargo, Cuautla y Atlatlahucan, municipios donde viven las abuelas, madres y nietas de este libro, tienen además una historia reciente distinta. Cuautla se fue convirtiendo en núcleo comercial de la región y “un punto de intersección” entre Acapulco, Puebla, Oaxaca y Veracruz, por una parte, y por la otra, la Ciudad de México, marcado por la estación del tren; también era un centro turístico, especialmente por las “aguas curativas de Agua Hedionda”, consideradas así por su alta concentración de azufre, además de su clima y su vegetación, inscrito en uno de los significados de su nombre náhuatl, como lo narra la autora.

El libro nos cuenta la historia oral de Cuautla y el crecimiento demográfico exponencial que experimentó entre 1980 y 1990 a una tasa anual de 16.4%, cuando creció de 24 mil habitantes a 110 mil. Para el año 2010, la ciudad contaba ya con 175 207 habitantes. Para ese año y con todos estos cambios, Cuautla se transformó, pero nunca tomó el camino de la industrialización, sino extendió su actividad como centro comercial y metropolitano. El principal complejo industrial, referido como Parque Industrial de Cuautla, se localiza en el municipio vecino de Ayala, aunque ya ha pasado a constituir parte de la zona metropolitana del municipio de Cuautla.

En este contexto, la vida de las mujeres con la presencia de la escuela se ampliaba hacia horizontes distintos, no sólo ciudadanos, sino para ejercer otros derechos sociales, como el de trabajo. Sin embargo, tenían que enfrentar la visión conservadora de la familia, incluso para formarse en una de las dos profesiones con las que típicamente muchas niñas “soñaban”: ser maestra o enfermera (y aún “sueñan” en las regiones más pobres y rurales de este país, como lo encontramos en una investigación que hicimos entre niñas indígenas de cuatro entidades del país).

Atlatlahucan, el otro escenario local de las mujeres protagonistas de esta historia generacional, fue reconocido como municipio en 1932. Al final de esa década de 1930, Atlatlahucan tenía 2 139 habitantes, y entre 2000 y 2010 creció al pasar de 14 708 habitantes a 18 895. En una comunidad pequeña como Atlatlahucan, el espacio educativo formal y la vida de las mujeres puede verdaderamente

transformarse con la presencia de la escuela, como sucedió a través de las misiones culturales. En efecto, la escuela transformó la comunidad mediante la enseñanza a hombres y mujeres de habilidades complementarias para inyectar, curar marranos, corte y carpintería, entre otras. Estas transformaciones de Atlatlahucan, sin embargo, sólo le permitieron consolidar su actividad agropecuaria y vender una buena porción de tierras a fraccionadores, para la construcción de fraccionamientos de lujo y casas de fin de semana. No obstante, la escuela permitió a algunos de sus habitantes iniciar una futura formación profesional y para algunas mujeres estudiar y desempeñarse como maestras. A otras, además les permitió convertirse en líderes con presencia y suficiente fuerza para dirimir conflictos de la comunidad, tomar la iniciativa para trabajar y complementar el ingreso de sus familias; a otras más les permitió migrar cotidianamente a ciudades metropolitanas, como Cuautla u otras más lejanas.

La presencia de la escuela fue quizás mayor a la que experimentó la actividad económica del municipio. Para finales de la década de 1990 tenía varias escuelas de nivel preescolar, de primaria, una telesecundaria y un bachillerato, sin menoscabo de que varios jóvenes se desplazaran para estudiar en la vecina Cuautla o hasta Cuernavaca y la Ciudad de México.

La autora argumenta con precisión que se ha documentado el acceso y el egreso escolar de las mujeres; pero poco se ha estudiado cuál es el impacto de la escuela en la vida de las egresadas. Por ello, para la autora, una de las preguntas centrales de la investigación fue: ¿cómo se han transformado las identidades y valores de la mujer abuela, madre y nieta después de la experiencia que significó asistir a la escuela en el marco de las transformaciones sociales y políticas del estado y del país? En este aspecto, diversos secretarios de Educación asumieron que la escuela contribuiría a la democratización, permitiría relaciones de género más equitativas y hasta daría educación profesional a las mujeres, aunque en la práctica esto significara principalmente ser maestras. Esto redundó en la apertura de algunas escuelas para maestras, como las normales de Oaxtepec y Palmira, que estaban diseñadas como internados para recibir a las hijas de campesinos y otras mujeres de escasos recursos económicos. Una herencia viva de esto fue la apertura de la Escuela Normal Rural para señoritas Emiliano Zapata en la comunidad de Amilcingo, Morelos. La apertura de estas

escuelas requirió que se abrieran diversas escuelas primarias y secundarias, lo cual, nos narra la autora, dio como resultado que entre 1970 y 1983 se inscribieran niñas y niños en la misma proporción. Dinámica que se mantuvo hasta la década de 1990, aunque las opciones de educación superior se restringían a Cuernavaca, Cuautla y Zacatepec.

Todo este movimiento educativo nacional y estatal cambió las perspectivas de participación ciudadana de toda la población, pero en particular de las mujeres. Ésta no es una cuestión menor. La mayoría de los especialistas en el estudio de la transición democrática en México le asignan un peso muy importante a la movilización y participación ciudadana en el inicio de esta transición, así como en su avance y consecución (y todavía inalcanzada hasta ahora según ellos mismos).

Dentro de esta exigencia y movilización es muy importante la participación de las mujeres, aunque enfrentan los mismos problemas que sus contrapartes masculinos. La autora, sin embargo, nos da cuenta de cómo han participado las mujeres históricamente y cómo esto llegó a tener un carácter excepcional. En efecto, tan excepcional era la formación escolar para las mujeres que, en la primera década del siglo XX, el propio Porfirio Díaz asistió al examen profesional de una doctora en medicina. En otro hecho excepcional, una década después, y aun cuando se siguiera asignando a la mujer un papel tradicional dentro de un comité de padres de familia, una madre de familia quedó como “representante de los niños nominada por las madres de familia de la localidad” (Ley de Educación Pública del estado de Morelos, 1931: 7).

El reconocimiento del derecho a votar de las mujeres fue un hito en su participación ciudadana, se señalaba que “debía de ejercerse sin que las mujeres alteraran su lugar en la familia como esposas, madres e hijas”. Otro hito paralelo fue la mayor escolaridad de las nuevas generaciones de mujeres de Cuautla, pues fue semilla de diversos cambios en sus vidas, en sus familias, en su comunidad y en la transformación de su identidad. La asistencia a la escuela influiría para que las mujeres construyeran su identidad de género, transformando cotidiana y radicalmente sus relaciones familiares y sus valores.

La comparación generacional que realiza la investigación de la doctora Ibarra nos muestra que las nietas tendrían muchas mayores posibilidades de cambio que sus abuelas, pues la autora encontró que completaron sus estudios de secundaria. Las nietas vivieron un perio-

do, entre 1970 y 1980, en el cual la matrícula de secundaria creció hasta 1.5 veces. Este hecho no significa que las abuelas no hubieran valorado asistir a la escuela; frecuentemente se los impidieron razones económicas o porque algún miembro de su familia se opuso. En cualquier caso, las mujeres revaloraron y transformaron de manera muy importante su papel dentro de la familia y esto significó un cambio fundamental en su vida. Para algunas mujeres la expectativa en su vida ya no sería simplemente casarse y tener hijos, y aun cuando se casaran también harían cambios radicales familiares. La oferta educativa generalizada de secundaria devino, entonces, en el umbral al que aspiraban madres y nietas.

Además de la probable posposición del matrimonio, varias relaciones familiares cambiaron. Uno de estos cambios fue buscar mayor autonomía de la suegra, hasta el punto de vivir por separado y constituir su propia familia nuclear. Varias de las mujeres se incorporaron al mercado de trabajo, que de ninguna forma implicó renunciar a la maternidad ni tampoco a la crianza de sus hijos, aunque sí cambiar sobre la forma de criarlos. Esto ha influido para que aun quienes trabajan fuera del hogar no renuncien a varias de las responsabilidades en esa esfera, en especial la procreación y la crianza de sus hijos y diversos tipos de apoyo, especialmente aquel relacionado con la escuela de sus hijos. Siendo que las mujeres no renunciaron a estas responsabilidades, ello significó, como nos narra la autora, el incremento de trabajo.

Los cambios en los valores después de una mayor escolaridad de las nuevas generaciones de mujeres no fue tan visible como lo esperábamos. Se siguió inculcando mucho el respeto a los mayores, como había sido tradicional en generaciones anteriores. Sin embargo, con la asistencia a la escuela, ahora se presentaba en el hogar la búsqueda de mayores consensos para la toma de decisiones familiares, en lugar de las tradicionales decisiones verticales, sin considerar la opinión de los implicados. Con la presencia de la escuela, incluso se llegó a aceptar que las mujeres tuvieran hijos fuera de matrimonio, como madres solteras. La solidaridad vecinal, en contra de lo esperado por la autora, no es una situación tan simple, aunque definitivamente entre la generación de las abuelas había la disposición a conocerse y ayudarse más entre los vecinos.

La toma de decisiones familiares más consensuadas entre las nuevas generaciones de mujeres parece ser resultado, señala la autora con

los resultados de su investigación, de una resolución más pacífica de conflictos, de una mayor democracia y autonomía. Esta última se pudo observar en el tener ideas diferentes sobre con quién vivir una vez casadas; la democracia se pudo observar en la búsqueda de compartir más equitativamente las responsabilidades familiares con el cónyuge y la igualdad de género, especialmente entre la generación de las nietas. Esta búsqueda de igualdad no necesariamente se observó en la distribución de los puestos directivos en las escuelas para las maestras.

La participación ciudadana fue evidentemente mayor entre las nuevas generaciones de mujeres, tanto en la escuela de sus hijos como en la colonia donde viven y para asistir a votar. Las nietas con secundaria completa, según los resultados de la investigación, tienden más a ocupar cargos en la sociedad de padres de familia de las escuelas, en comparación con las mujeres que tienen sólo primaria o carecen de escolaridad. La participación de las mujeres con mayor escolaridad se observó en su mayor asistencia a juntas vecinales para resolver problemas de acceso a servicios básicos o incluso para la apertura de alguna escuela, en comparación con sus contrapartes con menor escolaridad.

Las mujeres de Atlatlahucan, por su parte, independientemente del nivel de escolaridad alcanzado, consideran que haber asistido a la escuela les permitió cuidar y educar mejor a sus hijos, ser más autónomas y disfrutar mejores condiciones económicas en comparación con sus padres. Además, las mujeres con más años de escolaridad expresaron tener mayores aspiraciones educativas para sus hijos, de forma que alcancen otros niveles educativos; también expresaron que su intervención en el hogar puede ser determinante en la decisión que tomen sus hijos.

Al igual que las mujeres de Cuautla, las nuevas generaciones de mujeres de Atlatlahucan con mayor escolaridad posponen su matrimonio. Así, quienes tienen secundaria tienden a contraer matrimonio después de los 23 años de edad. Las nuevas generaciones de mujeres con mayor escolaridad también están más dispuestas a emigrar de Atlatlahucan, dejar a su familia extensa y buscar nuevas oportunidades laborales y educativas. Sin embargo, la autora nos previene que en contraste con las nuevas generaciones de mujeres de Cuautla con mayor escolaridad, la mayoría de las mujeres de Atlatlahucan en esa situación van a vivir a casa de parientes del esposo, en lugar de vivir como una familia nuclear, aunque tendieron a separarse de dichos parientes

cuando nacieron sus hijos o consiguieron trabajo. También compartieron mayores responsabilidades de atención y educación de los hijos con su cónyuge, sin embargo, siguen cocinando, barriendo, lavando platos y “yendo diario al mandado”, lavando y planchando ropa.

Hemos observado la enorme influencia de la escuela en la transformación de las relaciones familiares de algunas mujeres de Cuautla y de Atlatlahucan. La autora de este libro nos señala que las mujeres con más años de escolaridad tuvieron mayor posibilidad de tener ideas diferentes, participar en la toma de decisiones y de ser más autónomas; incluso vivir con su pareja sin estar casados. La solidaridad vecinal de las nuevas generaciones de mujeres más escolarizadas se mantuvo como valor, incluso para vencer las divisiones religiosas/políticas en la historia del pueblo.

Tanto en Cuautla como en Atlatlahucan, nos señala la autora, “las mujeres de las tres generaciones reconocen que en la escuela fueron formadas en los valores de solidaridad, democracia y resolución pacífica de conflictos”, siendo más claro esto en la generación de las nietas. Las nuevas generaciones de mujeres de Atlatlahucan con mayor escolaridad, al igual que las de Cuautla, intervienen más en la escuela de sus hijos. No obstante, hay una diferencia singular, pues las mujeres de Atlatlahucan asisten más a la iglesia, lo mismo que a las elecciones municipales, estatales y federales. También nos demuestra la autora cómo aprendieron las mujeres en la escuela el valor de la igualdad de género, tal y como lo plantaron los programas educativos desde hace varias décadas.

En suma, las nuevas generaciones de mujeres con mayores años de escolaridad, particularmente aquellas que accedieron al nivel de secundaria, han modificado sus relaciones familiares. Así, la impresión es que la escuela puede ser la responsable de este cambio al haberlas formado en valores distintos a los recibidos en su casa, lo cual requirió que aprendieran, como nos lo presenta la autora, “a negociar, argumentar y cuestionar varios de sus rasgos identitarios tradicionales y se atrevieron a ser diferentes”. Sin embargo, no renunciaron al matrimonio ni a la crianza de sus hijos; ser amas de casa, pero organizándose de manera distinta, alternando su papel de madre y esposa con el ejercicio de sus derechos de participación ciudadana.

Estos cambios los ejemplifican la vida de dos mujeres. En efecto, una llegó a ser presidenta municipal y la otra regidora con una inten-

sa vida política y otros cargos. Ambas experiencias fueron dramáticas por los obstáculos que tuvieron que superar, algunas veces en su familia, otras en la comunidad. La hermana mayor de la mujer que llegaría a ser presidenta municipal fue la primera que “salió a estudiar para maestra” y regresó a su comunidad para ejercer su profesión, fue “muy criticada, ‘la gente decía que se había ido de loca quién sabe a dónde’”.

Este volumen también nos permite observar con profundidad y de manera dramática cómo la escuela se convirtió en una herramienta para enfrentar el autoritarismo tradicional del padre, aun cuando fuera maestro y hasta director de una escuela (hecho que se debió quizás a que simplemente fue habilitado a través de las misiones culturales). El autoritarismo del padre se expresó incluso violentamente en contra de la madre, de quien no se podía esperar recibir ningún apoyo. Por eso frente a diversas exigencias y órdenes, la escuela y los libros fueron utilizados por las mujeres para “liberarse”, para “salir de ese sometimiento”.

A pesar de toda la influencia del padre, autoritaria y a veces violenta, estuvo presente y finalmente fue determinante para que una de las protagonistas decidiera participar como candidata a presidenta municipal y lo lograra. De alguna forma, lo anecdótico de este caso es que el gobernador tuvo cierta participación. Una vez que se había otorgado el derecho de las mujeres a votar y ser votadas, el gobernador deseaba tener en Morelos la primera presidenta municipal del país e influyó en ese proceso.

La historia de Rosario también nos muestra cómo la mujer “decide” no dejar de lado sus responsabilidades del hogar y cómo esa decisión es parte de una negociación para poder seguir trabajando, la cual le requería levantarse a las cinco de la mañana y acostarse hasta las doce de la noche, y que una vez que quiso protestar la respuesta que recibió fue: “trabajas porque quieres, yo creo que aunque sea frijoles no nos van a faltar”.

En un ámbito más amplio, curiosamente, la escuela no tuvo ningún papel en el conflicto religioso/político entre tradicionalistas y progresistas que dividió al pueblo de Atlatlahucan y que culminó con dos iglesias y finalmente la intervención del gobernador.

Las historias biográficas de las mujeres nos muestran la transformación de sus vidas con la presencia de la escuela, iniciando con

cambios en la esfera familiar que se ampliaron hasta abarcar el ejercicio de sus derechos sociales y políticos de manera determinante.

La historia de la mujer de Cuautla, Pilar, evoca con nostalgia aquella ciudad pequeña donde todos se conocían y un reclamo a la gente de fuera y sus asentamientos irregulares que provocaron al paso del tiempo violencia y hasta drogadicción. El padre de Pilar tuvo diversos oficios y llegó finalmente a ser presidente municipal de Cuautla. Su madre, por su parte, sólo pudo estudiar la primaria. Finalmente se separaron. Pilar cree que sus padres, ocupados con sus propios problemas que los conducirían al divorcio, no prestaron suficiente atención a la educación de sus hijos. Pilar tuvo que hacerse cargo de la educación de su hermana menor.

El impacto de la escuela parece menos visible, en contraste con las mujeres de Atlatlahucan, en un ambiente urbano como el de Cuautla y se observa más allá de la profesión de maestro en la formación de profesionales en leyes, medicina e ingeniería. Es notorio esto en la propia afirmación de Pilar, quien señala que “La mayoría de las mujeres [sus compañeras] se dedicaron al cuidado de sus hijos, otras al comercio y algunas fueron a la normal y llegaron a ser directoras de alguna escuela.” Pilar, por su parte, logró al final lo que quiso, después de haber emigrado temporalmente a Estados Unidos, “...tener su casa y ser comerciante; a los 19 años contrajo matrimonio con un guerrerense, con quien tuvo dos hijos, una mujer y un varón”. Pilar regresaría a Estados Unidos en tres ocasiones más para seguir a su esposo, salvar su matrimonio y recuperarse de sus fracasos en los negocios. Finalmente, su incursión en la política y los conflictos con su esposo hicieron que éste la abandonara después de 25 años de matrimonio.

La influencia de la escuela, poco visible, hizo a Pilar concentrarse en ofrecer lo que ella consideró la mejor educación para sus hijos, con expectativas muy altas y costosas, como lograr que su hijo se graduara del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey. Otro tipo de influencia de la escuela en la vida de Pilar no resulta clara, aunque la visión que comparte es de mayor sustento que la que nos ofrecía Rosario de Atlatlahucan:

...la mujer se inmiscuye en la política por la necesidad de buscar alternativas y soluciones a las carencias que existen, la misma necesidad hace que la mujer se enrole en la política, pero no como político. Las mujeres ven en la po-

lítica la forma de sacar adelante a su comunidad, jalando a las demás, organizando grupos.

Y no obstante, aquí es donde se observa con claridad la influencia que la escuela tuvo sobre Pilar, al igual que la influencia de su padre. Pilar piensa que su deseo de servir es un “don natural”, que simplemente hay mujeres que nacen con él. Ella empezó como líder desde la escuela, siempre le gustó defender a sus compañeros. Era una mujer muy extrovertida, muy inquieta, siempre quiso tener “voz de mando”. Ella narra que desde que tenía doce años abandonó los quehaceres del hogar para acompañar a su padre en su primera campaña política por la presidencia municipal de Cuautla. Aun cuando tuviera que guardar silencio por su corta edad, prefirió “...infiltrarse como espía entre los grupos que seguían a su padre, que permanecer encerrada en casa. Siendo muy joven, obtuvo un cargo de promotora en el sector femenino del partido político al que siempre sería fiel, el Partido Revolucionario Institucional.”

Pilar logró ser funcionaria y representante en diversos cargos públicos, uno de ellos como regidora. Sin embargo, al final considera que le ha hecho falta más escolaridad: “... me faltaba la escuela, el estudio. Nos decían ignorantes, neófitos, a veces se pronunciaban mal algunas palabras y me sentía yo mal. Siempre me decían *la C*. Pilar Reyes y me preguntaba, ¿voy a ser la *C*. Pilar Reyes todo el tiempo?” Finalmente, en 1995 se inscribió a la licenciatura en derecho en el sistema abierto y logró una carrera universitaria.

De la historia de las nietas, Laura y Ana, podemos conocer otro tipo de impacto que tuvo la escuela en sus vidas. Laura tuvo una niñez muy peculiar y muy difícil, ausentes sus padres emigrados a Estados Unidos, a cargo de sus abuelos paternos y separada de su hermano menor, trabajó mucho en tareas domésticas; sólo para ser llevada a Estados Unidos y asistir a un “kinder” en ese país, colaborando con la maestra y después ser “cuidadas” por una mujer que los maltrataba a ella y su hermano. Este descuido daba como resultado enfermedades frecuentes. Su regreso a Cuautla significó combinar trabajo severo y de mucha disciplina en una papelería de sus padres, con varias tareas domésticas que alternaba con su asistencia a la escuela primaria pública, quizás la de mayor abolengo de Cuautla.

Ana, por su parte, viviendo en Atlatlahucan, soñaba con romper la monotonía de su pueblo y lo hacía. Ambas comparten cierto resentimiento hacia el autoritarismo del padre y una mayor confianza con su madre. La monotonía de Ana se rompió mediante la escuela, pues las mandaron a estudiar a la Ciudad de México y a ella le agradó mucho. Laura, por su parte, pudo asistir a una escuela de buena reputación, una secundaria federal de la localidad; mientras que Ana asistió a una telesecundaria, las escuelas de este nivel destinadas a las poblaciones rurales o más pobres de la entidad y del país. Como parte de una nueva generación de mujeres, el deseo de seguir estudiando las impulsó a cursar la preparatoria; Laura en medio del divorcio de sus padres y después durante su matrimonio, Ana en medio de su muy joven decisión de casarse y mantener su palabra de no embarazarse hasta terminar su carrera como maestra, que parece cumplirá.

Ésta es la historia de la transformación que experimentan de manera profunda las mujeres que tuvieron oportunidad de asistir a la escuela. Los cambios abarcan desde la familia y se extienden hasta el ejercicio de sus derechos políticos, como exitosas políticas. Felicitades Luz Marina por este extraordinario libro.

MEDARDO TAPIA URIBE

Cuernavaca, Morelos.

18 de noviembre de 2011

INTRODUCCIÓN

Abuelas, madres y nietas es un libro donde se reflexiona acerca de la historia de mujeres de tres generaciones del oriente del estado de Morelos; mujeres que a través de sus voces, abrieron las puertas de sus mundos para reconocer en ellos las redes que entretejen su cotidianidad, identidad, sus valores y aspiraciones. El libro presenta resultados de una investigación que intentó describir, en el marco de las transformaciones sociales y políticas de la entidad y del país de 1930 a 1990, la manera en que la educación familiar y el acceso a la educación escolarizada cambiaron la forma de vivir, de ver y de pensar de algunas mujeres, a su vez cómo se transformó la identidad de género de esas mujeres del oriente de Morelos según sea abuela, madre o nieta, después de su experiencia de haber asistido a la escuela. Entre una generación y otra, las permanencias culturales que crean una cosmovisión son evidentes, pero también las rupturas y transiciones.

Una de las tendencias de la historia social se dedica a estudiar “la historia desde abajo”, así como a la historia vista desde la perspectiva de la gente común, grupos subordinados, marginales y silenciosos.¹ Este libro se enfoca, por una parte, al estudio de la mujer a la que inicialmente le fue negado su ejercicio ciudadano, y que posteriormente alcanzó una significativa participación política en actividades electo-

¹ Término utilizado por E. Palmer Thompson para recuperar el punto de vista de personas comunes o personajes secundarios del pasado y con ello, contrarrestar la historia escrita por y para los “grandes” personajes (Thompson, 1997).

rales.² Así como al análisis de la participación cívica de un grupo de mujeres morelenses que lograron, incluso, ser representantes de sus comunidades, como presidentas municipales o en algún otro tipo de representación política local.

El fundamento de este trabajo es la historia social, por ello el espacio regional y las experiencias cotidianas de los sujetos adquieren una importancia relevante. En ese orden, el espacio regional se define como el ámbito de articulación de eventos nacionales o de cualquier otra situación ajena a esa cotidianidad. En este sentido, la historia regional permite entender y configurar de forma distinta la historia nacional, pues esta última es vista y moldeada por los actores regionales desde otra perspectiva. Con este propósito, se seleccionaron mujeres de localidades rurales y semiurbanas del oriente del estado de Morelos (Atlatlahucan y Cuautla) a efecto de recuperar su experiencia y la manera en que ésta se articula en sus historias de vida, con las historias de las comunidades y la región.

Estudiosos de diversas disciplinas se han interesado en los enfoques regionales, sin embargo, en torno a los temas educativos y de participación ciudadana de las mujeres los trabajos siguen siendo escasos. Tal es el caso de este tipo de fenómenos en localidades como Atlatlahucan y Cuautla, que han pasado desapercibidas y cuya observación contribuirá a una mejor comprensión de la situación de las mujeres y su acceso a la educación en escenarios locales y regionales.

En este libro se expone la reflexión que hacen las propias mujeres de su presencia en la sociedad como ciudadanas, líderes sociales o incluso como gobernantes. Reflexión que necesariamente se instaura en un debate entre los valores e intereses que ellas presentan y los valores dominantes que tienden a limitarlas en su participación ciudadana. Este “diálogo” probablemente haya tenido su escenario inicial en las escuelas y fue precisamente la asistencia a la misma lo que detonó en la mujeres la pregunta de cuál era su lugar en la comunidad, en la casa y en la familia.

Las mujeres, frente a la necesidad y el derecho de asistir a la escuela, empezaron por cuestionar los valores familiares asumidos como

² A partir de 1953 la mujer consiguió el derecho al voto y desde entonces ha reforzado su participación política: ha ejercido su derecho al voto y compite con éxito, cada vez en mayor proporción, por un cargo de representación popular.

únicos hasta hacer visible su presencia y participación en la discusión y solución de los problemas públicos de su entorno.

Periodización

En la historia social de Morelos, de 1930 a 1990, se observan dos grandes momentos. El primero está marcado por la lucha de sus habitantes por reconstruir y hacer resurgir a la entidad después del desgaste social y económico sufrido durante el movimiento revolucionario de 1910; el segundo está relacionado con las acciones del Estado y de las comunidades por incorporarse tardíamente y de manera intensa a procesos de modernización industrial del país (Tapia, 1993, p. 113).

Este periodo cobra relevancia precisamente por ese proceso de reconstrucción y modernización experimentado en el estado de Morelos. En los años treinta se inició la restauración política y económica de la entidad con el establecimiento de reformas legislativas y decretos, y con la implementación de una política fiscal orientada a satisfacer las necesidades más elementales de la población en educación, salud y vivienda.

Adicional al reparto agrario en la entidad, se desarrollaron algunas obras de infraestructura eléctrica, los caminos que comunican a Cuautla con la capital, Cuernavaca y con la Ciudad de México. La educación también se vio favorecida por los impulsos posrevolucionarios, al formalizarse el carácter obligatorio de la educación primaria y el compromiso asumido por el Estado para formar a los profesores que dicho derecho demandaba. Al inicio del segundo lustro de la década de los veinte, se inauguró la Escuela Normal Rural de Cuernavaca, misma que mudó de sede y cambió de nombre en 1928 a Oaxtepec con la denominación de Escuela Normal Regional Campesina de Oaxtepec y al comenzar la década de los treinta, comenzó a impulsarse la educación preescolar.

En 1930 se restableció el orden constitucional en Morelos, y a partir de ese momento puede hablarse de un gobierno estatal que finalmente se subordinó a la instancia federal y junto con las demás entidades federativas, se integró a los proyectos y políticas educativas nacionales, mismas que se fortalecieron a lo largo de los años desde el centro, a la vez que fue disminuyendo el papel protagónico de los sec-

tores y actores de la sociedad morelense, marginando a determinados grupos, aunque paradójicamente se abrieron algunos espacios para la participación de las mujeres.

Las políticas educativas estatales, en muchos casos, se han dirigido a los grupos del campo y de las ciudades que viven en condiciones marginadas o de “pobreza extrema”, y para llevarlas a cabo, el gobierno estatal ha buscado la participación y co-responsabilidad de la comunidad. Asimismo, en algunas acciones educativas el gobierno estatal ha comprometido específicamente a las mujeres en la educación de sus hijos³ desde la educación inicial. En 1940, el gobernador de Morelos, Elpidio Perdomo, señalaba:

Desde estos primeros pasos en la vida escolar, se busca la incorporación de los Jardines de niños al medio social, y para ello, se responsabiliza a las madres de familia en la dirección y control de las necesidades de los propios planteles (*Tercer informe*, Elpidio Perdomo, 1941: capítulo de Educación Pública).

En ese sentido la escuela fue un espacio abierto por el Estado para fomentar la participación y el involucramiento de la mujer en una interacción directa con su comunidad, ya que el propósito de la nueva tarea educativa era enfrentar y resolver los problemas más apremiantes y cotidianos de los pequeños poblados de la entidad, tenía que ser útil y eso significaba resolver los requerimientos del día a día, o como lo señala Solana:

los maestros se dedicaron a resolver problemas inmediatos: construir las escuelas, acondicionar el huerto escolar, vacunar contra la viruela a la población, introducir agua potable, combatir el alcoholismo, etc. Estas actividades fueron creciendo hasta constituir un programa que tenía como finalidad la vida de la comunidad (Solana *et al.*, 1981, p. 441).

La colindancia de Morelos con la Ciudad de México, centro del poder político y económico del país, más su pequeña superficie y ca-

³ En los últimos años, investigadoras/es han pugnado porque se especifique cuando se está haciendo referencia a hombres o mujeres. Hasta antes de la década de los ochenta fue difícil encontrar fuentes escritas que lo precisaran. Por eso se consideró pertinente unificar las fuentes documentales de los archivos con las secundarias y entender educación de *los hijos* usando gramaticalmente el sustantivo de manera no restrictiva en cuanto a género y número; incluyendo así, los casos de las mujeres que tuvieran uno o más hijos fueran estos varones o mujeres. Cuando fue necesario se puntualizó si se trataba de educación para varones o para mujeres.

racterísticas climatológicas, quizá animaron a no pocos integrantes de la clase política posrevolucionaria a asentar sus residencias de descanso en esta entidad federativa. Esta situación, de alguna manera, también favoreció que se desarrollará una infraestructura, tanto como respuesta a demandas de vecinos de esas fincas o casas de descanso como expresión de la atención a los pueblos de Morelos por parte de los gobiernos emanados de la revolución mexicana. Aunado a lo anterior, las pequeñas dimensiones de la entidad, así como la red carretera que interconecta su territorio, han propiciado que Morelos en la segunda mitad del siglo XX fuese visto por el gobierno federal como una especie de “laboratorio” para poner en marcha programas federales en fase piloto, y posteriormente, cuando vino la etapa de la descentralización de la política social, iniciar la transferencia de programas y políticas nacionales.

Estado de la cuestión

En los últimos veinte años se ha estudiado a las mujeres que gobiernan⁴, participan,⁵ se organizan⁶ e irrumpen para buscar mejores condiciones de vida para sus familias⁷ y para ellas. Es decir, aquellas que

⁴ A. Massolo (comp.), *Los medios y los modos. Participación política y acción colectiva de las mujeres*, México, El Colegio de México, 1994. Ana M. Fernández Poncela (comp.) *Participación política: las mujeres en México al final del milenio* (1995). P. A. Fernández, *La política, la sociedad y las mujeres*, México, Instituto Nacional de las Mujeres-UAM-X, 2003.

⁵ D. Barrera B. (comp.), *Mujeres, ciudadanía y poder*, México, El Colegio de México, 2000. Silvia Bolos (coord.), *Mujeres y espacio público: construcción y ejercicio de la ciudadanía*, México, Universidad Iberoamericana, 2008. Julia del Carmen Chávez, *Género y ciudadanía*, México, UNAM-Plaza y Valdes, 2008.

⁶ E. Tuñón Pablos, *Mujeres que se organizan. El Frente Único pro Derechos de la Mujer*, México, UNAM-Porrúa, 1992. María Luisa Tarrés (comp.), *La voluntad de ser mujer en los noventa*, México, El Colegio de México, 1992. María Ileana García (coord.), *Mujeres y sociedad en el México contemporáneo: nombrar lo innombrable*, México, ITESM-Porrúa, 2004. Marta Lamas (coord.), *Miradas feministas sobre las mexicanas del siglo XX*, México, FCE-Conaculta, 2007.

⁷ N. Ojeda de la Peña, *El curso de la vida familiar de las mujeres mexicanas; un análisis sociodemográfico*, México, UNAM-CRIM, 1989. María Martha Collignon (coord.), *La vida amorosa, sexual y familiar en México. Herencias, discursos y prácticas*, México, ITESO-Universidad Iberoamericana, 2010. Susana Lerner y Lucía Melgar (coords.), *Familias en el siglo XXI: realidades diversas y políticas públicas*, México, UNAM-El Colegio de México, 2010. David Robichaux (comp.), *Familias mexicanas en transición. Unas miradas antropológicas*, México, Uni-

trascienden de sus espacios privados a los públicos. Son estudios que principalmente reconocen a las mujeres en su participación política y social, las que toman parte en las decisiones sobre su salud, su fecundidad, en el acceso a todos los niveles de educación y su incorporación al mundo del trabajo remunerado.⁸ Los primeros estudios que se interesaron en esta perspectiva comenzaron por conocer “y analizar la presencia y participación de las mujeres en los movimientos y organizaciones urbano populares y asociaciones vecinales de clases medias” (Massolo, 1992, p. 198).

El avance en la gestión pública encabezada por mujeres dio lugar a una corriente de interés por el estudio de este fenómeno político y social. Algunos trabajos se han abocado por conocer el quehacer de las mujeres que gobiernan y la forma en que se construyeron sus procesos de educación o socialización política. Los trabajos de Dalia Barrera Bassols y Alejandra Massolo (1998) son pioneros en este campo.⁹ Barrera, por ejemplo, analizó el caso de siete alcaldesas y siete regidoras de diversos estados de la República y realizó una encuesta que le permitió detectar una serie de peculiaridades en cuanto a los antecedentes familiares, lugar de origen, nivel educativo, perfil laboral, trayectoria política y participación social de las mujeres (Barrera, 1998, pp. 91-92).

Por otra parte, los trabajos históricos sobre la mujer en el ámbito cotidiano y social, se han enfocado al análisis de la lucha de las mu-

versidad Iberoamericana, 2007. Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, UNAM, 2004. Brigida García y Orlandina de Oliveira, *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*, México, El Colegio de México, 2006. Rosario Esteinou, *La familia nuclear en México*, México, CIESAS-Porrúa, 2008. José Inigo Aguilar Medina y María Sara Molinari Soriano, *La familia urbana. Continuidad y cambio generacional*, México, INAH, 2008.

⁸ Orlandina de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, 1989; M. Tapia, *Mujer campesina y apropiación cultural*, México, UNAM-CRIM, 1994; O. A. Sánchez, *La mujer mexicana en el umbral del siglo XXI*, México, UNAM, 2003. D. Cardaci, *Salud, género y programas de estudios de la mujer en México*, México, UNAM-UAM, 2004.

⁹ Dalia Barrera Bassols y Alejandra Massolo (coords.), *Mujeres que gobiernan municipios. Experiencias, aportes y retos*, México, El Colegio de México, 1998. D. B. Bassols y A. Massolo (comps.), *El municipio. Un reto para la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres*, México, Instituto Nacional de las Mujeres, 2003. María Luisa González, *Límites y desigualdades en el empoderamiento de las mujeres en el PAN, el PRI y el PRD*, México, Porrúa, 2008. Neli-da Archenti, *Mujeres y política en América latina*, Argentina, Heliasta, 2008.

jeros por el derecho al voto, y su participación en los movimientos obrero-populares, específicamente los movimientos sindicales.¹⁰

Los estudios sobre movilizaciones de mujeres son escasos, y sus conclusiones son un gran horizonte por descubrir y develar. En su mayoría, estos estudios concluyen que las mujeres presentan una participación menor que la de los hombres en los puestos de representación política institucional (por ejemplo, en la gestión municipal se privilegia el hablar de la inequidad de género) y en las actividades electorales.¹¹ Además, se afirma que cuando ellas participan en movilizaciones colectivas, lo hacen motivadas por demandas que conforman una prolongación de lo doméstico o de la esfera privada, es decir, no logran referirlas y situarlas en el ámbito público-político.

Desde la década de los cincuenta, en el estado de Morelos algunas mujeres alcanzaron ser representantes de sus comunidades, ya sea como presidentas municipales, regidoras, magistradas, diputadas locales o síndicos. Sin embargo, son pocos los estudios que permiten entender cómo dichas mujeres llegaron a la representación, sus características, escolaridad, su historia familiar, cómo se desempeñaron en su gestión, o bien cómo se las ingeniaron para alternar su participación en la vida pública con su función de esposas y madres. De ellas

¹⁰ Esperanza Tuñón, *Mujeres que se organizan. El Frente Único pro Derechos de la Mujer, 1935-1938*, México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 1992. Gabriela Cano “Una ciudadanía igualitaria. El presidente Lázaro Cárdenas y el sufragio femenino”, en *Desdeldiez*, México, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana, Lázaro Cárdenas, diciembre de 1995. Enriqueta Tuñón, “La lucha política de la mujer mexicana por el derecho al sufragio y sus repercusiones”, en *Presencia y transparencia. La mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987. Citlali Aguilar Hernández y Etelvina Sandoval Flores “Ser mujer-ser maestra. Autovaloración profesional y participación sindical”, en Vania Salles y Hélice Mc Phail (coords.), *Textos y pre-textos. Once estudios sobre la mujer*, México, El Colegio de México, 1994. E. Tuñón, *Mujeres en escena: de la tramoya al protagonismo. El quehacer político del movimiento amplio de mujeres en México (1982-1994)*, México, UNAM/El Colegio de la Frontera Sur/Miguel Ángel Porrúa, 1997. Y Julia Tuñón, “Las mujeres y su historia. Balance, problemas y perspectivas”, en Elena Urrutia (coord.) *Estudios sobre las mujeres y la relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas*, México, El Colegio de México, 2002. Humberto Monteón González, Gabriela María Luisa Riquelme Alcántar, “El presidente Cárdenas y el sufragio femenino” en *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. XIII, núm. 38, enero / abril de 2007. E. Tuñón, *¡Por fin...ya podemos elegir y ser electas! El sufragio femenino en México, 1935-1953*, INAH-Plaza y Valdes, 1987.

¹¹ Kirkpatrick, 1974; Kelly y Boutellier, 1978; Feijoo, 1985; De Silva, 1986. Cit. por María Luisa Tarrés (comp.), *La voluntad de ser mujer en los noventa*, México, El Colegio de México, 1991, p.198.

escasamente conocemos sus nombres, no sabemos cómo enfrentaron una cultura dominante que disminuía e ignoraba ese papel, ni cómo se transformaron ellas, y transformaron a su vez su entorno inmediato.

En este libro se examina la discusión del lugar de la mujer en la familia y en la sociedad a partir de su presencia en la escuela; y la manera en que ese contacto les permitió cuestionar y cuestionarse su lugar en la sociedad, así como los valores y creencias que justificaban su situación y autopercepción. Para ello, se observó a un grupo de mujeres que, ejerciendo un liderazgo, se atrevieron a vivir de una manera distinta en su familia y en su comunidad, frente a otras mujeres que convivían en armonía con los papeles sociales que su medio sociocultural les impone.

Referentes conceptuales

La categoría generacional es el eje ordenador de este estudio. Se han incluido abuelas, madres y nietas como objeto de análisis. La categoría generación es analizada en dos niveles: la familia y grupos más amplios. En lo familiar, nos referiremos al significado sociobiológico de generación y a las relaciones entre madres e hijos. A este significado se referirán las afirmaciones sobre la diferenciación o permanencia de estilos de vida, valores y pautas dentro de la familia (Tarkowska, 1994, p. 47).

En los grupos más amplios, de una forma puramente sociológica equiparamos la generación al conjunto de coetáneos que tienen experiencias comunes fuertes; la generación es una comunidad de edad similar, en un mismo contexto sociogeográfico, que implica un destino común (Ortega y Gasset, 1936, p. 29).

Otra categoría de análisis abordada desde una perspectiva socioantropológica es el género, que para Joan Scott es: “un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos y [...] es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1996, p. 289).

Se entenderá por diferencias genéricas las construcciones culturales, conjunto de ideas, representaciones y valoraciones sociales sobre lo masculino y lo femenino; no hechos de la naturaleza o determinaciones biológicas, como sugiere Scott “es una forma de referirse a los

orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres” (*ibid.*, p. 271).

La categoría género permite explicar y comprender los procesos sociales y las acciones de los individuos y las colectividades a partir de sus papeles masculinos y femeninos. Por género se entiende la respuesta de la sociedad a las preguntas: qué es ser hombre y qué es ser mujer.

La construcción de la identidad de género se ve atravesada siempre por una asignación social que divide al mundo entre hombres y mujeres, y generalmente atribuye una valoración positiva a unos y negativa a otros. Por ello, es importante conocer las normas y valores, la elección y desempeño de cargos de poder, así como la manera en que las mujeres y los hombres perciben esas normas y, en ocasiones, cómo desde una posición crítica se cuestiona la estructura social y la posición subordinada generalmente asignada a las mujeres. Scott señala que:

Este uso insiste en que el mundo de las mujeres es parte del mundo de los hombres, creado en él y por él. Este uso rechaza la utilidad interpretativa de la idea de las esferas separadas, manteniendo que el estudio de las mujeres por separado perpetúa la ficción de que una esfera, la experiencia de un sexo, tiene poco o nada que ver con la otra (*idem*).

Considerando que el concepto de valor adquiere distintos matices desde cada campo disciplinar, reconocemos que los valores son preferencias colectivas reconocidas y compartidas grupalmente. Por tanto, asumimos que el término “valor”, está relacionado con la propia existencia de la persona, afecta su conducta, configura y modela sus ideas y condiciona sus sentimientos. Los valores son dinámicos y en apariencia, los elegimos de entre un abanico de opciones y son el resultado de un largo y complejo proceso de socialización.

Para Latapí (2001), un valor es algo digno de aprecio, que se valora, que socialmente es reconocido como un bien, algo bueno o positivo, relacionado con lo perfecto o valioso, que se transforma en un ideal, cuya existencia está por encima de los hombres. Desde la perspectiva moral, los valores adquieren el sentido del uso responsable de la libertad y demandan del sujeto una toma de posición que se asume con un carácter de obligatoriedad; los valores morales devienen en normas de conducta a cumplirse por convicción más que por una

coacción externa. Mientras que Yurén (1995) reconoce desde una perspectiva dialéctica que el valor conlleva a reconocer una situación axiológica entre el sujeto y el objeto, una situación temporal, concreta y singular, en la que ambos elementos forman una estructura insoluble y se sustenta en ciertas propiedades reales que son importantes y que no existen por sí mismas, ni de una vez y para siempre y son dinámicas.

Heller, respecto al concepto valor, afirma que:

...se puede considerar valor todo aquello que, en la esfera que sea y en comparación con el estado de cada momento, contribuya al enriquecimiento de aquellas componentes esenciales; y se puede considerar desvalor todo lo que directa o mediatemente rebaje o invierta el grado alcanzado en desarrollo de una determinada componente esencial. El valor [...] es independiente de las estimaciones de los individuos, pero no de la actividad de los hombres, pues es expresión y resultante de relaciones y situaciones sociales (Heller, 1972, p. 24).

Los valores cobran sentido dentro de un contexto social y sólo mediante la interacción de los hombres se define su contenido. Toda sociedad genera valores¹² con contenidos que le otorgarán homogeneidad y particularidad, pues cada grupo generacional expresa en los valores (que el individuo puede elegir o rechazar) ciertas creencias desarrolladas a partir de su interacción continua con el resto de la sociedad. Es esencial, para comprenderlo, considerar cuáles son los valores que esa sociedad asume como relevantes en un momento histórico determinado.

Por lo tanto, es fundamental entender que el sistema de valores nace de la propia vida social, y su aceptación define la ubicación de un individuo en la sociedad y su jerarquía de valores.

La familia y la escuela tienen un papel trascendental en la transmisión de los valores a los miembros de una comunidad. Paul Thompson expresa al respecto: “La familia tiene sus canales para transmitir: nombres, tierra, vivienda, permanencia social local, religión, valores,

¹² Existen diversas jerarquizaciones de los valores, autores como Marín Ibáñez, María Pliego, Víctor García Hoz, Enrique Alduncin, Luis Navarro y Elvia Palomera entre otros; con base en estas jerarquizaciones en esta tesis los valores se tipificaron de la siguiente manera: valores morales, valores de autonomía, resolución pacífica de conflictos, solidaridad, igualdad de género, respeto, conciencia ecológica, identidad nacional, diversidad y democracia.

aspiraciones sociales, temores, patrones domésticos y formas de conducta permitidas” (Thompson, 1994, p. 202).

La educación en el interior de la familia tiene como fin dotar a sus miembros de reglas que orienten, moldeen y construyan su conducta mediante estímulos y sanciones. La familia es pues un ámbito de socialización, un espacio donde deviene la formación de las identidades de los integrantes del grupo, y se llevan a cabo procesos normativos que les permiten relacionarse con el exterior. Al respecto, Salles menciona:

Las relaciones familiares al mismo tiempo que producen cultura (entendida en su acepción laxa como generadora de identidades y de formas de convivencia íntima) son ámbitos vehiculadores y reproductores de elementos culturales macrosociales y previamente producidos, los cuales son interpretados y asimilados según las idiosincrasias propias de las personas que componen el grupo y protagonizan la vida familiar (Salles, 2000, pp. 249-250).

Por otra parte, siguiendo a Yurén, diremos que la escuela es también otro ámbito de socialización donde se forman los sujetos, formación entendida como “un proceso que implica necesariamente el desarrollo intelectual y moral del educando y que demanda de su acción para construir o reconstruir la cultura...” (Yurén, 1996, p. 21).

Estudiar los valores es importante en tanto que se refieren a principios básicos mediante los cuales las personas denotan preferencias, creencias, actitudes, representaciones y formas de relación con grupos e instituciones. Los valores en una sociedad se transmiten históricamente a través de las generaciones. En este sentido, vía la socialización se adquieren costumbres, tradiciones, motivaciones, pautas rectoras de la conducta y modos de elección de las opciones de vida. Cada generación posee un perfil valorativo propio como respuesta para enfrentar sus circunstancias en función de las prioridades, fines y objetivos que la sociedad va marcando.

En consecuencia, los valores no son estáticos o algo dado: se modifican y ordenan de manera diferente según la clase social, edad, sexo, escolaridad, lugar de residencia y la pertenencia a grupos étnicos, religiosos o políticos. Para entender cómo una comunidad transmite sus valores de una generación a otra, y cómo se da este proceso en el interior de la familia y la escuela, debemos hacer algunas acotaciones respecto al concepto de vida cotidiana.

Para que la sociedad se reproduzca, afirma Heller, es necesario que el hombre se reproduzca a sí mismo de manera particular en una cotidianidad que, sin duda, le absorberá a tal grado que podrá existir un hombre “por insignificante que sea, que viva sólo la cotidianidad” (Heller, 1977, p. 39). Los hombres deben imprimir su sello de individualidad en el mundo, vivir de la cotidianidad y de su conformación.

En este trabajo se asevera que las abuelas, madres y nietas del oriente de Morelos en la cotidianidad de la escuela y la familia, se formaron en valores, aprendieron a lo largo de su vida de manera diferente: creencias, costumbres y formas de ver el mundo que regularon su comportamiento, en función de sus posibilidades de subordinación o de elección.

El libro está dividido en cuatro capítulos. En el primero, “Región oriente”, se delimita la región oriente del estado y se realiza una breve revisión del estado de la cuestión sobre los estudios regionales en el estado de Morelos. Asimismo, se enmarca el escenario de estudio y se describen las comunidades y su transformación en el tiempo, desde la mirada de los actores regionales.

En el segundo capítulo, “Mujeres que se educan y participan”, se analizan referentes conceptuales de la educación escolarizada, así como de la participación ciudadana. Se aborda el tema del acceso de la mujer a la educación y su lucha por abrir espacios de participación ciudadana en los diferentes momentos de la historia local y nacional.

“Abuelas, madres y nietas: cambios y permanencias”, es el título del tercer capítulo, en el cual se presenta la información obtenida de una encuesta aplicada a mujeres que tuvieron o hubieran tenido hijos en escuelas de dos localidades del oriente del estado de Morelos, Cuautla y Atlatlahucan.

El cuarto capítulo “Fuertes y decididas”, recrea historias de vida de seis mujeres de tres generaciones oriundas de Cuautla y Atlatlahucan. Se considera que las mujeres aunque contemporáneas, están formadas por sujetos sociales que nacieron, se educaron y vivieron en distintas condiciones políticas, económicas y culturales.

A partir de las interpretaciones –respuestas explícitas pero no ofrecidas como absolutas– y los resultados –respuestas a preguntas particulares para futuros trabajos–, se consideró pertinente construir el quinto capítulo, en el cual se sintetizan los hallazgos de la investigación.

REGIÓN ORIENTE

El estado de Morelos, por su extensión geográfica, ocupa el lugar número 30 del país, sólo por encima del estado de Tlaxcala y de la Ciudad de México, Distrito Federal. En cuanto a su población, de acuerdo con cifras del *Censo de Población y Vivienda 2010* (INEGI), la entidad registró una población de 1 777 227 habitantes, lo que representa 1.6% de la población nacional, de los cuales 858 588 son hombres y 918 639 mujeres.

Dentro del estado, el municipio con mayor volumen de población es Cuernavaca, la capital, con 365 168 habitantes. Por el contrario, Tlalnepantla (6 636), Tetecala (7 441) y Zacualpan de Amilpas (9 087) son los municipios que registran el menor número de habitantes.

En el estado de Morelos la fecundidad es un fenómeno que en las últimas décadas ha impactado directamente en los cambios demográficos. Estas transformaciones se manifiestan en cambios socioeconómicos, educativos y culturales. Por ejemplo, se presenta un crecimiento en la cobertura educativa, una demanda creciente de incorporación de mujeres en actividades económicas, el retraso del inicio de vida en pareja, cambios en los ideales reproductivos relacionados con la cantidad y el espaciamiento de hijos que piensan procrear, así como los roles histórica, social y culturalmente asignados a hombres y mujeres en la familia y la sociedad.

El comportamiento poblacional de cualquier entidad se manifiesta a partir de dos situaciones: el crecimiento natural, producto de la relación entre nacimientos y defunciones, y el crecimiento social, resulta-

do de los movimientos migratorios. La combinación de estos factores ha provocado variaciones en el ritmo de crecimiento de la población del estado. Entre los años 2000 y 2005, el INEGI reporta un decremento en la población joven de la entidad de alrededor de 0.38%, aproximadamente cuatro jóvenes por cada mil (INEGI, 2009).

Esta tendencia decreciente en el ritmo de crecimiento de la población joven obedece, entre otros factores, a movimientos migratorios internos, lo cual se refleja en la estructura por edad de las personas. Cabe destacar que la población se desplaza de una entidad a otra en busca de mejores oportunidades de estudio y trabajo; o bien, para reunirse con su familia en el caso de aquellas donde uno o más de sus miembros ya han emigrado con anterioridad. De continuar esta tendencia y mantenerse también la pauta de mortalidad observada a la fecha, durante las décadas siguientes se espera que el grupo de población más numeroso sea el de mayor edad con relación al resto de la población. Este efecto, conocido como proceso de envejecimiento de la población, traerá consigo nuevos requerimientos en materia de empleo, salud y otros servicios básicos orientados a satisfacer las necesidades de los adultos mayores.

La edad, el estado civil, el nivel educativo y la incorporación a la actividad laboral de las mujeres, son factores que inciden de manera directa en la posibilidad de procrear. En la entidad, el promedio de hijos nacidos vivos de las mujeres jóvenes entre 15 y 29 años de edad es de un hijo (0.77) por mujer. A pesar de los avances y la aplicación de políticas poblacionales, aún se observan enormes diferencias en las pautas reproductivas de la población, sobre todo en sectores que han mostrado un rezago económico y social. En el interior del estado, los cuatro municipios que presentan los promedios más altos son: Ayala, Emiliano Zapata, Totolapan y Xochitepec, con 0.92 hijos en promedio por mujer. En el extremo opuesto, con los promedios más bajos, se encuentran Cuernavaca (0.60) y Jonacatepec con 0.68 hijos en promedio. Atlatlahucan y Cuautla tienen el 0.85 y el 0.77 respectivamente.

El estado civil predominante entre los jóvenes que residen en la entidad es el de soltero, 59% de este segmento de la población se encuentra en esta condición, valor similar al promedio nacional. La proporción de casados en la entidad es menor en 2.8 puntos porcentuales, en comparación con el dato nacional, a diferencia de los que viven en unión libre, donde el dato estatal supera al nacional con 2.7 puntos.

Asimismo, son relativamente pocos los jóvenes que viven separados de su cónyuge o cuya unión ha sido disuelta.

Por tipo de localidad también existen diferencias. Así, en las áreas urbanas la población de 12 y más años presenta su valor más alto en los casados (41.8%). En el año 2000, en las localidades de tipo rural la proporción de población joven casada y unida (42.4%) es mayor en 4.4 puntos porcentuales al de las localidades urbanas (38.0%). Lo anterior tiene que ver con las pautas tradicionales del inicio de la vida conyugal de la población. En las localidades urbanas, el porcentaje de la población joven que se encuentra soltera es superior al de las rurales con 4.4 puntos porcentuales. Es notorio que cada vez los jóvenes posponen por más tiempo el matrimonio o el inicio de la vida en pareja y de la reproducción.

La religión, expresión de la cultura, al paso del tiempo manifiesta nuevos matices debido al surgimiento de diversas prácticas y creencias, así como frente a la apertura de nuevas variantes en el ámbito de las religiones tradicionales. En el estado de Morelos, 21 municipios presentan porcentajes superiores al promedio estatal con relación a los practicantes de alguna religión, entre los que destacan: Tlalnepantla y Zacualpan de Amilpas con datos superiores a 97.5% de población creyente; los valores de estos municipios muestran una alta adopción a las creencias religiosas. Con la cifra más baja se encuentra Tlaquiltenango (89.1%). Atlatlahucan registró en el 2000, 92% de católicos, 3.8% de protestantes y evangélicos y 1.9% sin religión.

Morelos se ubicaba en el décimo octavo lugar del ámbito nacional con 91.1% de población alfabeta (INEGI, 2005). Esta situación cambia entre la población joven de la entidad, pues este grupo pasa a ocupar el décimo cuarto lugar, al registrar 97.8% de alfabetos; en el extremo superior se encuentran el Distrito Federal y Coahuila, donde 99 y 98.9% de la población joven de estas entidades, respectivamente, domina la lecto-escritura. En tanto que entre las entidades con mayores problemas en dicho rubro, tenemos a Chiapas y Guerrero, cuyas proporciones porcentuales registradas alcanzan 89.8 y 92.5%, respectivamente. La comparación de los extremos muestra una diferencia de 9.2 puntos porcentuales entre el Distrito Federal y Chiapas.

En el estado de Morelos, 91.1% de la población de seis y más años de edad sabe leer y escribir. El desglose por grupos de edad, permite ver que el grupo de mayor edad registra el porcentaje más bajo de per-

sonas con aptitud para leer y escribir (78.1%). Al analizar el grupo de 6 a 14 años se observa que 88.9% del total de este universo domina la lecto-escritura, en tanto que los indicadores para el grupo de jóvenes de 15 a 29 años presentan el porcentaje más alto con 97.8%, influye que este grupo de edad abarca a las personas que están por concluir o ya concluyeron sus estudios: básicos, de educación media superior, o superior, y en su caso, de posgrado. Por su parte, el grupo de 30 a 49 años de edad presenta la segunda mejor proporción de población alfabetada, 95 de cada 100 personas. En el 2005, 23.4% de los hombres y 29.8% de las mujeres que tenían 65 y más años, carecían de la aptitud de la lecto-escritura, consecuencia de las diferencias de oportunidades educativas entre las generaciones.

En los grupos que se encuentran entre los 6 y 34 años de edad, el porcentaje de hombres, comparado con el de mujeres, que no saben leer y escribir es superior. Sin embargo, a partir del rango de 35 a 39 años de edad la situación se invierte, y las mujeres aumentan sus proporciones porcentuales, rebasando los valores registrados por la población masculina. Este hecho se desprende de las diferencias entre las distintas generaciones, sexo y en las pautas culturales de su tiempo. El porcentaje más bajo de población joven que no sabe leer y escribir se encuentra entre los 15 y 19 años de edad con 2.7% para los hombres y 1.6% para las mujeres.

La distribución municipal de la población joven (de 15 a 29 años de edad) que no sabe leer y escribir presenta distintas variaciones de acuerdo con los municipios en los que viven. En 2005, los 9 municipios que presentan los porcentajes más bajos de la población masculina analfabeta se ubican por debajo del promedio estatal; en tanto que para las mujeres el porcentaje se ubica en 2.0 y 11 municipios tienen cifras porcentuales menores, sobresale Totoloapan por tener el mayor dato para las mujeres con 5.4%; en cambio, Axochiapan tiene el mayor indicador porcentual para el grupo masculino cuyo registro es de 6.2% de analfabetas. En el extremo inferior está el municipio de Cuernavaca, que muestra las cifras más bajas de analfabetas. En la mayoría de los municipios de la entidad se constata una mayor población masculina analfabeta en relación al sexo femenino.

En la entidad, del total de la población cuya edad oscila entre 15 y 29 años, 29.4% asisten a la escuela, es decir, de los 408 728 jóvenes radicados en Morelos, 119 962 asisten a la escuela, y de éstos 48.4%

es hombre y 51.6% es mujer. Los municipios de Cuernavaca, Zacatepec, Jojutla, Mazatepec y Zacualpan, cuentan con la mayor población masculina juvenil que asiste a la escuela (33%). En contraparte, Tlalnepantla, Totolapan, Tetela del Volcán y Axochiapan, tienen los menores porcentajes y no superan el 22.0%. Cuautla registra 32.1% en hombres y 29.9% de mujeres, en tanto que para Atlatlahucan los indicadores son de 30.2 y 27.8% respectivamente. Las mujeres registran una mayor asistencia escolar en Cuernavaca, Zacatepec y Tepoztlán con proporciones mayores al 31.0% y en los municipios de Totolapan, Tlalnepantla, Tetela del Volcán y Puente de Ixtla, se ubican los valores más bajos, todos ellos menores al 22%.

De acuerdo con el *Conteo de Población* del 2005, de cada 100 jóvenes morelenses, 22 no habían logrado concluir la educación básica y 33 la terminaron; en el grupo de 30 a 49 años la proporción es de 31 y 26 de cada 100, respectivamente; mientras que en las generaciones de mayor edad, 50 y más años, 48 de cada 100 no logran concluirla y sólo 9 la completaron.

En Morelos, la proporción porcentual de jóvenes que terminó la secundaria y continuó sus estudios es de 28.4%, en el grupo de 30 a 49 años es de 19.9%, mientras que entre la población de 50 y más años, 7.7% cuentan con estudios posbásicos. Del 2000 al 2005 el porcentaje de población joven que no concluyó la educación básica disminuyó, 7.6 puntos porcentuales, al pasar de 29.5 a 21.9%; mientras que la que carece de escolaridad registró una reducción al descender de 2.6 a 2.0%. Por su parte, la proporción de jóvenes que cuentan con educación media superior pasó de 25.5 a 28.4%, y con educación superior aumentó de 9.7 a 13.7%. La comparación de este indicador en el tiempo permite apreciar los cambios educativos de la población joven como la reducción de los jóvenes que no logran completar el nivel básico y de aquellos que no han tenido acceso a la educación.

Durante el periodo 2000-2005, en el estado de Morelos el porcentaje de jóvenes sin escolaridad disminuyó; para las mujeres jóvenes pasó de 2.5 a 1.9%, y para los varones de 2.7 a 2.1%. Los porcentajes de mujeres que carecen de escolaridad son ligeramente menores a los de los hombres, en tanto que la reducción es igual para ambos sexos. Las desigualdades encontradas en la comparación por sexo entre los jóvenes que carecen de instrucción formal están condicionadas primordialmente por restricciones económicas o aspectos culturales que

han permitido el involucramiento de las mujeres en una mayor participación en la escuela.

Al analizar el promedio de escolaridad por grupos de edad y sexo, se observa que a menor edad, mayor es el nivel de escolaridad de la población morelense. En el periodo 2000-2005, el promedio de años aprobados entre los jóvenes de 15 a 29 años fue de 9.5 y 9.8 grados para hombres y mujeres, respectivamente, es decir, el primer año de la educación media superior, en tanto que en el grupo de 50 y más años de edad, los hombres alcanzan casi el sexto grado de primaria y las mujeres el quinto, al registrar 5.9 y 4.9 grados, respectivamente.

El municipio que cuenta con una mayor proporción de jóvenes sin escolaridad es Totolapan con 5.1%, le siguen Ayala y Axochiapan con 4.6 y 4%, respectivamente. En el extremo opuesto se encuentran Zacuapán, Cuernavaca, Jiutepec, Tlalnepantla y Tetela del Volcán con números que oscilan entre 0.9 y 1.5%. Destaca el municipio de Zacuapán que supera a Cuernavaca, capital del estado, con el porcentaje más bajo, 0.9% de jóvenes sin escolaridad, en tanto que Atlatlahucan registró 2.4% y Cuautla 1.6%.

De los 33 municipios, en 13 de ellos (incluido Cuautla) el promedio de escolaridad de los jóvenes es de 9 a 9.9 años, que indica el esfuerzo educativo que el estado ha realizado. En el extremo opuesto se encuentran los jóvenes que viven en el municipio de Tetela del Volcán, puesto que tienen el promedio de escolaridad más bajo con 8.1 grados, es decir, tienen el segundo año de secundaria; Atlatlahucan cuenta con un promedio de escolaridad de 8.9 años.

Finalmente, cabe señalar que en Morelos la población joven que no realiza actividades productivas, asciende a 200 416; de éstos, 27.8% es del sexo masculino y 72.2% del femenino. En el ámbito nacional, los datos porcentuales presentan 29.2 y 70.8% para hombres y mujeres, respectivamente.

Estudios regionales

La investigación histórica en México, y en particular en el campo de la educación, hasta hace algunas décadas, se realizaba bajo un punto de vista político y los hechos eran analizados en una perspectiva principalmente nacional. Según Martínez Assad:

Para el caso de México, lo interesante es resaltar cómo el proyecto político, económico y social de unificación nacional, de forjar una sola nación para la burguesía, choca o tropieza con entidades fuertemente arraigadas que son las diversas macrorregiones (norte, centro y sur), diversas en términos de origen étnico, de formación histórica, de cultura, de tradiciones, etcétera. Y es sólo en esa dinámica conflictiva que se constituyó la nación (Assad, 1990, pp. 11-12).

Los estudios regionales han ganado terreno; sin embargo, el enfoque¹ que se le ha dado a la historia de la educación en las diversas regiones del país pone en evidencia la escasez de estudios en las diferentes zonas, en diversos periodos de la historia y en los diferentes niveles escolares, como señala Galván: “la historia regional es una historia viva, que vibra aún dentro de los archivos municipales y estatales, y que espera pronto ser desempolvada por alguien que se interese en ella” (Galván, 1996, p. 1).

La historia regional contribuye a entender fenómenos y condiciones locales, pero también permite tener acceso al conocimiento de la diversidad para analizar las mismas situaciones históricas en un contexto más general, lo nacional. El trabajo se aborda desde la perspectiva regional: el estudio del papel protagónico de las mujeres desde sus espacios propios, locales y regionales. Las mujeres morelenses son consideradas actores sociales de las cuales no se ha escrito lo suficiente. Ellas se han organizado o son organizadas por el gobierno municipal, estatal y federal, pero también son actores individuales que desde su entorno familiar y comunitario valoran las políticas educativas estatales, y deciden qué tomar y qué desdeñar. Esta capacidad de decisión las une a mujeres de otras localidades y regiones.

Los estudios regionales han sido tema de interés de geógrafos, economistas, historiadores, antropólogos, sociólogos y urbanistas, mismos que desde diferentes perspectivas, tanto teóricas como meto-

¹ En la década de los ochenta la historiografía de la educación en México se dirigió hacia el estudio de periodos, procesos y coyunturas. La historia regional cuestionó la existencia de un sistema educativo nacional homogéneo; “las investigaciones acerca de la política educativa del poder central mostraron la fragilidad e inoperancia de las iniciativas estatales; los estudios en torno a la práctica cotidiana en el aula pusieron al descubierto la enorme distancia existente entre los niveles discursivos y programáticos y lo que sucedía dentro de la escuela” (Galván y Quintanilla, 1993, p. 33).

dológicas, han contribuido al desarrollo de concepciones y aportaciones diversas sobre esta temática. Algunos se han preocupado por definir a la región en su diferencia local, nacional y supranacional; otros, han privilegiado los estudios de relaciones de mercado dentro o entre regiones; o bien, reconstruido la historia nacional, desde el punto de vista regional. Asimismo, el tema político se desarrolla en la acción del Estado sobre la región y en la respuesta de la región de acuerdo con las acciones del Estado. No obstante, el tema educativo ha entrado tarde a los estudios regionales, todavía son escasos los trabajos educativos con este enfoque (Escalante e Ibarra, 2006).

La mayoría de los estudios regionales en México ha visto por separado los aspectos económicos y culturales, dentro de éstos los educativos. Aunque predominan las investigaciones económicas, éstas no logran explicar cómo se generan los valores y otros significados de la vida social. Por tanto, si se logran concatenar los aspectos económicos, culturales y educativos se lograrían enfoques más ricos para abordar el estudio de la región.

Para evaluar la educación y la participación ciudadana de la mujer desde el enfoque regional, se tienen que integrar las regiones sociales y culturales en *regiones socioculturales*, cargadas de componentes simbólicos, donde los sujetos se relacionan subjetivamente con la región de acuerdo con su identidad. Giménez considera que la identidad es el espacio donde se negocia la libertad del sujeto, su decisión de participar y donde se reelaboran subjetiva y selectivamente algunos rasgos culturales:

el conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos...), a través de los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) demarcan sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada, todo ello dentro de un espacio históricamente específico y socialmente estructurado (Giménez, 2002, p. 38).

La identidad es una construcción social en torno a marcos sociales establecidos, que orientan el desenvolvimiento de los sujetos en su interacción con los miembros del grupo al que se pertenece. Ser percibido como distinto permite una autoafirmación y el reconocimiento social; en la medida en que se entretengan relaciones de afinidad o

desacuerdo con otros sujetos, se asume autenticidad y el reconocimiento de los demás.

La identidad de los sujetos se conforma, pues, por la pertenencia al mundo urbano, rural, a una comunidad étnica, nacional, lingüística, religiosa o política. La ubicación espacio-temporal confiere elementos de identificación individuales y colectivos, por tanto, resultan esenciales los estudios con un enfoque regional.

Resultado de las distintas investigaciones sobre el estado de Morelos, se encuentran regionalizaciones construidas para mirar desde allí temas económicos, sociales y culturales. Éstas pueden agruparse en:

- Las adoptadas² para fines programáticos-presupuestales y de desarrollo urbano, por ejemplo, las contenidas en el Plan Estatal de Desarrollo 1994-2000; otras con fines de evaluación de programas.
- Guillermo de la Peña tipifica a la región de los Altos de Morelos formada por cuatro municipios, de acuerdo con límites físicos, económicos y culturales: Atlatlahucan, Totolapan, Tlayacapan y Tlalnepantla, que a su vez forman parte del Distrito de Yautepec (De la Peña, 1980, p. 34).
- Y finalmente, otra forma de regionalización muy importante es la de Arturo Warman, quien caracteriza al área oriente del estado de Morelos a través de sus límites físicos y culturales, refiriéndose a los municipios de: Tetela del Volcán, Jonacatepec, Zacualpan, Axochiapan, Jantetelco y parte de Tepalcingo (Warman, 1978, pp. 18-21).

Sin embargo, estas regionalizaciones no han articulado a la región desde los actores educativos, es decir, no se reconoce la dinámica propia de los cambios en materia educativa desde la región. Además, se piensa que el concepto de región se modifica por circunstancias de tiempo y lugar. Se comparte la idea de Vang Yung (1997) en el sentido de que la región es una hipótesis por construir. Por lo tanto, para

² Región norte: Cuernavaca, Emiliano Zapata, Huitzilac, Jiutepec, Temixco y Tepoztlán. Región sur: Miaatlán, Xochitepec, Coatlán del Río, Tlaltizapán, Tetecala, Mazatepec, Puente de Ixtla, Zacatepec, Amacuzac, Jojutla y Tlaquiltenango. Región este: Atlatlahucan, Axochiapan, Ayala, Cuautla, Jantetelco, Jonacatepec, Ocuituco, Tepalcingo, Temoac, Tetela del Volcán, Tlayacapan, Tlalnepantla, Totolapan, Yautepec, Yecapixtla y Zacualpan.

tratar el tema de la mujer y la educación, es pertinente determinar dos grandes regiones socioculturales en el estado de Morelos, poniente y oriente.

La región poniente formada por los siguientes municipios: Cuernavaca, Emiliano Zapata, Huitzilac, Jiutepec, Temixco, Tepoztlán, Miacatlán, Xochitepec, Coatlán del Río, Tlaltizapán, Tetecala, Mazatepec, Puente de Ixtla, Zacatepec, Amacuzac, Jojutla y Tlaquilteango.

La región oriente integrada por los municipios de: Atlatlalucan, Axochiapan, Ayala, Cuautla, Jantetelco, Jonacatepec, Ocuituco, Tepalcingo, Temoac, Tetela del Volcán, Tlayacapan, Tlalnepantla, Totolapan, Yautepec, Yecapixtla y Zacualpan (Escalante e Ibarra, 2006).

El estado de Morelos ha despertado el interés de científicos sociales tanto nacionales como extranjeros. Se han desarrollado investigaciones de temas variados y en distintos momentos históricos³ entre otros las haciendas azucareras,⁴ los campesinos zapatistas, los campesinos posrevolucionarios, las relaciones de poder, o trabajos sobre crecimiento de la población. Muchos de los estudios se han revisado desde un enfoque local y otros se han interesado por los enfoques regionales. Sin embargo, los temas educativos y de participación políti-

³ Oscar Lewis, *Tepoztlán, un pueblo de México*, México, Joaquín Mortiz, 1968; Arturo Warman, *Los campesinos de la tierra de Zapata I. Adaptación, cambio y rebelión*, México, SEP-INAH, 1974; Arturo Warman, *Los campesinos de la tierra de Zapata II. Subsistencia y explotación*, SEP-INAH, 1974; Arturo Warman, *Los campesinos de la tierra de Zapata III. Política y conflictos*, SEP-INAH, 1976; Arturo Warman, *Los campesinos del oriente de Morelos: subsistencia y explotación*, México, UIA, 1975; Arturo Warman, *...Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado Nacional*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1978; Horacio Crespo (coord.), *Morelos cinco siglos de historia regional*, Cuernavaca, CEHAM-UAEM, 1984.; Roberto Varela, *Expansión de sistemas y relaciones de poder*, México UAM-I, 1984. Guillermo de la Peña, *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1980.; Claudio Lomnitz-Adler, *Las salidas del laberinto*, México, Joaquín Mortiz-Planeta, 1995. Son sólo algunos de los textos más conocidos y citados sobre el estado de Morelos, a excepción del libro de Oscar Lewis, los demás tratan de abordar los temas desde el enfoque regional.

⁴ Alejandro Tortolero Villaseñor, *De la coa a la máquina de vapor*, México, Siglo XXI, 1995; Beatriz Scharrer Tamm, *Azúcar y trabajo. Tecnología de los siglos XVII y XVIII en el actual Estado de Morelos*, México, Miguel Ángel Porrúa-Instituto de Cultura de Morelos-CUESAS, 1997; Brígida von Mentz et al., *Haciendas de Morelos*, México, Instituto de Cultura de Morelos-Conaculta-Miguel Ángel Porrúa, 1997.

ca de las mujeres son pocos. También hay localidades que no han sido muy trabajadas por los estudiosos sobre el estado de Morelos, como sería el caso de Cuautla y Atlatlahucan.

En este trabajo se sostiene la idea de que la experiencia escolar y familiar en la participación ciudadana de las mujeres varía según la ubicación espacio-temporal del grupo familiar y añaden atributos a la idiosincrasia individual y colectiva. Por ello se habla ampliamente de los espacios sociales en los que se desarrollaron las mujeres seleccionadas en esta investigación.

Cuautla

La heroica e histórica Cuautla es la segunda ciudad más importante del estado de Morelos después de la capital estatal, Cuernavaca. Su nombre en lengua náhuatl *Kuahtlán* significa arboleda o bosque, su etimología proviene de *Kuah- uilt*, “árbol, palo o madero”, y *tlan-tli*, proposición “abundancial”, y se traduce como “Arboleda o bosque”; también se dice que significa nido de águilas (de *cuauhtli*, “águila” y *tlan*, tierra).

Ubicado en la zona oriente del estado, el municipio de Cuautla limita al oeste con Yautepec, al norte con Atlatlahucan, al este con Yecapixtla y al sur con Ayala. Tiene una extensión territorial de 153.651 km², que representa 1.95% de la superficie total del estado.

El 4 de abril de 1829, el Congreso del Estado de México decretó que el pueblo de Cuautla de Amilpas se denominará Ciudad Heroica de Morelos, el decreto 116 Bis. artículo primero de 1979 declara heroica la ciudad de Cuautla Morelos con el carácter de “Ciudad Histórica” y el 17 de abril de 1869, bajo el gobierno del presidente Benito Juárez, el Congreso General de la República expidió un decreto erigiendo a Morelos como estado integrante de la Federación, comprendido por los Distritos de Cuautla, Cuernavaca, Jonacatepec, Tetela y Yautepec, que formaría por razones estratégicas durante la intervención francesa de 1862, el tercer distrito militar. 50 años después, durante la Revolución Mexicana, Cuautla fue la primer ciudad conquistada por las fuerzas armadas de Emiliano Zapata, lugar donde actualmente reposan los restos del *Caudillo del Sur*.

En la década de los treinta del siglo pasado, Cuautla⁵ era un pequeño pueblo⁶ formado por doce calles, algunas estaban empedradas y otras tenían tierra apisonada. En el centro vivían familias acomodadas, de inmigrantes españoles en su mayoría, y los mestizos. En los alrededores había diferentes barrios: Juchitengo (hoy de Gualupita hasta la Terminal Estrella Roja), Jerusalén (De la Estrella Roja a la calle de Vilchis), San Martín (por el hotel Vasco) y el Barrio de Tejalpa (hoy parte de la colonia Morelos, el límite era el acueducto). El barrio de Juchitengo era de la gente marginada, muchos provenían de los estados de Puebla o de Guerrero; vivían de la venta de chocolate y tortillas, productos que ellos mismos elaboraban. Ya empezaban a formarse algunas colonias, tales como Cuautlixco, Emiliano Zapata, Francisco I. Madero, Gabriel Tepepa, Eusebio Jáuregui y la Otilio Montaña.

Las familias del centro se conocían entre sí, en las noches cuando cerraban los comercios salían al Zócalo con sus hijos o los dejaban jugar en la calle, había un ambiente sano; una mujer que siempre vivió en el centro recuerda:

Algunas veces en las noches nos íbamos con mi mamá al Zócalo y en ese tiempo todas las personas se reunían en el zócalo después de que cerraban los negocios, como a las nueve. Ahí se hacían grupitos de familias y se ponían a platicar, y nosotros los niños nos poníamos a jugar. Las mamás se sentaban y las señoritas daban vueltas y vueltas y esa era la distracción. Las que tenían novio, pues con su novio, pero ya con permiso de las mamás, antes decían, ya es novio oficial, cuando les daban permiso a las muchachas de que tuvieran novio.

Otras veces, de las siete en adelante, hasta las nueve, nos dejaban jugar en la calle, ahí donde está la guardería no había tráfico, esa calle estaba completamente sola, sólo por la principal, donde están los bancos, pasaban carros, pero uno que otro pasaba. Salíamos, nos saludábamos con todos los vecinos, eran las Barrales, las Zermeño, las Maldonado, las Flores, las Danés, las Quinteros, las Amaro, las Estrada y nosotras las Franco. Éramos bastantes niños, ahí nos reuníamos todos a jugar, a las nueve las mamás gritaban, ya

⁵ La descripción se llevó a cabo con base en entrevistas orales a diferentes personas de las dos localidades. El trabajo de campo se realizó en los meses de marzo-julio de 1999.

⁶ Para 1930, Cuautla contaba con una población de 10 468 habitantes, 6 555 en la zona urbana y 3 913 en la zona rural (Secretaría de Industria y Comercio, 1963).

nos metíamos a dormir y ahí era donde compensábamos el trabajo del día (Entrevista a Sánchez, 1999).

Otro espacio de convivencia social era la Alameda, algunos adultos se quedaban a platicar después de ver partir el tren, otros iban en la tarde a refrescarse un rato. Con sus hermanos mayores, después de las seis de la tarde, se daban cita los niños, montaban en patines o en bicicletas. La gente recuerda:

La Alameda era muy bonita tenía unas bancotas largas, alrededor como de treinta metros y unos arbolotes grandísimos, siempre estaba fresco, alrededor había pavimento de cemento. Enfrente había dos hoteles: Hotel de la Paz y San Diego, ahí se hospedaba en ocasiones el presidente Portes Gil, le gustaba venir mucho a Cuautla para curarse en las aguas de Agua Hedionda. Ahí llegaba la gente de billete grande, franceses y alemanes (Entrevista a Alarcón, 1999).

Otras veces nos íbamos a la Alameda y jugábamos patines, pero no eran como los de ahora, tenían cuatro llantitas, eran casi todos de fierro, y tenían una pezuñita para que agarrara la suela del zapato, hasta las mujeres jugábamos a los patines y había bicicletas que las alquilaban y luego también íbamos a una hora de bicicleta [*sic*] (Entrevista a Sánchez, 1999).

Las casas eran de adobe, tabique, o mampostería. En las cocinas, los braseros estaban en los rincones, a casi un metro de alto; dependiendo de la familia, podían ser de dos o tres hornillas, utilizaban leña o carbón. Las casas no tenían espacios para lavar la ropa, la gente iba a lavaderos públicos —a un costado de la Alameda. Las personas adineradas tenían servidumbre, las señoras de alcurnia no iban a lavar, eran unas cuantas familias privilegiadas. En casa de las familias ricas no se “echaban” tortillas, las compraban a las tetelcingas —mujeres del poblado de Tetelcingo— que diario las traían a vender a Cuautla, venían caminando cargando el *chiquihuite*⁷ en la espalda con *ayate*⁸ y en ciertas ocasiones las acompañaba el marido montado en un burro.

⁷ Canasto sin asas, de palma, que se usa para llevar o guardar alguna cosa; hay de diferentes tamaños y en algunos lugares se usa como unidad de peso o de medida (Lara, 1996).

⁸ Tela rala de ixtle, que se usa a modo de bolsa para cargar frutos u otros objetos, para colar aguamiel, para cernir harina para tamales o para envolver alguna cosa. *Ixtle*: fibra vegetal, especialmente la que producen ciertos magueyes (*idem*).

Algunas de estas familias de “alcurnia” eran: la familia Ceballos, propietarios de terrenos; los Carrillo, zapateros; los Alemán, talabarteros; los Franco y los Rojo, abarroteros; los Montero, carniceros y maestros, y los Landa, ferrocarrileros.

La división de clases se marcaba en las fiestas del 28, 29 y 30^o de septiembre, particularmente en el baile oficial, la noche del 30. Aunque no se cobraba la entrada sólo se podía pasar con invitación. Hombres y mujeres asistían de rigurosa etiqueta, las mujeres con vestido largo y los hombres de traje negro, camisa blanca y corbata. El baile se realizaba en el teatro Carlos Pacheco (hoy Narciso Mendoza) el gobernador presidía el baile. Había cuatro localidades: luneta, platea, palco y galería, la gente que no iba “parada de traje” podía entrar a ver y escuchar la música. Casi siempre traían muy buenas orquestas y se quedaban en “gallola”, galería. Al día siguiente había un baile popular para la gente pobre, tampoco se cobraba nada y las orquestas también eran famosas.

En la década de 1930, Cuautla se convirtió en un centro comercial muy importante, era punto de intersección, se traían mercancías de Acapulco, Puebla, Oaxaca o Veracruz y para ir a la Ciudad de México se iban por tren. Muchas personas de la región oriente y de los estados de Puebla y Guerrero establecieron su residencia en Cuautla en busca de mejores condiciones de vida. Además, cobró importancia turística por las aguas curativas de Agua Hedionda, consideradas, por su alta concentración de azufre, de las mejores del mundo. En diciembre venía gente de otros estados y de otros países, llegaban franceses, alemanes y de muchas otras partes.

Aquí era un centro comercial muy importante, llegó a haber muchos árabes, judíos, chinos y españoles. Por cierto que los árabes participaron mucho en la Revolución (Entrevista a Alarcón, 1999).

Para los habitantes de Cuautla, los horarios del tren marcaban, de alguna manera, su vida. La gente iba a ver la llegada y la partida del tren. En la estación se vendían enchiladas, nieve, fruta de temporada,

⁹ Natalicio de José María Morelos y Pavón, hasta la fecha se festeja con un desfile cívico, participan instituciones educativas, clubes, asociaciones de charros, los bomberos y la policía. Son invitadas instituciones y asociaciones de todo el estado y de estados vecinos, como Puebla y la Ciudad de México. El desfile convoca a personas de toda la región oriente de Morelos.

panecillos de canela y pastel del que le ponían en medio arroz y gelatina de color rojo. Mucha gente sólo iba por consumir los productos que ahí se vendían.

Para quien quería y podía pagar, el tren ofrecía vagones de primera con asientos acojinados y de segunda con asientos duros; los pasajeros llevaban allí gallinas y otros animales. Todos los vagones contaban con baño. Como el recorrido era tan largo, mínimo seis horas, un empleado uniformado vendía golosinas en el tren.

Algunos comerciantes de Cuautla se surtían en la Ciudad de México, pero no alcanzaban a ir y venir el mismo día, entonces se hospedaban en hoteles del Centro o cerca de la estación de San Lázaro.

Siendo presidente de la República, Lázaro Cárdenas solía visitar el pueblo de Tetelcingo, en ese tiempo, cuando se empezaba a construir la carretera Panamericana,¹⁰ Cárdenas corrigió el trazo para que pasara por Cuautla. En el sexenio siguiente, con Manuel Ávila Camacho, fue pavimentada y con más afluencia se ofreció el servicio de autobuses a Cuernavaca, Jojutla, Yautepec, Axochiapan, Yecapixtla, Ocuilco, Villa de Ayala y Agua Hedionda. Dichos autobuses pertenecían a la recién fundada cooperativa de autotransportes “Fraternidad Morelense”, que después sería la “Cauhtlán” y hoy “Estrella Roja”.

Desde los años treinta, con un gran esfuerzo de los comerciantes, circulaba un periódico local que se llamaba *Papel y Tinta* que después fundó *El Teporingo*. Los escritores eran al mismo tiempo los impresores, daban cuenta de las personalidades que visitaban Cuautla, cuánta gente había llegado y se había ido en el tren y a qué capacidad estaban los dos hoteles del pueblo.

En la década de los cuarenta, Cuautla siguió siendo una población muy pequeña, 18 066 habitantes, 9 659 en la zona urbana y 8 407 en la zona rural (Secretaría de Economía, 1953). La zona urbana presentaba grandes contrastes, mientras había extensas quintas¹¹ en las afueras, alrededor de la Alameda se encontraban también casas delimitadas por tecorrales¹² y huertas.

¹⁰ La carretera Panamericana atraviesa la República Mexicana conectando desde Estados Unidos hasta Guatemala.

¹¹ Casa rodeada de jardines, árboles frutales, bosque o cualquier tipo de áreas verdes (Lara, 1996).

¹² Cerca de piedras amontonadas que rodea un terreno.

En esta misma década, se inició la pavimentación de algunas calles (Insurgentes y Defensa del Agua). Había muy pocos automóviles, la gente se transportaba en caballo, en burro o hacían largos recorridos caminando. La gente recuerda que todavía en esos años: “un presidente municipal, de extracción campesina, venía a caballo y lo amarraba ahí en Palacio Municipal” (Entrevista a Alarcón, 1999).

Durante la primera mitad de 1940, empezaron a abrir negocios inmigrantes extranjeros que venían huyendo de la Segunda Guerra Mundial. Los españoles eran abarroteros, los árabes tenían tiendas de ropa y telas, los judíos, de distinta procedencia, pusieron tlapalerías y ferreterías, los chinos establecieron sus famosos cafés. Había una separación entre los europeos y los comerciantes locales, mucho más con la población que se dedicaban al campo. La gente de clase social alta usaba casimir y camisa; los españoles usaban chaleco, porque el clima no les permitía usar saco. Las mujeres de esta clase social usaban zapatillas, falda larga y blusa acolchonada. Empezaron a usar el cabello corto por influencia de la moda capitalina y empezó a desarrollarse el oficio de peluquera. La gente campesina usaba el calzón amarrado con un *cintillo*¹³ y huaraches (Entrevista a Alarcón, 1999).

En las casas de las familias adineradas se empezaron a usar las estufas de petróleo, la comida se cocinaba más rápido y era más fácil de encender y más limpio que el carbón. Además, instalaron lavaderos y letrinas dentro de sus viviendas.

Las familias eran afectas al teatro y se divertían en las carpas que llegaban a Cuautla con periodicidad; eran famosas “La Carpa Estrella”, los “Títeres Rosete Aranda”, “Carpa Tallita”, “Rosalba” y “María Victoria”. Había esparcimiento para todas las edades y clases sociales.

Una expresión reiterada en los testimonios recabados es que en aquel entonces, la gente de Cuautla se conocía entre sí, había mucha familiaridad entre las personas. El mercado abría muy temprano, como a las tres o cuatro de la mañana, pues desde las cinco la gente iba de compras para preparar lo que se llevaban al campo los hombres. En el Zócalo había refresquerías, fondas, pozolerías y loncherías, estas últimas permanecían abiertas día y noche, la gente que se iba de parranda pasaba a comer tortas o pancita, según la hora. Tam-

¹³ Tira de tela u otro material, generalmente elástica que sirve para sujetar, atar o ceñir.

bién había duetos, tríos y mariachis que se contrataban para dar serenata o para seguir la parranda.

Empezaron a editarse con más frecuencia los periódicos locales. En 1946 se empezó a publicar *Ariópago*, luego *Decimos* y posteriormente el *Polígrafo*. En 1949 se fundó el periódico *¿Qué?* del cual se llegaron a tirar hasta tres mil ejemplares dos veces por semana. Circulaba en todo el estado, jueves y domingos.

Desde la década de los cuarenta se puso de moda una distracción sólo para hombres, la famosísima “zona de tolerancia de Cuautla”, se encontraba donde hoy es la colonia Madero, cerca de la iglesia del “Señor del Pueblo”. Fue un reconocido centro de diversión en Morelos. Hubo casas muy populares, como “La Picochulo”, “La Chavela”, “La Figueroa” y “El Molino”, donde estaban las muchachas mejor cotizadas. También había mujeres muy solicitadas, entre ellas, “la Flavia”, la “India María” y “La Negra”. Se reconocía que había una gran supervisión sanitaria por parte de las autoridades municipales.

Eran frecuentes las manifestaciones de machismo y violencia en esos lugares, donde las riñas se desencadenaban sin razón, a veces por el simple hecho de que alguien se le quedará viendo a otro, lo que generaba un pleito que podía terminar con fatales consecuencias.

Ésa fue una época de “matones”, la impartición de justicia se ejercía al margen de la observancia del mínimo respeto a los derechos humanos, por aquel entonces se reconocía popularmente que la justicia se aplicaba al estilo de Mario Olea,¹⁴ es decir, si la policía comprobaba que alguien era culpable de abigeato, asesinato o robo, se le colgaba en el amate de Palo Verde o se le aplicaba la ley fuga.

Para 1950, la población ascendía a 17 721 habitantes en la zona urbana y 12 274 en la zona rural (Secretaría de Economía, 1953). Se acostumbraba la “ronda” en las colonias, como una forma de vigilancia, 10 o 12 habitantes de la colonia se ofrecían como voluntarios. Para andar en la calle entrada la noche, se necesitaba un salvoconducto, el cual tenía validez si lo firmaba un conocido de las autoridades.

¹⁴ Jefe de la Policía Judicial estatal (1945-1948). No necesariamente llevaba a los culpables ante un juez, si él comprobaba que un sujeto era culpable lo mandaba matar. “Se rumoraban muchas cosas de él, pues con sus ayudantes eran el terror de los robavacas, los asaltantes y los asesinatos en los pueblos y los municipios del estado de Morelos (Orozco, 1999, p. 19).

La función de la “ronda” era cuidar que no entrara a la colonia ningún extraño; si veían a un desconocido le solicitaban el salvoconducto.

Se estableció en el poblado de San José una planta de luz, cuyo propietario era un español, pero mucha gente siguió usando las velas al no tener dinero para pagar el servicio. Había la posibilidad de tener luz por 12 o 24 horas, se llamaba servicio de “12” o “24”. Había alumbrado público eléctrico, con una luz tan débil que no había gran diferencia respecto a la luz de las velas.

Gracias a la planta de luz pudo funcionar una pequeña radiodifusora llamada “XEWf”, “La voz de Morelos desde Cuautla” (imitando a la XEW del D. F., “La voz de la América Latina desde México”). Había música de tríos en vivo, se anunciaban los negocios y se representaban radionovelas. Transmitía desde los terrenos del panteón municipal.

A mediados de los años cincuenta, algunos de los extranjeros, especialmente judíos que se habían asentado en Cuautla, traspasaron sus negocios con muchas facilidades a oriundos de Cuautla y emigraron a la Ciudad de México.

En la década de los sesenta y hasta mediados de los setenta, se observó cierta continuidad en las prácticas cotidianas: en algunas casas la iluminación y la cocción de alimentos a través de petróleo y en otras con gas. Por la mañana se barrían los frentes de las casas, la gente iba al campo y repartían la leche a caballo, caminaban mucho. Sin embargo, el crecimiento de la población fue importante, en los años sesenta. De 29 995 habitantes en 1950, llegó a tener 42 601 habitantes en 1960 (Secretaría de Industria y Comercio, 1963).

La ciudad seguía siendo pequeña, había alrededor de sesenta manzanas, los adultos la describían como: “una ciudad muy provinciana, su gente y sus familias nos conocíamos unos con otros, no había niños de la calle, ni drogadicción, vivíamos en un ambiente sano” (Entrevista a Nava, 1999). Se protegía a las personas que, a pesar de tener alguna discapacidad física o mental, ayudaban a la comunidad, tal es el caso de “La Paula”, quien durante décadas se dedicó a regar y barrer la calle principal, de Galeana hasta los Bravo, para que no se levantara polvareda, y sacaba la basura de las casas y los negocios o “Chano, el loco”, a quien le gustaba besar a las muchachas y era el coco de los niños que se portaban mal. También estaba “Blanquita”, quien vendía limonadas por todo el mercado, se pintaba la cara con una mezcla de crema y blanco de zinc. Otro personaje era “el minuto”, un chaparrito

oaxaqueño que se ganó ese apodo porque estaba muy pequeñito, él siempre platicaba de Benito Juárez y sobre la Revolución.

A unas seis o siete cuadras del zócalo, hacia el norte, había casas pequeñas de tabique en grandes terrenos; pero también había muchas familias en pequeños cuartos de vecindad. La gente que vivía en la calle principal tenía sus negocios al frente, y en la parte posterior, la casa habitación.

Hacia el sureste, el río dividía a Cuautla de otras comunidades; las casas de adobe, rodeadas de tecorrales, delimitaban sus corrales. Los límites de Cuautla eran: las quintas, el río, las huertas y los sembradíos de caña y jitomate. Una mujer explica, con tono de melancolía:

Había muchos *apancles*, la ciudad estaba como delimitada por ellos, donde está hoy la terminal Cristóbal Colón, había un canal que se llamaba el Centavito, porque cobraban un centavo por bañarse. También la gente se bañaba en el río o iban al balneario de Agua Hedionda. Cerca de los arroyos había muchas amapolas y uno las recogía para adornar su casa (Entrevista a Nava, 1999).

Todavía en 1970, muy pocas familias tenían aparatos eléctricos, en una cuadra podía haber una sola casa donde tuvieran un televisor; algunos cobraban por dejar entrar a sus vecinos a ver la programación, otros iban por invitación y entraban sin pagar. En los alrededores, un ambiente más pueblerino, no se acostumbraba cobrar, niños y adultos eran invitados a ver la televisión, después de las seis de la tarde. El aparato eléctrico más común era la radio. Había pocas casas con teléfono, que funcionaban por operadora.

La gente iba con frecuencia al cine, había dos funciones: cinco y ocho de la noche, para que las familias asistieran después de cerrar sus negocios. Los domingos había “matiné”, la función de los niños donde se proyectaban hasta tres películas por un mismo boleto. Niños y jóvenes solían ir solos al cine.

Hasta la década de los setenta siguieron llegando las carpas; y hubo funciones de teatro en el cine “Narciso Mendoza” (dos décadas antes, teatro “Carlos Pacheco”). Varias obras fueron montadas por un grupo experimental de la localidad, del “Club Narciso Mendoza”, otras eran de grupos consolidados que venían de la Ciudad de México.

Los domingos, después de misa, algunas familias acostumbraban en la mañana quedarse un rato en el zócalo a tomar una nieve, acom-

pañada de “marquesote” o “mamón” (pedazo de pastel) y escuchar la banda municipal que tocaba en el kiosco; por la tarde, los padres se sentaban en las banquetas y los hijos daban vueltas en el zócalo o alrededor del kiosco. Otras familias acostumbraban tomar un helado, un café o un refresco en la cafetería “La Universal”.

La fiesta del Señor del Pueblo, en el segundo viernes de cuaresma, y el desfile del 30 de septiembre eran las celebraciones que seguían atrayendo más visitantes, sólo que ahora llegaban en autobús, en carros particulares o a caballo. En este desfile participaban escuelas de nivel medio superior, superior, normales, contingentes militares, veteranos de la Revolución, obreros, campesinos, sindicatos, carros alegóricos y agrupaciones de charros. Varios de estos contingentes venían de otras localidades y entidades federativas, costumbre que prevalece hasta la fecha.

A partir de la segunda mitad de la década de los setenta el incremento de la población de Cuautla fue notablemente alto, y para la década de los noventa, INEGI (1991) reportó 120 315 habitantes. A la par del crecimiento demográfico, se observaron grandes cambios en el paisaje urbano, en la vida cotidiana de sus pobladores, en las comunicaciones y en la educación. Se formaron nuevas colonias en respuesta al crecimiento de la mancha urbana, se pavimentaron calles, se entubaron los apancles y se introdujo el drenaje. Aparecieron nuevos centros de esparcimiento tales como las discotecas, y la zona de tolerancia fue reubicada a las afueras de la ciudad en respuesta al reclamo de algunos sectores de la sociedad.

Como parte del reordenamiento urbano, varias calles del primer cuadro de la ciudad fueron convertidas en áreas peatonales, se intensificó el tránsito vehicular; muchas calles empezaron a ser de un solo sentido, y se multiplicó el transporte público. Proliferaron las sucursales bancarias, los cajeros automáticos, las casas de cambio; se abrieron centros comerciales y guarderías; algunos cines cerraron y sus espacios se convirtieron en arenas de lucha libre o en lugares para la realización de eventos sociales y de espectáculos.

Se imitó la moda norteamericana, las mujeres empezaron a usar pantalón y algunos de los jóvenes transitaron de la moda al estilo “travolta” a los “punk”, donde indistintamente hombres y mujeres usaron aretes, peinados extravagantes, pantalones holgados y playeras escotadas.

Las mujeres de estratos bajos dejaron de “echar” tortillas, surgieron varios molinos y tortillerías; cayeron en desuso la leña y el petróleo, así como los combustibles para los calentadores de agua. En la mayoría de las casas había televisores, estufa de gas, refrigerador, plancha eléctrica, licuadora, teléfono de disco, radio, estéreos y videocaseteras. La práctica de reunirse para ver la televisión se transformó en reuniones familiares para ver películas rentadas.

Cada vez fue más frecuente y de manera natural se fue aceptando que las mujeres trabajaran fuera de su casa, establecieran negocios, se dedicarían a las ventas a domicilio, se desempeñaran como secretarías en oficinas de gobierno, en el correo, el telégrafo, o en las sucursales bancarias. De manera gradual y permanente las mujeres fueron ocupando más espacios laborales que los hombres en el magisterio y como empleadas. También se incorporaron como obreras, albañilas y empezaron a incursionar en la vida política. Fenómeno que desencadenó el surgimiento de otros tipos de servicios, como el establecimiento de guarderías infantiles.

Según economistas, Cuautla es una ciudad centro en el oriente del estado de Morelos, de ahí se han distribuido, desde tiempos de la Colonia, diferentes productos a la Ciudad de México. Cuautla está ampliamente comunicada con la Ciudad de México por un ramal de la autopista México-Acapulco, las carreteras México-Xochimilco y México vía Chalco, así como con la ciudad de Puebla, por la carretera México-Oaxaca. Al igual que Jiutepec, Temixco y Cuernavaca, Cuautla es una de las cuatro ciudades denominadas metropolitanas del estado de Morelos (Tapia, 2001a, p. 99). En la década de los noventa, mostró, como resultado de la expansión de la mancha urbana, la afectación de su vocación agrícola en la región,¹⁵ la cual se intentó compensar con una industrialización hasta ahora incipiente.

Producto de esa intensa actividad comercial y de distribución, en la década de los noventa su población creció proporcionalmente más que Cuernavaca, la capital del estado:

La ciudad de Cuernavaca, en particular pasa de 37 mil a 134 mil habitantes de 1960 a 1970, lo que significa un promedio anual de crecimiento de 13.7%

¹⁵ En la década de los ochenta se formó la primera Central de Abastos del estado y es precisamente en Cuautla donde ésta se ubica.

Éste es el mayor ritmo de incremento observado en la capital estatal, pues en las siguientes décadas ha sido de 3.7% anual en promedio, alcanzando una población de 192 mil en 1980 y de 279 mil en 1990. Por su parte, *la ciudad de Cuautla registró el crecimiento más alto entre 1980 y 1990*,¹⁶ cuando pasa de 24 mil a 110 mil habitantes, lo que significa un incremento promedio de 16.4% anual (Rodríguez, 1993, p. 255).

El municipio de Cuautla cuenta con todo tipo de servicios públicos, su población es de 175 207 habitantes, (INEGI, 2010). Se caracteriza por su gran actividad comercial (formal e informal), especialmente de productos agrícolas en la Central de Abastos Cuautla, el comercio y las tiendas de autoservicio. Por esta razón es considerada una ciudad de abasto regional. Este movimiento económico ha alentado el arribo de personas procedentes de entidades federativas vecinas como Oaxaca, Puebla, Estado de México, Distrito Federal y Guerrero, lo que ha generado una demanda de todo tipo de servicios.

En el campo de la salud, esto ha hecho necesaria la ampliación de la oferta instalada. Actualmente, Cuautla cuenta con nueve centros de atención médica de primer nivel, tres hospitales de segundo nivel dependiente del Instituto Mexicano del Seguro Social, del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado y de la Secretaría de Salud, que prestan el servicio a Cuautla y a los 16 municipios de la región oriente de la entidad, además de la población de algunas localidades de Puebla, Guerrero y Estado de México, colindantes con Cuautla. En 1996 la Secretaría de Salud y la Organización Panamericana de la Salud, certificaron a Cuautla como: municipio saludable, primer municipio del estado de Morelos en recibir dicho reconocimiento.

Finalmente, en el aspecto político Cuautla ha experimentado un aumento significativo en la participación ciudadana expresada en los procesos electorales, locales, estatales y federales. Al parecer, hasta antes de la década de los setenta, la existencia de una clase política local era exigua, las discusiones y la participación, se realizaban en reuniones de grupos gremiales y clubes sociales de servicio,¹⁷ en charlas

¹⁶ El subrayado es mío.

¹⁷ Los grupos políticos de Cuautla han sido “Grupo Cuautla”, “Leandro Valle” y “Grupo Plan de Amilpas”. Los clubes eran el “Rotario” el de “Leones” y el “Club Activo 20-30”.

de café,¹⁸ integrados por personas con una reconocida solvencia moral y económica; poco a poco se fue conformando una clase política profesional de hombres y mujeres, con distintos niveles de escolaridad, que se involucran y participan en la transición democrática del municipio (Escalante e Ibarra, 2000).

Educación escolarizada

Si bien es cierto que desde principios del siglo XX había una escuela primaria en Cuautla, la “Escuela Primaria Para Niños” (1903) y que en 1905 fue creado el “Colegio de Niñas Hermenegildo Galeana”, fue hasta 1930 cuando el gobierno federal creó escuelas en los municipios y poblados de mayor población de Morelos.

En 1930, Cuautla tenía dos escuelas primarias mixtas, la “Hermenegildo Galeana” y la “Narciso Mendoza” cuya matrícula no llegaba a 500 alumnos. Posteriormente se crearon otras escuelas, como el Jardín de Niños Morelos (1933) y la escuela Narciso Mendoza (1954), esta última tomó el nombre de una antigua escuela para niños que funcionó de 1911 a 1933.

En 1933 ya había escuelas en las colonias que empezaban a formarse, pero eran consideradas escuelas rurales federales, la única que tenía un nombre diferente a la localidad era la escuela “Plan de Ayala”, ubicada en la colonia Zapata. Las demás son reportadas por las misiones culturales como, “una escuela experimental en Cuautlixco, y escuelas rurales federales en las colonias Madero, Gabriel Tepepa, Eusebio Jáuregui y Otilio Montaña” (Archivo Histórico de la SEP; Valero, 1933, p. 7).

A finales de la década de los treinta se fundó la primera escuela secundaria llamada “Escuela Secundaria por Cooperación” (hoy “Antonio Caso”); se creó un comité pro-fundación que se dio a la tarea de visitar casa por casa para convencer a los padres de familia de que permitieran a sus hijos seguir estudiando. Algunas familias habían mandado a sus hijos a estudiar a internados en la Ciudad de México o a internados del estado.

¹⁸ La cafetería donde se daban cita dichos grupos era “La Universal”, ubicada en la calle principal del municipio.

En 1954 se creó la primera escuela preparatoria en Cuautla, incorporada a la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Desde entonces empezó a ser significativa la asistencia de las mujeres a las universidades, en parte porque los/las jóvenes tenían que irse a la Ciudad de México o Puebla, para cursar el bachillerato, si deseaban cursar una carrera universitaria. Debido a esto, por mucho tiempo, el ser profesora era la opción más viable para las mujeres, porque podían estudiar en la localidad. La otra opción para las mujeres era ser enfermeras. Tomaban cursos en Salubridad, que las acreditaba para ejercer. Sin embargo, hubo familias que se opusieron a que sus hijos estudiaran cualquier profesión. Una mujer de la generación de las abuelas comenta:

Yo a los dos años de haber terminado la primaria me casé, antes éramos muchachas grandes las que íbamos en sexto año, terminábamos ya de quince o dieciséis años. Mi mamá no me dejó seguir estudiando, yo quería estudiar enfermería, pero mi mamá no quiso. A mí me gustaba mucho eso, me llamaba mucho la atención verme de blanco, pues quizá si hubiera yo empezado en Salubridad y quizás yo después hubiera ido a México. Yo si tenía muchas ganas y me quedé con los sueños (Entrevista a Sánchez, 1999).

Otra opción educativa –privada– la representó la Escuela Normal María Elena Chanes, fundada en 1963, en la que, sin embargo, se presentaron

...varias anomalías, como la venta de títulos y plazas a egresados, también existió especulación en relación con pagos de exámenes y otros problemas semejantes. Esta situación orilló a los estudiantes y familiares, en 1975, a organizarse para solicitar y exigir a las autoridades educativas que la escuela dejara de ser particular y pasara a ser escuela federal. [...] La lucha estudiantil fue apoyada por estudiantes de la Preparatoria Cuautla, de la Normal de Amilcingo y del Centro de Estudios Agropecuarios número 30 de Temoac, así como por familiares y simpatizantes (Caballero, 2009, p. 115).

El movimiento fue apoyado por la Sociedad de Padres de Familia, la cual fue creada en 1976 y contó con el reconocimiento de las autoridades municipales y estatales por su desempeño en las gestiones administrativas y en la consolidación de convenios estatales y federales. En 1977, la Dirección General de Normales de la SEP determinó la conversión de la Escuela Normal Particular en Normal Federal Expe-

rimental, figura creada para permitir el tránsito de una institución privada a una pública y que trajo consigo la creación de la Escuela Normal Urbana Federal Cuautla.

Para 1990, Cuautla contaba con un total de 167 planteles de educación básica, educación media superior, profesional medio y planteles de capacitación para el trabajo, también se han establecido instituciones de educación superior pública y privada, véase tabla 1.

Tabla 1. *Matrícula total en el Municipio de Cuautla, Morelos Ciclo escolar 1991-1992*

Nivel educativo	Alumnos inscritos	Docentes	Escuelas
Preescolar	4 988	152	45
Primaria	22 586	668	67
Capacitación para el trabajo	2 812	135	21
Secundaria	7 968	393	21
Media superior	3 761	243	8
Profesional medio	788	90	5
Total:	42 904	90	167

Fuente: INEGI, *Anuario estadístico del Estado de Morelos*, edición 1993.

Atlatlahucan

Originalmente, el término Atlatlahucan se escribía *Atlatalukan*; etimológicamente proviene de *a-atla*, “agua”; *tlatlau-ki*, “color rojo, ocre o bermejo” y *kan*, “lugar propio”, por lo que significa: “Lugar donde hay agua rojiza”, la cual en la actualidad es la que se almacenan en un *jagüey*¹⁹ en tiempo de lluvia.

¹⁹ Pozo o zanja llena de agua.

Antes de obtener el estatus de municipio, Atlatlahucan era un pequeño pueblo de poco menos de dos mil habitantes (Elizondo, 1984, p. 73), no había trazos de calles y la mayoría de las casas eran de carrizo; era rara la casa construida de tabique o ladrillo colorado, era una Ayudantía perteneciente al municipio de Tlayacapan. Como consecuencia de los estragos generados durante la lucha revolucionaria iniciada en 1910, esta Ayudantía al igual que otras más del estado de Morelos, pugnaron por alcanzar la categoría de municipio para resarcir las difíciles condiciones materiales y dar una mejor atención a los vecinos del lugar.

Aunado a lo anterior, el crecimiento demográfico y el fortalecimiento de los usos y costumbres propició que en 1932, vecinos del lugar se organizaran para gestionar ante las autoridades estatales que el pueblo de Atlatlahucan se reconociera como cabecera municipal. Una vez logrado este objetivo, fue nombrado el primer presidente municipal, quien ocupó dicho cargo durante un año.

Este municipio se localiza en el oriente del estado de Morelos, colinda al norte con el Estado de México y el municipio de Totolapan; al sur con Cuautla; al este con Yecapixtla, y al oeste con Tlayacapan y Yautepec. Tiene una superficie de 47.07 km², cifra que representa 1.44 % del total de la superficie de la entidad.

En expresión de la gente del lugar, había un conflicto social entre los “de arriba” y los “de abajo”, si un muchacho subía o miraba a una muchacha de arriba, había pleito seguro. Los “de abajo” eran los más pobres, dormían en petate y sólo tenían cobija, comían en el suelo, también preparaban sus alimentos a nivel del piso, andaban descalzos o de huaraches; las mujeres llevaban rebozo de rayitas “corrientito”, faldas y blusas de manta; los hombres usaban camisa y calzón de manta. Aunque éstos eran perseguidos si se atrevían a mirar una muchacha “de arriba”, muchos sí se casaron con ellas. Sin embargo, eran discriminadas por los “de abajo”, que en tiempos de la Revolución siguieron a Emiliano Zapata; una mujer explica: “éramos muy inditos, nos tenían de apodo los “cholos” o “tacharines” (Entrevista a Cristobalina, 2000).

Los “de arriba” tenían mayores recursos; algunos hombres usaban corbata y zapatos; sus casas tenían piso y muebles: un roperito, un baúl y camas. Pero había otra sección, la del centro, donde vivían las familias ricas. Las mujeres tenían vestidos brillantes, rebozos de

“bolita”²⁰ y algunas usaban tacones; los hombres se ponían pantalón de lino y “hasta corbatita”. Los llamaban “mafufos”; tenían colchón en sus camas, sábanas y cobijas; sus casas tenían piso.

Mientras duró el reparto agrario (1927) los “del centro” estuvieron fuera de los conflictos entre los “de arriba” y los “de abajo”, puesto que muchos “ricos” dirigían el reparto,²¹ además, tenían juntas, prestaban maíz y ofrecían trabajo (Elizondo, 1984, p. 76).

La división se revivía en los carnavales, y particularmente, con las dos comparsas más famosas: la Unión Central, que era de los ricos y educados, y la Juárez, la de los pobres y burros. La primera tenía lugar en el lado sur de la plaza y asistían los “de arriba” y los “del centro”. La de Juárez, a la que iban los “de abajo” se celebraba en la parte norte de la plaza y su mala fama se debía a la asistencia de “malas mujeres” (*ibid.*, p. 83).

En la década de los cuarenta, Atlatlahucan tenía 2 139 habitantes (Secretaría de Industria y Comercio, 1963). En el pueblo sólo había cinco tiendas, la de don Pancho Toledano, la de Crecencio González, la de Francisco Urbano, la de “Las 15 letras” de Rubén Hernández y la de Francisco Amaro, pero vendían muy pocas cosas porque mucha gente iba hasta Cuautla a traer su mandado. Como no había camiones que llegaran hasta el pueblo, la gente tenía que caminar desde el Km 88 de la carretera México-Amecameca-Cuautla (aprox. 4 km).

No había luz, en las casas se usaban velas y en las calles había unos farolitos de petróleo que se mantenían encendidos durante la noche; la gente se iba a dormir temprano a excepción de los borrachitos “que siempre los ha habido en Atlatlahucan”; las casas estaban separadas por tecorrals.

En esta localidad, en las décadas de los cuarenta y cincuenta, las misiones culturales cumplieron su objetivo de “impactar a las comunidades en su mejoramiento integral” (Solana, 1981, p. 175). En Atlatlahucan, donde alguna gente comía en el suelo, se empezaron a hacer braseros de carbón en alto, también banquitos, camas y muebles; además, se impartieron clases de costura y de cocina. Una mujer de cuya familia se incorporaron casi todos a las misiones culturales recuerda:

²⁰ Tipo de rebozo muy fino.

²¹ Se refiere al reparto de tierras.

Las misiones culturales enseñaron a inyectar, a curar marranos y aves. Enseñaron a las mujeres a inyectar, les enseñaron a poner sus tlecuiles²² arriba para que no se lastimaran las rodillas, les enseñaron corte, comida, carpintería. Mi papá les enseñaba a preparar los chiles en vinagre, cacahuates garapiñados; en cuestión de talleres, mi papá les enseñó la carpintería (Entrevista a Peña, 1996).

Las misiones culturales lograron formar a algunos hombres y mujeres de la comunidad como maestros en la enseñanza de las primeras letras, operaciones y manualidades. Posteriormente, se fueron incorporando a las escuelas maestras y maestros egresados de las normales rurales de Morelos, particularmente de la Escuela Normal Rural. Para 1950, Atlatlahucan ya tenía 2 462 habitantes y toda su población seguía considerándose rural (Secretaría de Economía, 1953).

A pesar de las mejoras en el ámbito educativo, el pueblo siguió siendo muy pobre, la gente vivía con muchas carencias; no había agua potable; se tenía que ir a barrancas y los hombres desde muy temprano acarreaban el agua. La gente se bañaba cada tercer día o cuando se podía ir al río o a una barranca. Durante las lluvias se almacenaba agua en un *jagüey*. Las mujeres iban a lavar hasta Oaxtepec o Cuautla;²³ iban al Almeal o al Río de las Tazas y ahí aprovechaban para bañarse y bañar a sus hijos. También las mujeres, según evoca una de ellas: “teníamos que caminar aproximadamente 4 km con las cubetas de ropa a cuestras” (Entrevista a Cristobalina, 2000).

Después, a finales de los años sesenta²⁴ y gracias a una buena época en la siembra del jitomate, por la introducción de tecnología y por la venta de tierras de lo que sería el fraccionamiento Lomas de Cocoyoc, el pueblo comenzó a transformarse; su gente entusiasta y solidaria promovió la pavimentación de las calles principales, la introducción del agua potable y la electrificación. Los primeros en sembrar y “pegarle a la cosecha” fueron los campesinos que tenían un pedazo de tierra, su yunta y su casa de carrizo. Algunos invirtieron el dinero en camionetas, tractores y construyeron casas de cemento, de bardas al-

²² Tlecuil, cocina de humo.

²³ A Oaxtepec se llegaba por el campo, por veredas, caminaban unos 5 kilómetros. Para llegar a Cuautla, caminaban unos 5 kilómetros también y luego tomaban un camión que venía de la Ciudad de México y tardaba aproximadamente una hora hasta Cuautla.

²⁴ Para esta década la población alcanzaba los 3 193 habitantes.

tas a su alrededor. También compraron electrodomésticos (Elizondo, 1984, p. 61).

A partir de esa década, algunas familias empezaron a mandar a sus hijos a estudiar fuera del pueblo, primero fueron a la secundaria a Cuautla, y posteriormente, a la Ciudad de México a estudiar el bachillerato y la licenciatura. Hoy el pueblo tiene abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, administradores de empresas, contadores, publicistas y maestros (la profesión más antigua del pueblo).

El cultivo de jitomate no desplazó a los cultivos tradicionales: maíz, frijol, chile y cacahuete, sin embargo, desplazó a la ganadería. Muchos habitantes del pueblo no tuvieron recursos para cultivar jitomate, quien no tenía tierras no podía pedir prestado al banco para comprar semillas, ni fertilizantes y entonces rentaba tierras y seguía sembrando maíz.

Los años setenta²⁵ fueron difíciles, por la baja en el precio del jitomate; varios campesinos lo perdieron todo. La esperanza de recuperarse llevó a algunos jitomateros a formar la Unión de Productores de Hortalizas e hicieron un local para empacar; ahí nació la “Empacadora”. Tuvieron algunos logros, compraron insecticidas y por un tiempo vendieron sus productos a una compañía enlatadora japonesa.

En esta misma década, las dificultades sociales y políticas reaparecieron en el pueblo a raíz de un conflicto religioso que trajo una nueva división, esta vez entre tradicionalistas, o “carismáticos” (lefebvristas), y progresistas, o “bíblicos” (teología de la liberación). Los primeros querían seguir escuchando la liturgia en latín y celebrar todas las fiestas religiosas tradicionales; los segundos eran simpatizantes del obispo de Cuernavaca Sergio Méndez Arceo, quitaron los santos de su capilla y leyeron y comentaron la Biblia, actos que escandalizaron por muchos años al pueblo. El conflicto religioso se combinó con un problema político que derivó en la existencia de dos presidentes municipales en el mismo trienio; uno, colocado por los tradicionalistas, y otro, impuesto por los progresistas; ambos alegaban haber sido elegidos legalmente.

²⁵ Se registró una población de 5 167 habitantes, de los cuales 3 590 fueron reportados como población urbana y 1 577 como rural (Secretaría de Industria y Comercio, 1971).

En los años ochenta,²⁶ el gobierno estatal intentó acabar con los conflictos haciendo llamados constantes a las dos lideresas que encabezaban los grupos antagonicos, la profesora Rosario García, por los progresistas, y a la señora Guadalupe Villa, por los tradicionalistas. El gobernador Lauro Ortega Martínez (1982-1988) las invitó a sembrar un árbol, símbolo de la paz, además de participar en la creación de una cooperativa para introducir el procesamiento del amaranto. Ambos proyectos fracasaron, el árbol se secó y la empresa del amaranto nunca funcionó. Con el paso de los años y el surgimiento de nuevos líderes, el conflicto ha ido disminuyendo.

La gente de Atlatlahucan reconoce en el gobernador Lauro Ortega a un promotor de los cambios de su municipio, porque intentó diversificar la producción e introducir el drenaje, el agua potable y la electrificación de las colonias del municipio; mandó perforar un pozo que trajo igualmente beneficios a algunas tierras de cultivo e inauguró el transporte colectivo y la pavimentación de calles.

En este poblado son importantes las relaciones sociales cercanas entre los habitantes y se reconoce la filiación política religiosa de los individuos, es decir, las relaciones de compadrazgo y parentesco son trascendentales en la vida político-religiosa de la comunidad.

Muchas mujeres han estado cerca de sus esposos al momento de la siembra o de la cosecha, otras han ejercido la docencia o bien, se han ido incorporando al sector de servicios como secretarias, empleadas o dueñas de pequeños comercios. Deciden buscar un ingreso adicional ante las dificultades que representa ser campesino y vivir sólo de un ingreso en la familia. Una mujer que dedicó toda su vida a la docencia y cuyo esposo siempre ha sido campesino explica:

Atlatlahucan es un pueblo “jitomatero por tradición”, la mayoría de la gente se dedicaba al trabajo en el campo, eran pocos los que no sembraban, por ejemplo, los maestros, aunque algunos sí tenían una pequeña milpa. En los últimos años ser campesino es difícil, se invierte mucho y se gana poco al vender la cosecha. Muchas tierras son de temporal y sólo se saca una cosecha al año (Entrevista a Peña, 1996).

²⁶ La población era de 8 300 habitantes.

Para 1990,²⁷ en Atlatlahucan, como en muchas partes del país, existe una estrecha relación entre el medio rural y el urbano, entre actividades agrarias, industriales y de servicios, tanto clandestinas, como formales, combinando el trabajo familiar con el trabajo asalariado; además, se genera un movimiento diario del personal del campo a las pequeñas ciudades. Las familias campesinas empiezan a encontrar una importante fuente de ingresos trabajando en Cuautla, en ocasiones se han convertido en su principal sustento, desplazando a la actividad agrícola. Las actividades extra agrarias tienen que ver con manufactura casera, ventas a domicilio y trabajos en diferentes servicios. Una parte importante de estas actividades son desempeñadas por mujeres.

En Morelos, Atlatlahucan es considerado un municipio, en cuanto a su volumen de población –18 895 habitantes– (INEGI, 2010). Forma parte de lo que se conoce como “Los Altos de Morelos”,²⁸ se localiza en el rincón nororiental del estado. De ser un municipio eminentemente agrícola, la tendencia ha sido a terciarizar su economía, como los demás municipios del oriente.

Este municipio se encuentra bien comunicado con las ciudades de Cuautla, Yautepec y México por ramales de las carreteras México-Xochimilco y México-Chalco en el entronque ubicado en el km 88; al norte existe una carretera estatal que pasando por Totolapan, San Andrés, Tlayacapan, Oacalco y Yautepec, va hacia el Distrito Federal o a Cuernavaca. Cuenta con un servicio de transporte colectivo hacia Cuautla y Yautepec (principales centros de abasto de la población) prestado mediante vehículos de tipo colectivo y taxis.

En el ámbito de la salud, existe en la cabecera municipal y en San Juan Texcalpan una infraestructura consistente en un Centro de Salud, una Casa de Salud, una Unidad Básica de Rehabilitación y algunos consultorios privados, lo que resulta insuficiente para la cobertura de la población.

²⁷ La población ascendía a 9255 habitantes.

²⁸ “En la actualidad, la región está formada por cuatro municipios: Atlatlahucan, Tlalnepantla, Tlayacapan y Totolapan. [...] Los lugareños a veces se refieren a la región como los Altos de Yautepec” (De la Peña, 1980. p. 34).

La mayoría de los habitantes del municipio profesa la religión católica, sin embargo, es reconocido el histórico conflicto existente que ha dividido a la población, debido a que en la cabecera municipal, se encuentra un ex convento agustino donde se profesa la religión católica tradicionalista, mientras que la Sede Parroquial profesa la católica moderna regida por el sistema sede en Roma. También existen otros tipos de cultos religiosos, como: el Bethel o Asamblea de Dios y los Testigos de Jehová.

En los últimos años, la urbanización de muchos predios, la especulación de la tierra y la crisis en la actividad agrícola han orillado a muchos campesinos a vender a sus tierras a fraccionadores. Un ejemplo de ello es Lomas de Cocoyoc, fraccionamiento que aporta una derrama económica importante al municipio vía impuestos.

Educación escolarizada

En los años cincuenta, la localidad tenía una sola escuela donde se cursaba únicamente hasta cuarto año de primaria; posteriormente, se abrió el turno vespertino donde ya se cursó la primaria completa. Desde entonces, la escuela tiene dos nombres “Benito Juárez” en la mañana e “Ignacio Zaragoza” por la tarde. En 1976 se construyó, mediante inversión estatal, un jardín de niños, una primaria (también con dos turnos) y una telesecundaria.

Para 1990, contaba con escuelas de preescolar, primaria, secundaria y medio superior: una telesecundaria y un Colegio de Bachilleres. Y desde su creación (a mediados de los años ochenta) el Instituto Nacional de Educación para Adultos (INEA) ha tenido funcionando sus programas en este municipio, educación para adultos, primaria y secundaria abierta, véase tabla 2.

Muchos jóvenes siguen saliendo del pueblo a estudiar, algunos viajan diario a Cuautla para cursar el bachillerato u optan por realizar carreras técnicas; otros van a Cuernavaca o Cuautla para estudiar la licenciatura, y cada vez menos, optan por estudiar en la Ciudad de México.

Tabla 2. *Matrícula total en el Municipio de Atlatlahucan, Morelos, ciclo escolar 1991-1992*

Nivel educativo	Alumnos inscritos	Docentes	Escuelas
Preescolar	331	14	7
Primaria	1 902	58	11
Secundaria	484	36	4
Media Superior	79	23	1
Total	2 796	131	23

Fuente: INEGI, *Anuario estadístico del Estado de Morelos*, edición 1993.

Al recuperar la historia social de las localidades objeto de estudio, Cuautla y Atlatlahucan, se pudo percibir que cada generación de mujeres vivió en un espacio impregnado de particularidades y al mismo tiempo un espacio heredado, es decir, construido por muchas generaciones anteriores. El cambio más importante se advierte entre las décadas de 1950 y finales de 1980, las localidades tuvieron un crecimiento demográfico importante, poco a poco se introdujeron los servicios públicos, (agua potable, drenaje, pavimentación, transporte), y quizá el más importante, los servicios educativos. En la década de 1990 se observa que un porcentaje importante de la población en edad escolar podía permanecer en su localidad o cerca de ella desde el jardín de niños hasta la universidad. Las localidades del oriente quedaron comunicadas por una importante red de carreteras y caminos que permitieron a la población trasladarse rápidamente de una localidad a otra.

MUJERES QUE SE EDUCAN Y PARTICIPAN

El concepto educación tiene un uso polisémico, se emplea de múltiples formas, en no pocas ocasiones se le confunde con normas de urbanidad, en otras se utiliza como sinónimo de cultura, pero el uso más generalizado remite a pensar en las actividades que se desarrollan en una institución escolar o escuela, y que lleva a definir un proceso social de formación de un grupo, una comunidad o bien de la sociedad en su conjunto. Este proceso se presenta en todos los grupos humanos y se desarrolla en distintos ámbitos, de manera particular. La sociedad la legítima como medio de transmisión de la cultura, entendida ésta como valores, tradición, costumbres, lenguaje y símbolos.

John Dewey considera dos tipos de educación: la primera es una educación no sistemática, informal o extraescolar; la adquiere el individuo desde su nacimiento participando en ciertos espacios y formas de la vida social como es la familia, el grupo secundario, los clubes, la calle y el ambiente inmediato. Esta educación es vital, profunda y real, pero limitada. La segunda es la educación metódica, sistemática, formal y escolar; se adquiere en la escuela y es más amplia y completa (Dewey, 1967, p. 19). Etiquetada con el término de “informal”, la educación extraescolar se conforma por las experiencias cotidianas, la interrelación del individuo con los diferentes mundos en los que se mueve –la familia, el vecindario, el mundo laboral, los medios masivos de comunicación– y se concreta en el quehacer del día a día (Yurén, 1987, p. 15).

Educación escolarizada

Al intentar estudiar lo que han sido las políticas educativas mexicanas dirigidas a las mujeres, se encuentran grandes lagunas en la información, tanto en las cifras sobre matrícula femenina, asistencia a la escuela y egreso, como sobre las prácticas escolares. En el marco de la historia de la educación, estudiar a la mujer mexicana en general y la morelense en particular no ha sido una tarea sencilla, pues la información está dispersa, mutilada o desorganizada. Para reconstruirla se utilizaron los reportes escolares de los inspectores, los informes de gobierno, los oficios y las memorias simplemente amontonadas y abandonadas en algunos archivos históricos.¹

La situación educativa de las mujeres mexicanas mejoró notablemente a partir de la década de 1970, debido al incremento general del nivel educativo y al aumento de la matrícula escolar femenina en relación con la de los varones. Actualmente en nuestro país, en los niveles básicos, la presencia de las mujeres en las aulas ha llegado a significar un porcentaje similar al de los hombres, como indica Reyes, la proporción de mujeres en la escuela ha llegado a duplicarse:

La igualdad de los sexos en el nivel primaria y secundaria coincide con la expansión del sistema educativo. Entre 1970 y 1983 aumentó considerablemente la participación de las mujeres en el sistema escolar ya que la cifra absoluta prácticamente se dobla al pasar de 4.7 millones a 10.4 millones de estudiantes mujeres (Reyes, 1983).

El acceso de las mujeres a la educación les ha permitido abrir mayores espacios de participación social, aunque éste es un tema poco abordado y desarrollado desde la perspectiva histórica regional. En particular, los estudios sobre la evolución de la educación de las mujeres son escasos, reportan datos sobre el acceso, pero no dan cuenta de lo que pasa con las mujeres que fueron a la escuela. Cortina anota:

¹ La información se recopiló en el *Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública en la Ciudad de México*. En el fondo: SEP, sección: Dirección General de Educación Primaria en los Estados y Territorios de la República. En 67 cajas, se encontró información referente a escuelas rurales y urbanas del estado de Morelos de 1930 a 1970. Así como algunas leyes, decretos y reglamentos. Además de los archivos particulares de los ex gobernadores del estado de Morelos y en el *Archivo General e Histórico del Gobierno del Estado de Morelos*.

En Latinoamérica, en las últimas décadas el acceso de las mujeres a la educación formal ha mejorado considerablemente, pero durante los años de rápida expansión a comienzos de siglo se dio poca consideración a los temas que hoy nos preocupan: el grado en que las experiencias escolares incluyen los temas de género, las diferencias en los resultados escolares entre niñas y niños, la representación de los diferentes roles de género para niñas y niños en el currículum y los textos de estudio. Esos asuntos nos preocupan hoy porque conocemos que las experiencias anteriores, los resultados y las formas de representación de niñas y niños en las escuelas tienen gran trascendencia en la formación de las nociones de feminidad y masculinidad (Cortina, 2001, p. 213).

Tarrés propone que debería indagarse más sobre el tema mujer y educación, pues el acceso de las mujeres a la educación ha sido tan importante como su incorporación al mercado laboral, y apunta:

en el largo plazo es evidente que el nivel educacional de las mujeres y el aumento de mujeres educadas trae aparejada una serie de consecuencias positivas para ellas, pues constituye un factor de transformaciones tan radical como el control de la reproducción o la entrada al mercado de trabajo (Tarrés, 1992, p. 42).

En ello radicó la dificultad de responder a la pregunta: ¿cómo se han transformado las identidades y valores de la mujer abuela, madre y nieta después de la experiencia de haber asistido a la escuela en el marco de las transformaciones sociales y políticas del estado y del país? Se tendrá que hablar primero de las posibilidades que tuvieron las mujeres para acceder a la educación formal, y posteriormente, se verá cómo esta educación facultó a las mujeres para luchar por la participación ciudadana.

Si se comparan las cifras de 1970 y 1990, se observa que el analfabetismo² presenta una clara tendencia decreciente, puesto que en 1970 las analfabetas eran 29.6% de las mujeres, y el analfabetismo representaba 25.8% de la población en general; mientras que para 1990, 87.3% de la población femenina de seis a catorce años sabía leer y es-

² De acuerdo con el INEGI, la aptitud para leer y escribir, desde el punto de vista estadístico, hace referencia a un indicador educativo elemental que permite observar las posibilidades de inserción en los diferentes ámbitos socioeconómicos. Lo anterior se refleja en las diferencias registradas entre las entidades federativas que concentran el mayor o menor porcentaje de población de 6 y más años que sabe leer y escribir un recado.

cribir (alrededor de 15% de las mujeres de quince años y más era analfabeta). Por otra parte, también se ha reducido la distancia, en este sentido, existente entre hombres y mujeres –7.8 puntos porcentuales en 1970 y 5.4 en 1990 (INEGI, 1994:30).

Para 1990, 89.9% de las mujeres entre seis y catorce años en Morelos sabía leer y escribir; cifra similar al 89.6% dada para la población total del estado, situándose 2.5% arriba del promedio nacional. De las mujeres de quince y más años 14.4% no sabía leer, ni escribir, indicador inferior a la media nacional. Si se comparan estas cifras con las de 1970, se observará que en Morelos el analfabetismo también se ha reducido; en 1970 las mujeres analfabetas representaban el 28.9% de la población total. De la población en general 25.4% era analfabeta.

En México, la incorporación masiva de las mujeres en procesos de escolarización se remonta a la década de 1920 con José Vasconcelos y sus campañas de alfabetización y sus misiones culturales. Vasconcelos percibió el potencial político y social de las mujeres y lo explotó capacitándolas como educadoras. En muchas zonas rurales del país, la llegada de maestras mujeres fue algo positivo para las niñas, pues los padres tenían más confianza de enviar a sus hijas a escuelas si estaban bajo la vigilancia de una mujer.

En nuestro país, desde esa década la mujer ha sido considerada un sujeto susceptible de ser educado y un medio para educar. Vasconcelos, en su afán por erradicar el analfabetismo, alentó la participación amplia de alfabetizadores voluntarios; muchas mujeres e incluso niños colaboraron en esa noble tarea.

El llamado tuvo una gran respuesta de mujeres de todo el país. [...] Vasconcelos menciona casos diversos de profesoras honorarias que se dedicaban a las tareas de alfabetización en diferentes partes del país y en las situaciones más variadas: atendiendo obreras y obreros, niños y niñas del vecindario, mozos y sirvientas; lo que abunda son las mujeres que enseñan en sus propias casas, que convirtieron en aula, la sala de visitas (López, 2001, p. 67).

Vasconcelos tenía la idea de que la educación transformaría al pueblo mexicano “hacia el ejercicio auténtico del gobierno”. Su ideal, según Solana, era “dotar al *demos* de bases suficientes para ejercer el *cratos*. Sólo así se liberaría de un pasado que lo encadenaba y sólo así podría asimilar un pasado para liberarse” (Solana, 1981, p. 175).

El éxito de las campañas de alfabetización, en cuanto al contacto de los maestros con el pueblo, se reforzó con el proyecto de las misiones culturales, donde la filosofía era la integración e incorporación de las comunidades a la vida nacional, por el camino del desarrollo social. Según Solana, “su acción se convierte en un complemento natural de la educación rural y hacen de su actividad demostrativa, práctica y constante de mejoramiento material, económico, social y espiritual, de las comunidades rurales el principal centro de su interés” (*ibid.*, p. 209).

Entre 1921-1924, Vasconcelos impulsó la creación de centros de enseñanza técnica para hombres y mujeres; como lo señala Varea:

la política del Estado en la materia se inclina claramente no hacia las élites, sino hacia las masas, apoyada en la participación de los padres de familia, profesores y miembros del ayuntamiento, mediante la integración de un “Consejo Local de Educación” para cada localidad mayor a 500 habitantes, de donde se enviarían dos representantes, una vez al año, a incorporarse en el Consejo Federal de Educación Pública (Varea, s/f, p. 46).

En Morelos, en la *Ley General de Educación Pública de 1922*, quedó establecida la creación de este Consejo y sus atribuciones:

Al Consejo de Educación corresponderá el estudio y discusión de reglamentos, programas, y demás disposiciones de carácter técnico que la Dirección General o el Ejecutivo sometan a su consideración y todo lo que tienda a mejorar la educación en el Estado (Archivo Histórico, *Ley General de Instrucción Pública*, 1922, p. 8).

La reforma educativa de 1934-1940 hizo hincapié en facilitar las relaciones entre hombres y mujeres capacitando a los dos sexos; se hablaba de exaltar al niño, a la mujer y a las clases desposeídas. El contenido del artículo 3o., que dio lugar en estos mismos años a la “Escuela Socialista”, con todo y lo revolucionario que pareció no hizo ninguna referencia explícita en torno a la mujer. No obstante, sí se le responsabilizó del buen desempeño de esta educación:

a la mujer mexicana de hogar humilde, del campo y del taller, debe interesarle la educación socialista [...] si ella es responsable del futuro de sus hijos ¿va a darles una concepción mística, teológica de su existencia y del mundo en este siglo en que la ciencia y la técnica resuelven todas las dudas y los problemas? (Luna, 1936, p. 15).

Lázaro Cárdenas invitaba a los gobernadores a apoyar el proyecto educativo, les pedía

...divulgar las verdaderas finalidades que se persiguen con la nueva escuela; fomentando en el ánimo de los padres de familia la convicción de que ésta sólo se propone desenvolver armónicamente las facultades físicas, intelectuales y morales del individuo, con la tendencia a prepararlo para la vida práctica, no ya sólo mediante la transmisión de los conocimientos técnicos necesarios en toda profesión, arte u oficio, sino también merced a la formación de un sentimiento de solidaridad con las clases laborantes que –a la par que le permita participar en la creación de un nuevo orden jurídico-social que acabe con la enorme desigualdad económica existente en nuestra patria– le proporcione una conciencia clara de sus derechos y responsabilidades para consigo mismo, para con su grupo y para con la colectividad (Archivo Histórico del Estado de Morelos, *Programas de Gobierno II/021/219*).

Resulta relevante en estos años el interés del Estado por crear más escuelas, tomar medidas en beneficio de las mujeres y, en términos generales, regir la educación. En la 1ª Ley Orgánica de Educación de 1939 quedó asentado que, entre las características de la educación socialista está la de ser “coeducativa, para facilitar las relaciones normales entre hombres y mujeres, y darles iguales oportunidades”.

Otra acción de la política educativa cardenista en favor del acceso de las mujeres a la educación, fue el establecimiento en el país de 2 200 escuelas rurales, medida que permitió el incremento de la matrícula, de 1 500 000 alumnos a 2 112 000. Asimismo, la Comisión Editora de la SEP distribuyó, entre 1935 y 1940, un total de 9 010 000 ejemplares de cinco obras de lectura para diversos grados de primaria (Varea, s/f, p. 47).

No obstante, fue hasta después de 1940 cuando se hicieron realidad estas aspiraciones, Galván señala:

Entre 1910 y 1940 la coeducación no era muy común. Y así se encontraban programas de estudio para las mujeres y otros para los hombres. Esta disparidad obedece al viejo principio según el cual corresponde a la mujer las tareas de la casa y la conservación de las tradiciones mientras que el hombre está hecho para el mundo y el progreso. Es por esto que los programas especiales para las escuelas de niñas estaban relacionados con la tradición (Galván, 1985, p. 38).

Para 1922, en Morelos, la enseñanza primaria se dividía en elemental y superior. La primera se desarrollaba en cuatro cursos y la segun-

da, en dos. La educación de párvulos se consideraba preparatoria a la elemental, con dos cursos de duración. El programa de estudios para la educación de párvulos no establecía materias especiales para niños y niñas, a diferencia de los programas de la enseñanza elemental y superior que marcaban, por ejemplo, práctica de agricultura y horticultura para los niños; práctica de horticultura y floricultura para las niñas; labores femeniles para las niñas y ejercicios militares para los niños. En el programa para la enseñanza primaria superior, además de las materias anteriores, se agregaban labores femeniles para las niñas.

En 1927 se fundó la Escuela Normal Rural, con un plan de estudios de dos años a cursarse después de la primaria. Funcionó dos años en el edificio del Obispado de Cuernavaca, y posteriormente se trasladó al viejo convento de Oaxtepec. En 1944 se cambió a Palmira a una casa propiedad del ex presidente Lázaro Cárdenas, y funcionó hasta 1969 como Escuela Normal Rural de Palmira o “Internado Palmira”. Después, el espacio fue aprovechado para una secundaria técnica.

La escuela normal fue para muchas mujeres morelenses, especialmente las de bajos recursos económicos, la única opción para ingresar a la educación superior y formalmente al mundo laboral. Al internado de Oaxtepec y posteriormente al de Palmira ingresaban hijas de campesinos, de personas de escasos recursos económicos. Algunas entraban desde sexto de primaria hasta terminar su formación normalista.

Hernández (2002) enfatiza la trascendencia que tuvo, en la década de los treinta, el restablecimiento del Instituto Literario del Estado con un nuevo nombre (Instituto Científico e Industrial Francisco y Leyva) facultado para extender títulos profesionales. Posteriormente se proclamó la Ley para la Difusión de la Cultura Popular, Protección al Turismo y Conservación de Monumentos, mandato pionero en su género en el país. A finales de la década de los treinta, se creó el Instituto de Educación Superior del Estado y con ello el surgimiento de escuelas de estudios profesionales.

En 1931, en Morelos estaban registrados 7 560 estudiantes de primaria, de los cuales 48.2% eran niñas. Para 1934 había 60 escuelas en 27 cabeceras municipales de la entidad, 178 escuelas rurales, la Normal Rural en el convento de Oaxtepec y una misión cultural.³ Para

³ Desde el primer presupuesto de la recién creada Secretaría de Educación Pública, 1921, aparecieron las plazas de “maestros misioneros ambulantes”. La labor que se les encomendaba

1936, se reportaron 20 091 estudiantes de educación primaria; de ellos, 56.9% pertenecía a escuelas rurales y 46.6% era mujer (Tapia, 1994, p. 58). A pesar del incremento en la matrícula, el porcentaje de las mujeres disminuyó ligeramente.

Mediante los reportes de los maestros ambulantes (misioneros) de la misión cultural que se estableció en la Normal de Oaxtepec, en 1933, se pueden observar las condiciones materiales de las escuelas y las comunidades del oriente del estado.

La zona podemos dividirla por sus medios de vida, población y número de habitantes en dos grupos: el primero, que comprende las escuelas que están en la parte norte, las cuales se encuentran en las siguientes condiciones: aunque las distancias entre una y otra escuela son cortas, la comunicación se hace a caballo, todos los pueblos carecen de agua potable y están imposibilitados para dotárselas, pues el terreno es rocoso y algunas investigaciones que en épocas anteriores se han hecho han dado resultados negativos. El agua para los usos más indispensables la recogen en jagüeyes y éstos se encuentran a grandes distancias de los pueblos (en muchas ocasiones un hombre pierde medio día para traer a sus hogares dos latas de agua). La asistencia de niños a las escuelas es muy pequeña, pues en algunos casos hay escuelas que cuentan con doce a dieciocho alumnos y únicamente el deseo y el entusiasmo con que estas gentes han construido sus escuelas obliga a la Dirección de Educación a sostener éstas; además de esto, los vecinos de estos pueblos carecen de tierras laborables, teniendo sus ejidos a una distancia de 20 a 25 kilómetros (en terrenos de Cocoyoc, Los Arcos y Yautepec), lo que obliga a los vecinos a abandonar sus poblados y trasladarse al lugar de sus ejidos con toda su familia, viéndose en esas épocas, totalmente despoblados comunidades y escuelas (Archivo Histórico de la SEP, Salvador López, 1933, p. 40).

La maestra de Organización Rural hace las siguientes observaciones:

Traté de despertar en las mujeres, especialmente en las jóvenes, el interés por asistir a la escuela, la que puede prepararlas para que la vida de ellas sea más llevadera y su actuación más benéfica en el medio que las rodea (Archivo Histórico de la SEP, Valero, 1933, p. 4).

era localizar los centros indígenas de mayor población, seleccionar a los maestros, recomendar la clase de conocimientos que deberían impartirse y dar cuenta a las autoridades de la Secretaría de Agricultura, del estado en que se encontraban las tierras, los cultivos y las industrias nativas. En el caso particular del estado de Morelos, los maestros misioneros trataron de acercar la Normal de Oaxtepec con las comunidades vecinas. Inspeccionaron las escuelas, implementaron programas de actividades deportivas, cantos, higiene y hábitos alimenticios entre los pobladores.

En la década de los treinta, las finanzas públicas del estado eran difíciles, por lo que no es posible hablar de una política estatal de desarrollo económico en estos años, aunque se observa una serie de esfuerzos orientados a la provisión de servicios a los pueblos y municipios de Morelos, entre ellos, la educación. Ésta se conceptualizó como un elemento importante para la comprensión de los “procesos naturales”, de lo cual derivaría el mejoramiento de la “vida material y moral”. Una de las maneras de allegarse recursos para proveer de servicios educativos, fue gestionar, ante la Secretaría de Hacienda, el uso de diversas iglesias y anexos para habilitarlos como centros educativos (Tapia, 1993, p. 117).

En 1938 se fundó la primera escuela secundaria⁴ en Cuernavaca, poco tiempo después se crearon escuelas en Cuautla, Jojutla, Tepoztlán, Yauatepec y Puente de Ixtla, y dos años después, el Instituto de Educación Superior. El gobernador Elpidio Perdomo argumentaba que “solamente la creación de Centros Superiores de Estudios podrá permitir que los hijos de los morelenses puedan ser útiles a su Estado y a su Patria” (*Segundo Informe*, Perdomo, 1940, p. 9). A su vez se abrían espacios para muchas mujeres que interrumpían sus estudios ante la negativa o dificultad de sus padres frente al proyecto de irse a vivir a la Ciudad de México.

En 1939, el gobernador estaba satisfecho de haber cumplido con la labor educativa encomendada por el presidente Cárdenas:

La reglamentación del artículo Tercero Constitucional, su cabal sentido, el respeto a la familia, a la libertad y a la conciencia que han sido norma de este Ejecutivo, ha dado sus frutos con la renacida confianza de los padres y la compenetración de las obligaciones verdaderas de los maestros, son factores determinantes para ser una realidad la elevación cultural del pueblo. Desde luego el dato más elocuente por sí mismo está en el hecho de que el ingreso a las escuelas ha venido aumentando de un modo ostensible (*Primer Informe*, Perdomo, 1939, pp. 16-17).

Como se puede apreciar en el cuadro 1, en el *Primer Informe* de Gobierno de Elpidio Perdomo no se especifica cuántos alumnos iban a cada escuela, tampoco se dice si son hombres o mujeres, el dato

⁴ La primera escuela secundaria se creó en el D.F. el 30 de diciembre de 1925 e inició sus funciones en enero de 1926. Las carreras técnicas no necesitaban secundaria, sino hasta 1936.

más cercano es de 1936, donde se reportan 20 091 estudiantes de educación primaria, y se especifica que 46.6% era mujer (Tapia, 1994, p. 59).

Cuadro 1. *En 1939 el sector educativo estaba formado por:*

Tipo de escuelas	Número	Maestros	Alumnos
Rurales Federales	200	292	
Urbanas Federales	20	84	
Semi-urbanas	18	69	
Urbanas del Estado	9	82	
Semi-urbanas Federales	7	22	
Particulares	3	11	
artículo 123	1	2	
Total	258	562	24 746

Fuente: *Primer Informe*, Elpidio Perdomo, 1939.

Para 1940, la demanda de jóvenes morelenses interesados en formarse como profesores aumentó, tuvieron que emigrar a otras entidades colindantes que ofrecían esa formación en internados con becas de apoyo económico.

Para 1946 –resalta Hernández–, se emprendió una campaña alfabetizadora que colocó a Morelos a la vanguardia nacional en materia de educación para adultos, y será hasta 1950 cuando, por gestiones del gobierno estatal, se crea la Escuela Normal Mixta para Profesores en Educación Preescolar y Primaria, y tres años después fue absorbida por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

La política educativa de la entidad recibió un fuerte impulso, el presupuesto se incrementó seis veces entre 1939 y 1940. Hay que destacar que esto era indicativo de la política nacional, cuyo presupuesto también creció enormemente en ese mismo periodo. Hacia 1940, había escuelas en todas las cabeceras municipales. No obstante, los pueblos más pequeños tuvieron escuelas hasta los años cincuenta.

En muchas de las localidades del estado de Morelos, los comités de educación, los comisariados ejidales, las sociedades y los vecinos en general se habían encargado de demandar la creación de escuelas para sus comunidades, mejorar las existentes o cambiar la condición rural a urbana para recibir mayores beneficios. Los comités y las sociedades también fueron un espacio de participación para las mujeres. Una de las maestras de la misión de Oaxtepec reportaba:

Atlatlahucan, es la escuela de este lugar una de las que cuentan con mayor asistencia y mayor número de maestros, lo que ha obligado a los vecinos y maestros a interesarse en la construcción de dos nuevos salones los cuales ya están por terminarse.

Eusebio Jáuregui (Cuautla), la escuela de este lugar únicamente contaba con un salón en muy malas condiciones, el techo se llovía [*sic*] y amenazaba caerse, estando en estas condiciones, muchos de los padres de familia no querían mandar a sus hijos a la escuela, lo que nos obligó a insistirles a que se reconstruyera; pero felizmente, varios vecinos optaron porque mejor se hiciera un nuevo local (Archivo Histórico de la SEP, Valero, 1933, p. 7).

En general, los gobernadores de Morelos reconocieron la importante labor de las diferentes agrupaciones en el quehacer educativo, Elpidio Perdomo anotó:

Para las escuelas de Cuautla, Huatecalco, Chiconcuac, Xochicalco, Temixco, Los Laureles, Tetecala, colonia Parres, Río Seco, Xicatlacotla, El Puente, Tilizapotla, el Gobierno aportó la suma de \$2 917.00, dos mil novecientos diecisiete pesos en materiales que proporcionó a los ejidatarios, correspondiendo a éstos la mayor parte del costo de estos planteles. Esta ocasión proporciona al Ejecutivo de mi cargo la oportunidad de exhortar una vez más a los ejidatarios de todo el Estado para que, siguiendo el noble ejemplo de los de la Sociedad Cañera de Ticumán y de la Colonia Alejandra, de Tlaltizapán, así como de otros lugares, coadyuven en el programa de levantamiento de escuelas (*Primer Informe*, Perdomo, 1939, p. 13).

La relevancia de esta participación se debe a que la educación se ha considerado como mecanismo para lograr los cambios políticos, económicos, sociales y culturales, acordes a los valores fundamentales para orientar el rumbo de la educación. Guillermo de la Peña comenta:

El entusiasmo por la educación llevó a un grupo de padres de familia de Tlacapapan a fundar una secundaria privada, la secundaria tuvo mucho éxito:

tenía casi 100 estudiantes después de tres años, así que la Secretaría la tomó a su cargo y le puso personal de planta. Posteriormente, el mismo grupo fundó una preparatoria con éxito similar (De la Peña, 1980, p. 347).

En Morelos llama la atención la presencia de las mujeres en los diferentes comités de apoyo a las labores educativas:

Los padres de familia y vecinos de la colonia Francisco I. Madero (Cauatla, Mor.) solicitan fundar la escuela Benito Juárez con primaria de 1° a 6° sin depender de la escuela Aquiles Serdán. Los padres de familia y vecinos nos comprometemos incondicionalmente a prestar la ayuda necesaria y en todos los órdenes de la escuela antes mencionada. Ayudante municipal, Sr. Pedro Gómez Herrera; Presidente Sra. Rosa Ma. Ricaño de T.; Secretaria Margarita Catalán de M.; Tesorero Juan Fco. Delgadillo O.; Primer Vocal Hermila Chávez Vda. De Z.; Segundo Vocal Ma. Salgado de A. Sep. de 1976. Se anejan 65 firmas más (Archivo Histórico de la SEP, exp: 30, caja 13).

En síntesis, en Morelos como en otras partes del país, a lo largo de la historia, el crecimiento de las instalaciones educativas dependió tanto de la voluntad de la Secretaría de Educación como de la efectividad de las estrategias desarrolladas por los maestros, junto con los padres y madres de familia, para convencer al inspector de la Secretaría de que existía una demanda efectiva de escolaridad. La ayuda de las autoridades municipales y de líderes naturales, en cuanto a propaganda educativa, es muy importante, puesto que este liderazgo no sólo implicó organizar a la gente de la localidad, sino comprometerla a cooperar con parte del costo del edificio y, por supuesto, enviar a sus hijos a la escuela.

Dichos esfuerzos han favorecido a mediano y largo plazo a la población en general y a las mujeres en particular. Si se comparan las cifras de mujeres analfabetas mayores de 6 años en 1940, destaca que eran superiores al promedio nacional (53 %). Al observar los porcentajes de asistencia a la escuela, entre 1945 y 1953, se ve que concurrían más mujeres que hombres. Seguramente esto contribuyó, poco a poco, a disminuir los índices de analfabetismo de las mujeres en Morelos (véase cuadros 2 y 3).

Cuadro 2. *Asistencia a la escuela en Morelos 1945-1953*

Año	Hombres	%	Mujeres	%	Total
1945	9 337	49.4	9 558	50.5	18 895
1953	9 194	49.8	9 242	50.1	18 436

Fuente: Archivo Histórico de la SEP, referencia 184/exp.4/1944-1945.

Cuadro 3. *Tasas de analfabetismo de mujeres y totales de 1940 a 1990 en Morelos*

	1940	1950	1960	1970	1980	1990
Mujeres analfabetas	60.68	41.25	42.02	24.34	20.23	14.41
Analfabetismo total	55.90	38.98	39.00	21.30	16.89	11.94

Fuente: Censos de Población 1950 a 1990.

En 1958 de nuevo se incrementó en forma notable el acceso a la educación. Se impartía educación en 321 escuelas (véase cuadro 4) y en 218 centros de alfabetización. El censo de niños en edad escolar era de 63 213 entre niños y niñas (20% de la población total, que era de 316 060). Se encontraban inscritos 54 828 alumnos (no se especifica cuántas niñas y cuántos niños) en escuelas primarias y 7 985 en los llamados Centros de Alfabetización Infantiles (4 477 hombres y 3 508 mujeres; 56 y 44% respectivamente) 400 alumnos no recibían educación primaria (Urbán, 1960, pp. 194-195).

Cuadro 4. *Escuelas primarias que se encontraban funcionando en el estado 1958*

Escuelas Rurales Federales	178
Escuelas Prim. Rurales Estatales	69
Escuelas Urbanas	26
Escuelas Semi-Urbanas	23
Escuelas Particulares Incorporadas a la Federación	17

Cuadro 4. (*Continuación*)

Escuelas Prim. Particulares Incorporadas al Estado	4
Escuelas artículo 123 (1Urb.) (2 Rurales)	3
Internado de Prim. Urb.	1
Total Escuelas Federales	248
Total Escuelas Estatales	73
Gran total	321

Fuente: Urbán (1960, p. 194).

A finales de los años cincuenta, la educación posprimaria era todavía escasa y se concentraba básicamente en la capital del estado. En la Universidad de Morelos funcionaban los colegios de bachillerato diurno y vespertino en sus ciclos de secundaria y preparatoria (véase cuadro 5); las escuelas normales de Maestros y Educadoras; los colegios de Enfermería y Obstetricia y Comercio; las facultades de Derecho, Arquitectura, Técnico Dental, de Ciencias Químicas, y los seminarios de Lengua y Literatura, de Lenguas Extranjeras y de Arte Dramático.

Cuadro 5. *Estructura de la enseñanza superior*

Localidad	Secundarias diurnas y nocturnas	Institutos de educación superior	Escuelas normales
Cuernavaca	5	2	1
Cuautla	3	1	1
Jojutla	2		
Tepoztlán	2		
Yautepec	2		1
Tetela	1		

Localidad	Secundarias diurnas y nocturnas	Institutos de educación superior	Escuelas normales
Puente de Ixtla	1	1	
Jonacatepec	1		
Taltizapán	1		
Total	18	4	3

Fuente: Urbán (1960, p. 197).

No fue sino hasta mediados de la década de los sesenta cuando cobró relevancia el crecimiento de las escuelas secundarias y en general la educación superior. Varias de las ciudades del estado se convirtieron en núcleos a los que acudieron los niños de los pueblos circunvecinos. Para 1966, había 56 escuelas secundarias, 52 entre Federales y Particulares y cuatro de la Universidad de Morelos. Además, se creó otra normal y una escuela tecnológica. Los institutos de educación superior se convirtieron en escuelas de bachillerato, las seis que había dependían también de la Universidad.

En lo que respecta a la escolaridad rural, hay que destacar que, al parecer, fue impulsada durante las décadas de los cincuenta a los setenta, pues para 1970 algunos municipios rurales –Tlayacapan, Tlanepantla, Huitzilac y Jantetelco– se encontraban por encima del promedio estatal de asistencia, aunque otros municipios, también rurales, seguían por debajo del promedio estatal –es el caso de Tetela del Volcán, Tepalcingo, Ayala, Axochiapan. Cabe señalar que entre los municipios con los menores niveles de asistencia a la primaria llega a presentarse un fenómeno interesante: en varios municipios, las niñas entre seis y 14 años asistían a la primaria en una mayor proporción que los niños (Tapia, 1994, p. 64).

Se puede apreciar cómo en el periodo 1958-1964, el gobierno estatal intentó ser coherente con el Plan Educativo de Once Años.⁵ En

⁵ Plan puesto en marcha entre 1958 y 1964 durante la gestión de Torres Bodet en la Secretaría de Educación Pública. El Plan Nacional para la Expansión y el Mejoramiento de la Educación Primaria, conocido como Plan de Once Años, fue el primer intento de planificar la educa-

ese periodo se tomaron medidas para mejorar y expandir la educación. El gobernador Norberto López Avelar indicó:

De acuerdo con el Plan Educativo de Once Años, que se refiere a la expansión y mejoramiento de la educación primaria, los grupos de educandos se organizaron con un promedio de 49 alumnos por maestro, tratando así de resolver, en parte, la carestía [*sic*] de edificios, estableciéndose, además, 11 Escuelas Vespertinas de Organización Completa; las que vinieron a favorecer la inscripción del 4% más de la población escolar en la entidad.

Acordes con el pensamiento de la Reforma Educativa y los nuevos Programas de Primaria en cada uno de los niveles educativos, la labor de los maestros se ha enfocado hacia la vida entera de la comunidad, al mejoramiento del grupo social, a la preparación del niño, para que participe activamente en las tareas de la comunidad de que forma parte, para su progreso constante.

Nuestros maestros trabajan: por el mejoramiento de la vida del hogar en todas sus formas y la dignificación moral de la familia; la adquisición y dominio de los instrumentos fundamentales de la cultura; por la participación en la vida cívica; para la mejor convivencia y fortalecimiento del espíritu de la solidaridad; por el conocimiento y amor a los nuestros: territorio, tradiciones, emblemas, historia, héroes, próceres, etc.; por formar en los niños una conciencia universal para que niños y adultos sean partidarios activos de los grandes ideales de la humanidad, libertad, democracia, paz y justicia social (*Sexto Informe*, López, 1964, pp. 9-10).

En el oriente del estado de Morelos, entre 1960 y 1970, terminar la primaria y realizar estudios posprimarios se veía obstaculizado por varios problemas como la falta de transporte y los altos costos de operación; los problemas de desnutrición con su resultante escaso rendimiento escolar y alta reprobación; así como por la necesidad del trabajo infantil para complementar el ingreso familiar.

Asistir a la secundaria o a la preparatoria implicaba viajar diariamente a Cuautla o Yauhtepec, lo cual aunque posible, no era sencillo; o bien, requería un cambio de residencia a Cuernavaca o a la Ciudad de México. Por esto, quienes estudiaban la preparatoria eran aquellos que podían costearse también estudios universitarios. Los hijos de las familias “adineradas” de los pueblos podían sufragarse los estudios o conseguir, a través de contactos políticos, becas del gobierno.

ción en el país. Su objetivo era terminar con el rezago educativo y la deserción escolar que se manifestaban como problemas alarmantes.

Caballero *et al.* (2009) reportan que al inicio de la década de los setenta, en Morelos operaban once escuelas normales, nueve de mantenimiento particular y dos universitarias; fue en esas fechas que en el oriente del estado comenzó un movimiento social y estudiantil en demanda de espacios educativos para los jóvenes de las comunidades rurales. La coyuntura política de ese momento permitió la creación de la Escuela Normal Rural para señoritas Emiliano Zapata, en el poblado de Amilcingo, Morelos.

Otro caso ilustrativo de la participación de los padres de familia en el ámbito de la educación, lo representa el nacimiento de la Escuela Normal Rural Emiliano Zapata, institución “arrancada” al Estado gracias a la presencia, participación y presión de una comunidad en demanda de una oportunidad formativa para los jóvenes, o como lo señalan González y Aman:

Al contrario de muchos organismos que surgieron desde el poder, en el oriente del estado de Morelos, algunos pueblos lograron convertir sus expectativas, ilusiones y necesidades en una escuela. Los cimientos de la Normal se encuentran en la fuerza de una comunidad que transformó una hipótesis colectiva en edificios, programas, y maestras: en una realidad institucional (González y Aman, 2009, p. 64).

Esta opción formadora de profesores para el medio rural –surgida en la década de los veinte–, para el Estado ya había cumplido su cometido y entonces, emerge la demanda social de la comunidad por el nacimiento de una institución que para el poder político representaba una expresión anacrónica. La comunidad del poblado de Amilcingo –incluidos los padres y madres de familia de los estudiantes– hicieron suyo un proyecto, se organizaron e impulsaron una opción de supervivencia comunitaria, de formación para labrar un futuro profesional para sus hijas, “la Normal de Amilcingo” tal y como se le identifica en el contexto local y nacional.

A contracorriente, asumiendo compromisos y costos, enfrentando todos los pronósticos, así como las estrategias desarticuladoras, los embates y la violencia estatal, la comunidad del poblado de Temoac hizo realidad su propósito: obtener el reconocimiento oficial para la institución que habían logrado edificar, una Escuela Normal para formar maestras rurales, con una formación militante adicional que trasciende el currículum oficial existente para todas las escuelas normales y

que es el resultado de una cosmovisión y concepción a partir de la cual las jóvenes asumen un involucramiento en la problemática y en los conflictos sociales, sobre todo en reivindicaciones campesinas y obreras, formación no exenta de una ideologización, adoctrinamiento y una serie de contradicciones propias de este tipo de escuelas.

Sin duda, el papel desempeñado por madres y abuelas de las estudiantes, deja al descubierto lo que puede llegar a representar la escuela como expectativa y vehículo de formación profesional y movilidad social y económica. El magisterio siguió siendo durante varios años la mejor, la más económica y, en algunos casos, la única opción educativa para la formación y el desarrollo de las jóvenes del oriente del estado de Morelos.

Con esa estructura instalada en su territorio, Morelos comenzó a formar y exportar profesores a otras entidades federativas del país.

Este mismo fenómeno se presentó en muchas partes del país, hasta que la SEP decretó la ordenación de la oferta de las normales particulares. Esta medida tuvo como efecto en el estado de Morelos que, entre 1978 y 1984, se cerraran diecisiete normales particulares, y que solamente una de ellas tuviera una historia diferente: la Escuela Normal Urbana Federal Cuautla (Cabalero *et al.*, 2009, p. 115).

En la década de los ochenta se incrementó, de manera paulatina pero insuficiente, el número de escuelas secundarias. En 1984, de las 111 escuelas que había en el estado, 37 se localizaban en el oriente. Únicamente los municipios de Tlayacapan, Totolapan y Zacualpan seguían sin escuelas secundarias.

Aunque en menor grado, también aumentó el número de escuelas preparatorias. En el ciclo escolar 1984-1985 se reportaron 59, y de ellas 17 estaban en el oriente, concentradas en ocho municipios: Axochiapan, Ayala, Cuautla, Ocuituco, Tepalcingo, Tetela del Volcán, Tlanepantla y Yautepec. A pesar de esta expansión regional estatal, la mayoría de las escuelas secundarias y preparatorias seguían concentradas en la capital del estado, Cuernavaca (Escalante e Ibarra, 2006, pp. 108-109).

La familia daba una importancia particular a la formación profesional de los hijos, con la esperanza de un trabajo y sueldo seguro, especialmente orientado al magisterio. Para satisfacer esta demanda social, en el oriente de Morelos existió la Escuela Normal Rural de

Oaxtepec; más recientemente se crearon normales particulares, y hasta la fecha funcionan la Escuela Normal Urbana de Cuautla y la Escuela Normal Rural Emiliano Zapata de Amilcingo, mismas que, por las políticas educativas nacionales de los años ochenta, tuvieron que elevar sus estudios a nivel licenciatura, exigiéndose el bachillerato como requisito de ingreso.

En la década de 1980, la universidad del estado consideró necesario ofrecer estudios de educación superior en la región oriente, y creó el Instituto Profesional de la Región Oriente. Una década después se fundaron el Instituto Tecnológico de Cuautla, y la Universidad Mexicana de Educación a Distancia creó una sede en la ciudad de Cuautla. Estas instituciones satisficieron, en parte, la demanda de educación superior en esta región.

En síntesis, entre 1970 y 1983, en los niveles de primaria y secundaria, las niñas prácticamente se incorporaron a la escuela en igual proporción que los niños. Esto coincidió con la expansión del sistema educativo nacional. La situación de la educación superior era distinta. Aun cuando en 1982 hubo un ingreso masivo de mujeres a las universidades, quintuplicándose su matrícula, todavía en 1990 existía una diferencia importante a favor de los varones, puesto que por cada tres mujeres había siete hombres inscritos y por cuatro hombres que concluían una carrera, sólo una mujer lo lograba (Reyes, 1983).

Para 1990, en los municipios del estado de Morelos la asistencia a la escuela primaria de los niños entre seis y 14 años era muy similar tanto para niños, 88.9%, como para niñas, 88.8%, y se encontraba ligeramente por arriba del promedio nacional, 85%.

La educación secundaria, por su parte, se incrementó notablemente. Entre 1970 y 1990 el porcentaje de mujeres de 11 a 14 años de edad, aprobadas en la secundaria, aumentó de 46.8 a 49.8%; a diferencia de los hombres que disminuyó de 53 a 50%. Entre 1950 y 1990 la matrícula de mujeres en la secundaria creció siete veces. En este mismo periodo, se registró un incremento de nueve veces en el caso de las mujeres y ocho en el de los hombres, en la proporción de los jóvenes morelenses de 15 a 19 años que asistían a la educación media superior.

Entre las décadas de 1950 y 1990, la población que asistía a las universidades, cuya edad oscilaba entre 20 y 24 años de edad, aumentó 15 veces. Este promedio es ligeramente inferior al nacional, pero

creció a un ritmo mayor al de la asistencia a los otros niveles. Sin embargo, las opciones de educación superior en el estado se concentran en las ciudades de Cuernavaca, Cuautla y Zacatepec (dos del poniente y una del oriente del estado) (Tapia, 1993, p. 275).

En los documentos disponibles sobre la educación en México, hay una gran dificultad para encontrar a las mujeres. Sólo en algunos programas de estudio se habla explícitamente sobre actividades específicas para hombres y para mujeres. Por otra parte, en las leyes no hay referencia a aspectos disciplinarios diferentes para hombres y para mujeres. Se sabe de prácticas curriculares que definían algún tipo de gestión diferencial para hombres y mujeres. Algunas mujeres (entrevistadas para este trabajo) declaran que en las décadas de los treinta a los cincuenta del siglo XX, en un salón de clase se acomodaban a los niños separados de las niñas, o se organizaban en grupos sólo de niñas o sólo de niños, asignándoles un maestro de su mismo sexo. A partir de la década de los sesenta hubo cambios en esas prácticas. A los niños se les acomoda en el salón de clases por grado de aprovechamiento, “burrros y aplicados”, sin que el sexo fuera determinante. Asimismo, los maestros y las maestras trabajaban indistintamente con niños y niñas.

La carencia de datos específicos sobre niveles educativos desagregados por sexo a lo largo de las décadas en cuestión, 1930-1990, dificulta enormemente las comparaciones. No obstante que en las últimas décadas las mujeres están en la escuela en la misma proporción que los hombres. En México, en los niveles básicos, la presencia de las mujeres en las aulas ha llegado a significar un porcentaje similar al de los hombres o ligeramente mayor.

Habrà que revisar cómo las transformaciones políticas de México y el estado de Morelos de 1930 a 1990 obstaculizaron, limitaron o impulsaron la participación ciudadana y cómo el acceso a la educación les dio a las mujeres una cosmovisión, formación y habilidades para tener cada vez una mayor presencia en el espacio público.

Participación ciudadana

Desde la década de los cincuenta, la mujer mexicana disfruta de una considerable igualdad legal, pero no es sino hasta de los años noventa cuando se manifiesta notablemente este avance en su participa-

ción en la vida política y social. Massolo asevera: “son una constelación polifacética de mujeres organizadas, con distintos recursos y reclamos, que irrumpen en la escena pública por fuera, al margen y hasta en contra de las estructuras institucionales” (Massolo, 1999, p. 14).

Participar, en principio, “significa tomar parte: convertirse uno mismo en parte de una organización que reúne a más de una sola persona”. Pero también, significa “compartir” algo con alguien o, por lo menos, hacer saber a otros alguna noticia (Merino, 1997, p. 9). De modo que la participación es siempre un acto social: nadie puede participar de manera exclusiva, privada, para sí mismo. El término participación está inevitablemente ligado a una circunstancia específica y a un conjunto de voluntades humanas, ambos ingredientes indispensables para que esa palabra adquiera un sentido concreto, más allá de los valores subjetivos que suelen acompañarla.

El medio político, social y económico, así como los rasgos singulares de los seres humanos que deciden formar parte de una organización, constituyen los motores de la participación (*ibid.*, p. 10). Hay un difícil equilibrio entre las razones que animan a la gente a participar y sus posibilidades reales de hacerlo.

En esta investigación se concibe la participación ciudadana como una acción cívica que puede ser o no partidista, de presión, concertación y vinculación del ámbito social con los poderes públicos, en demanda de intereses comunes. La participación de la mujer puede ser conservadora —si contribuye a conservar ciertos aspectos del mundo social tal como están— o transformadora. Para ser transformadora, se requiere conciencia del ser mujer,⁶ del yo, del tú y del nosotros, autoconciencia y conocimiento objetivo de la realidad social, de los fines y de los medios disponibles y deseables para alcanzar a transformar una práctica social.

De acuerdo con la idea de Tarrés, las acciones colectivas y el papel de las mujeres en las organizaciones sociales son múltiples, constantes y, con el tiempo, se transforman en la base de un poder que se ejerce cotidianamente. La autora advierte:

⁶ Conciencia de ser mujer significa: conciencia de la “condición femenina” conciencia de la relación entre cultura y participación social, conciencia de la necesidad de crear una cultura feminista y de convertir la participación social en una verdadera praxis (Yurén, 1987, p. 38).

las mujeres que se movilizan a nivel del sistema político, frecuentemente tienen una experiencia previa de participación en organizaciones sociales y culturales (comunidad, escuela de los hijos, grupos informales, organizaciones voluntarias, grupos de estudio, etc.) de manera que estos grupos y redes, en esas coyunturas, sirven como base a las movilizaciones (Tarrés, 1991, p. 206).

Tesis contraria, actualmente muy cuestionada, la de Jelin:

dada la organización de la familia y la división sexual del trabajo –que obstaculiza la participación pública de las mujeres por su responsabilidad doméstica y por la carga ideológica de la femineidad– las mujeres participan con más frecuencia en movimientos de protesta coyunturales, que en organizaciones duraderas formalizadas, institucionalizadas, que implican una carga de responsabilidades, dedicación de tiempo y esfuerzo a la organización y, por qué no decirlo, también la oposición de los varones (Jelin, 1987, pp. 316-317).

Esperanza Tuñón explica que, desgraciadamente, en México ha predominado esta última tendencia. Según ella, en el país se admite la participación femenina como esporádica, marginal y secundaria en los procesos nacionales. En los estudios acerca de las luchas sociales y políticas del país suelen destacarse a ciertas mujeres “notables y excepcionales”; la gran mayoría de las mujeres que participan en movimientos sociales permanecen en la invisibilidad y el silencio, especialmente, las que participan en la base. Sin embargo, hay cada vez más estudios que contribuyen a rescatar del olvido y la omisión a muchas de estas mujeres (Tuñón Pablos, 1992, p. 9).

Referirse a la participación de las mujeres implica distinguir maneras de hacerlo. Las mujeres participan en movimientos sociales y su papel puede ser protagónico, o no; se puede hablar de movimientos de mujeres y movimientos para, o por, las mujeres. Las mujeres no participan de igual manera por ser mujeres, aunque compartan una identidad colectiva creada en la lucha. Son las mismas necesidades y demandas las que las llevan a la acción pública. Como se intenta mostrar en este trabajo, las mujeres participan y han participado en luchas y movimientos sociales a lo largo de la historia, respondiendo a su situación de clase, su identidad étnica, su pertenencia a grupos y categorías sociales o de acuerdo con sus características individuales, condiciones familiares y económicas.

Mujer y participación, breve recorrido histórico

Las necesidades de industrialización del país durante el porfiriato integraron a las mujeres a casi todas las ramas de la producción, y en particular, a las fábricas de textiles y tabacos, donde las condiciones de trabajo eran deplorables. Con su participación en la producción, las mujeres enfrentaron su situación de discriminadas respecto a los hombres, concretamente en la percepción desigual de salarios, en los abusos sexuales por parte de los patronos y capataces, y despidos durante el embarazo y la lactancia. Los abortos eran frecuentes, dadas las condiciones en las que se trabajaba en las fábricas, y la mortalidad infantil aumentaba por las estancias prolongadas de los niños en ese ambiente insalubre. La sobreexplotación propició que las mujeres apoyaran incondicionalmente las incipientes movilizaciones de los trabajadores, presentándose también, manifestaciones por demandas propias (guarderías, atención médica e igualdad de salarios) (Muñiz, 1994, p. 38).

Por su parte, mujeres de varias partes del país y de otra posición social, quienes habían tenido acceso a la educación, formaron grupos cuya labor consistió en editar folletos y otras publicaciones periódicas como *El Búcaro*. Estas agrupaciones estaban formadas principalmente por maestras. Uno de los grupos más conocido fue el llamado “Sociedad Siempreviva” (*idem*).

Para el caso del estado de Morelos, hablar de lucha organizada de las mujeres por demandas propias, nos remonta a inicios del siglo XIX, donde se registra el caso de la primera empleada de gobierno, una mujer que trabajó como cajista de la imprenta del Estado. A su vez, se distinguió Matilde Montoya, originaria de Cuernavaca, al graduarse como médico cirujano gracias a una beca. Fue tan importante para el estado que una mujer hiciera una carrera universitaria, que frecuentemente la prensa daba cuenta de cómo iba desarrollando sus estudios. A su examen profesional asistieron el gobernador Manuel Alarcón y el presidente de la República, Porfirio Díaz (López, 1995, p. 6).

No sería sino hasta el periodo revolucionario cuando las mujeres tuvieron una vida pública más activa. Formaron parte de los clubes liberales antirreeleccionistas y cooperaron en el movimiento armado. Colaboraron en la redacción e impresión de periódicos y manifiestos

de oposición al régimen, ayudaron en complots, sirvieron de correo, difundieron noticias, pasaron armas y cartuchos a los revolucionarios. Estuvieron presentes en los hospitales como enfermeras; fueron soldaderas, abastecían de comida a la tropa, buscaban alimentos, ropa y medicinas. Bordaron estandartes, tomaron las armas, combatieron junto con sus esposos, hermanos e hijos; estuvieron siempre presentes en los eventos más peligrosos. Hubo destacadas morelenses que tomaron parte en la Revolución y lograron adquirir un grado militar (*ibid.*, p. 9).

Al término de la Revolución muchas mujeres volvieron a su hogar. De acuerdo con Muñiz, la posrevolución y el proyecto nacionalista creyeron en la maternidad como su función en la nueva sociedad: “mujer paridora de nuevos patriotas mexicanos” (Muñiz, 1994, p. 40). No obstante las difíciles condiciones posrevolucionarias, muchas mujeres se mantuvieron unidas. Al respecto Yurén dice:

las obreras participaron en el efervescente movimiento sindical, y las campesinas no cejaron en su empeño de hacer efectivo el ideal zapatista. Las maestras desempeñaron una labor heroica que les exigió desafiar prejuicios y peligros en su lucha por lograr la tan anhelada transformación de la sociedad: participaron en la formación de sindicatos magisteriales e intervinieron vigorosamente en la vida de las comunidades rurales, como capacitadoras, como agentes culturales, como ideólogas e incluso como líderes políticas. No fueron pocas las maestras víctimas de los prejuicios religiosos durante el movimiento cristero y en la instrumentación del proyecto socialista (Yurén, 1987, pp. 74-75).

Permanecer organizadas les permitió solicitar la resolución de sus demandas, no obstante, su participación siempre ha traído consigo una distinción con relación a los hombres. Así, por ejemplo, la Constitución de 1917 otorgó a las mujeres igualdad jurídica y laboral; sin embargo, el Congreso Constituyente se negó a darles el derecho al voto argumentando que

...las actividades de la mujer mexicana han estado restringidas tradicionalmente al hogar y a la familia, no han desarrollado una conciencia política, y no ven, además, la necesidad de participar en los asuntos públicos. Esto se demuestra en la ausencia de movimientos colectivos a ese respecto (Rascón, citada por Muñiz, 1994, pp. 40-41).

Ninguno de los diputados revolucionarios se expresó a favor de la igualdad ciudadana de las mujeres. Suponían que el sufragio femenino abriría las puertas a los intereses conservadores y eclesiásticos, y además temían que los derechos ciudadanos llevarían a las mujeres a abandonar sus hogares y renegar de sus funciones como esposas y madres, es decir, que podrían masculinizarse (Cano, 1996, p. 1555).

La segunda década del siglo XX constituye un momento coyuntural en la vida del país, pues confluyen la necesidad del Estado por pacificar la nación y la urgencia por definir el modelo económico de desarrollo que debía implantarse. Para el caso de las mujeres, se suscitan tendencias sociales que contribuirán al fortalecimiento posterior de su movimiento. Se desarrollaron importantes movimientos sociales en distintas regiones del país en los que la mujer tuvo un papel destacado. En Chiapas, Yucatán y Tabasco, aunque por un tiempo muy breve, se concedió la igualdad política a la mujer para votar y ser votada en puestos de representación popular.

El eje articulador de las movilizaciones femeninas en la década de los veinte fue la lucha por reformar el Código Civil, el cual, aunque fue modificado en 1928, entró en vigor hasta 1931; éste reconoció como legítimos los hijos nacidos de relaciones fuera del matrimonio. Sin embargo, no se consiguió el derecho al sufragio y siguieron requiriendo del permiso del marido para trabajar (Tuñón Julia, 1998, p. 166).

Habida cuenta de que José Vasconcelos ocupó la cartera de Educación Pública desde 1921, durante su mandato se consideró trascendente que las mujeres ocuparan puestos en el magisterio por atributos propios de su sexo como son su paciencia y abnegación. El gremio de maestras de educación básica era particularmente activo, y aunque su trabajo se consideraba una prolongación de las labores femeninas más añejas, es evidente que adquirieron un nivel de conciencia y de lucha excepcionales, basta con observar su importante labor de alfabetización a lo largo y ancho del país (Tuñón Pablos, 1992, p. 28).

Fue durante los años treinta cuando la mujer empezó a tener una participación un poco más activa en la vida política, esto a partir de los congresos nacionales de obreras y campesinas (1931-1933-1934), organizados por maestras de clase media.⁷ Durante el sexenio de Lá-

⁷ La realización de los congresos nacionales influyeron en la creación del Hospital del Niño y la Casa del Campesino, y se discutieron problemas específicos de la mujer como las con-

zaro Cárdenas (1934-1940) se dio un giro significativo en la política nacional, al fomentar las organizaciones populares y el fortalecimiento del Estado; proliferaron los sindicatos y las organizaciones populares que otorgaban al Estado un papel fundamental como árbitro.

Los grupos de mujeres encontraron, en esta forma de organización, un cauce adecuado de expresión; muchas ingresaron a partidos políticos y otras se asociaron para formar sectores femeninos de lucha, pugnando por la igualdad de derechos civiles y políticos, y haciendo una extensa labor social. Ejemplo de ello es el surgimiento del Frente Único Pro Derechos de la Mujer, el cual incluyó en su plan de lucha cuatro puntos principales: el trabajo, la educación, las prestaciones sociales y la participación política. Entre 1935 y 1938, este Frente logró agrupar a mujeres obreras, maestras rurales, mujeres de clase media y alta, de diferentes regiones del país, ilustradas y analfabetas, católicas y comunistas hasta alcanzar un número aproximado de cincuenta mil mujeres organizadas en 25 sectores (Tuñón Julia, 1998, pp. 169-170).

En 1937 la participación de las mujeres del país convergió en una demanda política: su derecho al sufragio. Las mujeres del Frente esperaban la inclusión en el *Diario Oficial* del decreto que les concediera dicho derecho. Inexplicablemente, el decreto nunca apareció.

Es importante hacer énfasis en el papel que el Estado le dio a la mujer en el periodo cardenista. Las incluyó en la responsabilidad de la “llamada educación socialista”. No sólo se apeló a ellas como maestras; “sino también en tanto que madres y como tales reguladoras de la reproducción ideológica en la familia y agentes potenciales para la transmisión de la nueva concepción social y educativa desde el hogar” (Tuñón Pablos, 1992, p. 54).

diciones de salud en los talleres y el derecho al sufragio. Es necesario rescatar el impacto que tuvo el Primer Congreso Feminista de México, celebrado en Yucatán, en 1916, por construir un antecedente clave de la ulterior postura estatal, como por ser un hito para el movimiento de las mujeres en el país. El Congreso, convocado por el gobernador de Yucatán, Salvador Alvarado, planteó la necesidad de una educación que proporcionara instrumentos para abolir la subordinación femenina. “Las resoluciones aprobadas en este Congreso demuestran la fuerte convicción de las participantes de que la solución de sus problemas descansaba en el mejoramiento educativo” (López, 1998, p. 143).

También las mujeres morelenses se unieron en demanda de sus derechos; en 1935 se formó la Unión de Mujeres Americanas que luchaban para que la mujer tuviera “la calidad de ciudadana de la república en el estado de Morelos”; fundaron una central del Partido Nacional Revolucionario (PNR) para que la mujer tuviera derecho al voto (López, 1995, p. 9).

Desde 1931, en el estado de Morelos quedó plasmada en la *Ley de Educación Pública del Estado de Morelos* la responsabilidad y el compromiso de las mujeres en la educación de sus hijos. El artículo 49 dice:

Con objeto de que los padres de familia tomen la participación que les corresponde en la vida de la escuela y en defensa de los intereses educacionales de sus hijos, en cada lugar del Estado donde funcione una escuela, se constituirá una Junta de Educación que estará formada por el Regidor del Ramo o un Delegado del Ayuntamiento en su caso; un representante de los padres de los educandos que concurren a la escuela y una representante de los niños nominada por las madres de familia de la localidad (*Ley de Educación Pública del Estado de Morelos*, 1931, p. 7).

Los años cuarenta permitieron a México acelerar su crecimiento económico, fortalecer la industria, las clases medias y la expansión de las ciudades, si bien a expensas del campo y de una creciente dependencia respecto a los países ricos. Las mujeres ganaron mayor presencia en la educación y en la producción, no obstante, como en décadas anteriores, con los empleos peor retribuidos. La educación se concibió como la vía idónea para preparar a las mujeres para ejercer sus derechos.

Como anota Yurén, gracias a la lucha de las mujeres por sus derechos, la defensa del laicismo, la exigencia de la obligatoriedad y la gratuidad de la educación, la batalla por la educación sexual y el apoyo a la educación socialista, se dieron cambios importantes en los proyectos educativos a partir de la década de los cuarenta; “ya no era válido determinar una educación diferenciada para hombres y mujeres. Los proyectos debían ordenar una educación liberadora para ambos sexos” (Yurén, 1987, p. 76).

No obstante, la postulación de Manuel Ávila Camacho como candidato del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) a la Presidencia de la República dio un viraje político, el candidato dejó ver que su po-

lítica femenil se reducía a fomentar instituciones de maternidad. Quedaron atrás las políticas públicas tendientes a lograr la igualdad entre los sexos. En la visión avilacamachista, las mujeres tenían existencia sólo en función de su papel de madres. No obstante, como una necesidad política evidente, a mediados de la década de los cuarenta regresó a la escena pública la demanda del derecho al sufragio por parte de las mujeres, principio básico para equiparar a la mujer jurídicamente con el hombre y para que el Estado se modernizara.

En Morelos, un grupo de mujeres campesinas salió de la clandestinidad para luchar abiertamente en un nuevo movimiento agrario, el de Rubén Jaramillo, “en el jaramillismo se involucraron mujeres, hombres y comunidades enteras en la lucha por preservar y profundizar las conquistas logradas por los zapatista” (García, s/f, p. 18). A partir de 1943 se dieron las condiciones necesarias para la participación masiva de las mujeres, se les vio en las marchas, asambleas y mítines. Formaron parte del grupo de mujeres del Partido Agrario Obrero Morelense (PAOM), tenían sus propias reuniones; unas eran delegadas del partido en sus comunidades, otras cumplían una labor de mensajeras; su tarea era transmitir noticias de boca en boca, llevar documentos o armas entre los pliegues de las faldas. Se encargaban de darle seguridad al grupo, servían de enlace entre la comunidad y el grupo guerrillero (García, s/f, p. 20).

En 1945, Miguel Alemán, entonces candidato del PRM a la Presidencia de la República, manifestó durante la campaña su intención de promover una reforma constitucional que reconociera los derechos políticos de las mujeres. Destacó su apoyo a la Alianza Femenina Nacional, que promovió y organizó numerosas reuniones con mujeres. En respuesta a este apoyo, el gobierno de Alemán promovió en 1947 un primer ensayo del voto femenino para comicios municipales.

La década de los cincuenta trajo consigo cambios en el ámbito nacional que daban la idea de que se había iniciado una nueva era en la vida económica y política del país.

El presidente Ruiz Cortines inició sus labores en 1952 sometiendo al Congreso de la Unión una serie de proyectos que le daban prestigio y creaban la impresión de que se había iniciado una nueva época para el país [...] El primero de tales proyectos fue la reforma a los artículos 34 y 115 constitucionales que otorgaban a la mujer la plenitud de sus derechos políticos producto de las luchas anteriores (Pellicer de Brody, 1988, p. 17).

En octubre de 1953 fue publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el decreto que otorgó a las mujeres el derecho al sufragio, para ser ejercido en los comicios federales de ese mismo año. El voto permitió a la mujer ejercer su capacidad legal, pero se insistía en que debía asumirlo con sumo cuidado para no perder su feminidad ni olvidar su papel tradicional de esposa y madre.⁸ La idea del “eterno femenino” seguía siendo el modelo de la moral social, y si bien se trataba de alentar a las mujeres, sus nuevas alas se hallaban perfectamente recortadas para que no se alejaran demasiado de casa (Tuñón Julia, 1998, p. 176). La ciudadanía femenina debía ejercerse sin que las mujeres alteraran su lugar en la familia como esposas, madres e hijas.

Las políticas públicas de Ruiz Cortines planteaban la incorporación de la mujer “en campañas contra el analfabetismo, contra la carestía de la vida y en la labor educativa” (Cano, 1996, p. 169). Se consideró el desarrollo de políticas asistenciales dirigidas a mujeres económicamente marginadas, y a su incorporación a la educación técnica.

En el estado de Morelos a finales de 1953, siendo gobernador constitucional el general Rodolfo López de Nava, a fin de estar acorde con los cambios en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, procedió a reformar la primera parte del artículo 13 de la Constitución Política del estado.

Decreto No. 9

Artículo Único. Se reforma el artículo 13 de la Constitución Política del estado de la siguiente manera.

Artículo 13 Son ciudadanos morelenses los varones y *mujeres*⁹ que teniendo la calidad de ciudadanos mexicanos reúnan, además, los siguientes requisitos... (López, 1995, p. 10).

En 1954, se inició en el país una intensa campaña para persuadir a las mujeres a que participaran en los comicios electorales del siguiente año, cuando se elegirían gobernadores y autoridades municipales en todo el país. Bajo el lema de “agrupar en torno al Partido a todas las mujeres de México”, el comité femenino del Partido Revolucionario Institucional (PRI) se lanzó a la tarea de afiliar a aquellas que, de alguna manera, pudieran participar en sus labores. En julio, al hacer un

⁸ La esposa virtuosa, abnegada, dispuesta a apoyar al marido y madre sufrida que cuida hijos.

⁹ Las cursivas son mías.

primer balance de la campaña de afiliación, su presidente declaró que el PRI “podía ostentarse como el representante de tres millones de mexicanos, de los cuales un millón doscientos treinta mil eran mujeres recién integradas plenamente a la vida política del país” (Pellicer de Brody, 1988, p. 111).

En el caso particular del estado de Morelos, en cumplimiento de la *Ley Orgánica Municipal del 12 de diciembre de 1954*, se llevaron a cabo los comicios para elegir los ayuntamientos de la entidad para el trienio 1955-1957, observándose con sorpresa la concurrencia de la mujer, por primera vez, a las urnas electorales para ejercer sus derechos cívicos. Pero más extraño resultó que se hubieran elegido mujeres para ocupar cargos públicos. En los comicios ganaron: una presidenta municipal propietaria en Atlatlahucan, dos presidentas municipales suplentes en Jojutla y Miacatlán, dos regidoras propietarias en Jonacatepec y Zacatepec y una síndico-propietaria en Acochiapan (López, 1995, pp. 10-16).

En la década de los sesenta hubo movimientos sociales que mostraron demandas latentes de la población en general, y de las mujeres en particular. En el Movimiento de 1968 participaron activamente, no sólo las activistas destacadas, sino también mujeres de diferentes sectores y organizaciones como la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas, quienes tomaron las calles, protestaron y sufrieron la represión.

En Morelos, a finales de los sesenta, Elizabeth (Betsie) M. Hollands e Iván Illich fundaron la Coordinación de Iniciativas para el Desarrollo de América Latina (CIDAL), como un proyecto específico para difundir la situación de la mujer latinoamericana. En 1968 obtuvieron su registro como Asociación civil. Para 1974 este centro cambió de nombre a Comunicación Intercambio y Desarrollo Humano en América Latina (CIDHAL), y a finales de esta década las mujeres decidieron dar un giro a su trabajo y se propusieron vincular su actividad a los movimientos sociales, especialmente mujeres, aunque en la práctica se ha vinculado con grupos como: Frente pro Derechos Humanos, Colonos Independientes de Morelos, Unión de Pueblos de Morelos (UPM), Coordinación Nacional Plan de Ayala (CNPA) (Vélez, 2000, pp. 17-28).

También en la década de los setenta hubo un número importante de mujeres morelenses participando en las “luchas de las colonias populares, como la Rubén Jaramillo en Temixco” (Sarmiento, 1997, p. 82),

o bien en los contingentes obreros, donde se desarrolló un sindicalismo independiente y democrático; hubo conflictos en las empresas Dina-Renault, Nissan, IACSA, Artemex, Textiles de Morelos, Mosaicos Bizantinos y Rivetex. Las más contestatarias fueron las de Confecciones Rivetex y la industria químico-farmacéutica. En 1971, trabajadoras de Rivetex se lanzaron a la huelga en demanda de construcción de guarderías y con el fin de alcanzar puestos de dirección dentro del sindicato. Después de estas luchas, varias obreras decidieron participar en la vida sindical e incorporarse a la lucha partidista a través del recién creado Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) o en el Partido Comunista Mexicano (PCM), que después sería el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) (Sarmiento, 1997, p. 83).

En 1979 se forman dos agrupaciones *sui generis* para su época, las asociaciones civiles, años después conocidas como organismos no gubernamentales (ONG): Cooperativa de Bordados y el colectivo Casa Hogar de Trabajadoras Domésticas, A.C.

Paralelamente a esta forma de organización, mujeres de diferentes pueblos de Morelos se organizaron para resolver problemas de su vida cotidiana, como escasez de agua, falta de servicios educativos o política regional. En este último rubro destaca el grupo de Mujeres tepoztecas, con su participación activa en contra de proyectos de urbanización, como el complejo turístico en el cerro del Tepozteco y con la denuncia del fraude en las elecciones municipales en la década de los ochenta (*ibid.*, p. 84).

En 1980 se creó el Frente por una Maternidad Voluntaria y un año después la Coordinadora de Mujeres de Morelos, que se integró por comisiones de mujeres afiliadas o simpatizantes de los partidos PRT y PCM, así como grupos de mujeres de diversas comunidades del estado y del propio CIDHAL.¹⁰ Cabe resaltar la formación de una organización que recuperó el nombre de la publicación *María, Liberación del Pueblo*¹¹ (Vélez, 2000, p. 28).

¹⁰ En un acto de represión contra CIDHAL, en 1989 el gobernador del estado, Lauro Ortega Martínez, cerró la institución; se volvió a abrir un año después gracias al apoyo de grupos nacionales e internacionales, organizaciones populares y partidos políticos (Zaragoza y Hernández, 2000, p. 170). Actualmente, CIDHAL sigue ofreciendo servicios médicos, de documentación, mantiene trabajo formativo con mujeres de base, así como sus actividades en la conservación ambiental.

¹¹ En 1974, CIDHAL editó el periódico *María, Liberación del Pueblo*, donde se trataban temas sobre necesidades de las mujeres con un estilo de fotonovela y entrevistas que escribían las

En 1983 surgió en el estado de Morelos el Centro de Encuentros y Diálogos (CED), por iniciativa de un grupo laico y de sacerdotes cercanos al obispo Sergio Méndez Arceo.¹² El centro desarrolló su trabajo principalmente en los municipios, orientado al desarrollo y potenciación de formas tradicionales de participación colectiva comunitaria en nuevas formas ciudadanas. Algunas de las primeras acciones dirigidas a las mujeres fueron la formación de talleres de costura, el apoyo a la comercialización de sus productos y la creación de centros comunitarios de desarrollo infantil para atender a los hijos de madres trabajadoras (Zaragoza y Hernández, 2000, pp. 177, 185).

En 1992, el CED reorientó sus objetivos hacia la promoción activa de la participación ciudadana y, con ello, democratizar la vida en Morelos. En los comicios electorales de 1994 y 1997 se formó

...un grupo plural en donde participaran además de ciudadanos y ciudadanas sin participación partidista, representantes de organizaciones de colonos, ciudadanos y ciudadanas de diferentes partidos políticos y organizaciones como el Partido del Trabajo, el Partido Revolucionario Institucional y el Partido de la Revolución Democrática (*ibid.*, p. 186).

A manera de síntesis, en los últimos años se han reformado muchas de las normas legales que rigieron la participación social de las mujeres y los varones. En 1975, y a partir de que México había obtenido la sede para realizar la Primera Conferencia Internacional de la Mujer, organizada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU), parecía evidente la necesidad de modernizar la legislación del país. Por ello, un año antes (1974) se modificó el artículo 4o. constitucional, para establecer la igualdad ante la ley entre los dos sexos. También se reformó el Código Civil de 1928, lo cual otorgó prerrogativas a la mujer trabajadora y derechos de propiedad de la tierra a la campesina. En 1981, México ratificó la Convención de la ONU sobre la Eliminación de Todas las Formas Discriminatorias Contra la Mujer, aprobada en 1979. En 1993, el Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (Cofipe), en el artículo 175, reconoció la re-

mujeres de las Comunidades Eclesiales de Base; posteriormente, un grupo de lectoras se reunían para cuestionar, criticar y hacer sugerencias para el siguiente número. Posteriormente se formó una organización de mujeres con este mismo nombre.

¹² Obispo de Cuernavaca de 1952 a 1983.

comendación a los partidos políticos sobre la postulación de mujeres en cargos de elección popular. Cinco años después, el CIDHAL-Cuernavaca fue clave en la gestión para la aprobación de una Ley Estatal contra la Violencia Intra-familiar.

Desde los años ochenta, la presencia de las mujeres en los cargos de las estructuras partidarias en la vida política de nuestro país ha ido en aumento. Véase, en el cuadro 6, el caso del PRI:

Cuadro 6.

1950	1970	1980	1991	1992
0%	3.9%	10.8%	11.8%	20%

Cuadro elaborado a partir de la información de Fernández Poncela (1995, p. 43).

Además, a partir de 1982 varias mujeres se incorporaron a los puestos considerados importantes de la política formal, y se colocaron en altos niveles del gobierno federal –cuatro subsecretarías de Estado, tres oficiales mayores, 27 directoras generales, cuatro delegadas políticas del D.F., una procuradora, una subprocuradora y una presidenta del Tribunal de Justicia del D. F. (Farias, citada por Fernández Poncela, 1995, p. 45).

Según Paulina Fernández:

La educación es premisa fundamental para la participación política de las mujeres, y el tipo y ámbito de actividad política dependerá de la situación socioeconómica, aunque no hay que soslayar factores como el laboral y el habitacional como posibles variables que pueden influir también (Fernández Christlieb, 1995, p. 87).

En México, los estudios sobre el perfil educativo de las mujeres que tienen o han tenido una participación ciudadana activa son escasos, Barrera proporciona algunas pistas al respecto.¹³ En un estudio, la escolaridad de las alcaldesas y de sus familias resultó ser más alta

¹³ Dalia Barrera analiza los datos de siete alcaldesas y siete regidoras de diversos estados de la República: Guanajuato, Yucatán, Hidalgo, Guerrero, Distrito Federal, Veracruz, Estado de México, Morelos, Michoacán Tlaxcala y Jalisco. En 1994 realizó una encuesta que le permitió detectar una serie de peculiaridades en cuanto a los antecedentes familiares, lugar de origen, ni-

que la de las regidoras. La escolaridad de las alcaldesas iba desde estudios técnicos como secretaria, hasta las de tipo profesional (licenciaturas en administración municipal, contaduría pública, administración de empresas, historia y derecho). Una alcaldesa había estudiado para maestra de primaria. La escolaridad de las regidoras era: una carrera técnica como comercio o secretaria, estudios de maestra de primaria, secundaria o preparatoria o de educación tecnológica, y sólo una de ellas había estudiado licenciatura (Barrera, 1998, p. 95).

En el estado de Morelos, para el trienio 1994-1997, de los 238 miembros de los cabildos, 40 fueron mujeres; la composición fue la siguiente: una presidenta municipal (Ocuituco), tres síndicas procuradoras y 36 regidoras. De los 33 municipios, para el trienio 1997-2000, ocupaban los cargos dos presidentas municipales (Ocuituco y Miacatlán), en tanto que en el Congreso local había cuatro diputadas, que fueron electas por mayoría relativa y tres por representación proporcional (23%). Además, 16% de las regidurías estaba en manos de mujeres (Zaragoza, 1998, p. 84).

La situación y condición de las mujeres mexicanas ha cambiando ampliamente en los últimos años. Las transformaciones demográficas, económicas y educacionales son importantes. Según el censo de 1990, el país tenía 91 millones de habitantes, de los cuales más de la mitad eran mujeres. La Población Económicamente Activa (PEA) femenina ha crecido notablemente (véase cuadro 7). Además, han cambiado los esquemas laborales: después de la crisis de 1982, no es necesario abandonar el trabajo remunerado al contraer matrimonio, por ello se ha incrementado el número de mujeres casadas y con hijos en el mercado laboral, y 90% de las mujeres trabajadoras, labora también en su hogar, de manera que realizan una doble jornada (Tuñón Julia, 1998, p. 180).

Cuadro 7. PEA femenina

1940	1950	1960	1970	1980	1990	2000
7	14	18	19	28	32	34

Cuadro elaborado a partir de datos de Tuñón Julia (1998, p. 180). Se presenta en valores porcentuales.

vel educativo, perfil laboral, trayectoria política y participación social de las mujeres (Barrera, 1998, pp. 91-92).

En el periodo que se estudia (1930-1990), la educación preescolar, primaria y secundaria presentan porcentajes similares de integración por sexo. La escolaridad de las mujeres ha aumentado, desde la década de los setenta del pasado siglo XX se habla de una feminización de la matrícula en el nivel superior, cada vez es más frecuente encontrar mujeres en carreras antes consideradas “para hombres”. Las tasas de analfabetismo han disminuido notablemente a lo largo de los años (véase cuadro 8).

Cuadro 8. *Evolución de tasas de analfabetismo por sexo en México: 1930-1990*

	1930	1940	1950	1960	1970	1980	1990
Hombres	0.51	0.45	0.32	0.27	0.26	0.14	0.10
Mujeres	0.58	0.53	0.38	0.33	0.31	0.20	0.15

Fuente: Tapia (1994, p. 71).

En este capítulo se discutió cómo las mexicanas se han ido incorporando paulatinamente a los procesos educativos y a los espacios de participación ciudadana. Puede decirse que desde el siglo XIX la mujer ha tenido una destacada participación en momentos decisivos de la historia y del quehacer nacional, tomando las calles para reivindicar sus derechos laborales, afiliándose a clubes y partidos políticos e incluso en los movimientos sociales como combatiente.

ABUELAS, MADRES Y NIETAS: CAMBIOS Y PERMANENCIAS

En este capítulo se analizan los resultados de una encuesta¹ aplicada a mujeres de dos localidades del oriente del estado de Morelos, Cuautla y Atlatlahucan, para distinguir la relación existente entre la educación escolarizada y la educación familiar y cómo influyen dichos procesos formativos en la participación ciudadana. Se analizan los valores transmitidos por la familia y la escuela para identificar las rupturas y continuidades, las semejanzas y las diferencias entre dichas generaciones; y se explora la forma en que la escuela y la familia contribuyen a la construcción de la identidad de género de mujeres de distintas generaciones.

El rango de edad de las encuestadas fue entre 16 y 87 años y se distribuyeron en tres generaciones (véase cuadro 9). La proporción de mujeres en cada generación no representa necesariamente la distribución real de ellas en la comunidad. En este estudio, las nietas son las mujeres que tienen entre 16 y 30 años; las madres tienen entre 31 y 50 años; y las abuelas de 51 años en adelante.

¹ Se aplicaron 300 encuestas en dos localidades del oriente del estado de Morelos, Cuautla y Atlatlahucan. Las encuestadas fueron realizadas a mujeres cuyos hijos asistían o asistieron a la escuela. A lo largo del cuestionario respondieron sobre aspectos de su escolaridad, la organización de la familia extensa y nuclear en el cuidado de los hijos, así como la importancia de asistir a la escuela y sus formas de participación social. Se analizan también sus opiniones sobre la ponderación de valores en dos ámbitos distintos: la escuela y la familia.

Cuadro 9. *Tabla de frecuencias por generación*

	Cuautla	Atlatlahucan	Total	Porcentajes
Nietas	33	23	56	19
Madres	78	84	162	54
Abuelas	39	42	81	27
Total	N¹=150	n¹=149	299	100

N = 299

Participación y variables intermedias en el caso de Cuautla. Correlaciones significativas.²

Cuautla

Primero se analizará la relación entre la escolaridad de las mujeres de tres generaciones y la forma cómo se define la identidad de género, después de la asistencia a la escuela en una comunidad urbana (véase cuadro 10). En un segundo momento, la educación en valores en la familia y en la escuela, y finalmente, se examina la influencia de la escolaridad sobre la participación ciudadana.

Cuadro 10. *Escolaridad de las nietas, madres y abuelas*

Generaciones	Escolaridad			Total
	sin/algunos estudio	primaria completa	secundaria y más	
Nietas	6		94	100
Madres	14	26	60	100
Abuelas	59	18	23	100

N=150; chi cuadrada = 51.574; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

² Se aplicó la prueba de X² (chi cuadrada) que permite establecer una concordancia entre valores empíricos y teóricos. Los datos están clasificados en tablas de contingencia con los que podemos estimar el grado de asociación entre dos variables (Ritchey, 2002, p. 427).

Con claridad se observa que, efectivamente, las mujeres más jóvenes tienen mayor nivel de escolaridad, es decir, conforme se incrementa la edad de las mujeres disminuye la escolaridad. Las nietas tienen secundaria completa, las madres tienen principalmente primaria completa, aunque debe reconocerse que un porcentaje importante de ellas tiene también secundaria completa.³ La diferencia más notoria se encuentra entre nietas y abuelas, estas últimas mayoritariamente sólo tienen primaria incompleta.

La edad de las nietas corresponde a una época en la que en un estado tan pequeño como Morelos, el acceso a la escuela secundaria se convirtió casi en una norma. Esta generación vivió el momento más intenso de expansión en el acceso a este nivel educativo. Al comparar las cifras de la matrícula en secundaria, en el ámbito estatal entre 1980 y 2000, se advierte un crecimiento notable, del 157%, véase cuadro 11:

Cuadro 11. *Crecimiento de la matrícula en secundaria 1980-2000*

1979-1980	1989-1990	1999-2000
54 733	75 598	86 262

Fuente: SISTESEP, PronoSEP, 2000.

Sin embargo, es conveniente profundizar acerca de las razones que tuvieron las abuelas para dejar la escuela. Después de todo no deja de ser sorprendente que madres y nietas cuenten casi con la misma escolaridad en un momento de expansión del sistema educativo.

Cuando se contrastó la generación a la que pertenecen las mujeres con las razones por las que dejaron de estudiar, se halló una relación significativa. Las abuelas y las madres no pudieron concluir sus estudios por motivos económicos. Curiosamente, las nietas se siguen casando jóvenes, razón por la cual no continúan estudiando o porque al-

³ Muchas encuestadas tenían estudios o carreras técnicas con secundaria. En el oriente del estado de Morelos, las carreras de este tipo más demandadas han sido: secretariado ejecutivo y bilingüe, contador privado y enfermería. Recientemente turismo y computación. Recordemos que las abuelas y madres que lograron ser maestras estudiaron la normal básica, teniendo como antecedente o requisito, la secundaria.

gún miembro de la familia se opuso a que estudiaran por ser mujeres. Posiblemente, las nietas asumieron que el ser madre, esposa y ama de casa son actividades que satisfacen plenamente la vida de las mujeres. Y como dice Tarrés:

hay que considerar que ser madre y ama de casa es un trabajo como cualquier otro y cuando es un acto de voluntad, que se ha elegido, puede ser tan válido como otro y más válido que el ejercicio de empleos mal remunerados o insatisfactorios (Tarrés, 1992, pp. 37-38).

Muchos autores demuestran la trascendencia que tiene para las mujeres el haber cursado la primaria, tanto en el control de la natalidad como en la crianza de los hijos, el cuidado de las enfermedades y la disminución de la mortalidad infantil. Al respecto, Tapia señala que

...Los incrementos en los niveles educativos asociados a los incrementos en los niveles de salud de la madre y de los hijos parecen estar suficientemente confirmados. Investigaciones recientes han encontrado tanto en México (Bobadilla, Schlaepfer y Alagón, 1989; Palma, 1988) como en otros países (Caldwell, 1986; Cleland y Hobcraft, 1985; Cleland y Van Ginneken, 1987), que la escolaridad de la mujer se encuentra consistentemente asociada con reducciones en la mortalidad de los niños, aun controlando los factores socioeconómicos y otras variables relevantes a este problema, *v. gr.*, los patrones de reproducción familiar (Tapia, 1991, p. 264).

Por su parte, Cortina afirma: “Un patrón establecido claramente en la investigación en muchos países y culturas indica que los años adicionales de educación tienden a disminuir el índice de fertilidad de las mujeres” (Cortina, 2001, p. 212).

Además de estas influencias importantes de la escolaridad, las mujeres consideran que el haber ido a la escuela les ha permitido, en primer término, cuidar y educar mejor a sus hijos y, en segundo lugar, ser más autónomas, sin importar el grupo generacional al que pertenecen. Asimismo, coinciden en que estudiar les ha posibilitado vivir en mejores condiciones económicas que las de sus padres.⁴ Ellas ven

⁴ Cuando las mujeres contestaban a esta pregunta algunas hacían una pequeña evaluación e indicaban que tenían casa propia, de buen material y con electrodomésticos como televisión, lavadora, lavadora; poseían un negocio y, además, podían mandar a sus hijos a la escuela.

la formación escolar como un elemento de movilidad social. Al respecto Tarrés señala:

En países como México, el acceso a la educación o a una buena formación profesional significa, y con mayor razón para las mujeres, que a nivel individual se cuenta con mayores posibilidades para poder elegir con libertad sobre su vida privada y que a nivel social, la educación sea todavía un medio eficaz de movilidad social (Tarrés, 1992, p. 39).

A diferencia de estudios anteriores, que aseguran que la educación primaria es el nivel trascendente en la vida de las mujeres, en este trabajo se encontró que la educación secundaria ha cambiado a las madres y a las nietas la manera de vivir en su familia, la forma de criar a los hijos y el control de la natalidad. La vida de las mujeres es distinta después de haber asistido a la escuela y haber terminado la secundaria. La asistencia a la escuela les da a las mujeres una capacidad de iniciativa distinta para enfrentar su mundo, su vida y su realidad.

Se observa una relación estadísticamente significativa entre escolaridad y el lugar de residencia, después del matrimonio (véase cuadro 12). Las mujeres con secundaria o mayor escolaridad no se fueron a vivir a casa de sus parientes cuando se casaron o nacieron sus hijos. Considerando la ocupación del cónyuge, mayoritariamente comerciantes o trabajadores por su cuenta, podría suponerse que la solvencia económica contribuyó también a cumplir el deseo de vivir en una casa aparte.

Cuadro 12. *Residencia después del matrimonio*

Escolaridad	Lugar de residencia		Total
	Casa de algún pariente	En casa aparte	
Sin/algunos estudios	50	50	100
Primaria completa	41	59	100
Secundaria y más	30	70	100

N=150; chi cuadrada = 4.670; nivel de significación estadística = .097. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Se distingue otra relación estadísticamente significativa entre la generación a la que se pertenece y los cambios al nacer los hijos (véase cuadro 13). Las abuelas y las madres establecen un modelo de vida con la presencia de sus hijos distinto del creado por sus nietas. Las abuelas no cambiaron de residencia o actividad con la presencia de los hijos, mientras que las nietas sí lo hicieron.

Cuadro 13. *Cambios al nacer los hijos*

Generaciones	Cambios importantes		Total
	Cada quién siguió con sus actividades	Cambios (residencia, trabajo) renunciar a estudiar, trabajar	
Nietas	38	62	100
Madres	60	40	100
Abuelas	68	32	100

N=150; chi cuadrada = 7.379; nivel de significación estadística = .025. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Probablemente, las abuelas no percibieron transformaciones cuando nacieron los hijos porque desde que ellas se casaron se fueron a vivir a casa de su suegra, y eso era normal; en muchos pueblos de Morelos es la suegra quien enseña a la recién casada los quehaceres del hogar, lavar, cocinar y planchar. Y particularmente, al nacer los primogénitos le enseña a su nuera a bañarlos, alimentarlos y curarlos, o a su vez, como señala Victoria Sau, la suegra:

bajo la apariencia de consejos, dan órdenes a las nueras acerca de cómo han de tratar a su marido: a mi hijo le gusta esto, no le gusta lo otro, tendrás que hacerle lo de más allá.

A partir del día de la boda [...] la madre del marido se dedica a “vigilar” e “inspeccionar” a su nuera: a dónde va, si es limpia o sucia, si gasta con cuidado el dinero que le entrega su hijo o lo despilfarra, si cocina bien o mal, si es hacendosa, discreta, hábil, y sobre todo, si hace feliz a su hijo (Sau, 1976, pp. 130-131).

En síntesis, puede afirmarse que la vida de una mujer se modifica con la presencia de los hijos, dependiendo de la generación, y de su escolaridad. Las mujeres con secundaria completa, cuando se casan o se convierte en madres, deciden vivir en una casa aparte, forman familias nucleares, donde conviven únicamente el papá, la mamá y los hijos. En una familia nuclear⁵ hay mayores posibilidades de ejercer el valor de autonomía, por ejemplo, al educar y cuidar a sus hijos o distribuir el ingreso. La familia extensa generalmente se organiza en torno a la autoridad de los abuelos, la socialización recae en los hombres y las mujeres del grupo doméstico. Las actividades del hogar y el cuidado de los hijos son compartidos por las mujeres del grupo.

Las nietas, según los resultados de la investigación, forman familias nucleares, donde la organización para el trabajo, las pautas de socialización y los valores difieren de las familias extensas en las que predominantemente vivieron las abuelas.

A partir de la década de los treinta, los pueblos morelenses experimentaron un crecimiento lento, pero permanente, en los procesos de modernización industrial. Hombres y mujeres alteraron algunas de sus pautas culturales al sumarse al mercado productivo:

La gran transformación que significa el paso de una sociedad agraria a una industrial y urbana en un lapso de 50 o 60 años, ha producido cambios que, subrepticamente, alteran la vida cotidiana de hombres y mujeres, la organización de la familia, los sistemas de producción, la división del trabajo, las pautas de socialización y la vida pública. Patrones de relación que parecieran inmutables se modifican porque la sociedad se modifica. En este proceso, las mexicanas como colectivo han logrado, y desde hace sólo 20 años, separar la sexualidad de la reproducción, una incorporación creciente al mundo laboral y un aumento sustantivo en los niveles educativos (Tarrés, 1992, p. 44)

Como anota Tarrés, se observan núcleos de cambio en una serie de reglas y normas que legislan y reglamentan las relaciones familiares de las mujeres cuautlenses. Podría pensarse entonces que, en Cuautla, muchas de las mujeres con estudios de secundaria estarían incorporadas al mercado laboral y asignarían el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos a terceras personas. Sin embargo, se encontró que, sin im-

⁵ Cabe aclarar que se llamará familia extensa a la familia donde las encuestadas fueron criadas; y a la familia que ellas formaron, la nombraremos familia nuclear, o nos referiremos a ella como *su* familia.

portar la edad y la escolaridad, las mujeres por lo general se dedican a la crianza de sus hijos (véase cuadro 14). Aunque trabajan, continúan definiéndose por su papel de madres y tienen un respeto especial por la maternidad.

A pesar de tener una mayor escolaridad y redefinir su autonomía, el significado del matrimonio, para ellas, es formar una familia y tener hijos. Se reconocen como amas de casa, aunque muchas de ellas (especialmente las de mayor escolaridad y tratándose de Cuautla una ciudad comercial) trabajan, venden productos en abonos, están en el sector informal o bien cumplen una función importante ayudando, por tradición, en el negocio familiar.

Cuadro 14. *Ocupación de usted*

Generaciones	Ocupación		Total
	Trabaja	Ama de casa	
Nietas	45	55	100
Madres	44	56	100
Abuelas	42	58	100

N=150; chi cuadrada = .069; nivel de significación estadística = .966. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

La influencia de la escolaridad en la cotidianidad de las familias de las zonas urbanas, se hizo evidente al analizar los derechos y las responsabilidades de las mujeres; percibiéndose cambios en la crianza de los hijos, los quehaceres del hogar y el compromiso económico. El trabajo doméstico sigue recayendo en las mujeres, pero muchas se han organizado para cumplir con él. Hay actividades que las mujeres de cualquier generación y escolaridad siguen realizando a diario, como cocinar (véase cuadro 15), ir al mandado, hacer el aseo y lavar los platos.

Cuadro 15. *Frecuencia con la que cocina*

	Frecuencia	Porcentajes
Diario	128	85
A veces	7	5
Nunca	15	10
Total	150	99

N =150. El cuadro presenta frecuencias absolutas.

No obstante, se encontró que existe una relación estadística significativa entre escolaridad y la frecuencia con la que las mujeres planchan. Las mujeres con secundaria realizan esta actividad sólo de vez en cuando, 66%, y algunas nunca la ejecutan, 23%. En contraste, 44% de las madres de familia de menor escolaridad, sin estudios o sólo con primaria completa, planchan diariamente en una mayor proporción (véase cuadro 16). Planchar es una de las primeras faenas domésticas que las mujeres de la generación de las nietas han podido transferir o llevar a cabo cotidianamente en menor intensidad. Actualmente las abuelas tampoco planchan, quizá por la edad fueron liberadas de esa tarea, probablemente le fue asignada a terceras personas mediante una remuneración económica.

Cuadro 16. *Frecuencia con la que plancha*

Escolaridad	Con qué	Frecuencia	Plancha	Total
	Diario	A veces	Nunca	
Sin/algunos estudios	31	36	33	100
Primaria completa	45	48	7	100
Secundaria y más	12	65	23	100

N =150; chi cuadrada = 20.616; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Otra labor que las mujeres han relegado es el lavado de la ropa (véase cuadro 17). Al igual que con el quehacer anterior, se considera que las abuelas –de menor escolaridad– ya no lavan con frecuencia por su edad. Las mujeres con primaria completa realizan esta actividad diariamente en 32% más que las mujeres de mayor escolaridad, que lavan a veces en 68%, o simplemente nunca lo hacen en 16%. Posiblemente son las que tienen un empleo remunerado.

Cuadro 17. *Frecuencia con la que lava la ropa*

Escolaridad	Con qué frecuencia lava la ropa			Total
	Diario	A veces	Nunca	
Sin/algunos estudios	39	44	17	100
Primaria completa	48	52		100
Secundaria y más	16	68	16	100

N=150; chi cuadrada = 17.112; nivel de significación estadística = .002. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

La obligación de llevar y traer a los hijos de la escuela, ayudarles a hacer la tarea y asistir a juntas escolares continúa aún bajo la vigilancia de la madre; las mujeres de mayor escolaridad les ayudan más con las tareas. Por el contrario, sin importar la escolaridad o la generación, las mujeres aseveran compartir la educación familiar (moral, dar consejos, castigar o imponer reglas) con su pareja (véase cuadro 18).

Cuadro 18. *Organización familiar para atender a los hijos en relación con la escuela (castigar)*

	Frecuencias	Porcentajes
Papá	25	17
Mamá	53	35
Papá y mamá	60	40
No contestó	12	8
Total	150	100

N = 150. El cuadro presenta frecuencias absolutas.

Tradicionalmente, se considera al padre el proveedor económico del hogar; la mayoría de las mujeres, de las tres generaciones, de diferente escolaridad, expresaron que la responsabilidad económica de la familia sigue recayendo en el padre. Numerosas mujeres trabajan, pero no reportan sus ingresos, y mucho menos reconocen que puedan contribuir al ingreso familiar.

Aunque se considera el ingreso económico un compromiso del padre, mujeres sin escolaridad en 28%, con primaria completa en 37% y con secundaria en 35%, contradictoriamente afirman compartir esta responsabilidad con su cónyuge.

Finalmente, se puede afirmar que el trabajo del hogar es importante, arduo y muchas veces limita el desarrollo de las mujeres. Las estadísticas permiten observar la vigencia de la tesis marxistas al referirse a la doble jornada de trabajo para las mujeres incorporadas al mercado productivo. Lenin afirmaba: “sabéis que incluso cuando las mujeres tengan plenos derechos permanecerán, de hecho, oprimidas, pues cargan con todo el trabajo doméstico” (Lenin, 1970, p. 52).

En suma, contrario a lo que hipotéticamente se hubiera esperado, muchas mujeres se definen aún por ciertos rasgos identitarios que parecieran tradicionales. Al analizar el caso de las mujeres del oriente del estado de Morelos, se puede afirmar que esto responde a varias razones: por un lado, algunas no tienen recursos económicos para relegar a terceras personas los quehaceres de la casa y la crianza de los hijos; por otro, en determinados casos, las mujeres manifiestan un sentimiento de culpa por asignar esas tareas, y por último, incluso siendo mujeres escolarizadas que trabajan y están totalmente conscientes del valor de su trabajo, prefieren seguir siendo las responsables de su hogar; y como ya se había señalado, si es un acto de voluntad, es totalmente válido. Serrat indica al respecto que

...aunque la modernización haya afectado en forma evidente los modos de vida de una amplia proporción de mujeres, en lo que se refiere, por ejemplo, a su incorporación masiva a los mercados de trabajo, esto no se ha traducido en una modificación de las concepciones valorativas tradicionales [...] Los ideales, la autopercepción y los preceptos normativos que definen las identidades sociales siguen atendiendo a un modelo tradicional en el caso de un número sustancial de mujeres incorporadas al mercado de trabajo, la educación superior o la profesionalización de otro tipo (Serrat, 2000, p. 247).

Educación en valores en la familia

La familia y la escuela, espacios de formación en valores, permiten a las mujeres estructurar, consciente o inconscientemente, una forma de vivir, criar a los hijos, decidir o reconocerse a sí mismas.

Según datos de la encuesta, al contrastar los valores transmitidos en la familia con los de la escuela, se encontró que las mujeres cuautlenses fueron formadas en valores con contenidos similares entre una generación y otra. Sin embargo, a la generación de las nietas les fueron promovidos, por instancias de socialización, ciertos valores que no fueron reforzados en la familia, y viceversa; y éstos no son necesariamente los mismos que sus madres y abuelas aprendieron.

El respeto a los mayores es un valor que se transmite en las familias y aparece como constante en las diferentes generaciones; especialmente en la familia extensa, los hijos no pueden ser “respondones” con los adultos. A las mujeres, sin importar la generación, se les ha fomentado el valor del respeto a los mayores, con mayor rigidez a las abuelas (véase cuadro 19).

Se pudieron detectar permanencias en los valores inculcados en las familias. Por ejemplo, si una nieta aprendió el valor de respeto, ella enseña a sus hijos a ser respetuosos con los mayores, y con mayor énfasis dependiendo de la escolaridad. A mayor escolaridad parece fomentarse más el valor. Esta pauta se repite, también, en los valores de diversidad e igualdad de género.

Cuadro 19. *Permisividad de ser “respondón con los mayores”*

Generaciones	Sus hijos le responden			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas	65	19	16	100
Madres	72	19	9	100
Abuelas	95	5	–	100

N =150; gamma = -.481; nivel de significación estadística = .001. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

También se reconocieron cambios en otros valores. La generación de las abuelas vivió en familias autoritarias y patriarcales; por el contrario, las nietas al formar *su* hogar intentan ser más permisivas, fomentan la toma de decisiones entre los integrantes de la familia, porque creen que sus padres no las tomaban en cuenta (véase cuadro 20). Las nietas aprendieron a reconocer el valor de la autonomía, posiblemente después de su experiencia de haber ido a la escuela, pues en la familia no se les inculcó.

Cuadro 20. *Posibilidad de tener ideas diferentes*

Escolaridad	Posibilidad de tener ideas diferentes			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Sin/algunos estudios	20	44	36	100
Primaria completa	4	26	70	100
Secundaria y más	6	21	73	100

N =150; gamma = .449; nivel de significación estadística = .001. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Respecto a las situaciones concretas donde las mujeres ponen en práctica los valores morales, las mujeres de las tres generaciones refieren que en su familia extensa no había ninguna posibilidad de que un hijo(a) viviera con su pareja sin casarse, una hija decidiera ser madre soltera o uno de los integrantes de la familia tuviera hijos fuera del matrimonio (véase cuadros 21 y 22). Este hecho posiblemente tiene que ver con el concepto tradicionalmente asignado a la mujer: casarse de preferencia por la iglesia, llegar virgen al matrimonio, aguantar al “marido que le tocara”, aceptar la cantidad de hijos que “Dios le die-ra” y ser la responsable de la educación de los mismos.

Cuadro 21. *Posibilidad de que un integrante de la familia tenga un hijo fuera del matrimonio*

Generaciones	Uno de los integrantes de la familia tenga un hijo fuera del matrimonio			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas	49	21	30	100
Madres	56	22	22	100
Abuelas	83	14	3	100

N=150; gamma = -.434; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Cuadro 22. *Permisividad de que una hija sea madre soltera*

Escolaridad	Aceptar a una hija como madre soltera			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Sin/algunos estudios	53	24	24	100
Primaria completa	42	31	27	100
Secundaria y más	37	25	38	100

N=150; gamma = -.230 nivel de significación estadística = .057. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Llama la atención cómo las nietas –mujeres con mayor escolaridad– aceptarían que uno de sus hijos(as) viviera con su pareja sin casarse, una hija decidiera ser madre soltera, o bien, uno de los integrantes de la familia tuviera hijos fuera del matrimonio (véase cuadro 23). Mientras que en las familias de las mujeres sin estudios no había posibilidad (55%) de tener hijos fuera del matrimonio, las de mayor escolaridad sí lo aceptarían (42%). Al parecer, para los jóvenes el trámite o la legalización del vínculo matrimonial no pesa tanto como para las viejas generaciones. Se puede observar cómo se han modificado las ideas de las nietas respecto a las de sus madres y abuelas en cuanto a estos valores.

Cuadro 23. *Posibilidad de que uno de los integrantes de la familia tenga hijos fuera del matrimonio*

Escolaridad	Uno de los integrantes tenga hijos fuera del matrimonio			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Sin/algunos estudios	55	28	17	100
Primaria completa	30	35	35	100
Secundaria y más	32	26	42	100

N =150; gamma = .309; nivel de significación estadística =.007. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Se encontró una relación estadísticamente significativa entre la generación y el valor de solidaridad (véase cuadro 24).

Cuadro 24. *Posibilidad de ayudar a los vecinos a resolver problemas de la comunidad*

Generaciones	Resolver problemas de la comunidad			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas	22	26	50	100
Madres	28	34	38	100
Abuelas	54	35	11	100

N =150; gamma = -.425; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Pareciera que la generación de las abuelas es menos solidaria con sus vecinos, que la generación de las nietas, lo cual es muy extraño si se toma en cuenta que las abuelas vivieron en un periodo en el que Cuauhtla era un poblado tan pequeño que los vecinos se conocían, se ayudaban y compartían las alegrías y las tristezas –bodas, velorios, etc. Una abuela recuerda:

En la década de los cincuenta, Cuautla era una ciudad muy provinciana, sus gentes y sus familias nos conocíamos y ayudábamos unos a otros, no había niños en la calle ni drogadicción, vivíamos en un ambiente sano (Entrevista a Margarita, 1999).

Por su parte, la generación de las nietas rara vez tiene contacto con los integrantes de su colonia, no entabla ninguna relación con sus vecinos salvo en casos extremadamente necesarios; únicamente cuando se requiere de la solución de problemas que atañen al bien común, y esto, muy esporádicamente. Abuelas, madres y nietas comprenden el valor de la solidaridad con los vecinos de distinta manera. Las tres generaciones practican el valor de la solidaridad, pero con contenidos de significación diferentes.

Educación en valores en la escuela

Según los resultados de esta investigación, dentro del ambiente escolar, las mujeres morelenses pertenecientes a la generación de las nietas fueron formadas principalmente en los valores de resolución pacífica de conflictos, democracia y autonomía.

El haber asistido a la escuela tiene una significación estadísticamente representativa, respecto de la generación y la posibilidad de resolver pacíficamente los conflictos (véase cuadro 25). La escuela proporcionó a las generaciones más jóvenes habilidades para resolver sus problemas sin reñir. Es probable que sea una de las razones por las que actualmente más mujeres comparten con sus esposos la crianza de los hijos.

Cuadro 25. *Posibilidad de resolver los conflictos pacíficamente*

Generaciones	Cuando hubiera pleitos no los resolvieran a golpes			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas	9	30	61	100
Madres	26	23	51	100
Abuelas	32	24	44	100

N =150; gamma = -.229; nivel de significación estadística = .065. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Por otro lado, existe una relación altamente significativa entre pertenecer a la generación de las nietas y la posibilidad de “tener ideas diferentes” respecto a maestros, directivos o compañeros (véase cuadro 26). En este marco se puede entender por qué las mujeres de la generación de las nietas tomaron decisiones diferentes a las de sus abuelas y madres. Por ejemplo, cambiar de residencia cuando se casaron o nacieron sus hijos.

Cuadro 26. *Posibilidad de tener ideas diferentes en la escuela*

Generaciones	Pensar diferente a los maestros, directores y compañeros			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas	12	24	64	100
Madres	37	26	37	100
Abuelas	40	32	28	100

N =150; gamma = -.376; nivel de significación estadística = .001. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

También se halló una relación significativa entre la generación y el valor de democracia (véase cuadro 27). A la generación de las nietas se les inculcó este valor en la escuela, más que a sus madres y abuelas. Seguramente por eso se distinguen mujeres que deciden compartir con sus esposos distintas responsabilidades dentro de la familia, además de la crianza de los hijos y de la económica.

Cuadro 27. *Resolver problemas o tomar decisiones entre todos*

Generaciones	Democracia			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas	24	30	46	100
Madres	60	15	25	100
Abuelas	60	32	8	100

N =150; gamma = -.408; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

La igualdad de género es otro valor promovido básicamente en la generación de las nietas. Conforme aumenta la edad de las mujeres, menos posibilidad de observar una igualdad de género en los puestos directivos en las escuelas. Las mujeres morelenses accedían a la labor de ser maestras, pero no ocupaban puestos directivos. Según la investigación de Citlali Aguilar y Etelvina Sandoval:

el ascenso en el magisterio se materializa ya sea en posiciones y consideraciones dentro de la escuela, ya sea en puestos como los de dirección y supervisión. Los ascensos se logran mediante relaciones laborales-personales que funcionan sobre la base de cubrir los requisitos formales de ascenso (antigüedad en el servicio, puntos escalafonarios, etc.) las maestras por lo general tienen poca oportunidad de acceder a tales posiciones y puestos, pues sus posibilidades de relación con la autoridad son restringidas respecto a las de los varones. Hay maestras cuyos intereses y relaciones les permiten el ascenso, pero también hay otras que quedan en su grupo ya sea porque, aun llenando los requisitos y teniendo la posibilidad, no aceptan las reglas del juego exigidas para el ascenso, por los problemas que un ascenso causa entre los compañeros(as), o bien porque el ascenso les significa más complicaciones que ventajas (Aguilar y Sandoval, 1994, p. 145).

Sin importar la generación a la que se pertenece ni la escolaridad, la escuela ha promovido de manera importante el valor de la identidad nacional⁶ (véase cuadro 28).

Cuadro 28. *Posibilidad de sentirnos orgullosos de ser mexicanos*⁷

	Frecuencias	Porcentajes
Ninguna	12	8
Poca	21	14
Mucha	101	67
No contestó	16	11
Total	150	100

N=150. El cuadro presenta frecuencias absolutas.

⁶ La identidad nacional puede definirse como: un espacio social, un territorio suficientemente delimitado y demarcado, con el que se identifican sus miembros y al que sienten que pertenecen (Smith, 1997, p. 8). “En todas las naciones se ha utilizado alguna vez a la escuela como instrumento para formar ciudadanos, y la enseñanza de la historia como medio para inculcar ciertos valores y despertar lealtad a la nación en la forma del gobierno establecido” (Vázquez, 1979, p. 18).

⁷ La identidad nacional entendida como el orgullo de ser mexicano.

Se encontró que los valores detectados en las familias morelenses de las zonas urbanas y aquellos que las escuelas promueven, están relacionados, existe una correspondencia. Los valores significativamente representativos en la escuela coinciden con los valores transmitidos en el hogar, excepto en el caso de los valores de autonomía e identidad nacional que, como ya se señaló, son inculcados exclusivamente en la escuela.

Participación ciudadana

La influencia de la escolaridad sobre la participación ciudadana se hizo evidente en la intervención de las mujeres en la escuela de sus hijos y en la colonia donde viven. El análisis mostró que existen relaciones estadísticamente significativas entre escolaridad y asistencia a juntas escolares o de la colonia; así como entre el nivel de escolaridad y el acceder a ocupar el cargo de secretaria, tesorera o vocal de la sociedad de padres de familia.

La primera influencia se observa en la participación de las mujeres en la escuela de sus hijos. Las mujeres con estudios de secundaria asisten con mayor frecuencia a las juntas que las mujeres de menor escolaridad. Las nietas asisten con más periodicidad que las abuelas; no obstante, las madres concurren un poco más que las nietas y las abuelas (véase cuadro 29).

Cuadro 29. *Asistencia a juntas de la escuela*

Generaciones	Asiste a juntas de la escuela		Total
	Sí	No	
Nietas	82	18	100
Madres	87	13	100
Abuelas	40	60	100

N = 150; chi cuadrada = 29.464; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Las nietas, con secundaria completa, aceptan ocupar con mayor frecuencia cargos de representación en la Sociedad de Padres de Familia (secretaria, tesorera, o vocal), a diferencia de las mujeres con primaria o aquellas que carecen de escolaridad (véase cuadro 30).

Cuadro 30. *Cargos en la Sociedad de Padres de Familia*

Generaciones	Secretaria, tesorera o vocal en la sociedad de padres de familia		Total
	Sí	No	
Nietas	36	64	100
Madres	24	76	100
Abuelas	5	95	100

N = 150; chi cuadrada = 10.057; nivel de significación estadística = .007. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

El cargo de presidenta de la Sociedad de Padres de Familia, lo han ocupado mujeres de la generación de las abuelas sin ninguna escolaridad sólo en 6%; 15% la generación de las madres con primaria completa, y 16% la generación de las nietas con secundaria y más. Se observa que las nietas han ocupado este cargo más que sus madres y abuelas. Puede decirse que aun sin escolaridad las mujeres participan, además, existe la posibilidad de encontrar mujeres escolarizadas que trabajen y no tengan tiempo de hacerlo. No obstante, se encontró mayoritariamente a las mujeres más escolarizadas ocupando cargos en las escuelas de sus hijos.

La escuela ha sido un ámbito de participación ciudadana para las mujeres de cualquier edad y escolaridad. En determinados momentos de la historia, el Estado ha asignado a las mujeres la responsabilidad de vigilar la educación de sus hijos y otros en los cuales éstas han gestionado y negociado dicha educación.

Otra influencia de la escolaridad en la participación se observa en la asistencia de las mujeres a las juntas vecinales de la colonia (véase cuadro 31). Las nietas, mujeres con mayor escolaridad, asisten en 50%, a diferencia de las madres y abuelas que asisten a las juntas en 41 y 27%, respectivamente.

Cuadro 31. *Asiste a juntas de su colonia*

Escolaridad	Asiste a juntas		Total
	Sí	No	
Sin/algunos estudios	28	72	100
Primaria completa	40	60	100
Secundaria y más	50	50	100

N = 150; chi cuadrada = 4.855; nivel de significación estadística = .088. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

En Cuautla, en las décadas de los setenta a los noventa, cuando se introducía el servicio de drenaje y agua potable o la pavimentación de las calles, usualmente en las colonias se convocaba a los vecinos a juntas para resolver este tipo de problemas, era un fenómeno recurrente en muchas colonias del municipio. Además, los vecinos pugnarón por mejorar la infraestructura de las escuelas primarias y secundarias e incrementar la matrícula. Si bien muchas personas adultas, de la generación de las abuelas y madres, participaban de manera entusiasta, las generaciones más jóvenes –nietas– eran llamadas para fungir como asesoras, indagando ante quién se podía gestionar un servicio o elaborando por escritos las peticiones. Una estudiante universitaria recuerda:

Toda mi familia ha participado en las acciones de la colonia, mi papá gestionó la construcción del pozo de agua potable y la expropiación de un terreno para construir la primaria y el mercado. Cuando se construyó la iglesia, mis tías y mi mamá organizaban eventos para recaudar fondos y a mi hermana y a mí siempre nos han pedido que elaboremos los escritos para la Comisión del Agua, para la Comisión Federal de Electricidad, oficios dirigidos al gobernador o alguna autoridad municipal (Entrevista a Rosalba, 1998).

Se encontró también otra relación estadísticamente significativa al comparar la generación y la asistencia a votar en las elecciones presidenciales (véase cuadro 32). Las nietas votan más que las abuelas y, nuevamente, la nota la dan las madres, ellas votan con más frecuencia que las nietas y las abuelas. Esto puede explicarse si se toma en cuenta que las madres pertenecen a la generación de las mujeres que ejer-

cieron por primera vez su derecho al voto. Las nietas, por su parte, han estado expuestas a intensas campañas publicitarias de medios audiovisuales e impresos, no obstante las pláticas en las escuelas donde se les ha hablado de la importancia de ejercer este derecho.

Cuadro 32. *Votar en las elecciones para presidente de la República*

Generaciones	Vota en las elecciones para presidente de la República		Total
	Sí	No	
Nietas	91	9	100
Madres	99	1	100
Abuelas	84	16	100

N = 150; chi cuadrada = 9.123; nivel de significación estadística = .010. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

En síntesis, las madres han participado un poco más que las nietas y las abuelas. Aunque no en todos los casos resultó significativa la relación escolaridad-participación, las mujeres de mayor escolaridad tomaron la decisión de ocupar ciertos cargos, más que aquellas sin escolaridad. Vygotsky, al interesarse por la interconexión entre funciones comunicativa e intelectual del habla, explicaba:

La función inicial del habla es la función comunicativa. El habla es, en primer lugar y ante todo, un instrumento de interacción social, un instrumento para opinar y comprender. Esta función del habla, que analiza generalmente en términos de unidades aisladas, se ha mantenido separada de la función intelectual del habla. Se atribuyen ambas funciones al habla como si fuesen paralelas o independientes la una de la otra. El habla combina la función de interacción social con la función del pensamiento (Citado por Wertsch, 1988, p. 109).

Para muchas mujeres, haber asistido a la escuela les dio seguridad para hablar en público, expresar sus ideas y tomar decisiones. Siguiendo a Yurén, puede afirmarse que la escuela tiene un papel importante en el desarrollo de la habilidad del habla y el pensamiento:

el trabajo del docente ha de tender a que el educando: a) adquiera las habilidades que le permitan desarrollarse como oyente y hablante competente. Además de esas habilidades, el comunicador competente requiere de habilidades de pensamiento y de dominio del lenguaje que le permitan expresar con claridad sus acuerdos o desacuerdos respecto de determinados valores y regulaciones, aportar argumentos consistentes para apoyar su posición y tener la capacidad para interpretar las razones expuestas por los otros (Yurén, 1995, p. 281).

Atlatlahucan

Atlatlahucan es un municipio que ha experimentado en los últimos años un gran crecimiento y transformación económica, educativa y social hasta transformarse en un municipio semiurbano. Esto determinó que la generación de las abuelas naciera y viviera, parte de su edad adulta, en una zona totalmente rural y fueran testigos del principio del cambio de su entorno local; de un pequeño pueblo a un municipio con 27 localidades en las que vivían con 9255 habitantes (INEGI, 1990).

En Atlatlahucan distinguimos una relación estadísticamente significativa entre generación de pertenencia de las mujeres y su escolaridad (véase cuadro 33). Las nietas tienen en su mayoría secundaria completa; las madres cuentan con primaria completa, aunque un porcentaje importante de ellas tiene también secundaria completa; y la mayoría de las abuelas sólo cuentan con estudios de primaria. El contraste más grande se encuentra entre nietas y abuelas.

Cuadro 33. *Escolaridad de las nietas, madres y abuelas*

Generaciones	Escolaridad			Total
	Sin/algunos estudio	Primaria completa	Secundaria y más	
Nietas	9	17	74	100
Madres	18	30	52	100
Abuelas	69	24	7	100

N=149; chi = 48.690; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

La creciente inserción de mujeres en la escuela es un fenómeno que obedece a la expansión educativa que se dio en el oriente del estado de Morelos a partir de la década de los ochenta, particularmente en las zonas rurales (véase cuadro 34), como ocurrió en el resto del país.

Cuadro 34. *Ciclo escolar 1984-1985*

Escuelas	En el Estado	En el Oriente
Primarias	694	292
Secundarias ⁸	111	37
Bachillerato ⁹	59	17
Normales ¹⁰	10	7
Total	874	352

Fuente: INEGI, *Morelos Cuaderno de Información para la planeación*, 1990: 54-57

Como lo describimos en otro capítulo, en Atlatlahucan —desde la década de los setenta y gracias a las buenas cosechas de jitomate— muchos campesinos mandaron a sus hijos a los centros urbanos a continuar sus estudios después de la primaria. Este interés motivó a la población a organizarse y solicitar ante las autoridades más escuelas, con más grados escolares. Guillermo de la Peña explica:

Una vez que se aprueba un nuevo edificio escolar, la gente de la localidad tiene que cooperar con un tercio del costo total. Los maestros y la asociación local de padres de familia reúnen dinero, y todos los ciudadanos adultos tienen que trabajar al menos una vez por semana. Los agricultores prósperos o los transportistas proporcionan camiones. A su vez, la Secretaría [de Educación] proporciona los materiales, que se ensamblan de acuerdo a un patrón prediseñado. La rapidez y éxito de la operación depende de la habilidad de

⁸ Sólo tres municipios no tenían escuela Secundarias: Tlayacapan, Totolapan y Zacualpan.

⁹ Las escuelas estaban concentradas en: Axochiapan, Ayala, Cuahtla, Ocuilco, Tepalcin-go, Tetela del Volcán, Tlanepantla y Yautepec.

¹⁰ Concentradas en los municipios de: Cuahtla, Joncatepec, Temoac, Tetela del Volcán y Yautepec.

los maestros para ejercer un cierto liderazgo, y también de otros líderes locales (De la Peña, 1980, p. 347).

Las demandas de la población se sumaron a las políticas nacionales y estatales por expandir la educación posprimaria. Así, para la década de los noventa, todos los municipios del estado contaban, por lo menos, con una telesecundaria.

Al revisar las causas por las cuales los alumnos abandonaban los estudios se encontró que cada vez eran menos las mujeres, de la generación de las nietas, que dejaban de estudiar por motivos económicos –véase cuadro 35– a diferencia de lo que ocurrió con sus madres y sus abuelas. Una mujer de la generación de las abuelas explicó:

fui a la escuela tres años, yo hubiera querido seguir estudiando pero no me dejaron. Mi papá me dijo que porque éramos muy pobres, yo tenía que ayudarle a él en el campo y a mi mamá en los quehaceres de la casa. Me llevaba a pizcar cuando ya había mazorcas, a zacatear, a cortar el chile y el jitomate (Entrevista a Cristobalina, 2000).

Hay todavía familias que se oponen a que sus hijas sigan estudiando, con la justificación de “ellas no lo necesitan”; y las retiran de la escuela para que ayuden a sus madres en los quehaceres del hogar o en el cuidado de los hermanos más pequeños. Hay padres que prefieren darles permiso a sus hijas para que trabajen, aunque tengan que viajar diario a Cuautla, que seguir manteniéndole sus estudios. Al igual que en Cuautla, encontramos nietas que no siguen estudiando porque se casan a temprana edad.

Sin embargo, a través de los testimonios orales se percibe una pequeña tendencia al cambio, muchas de las compañeras de las informantes siguieron estudiando, terminaron la preparatoria todavía fuera del pueblo y siguieron una carrera universitaria. Desde la década de los noventa, en Atlatlahucan se puede estudiar desde el preescolar (o jardín de niños como se le conoce coloquialmente) hasta la preparatoria, la composición de los grupos es mixta en cuanto al sexo, casi en las mismas proporciones. Posiblemente, en el oriente del estado de Morelos la educación pública ha logrado cubrir las expectativas educativas de la población, o bien, las familias han alcanzado una situación económica y una conciencia de que es importante enviar a sus hijas a la escuela.

Cuadro 35. *Escolaridad de las mujeres y razón para no continuar los estudios*

Escolaridad	Razones para no continuar estudiando:			Total
	Económicas	Matrimonio, oposición por ser mujer	Otras	
Sin/algunos estudios	57	9	34	100
Primaria completa	59	13	28	100
Secundaria y más	24	30	46	100

N=149; $\chi^2=18.993$; nivel de significación estadística = .001. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Las mujeres, sin importar el grupo generacional al que pertenecen, consideraban que haber asistido a la escuela les permitió, en primer término, cuidar y educar mejor a sus hijos y, en segundo lugar, a ser más autónomas. Además, las tres generaciones de mujeres coinciden en que estudiar les dio la posibilidad de gozar de mejores condiciones económicas que las que vivieron sus padres. Si se retoman las entrevistas de historia de vida y los comentarios de las encuestadas, podría decirse que en Atlatlahucan, vivir en condiciones económicas mejores a las de sus padres, significa que ya no se cultiva la tierra, la familia tiene un negocio de abarrotes, una farmacia o una estética, es decir, está en el sector servicios. Por otro lado, los que trabajan el campo son campesinos con tierras y peones a su servicio, algunos tienen tractor o lo pueden alquilar, tienen camionetas para transportar la mercancía y algunas tierras irrigadas, cosa que hace treinta años era impensable en los “Altos de Morelos” (Totolapan, Tlayacapan, Atlatlahucan y Tlalnepantla). No había agua porque no había dinero para perforar pozos. Diariamente la gente salía a buscar el agua de consumo a un ojito de agua cercano al pueblo, y en época de lluvias se almacenaba en cubetas grandes, tanques o jagüeyes. Hoy las casas tienen cada vez más aparatos eléctricos y oportunidades de estudiar

dentro y fuera de la localidad. Se observa cómo en Atlatlahucan, al igual que en Cuautla, se concibe la formación escolar como un elemento de movilidad social.

Llama también la atención la relación entre escolaridad y las expectativas educativas que tienen las mujeres para sus hijos. Las mujeres de mayor escolaridad esperan que éstos alcancen una escolaridad superior que ellas y están dispuestas a luchar por lograrlo (véase cuadro 36).

Cuadro 36. *Escolaridad deseada para los hijos*

Escolaridad	Grado de escolaridad que desearía para sus hijos			Total
	Carrera técnica	Licenciatura	Posgrado	
Sin/algunos estudios	36	52	11	100
Primaria completa	32	61	8	100
Secundaria y más	13	57	31	100

N=149; $\chi^2=15.155$; nivel de significación estadística =.004. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

El grado de escolaridad que una mujer de secundaria desea para sus hijos es de licenciatura o posgrado; las mujeres con estudios de primaria o sin escolaridad alguna desearían que sus hijos lograran llegar a la licenciatura. Una mujer de la generación de las madres, quien terminó una carrera técnica, viajando diario hasta Cuautla, y cuyo esposo era campesino, apenas con estudios de primaria, recuerda los consejos de una maestra y explica cómo se ha organizado su familia para dar educación a sus hijos:

Ustedes creen que es fácil que un papá ponga a estudiar a sus hijos, y menos en una escuela de paga, así es que aprovechen. Hijos, entiendan que lo que están estudiando es para que ustedes lo pongan práctica, no para que anden de empleados en una oficina; no, es para que ustedes el día de mañana sean dueños de su propio negocio y lo sepan administrar, y para que las mujeres el día de mañana no anden buscando al marido en la cantina, que ya se fue y lo andan siguiendo por los chiles [sic].

Mi esposo ya tiene como diez años que no siembra, cosechaba mucho frijol y maíz; pero el campo requiere mucha inversión y a veces se gana y a veces se pierde. Yo siempre he querido que mis hijos estudien, y entonces le he dicho a mi esposo, si estudian no puedes sembrar, o siembras o estudian, porque no se puede hacerle a todo. Yo sé que a él le gusta mucho el campo, él quisiera sembrar, pero siempre le he impuesto ese punto, porque se lo he impuesto, o estudian nuestros hijos o se siembra, no se puede tener todo, se tiene que sacrificar algo. Ahora tenemos un negocio de abarrotes en la Central de Abastos y otro de verduras en la casa y entre los dos los administramos (Entrevista a Cristina, 1999).

En congruencia con lo anterior, se encontró que entre la escolaridad y la influencia de la madre en la toma de ciertas decisiones, existe una correspondencia. Las mujeres con mayor escolarización consideran, en 45%, que la decisión de seguir estudiando está relacionada con la intervención de la mamá. Se percibe un cambio generacional importante porque las de menor escolaridad o sin estudios, madres y abuelas, fueron aconsejadas mayoritariamente para escoger pareja —46%— y casarse —35%. Sólo 8% las mujeres sin estudios y 25% de las que contaban con primaria completa fueron motivadas para seguir estudiando (véase cuadro 37).

Cuadro 37. *Decisión en que más le ayudó la mamá*

Escolaridad	Determinación que tomó orientada por su mamá			Total
	Escoger pareja	Seguir estudiando	Otras	
Sin/algunos estudios	35	8	57	100
Primaria completa	46	25	29	100
Secundaria y más	16	45	39	100

N=149; $\chi^2=16.852$; nivel de significación estadística =.002. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Según Tapia, la tendencia de las últimas décadas es que la educación se convierta en un valor para los mexicanos, y por ello afirma:

Las familias mexicanas, independientemente de su condición urbana o rural, no pueden imaginar ya el desarrollo de los niños sin la escuela. Este valor se

convirtió en algo tan poderoso que fue una de las razones originales por las cuales muchos de los campesinos más pobres emigraban a otra comunidad y, desde luego, a las ciudades, para poder enviar a los niños y las niñas a la escuela (Tapia, 2001b, p. 5).

Otro hallazgo fue la relación entre la escolaridad y la edad en la que las mujeres contraen matrimonio. Las mujeres sin escolaridad se casaron entre los 15 y los 18 años de edad; las que tenían primaria completa y secundaria se casaban en su mayoría, entre los 19 y los 22 años. No obstante, muchas de las mujeres con secundaria al parecer preferían empezar el matrimonio hasta después de los 23 años (véase cuadro 38).

Cuadro 38. *Edad a la que se casó*

Escolaridad	Edad del matrimonio			Total
	15 a 18	19 a 22	23 y más	
Sin/algunos estudios	58	22	20	100
Primaria completa	38	44	18	100
Secundaria y más	26	44	30	100

N = 149; gamma = .330; nivel de significación estadística = .003. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Posiblemente las mujeres de mayor escolaridad elegían seguir estudiando o integrarse al mercado laboral antes que pensar en adquirir la responsabilidad de casarse y formar una familia. Consideran que el compromiso del matrimonio deberá venir después de haber alcanzado otro tipo de metas, por ejemplo, las escolares. Aguayo asevera que en México, “la edad promedio femenina para contraer matrimonio sigue retrasándose. En los años setenta era de 18.8 años, en 2000 alcanzó 21.5. El retraso está ligado al nivel educativo y a la urbanización” (Aguayo, 2002, p. 95).

En un estudio realizado por González (1994), señala algo muy similar a lo encontrado en esta investigación. Según ella, las condiciones han cambiado. Las mujeres solteras han incrementado su contribución monetaria en casa de sus padres, y permanecen más tiempo en

ella. Sus contribuciones han hecho que su trabajo sea visible y les conceda derechos dentro del núcleo familiar. Las instituciones se han ido preparando para un cambio en la concepción de las obligaciones de las mujeres: lo que en un pasado era considerado destino “normal” ahora es una vía posible, pero no necesariamente aceptable –y no aceptada– por muchos (González, 1994, p. 189).

A diferencia de los resultados obtenidos en Cuautla, en Atlatlahucan la relación entre escolaridad y las expectativas por emigrar sí resultaron significativas. Las mujeres con mayor escolaridad optarían por irse a vivir a otro país, estado o municipio (véase cuadro 39), en una mayor proporción que su contraparte sin estudios.

Cuadro 39. *Decisión de emigrar*

Escolaridad	Se iría a vivir a otro lado		Total
	Sí	No	
Sin/algunos estudios	28	72	100
Primaria completa	21	79	100
Secundaria y más	52	48	100

N=149; chi=12.079, nivel de significación estadística = .002. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Esto significa que la generación de las nietas se considera preparada para dejar a su familia extensa, amigos y espacios, en busca de nuevas oportunidades laborales o educativas. En contraste con las abuelas y madres, las migraciones de las nietas no están asociadas, necesariamente, con el matrimonio.

En trabajos empíricos realizados en el estado de Morelos, Tapia ha encontrado esta misma correspondencia entre escolaridad y migración. En uno de sus trabajos concluye:

La migración es la coyuntura a través de la cual se exploran las primeras posibilidades de otra forma de ser. Se encuentra presente en las madres de familias de las generaciones anteriores para poder llegar a la escuela y ahora como una de las posibilidades de una vida distinta, donde se tiene como eje el trabajo. Las jóvenes campesinas consideran la posibilidad de irse del pueblo, generalmente a los Estados Unidos, para trabajar (Tapia, 1994, p. 134).

Se encontraron relaciones estadísticamente significativas entre escolaridad y ocupación, y entre generación y ocupación (véase cuadro 40). Esto significa que todas las mujeres, sin importar la generación y la escolaridad, se definen como amas de casa.

Cuadro 40. *Ocupación*

Escolaridad	Ocupación		Total
	Ama de casa	Trabaja	
Sin/algunos estudios	84	16	100
Primaria completa	82	18	100
Secundaria y más	68	32	100

N =149; chi = 4.671; nivel de significación estadística = .097. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

No obstante, al momento de aplicar las encuestas y realizar las historias de vida, muchas mujeres estaban en sus negocios,¹¹ algunas adaptaron un cuarto de su casa e instalaron un negocio de zapatos, ropa, una renta de videos o un salón de belleza. Otras tenían su negocio cerca de su casa, o bien se encontraron mujeres atendiendo una tienda junto con su esposo. Se observa cómo las mujeres no pueden asumir que con su trabajo aportan al ingreso familiar. Probablemente tenga que ver con rezagos de las relaciones de autoritarismo en el que han vivido, en particular las mujeres de las zonas rurales. Cabe destacar que aquellas que se asumen como trabajadoras remuneradas son, en suma, las de mayor escolaridad. Una mujer de la generación de las abuelas explicó:

Yo quería vencer mis miedos, salir de ese sometimiento en el que lo tienen a uno sus papás, no podía uno protestar en ese tiempo, todas las familias eran muy autoritarias, los papás le decían a uno: este novio me gusta y te casas con él, y uno se tenía que casar. Mi mamá no intervino en nada, antes la mu-

¹¹ Incluso una señora de la generación de las madres, que vendía productos en abonos, aceptó contestar la encuesta si la acompañábamos a cobrar. Tuvimos que caminar con ella varias cuadras y esperar a que la atendieran.

jer no intervenía en nada, no la dejaban, la mujer era para su casa, no para andar en la calle (Entrevista a Peña, 1996).

A diferencia de Cuautla, la mayoría de las mujeres en Atlatlahucan al casarse se van a vivir a la casa de otros parientes, generalmente familiares del esposo (véase cuadro 41).

Cuadro 41. *Residencia después del matrimonio*

	Frecuencias	Porcentajes
En casa de alguien	117	79
En casa aparte	30	20
No contestó	2	1
Total	149	100

El cuadro presenta frecuencias absolutas.

Aunque se ha dado un cambio generacional importante en los papeles que desempeña la nuera dentro del grupo doméstico, o en los quehaceres que tiene; una nieta recién casada que continuaba estudiando explicó:

Al principio yo hacía el quehacer porque quería, no me gustaba ver que la señora estaba bien apurada y tenía todo ahí amontonado, entonces yo lo hacía; pero hubo un tiempo que yo ya no podía porque tenía una carga excesiva de trabajo en la escuela y tenía que estar me dedicando nada más a lo mío. Entonces la señora empezó a molestarse porque yo ya no le ayudaba y hubo algunos problemitas. Pero mi esposo ya se acostumbró a que a veces la escuela me absorbe y no tengo tiempo para hacerle nada, y a la señora ya no le ayudo. Mi suegra cocina para todos porque mi esposo le da para que nos haga de comer, y ella le sirve a mi esposo porque yo regreso tarde de la escuela. Entonces para evitarme problemas, mejor ahora llego a la casa de mi mamá, allá como, ceno y ya en la noche me voy para mi casa (Entrevista a Nancy, 1999).

Al igual que en Cuautla, se encontró correspondencia entre generación y los cambios en el matrimonio con la presencia de los hijos. La generación de las nietas, en su mayoría –59%–, transformaron su

vida cuando nacieron sus hijos, cambiaron de domicilio o se integraron al mercado laboral, es decir, lograron separarse de sus padres o familiares. A diferencia de sus abuelas, 29%, y sus madres en 45%, reconocen haber hecho algunos cambios en su vida al nacer sus hijos (véase cuadro 42).

Cuadro 42. *Cambios al nacer los hijos*

Generación	Cambios cuando nacieron los hijos		Total
	No	Sí	
Nietas	41	59	100
Madres	55	45	100
Abuelas	71	29	100

N = 149; $\chi^2 = 6.044$; nivel de significación estadística = .049. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Este fenómeno podría estar relacionado con la ocupación del cónyuge (véase cuadro 43), los esposos de las mujeres con mayor escolaridad se dedican cada vez menos a la agricultura, se observa una diversificación del campo laboral masculino y con ello mayor independencia del matrimonio respecto a sus familiares.

Cuadro 43. *Ocupación de la mujer y escolaridad del esposo*

Escolaridad	Ocupación del esposo			Total
	Campeños	Empleados	Otros	
Sin/algunos estudios	96	2	2	100
Primaria completa	82	5	13	100
Secundaria y más	44	31	25	100

N = 149; $\chi^2 = 37.600$; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

En Atlatlahucan destaca cómo la pareja joven rompe los lazos de dependencia que la mantenía bajo la tutela del hogar paterno, Guillermo de la Peña, en su texto sobre los pueblos agrícolas de los Altos de Morelos,¹² explica:

Un joven lleva a su esposa o compañera a casa de sus padres por un periodo variable. Durante este periodo –que puede no tener fin [...]– trabaja la propiedad de su padre y comparte los gastos de la casa. Él y su compañera son considerados como “hijos de familia” (De la Peña, 1980, p. 183).

Para el caso de Atlatlahucan esta situación representó un cambio generacional importante. En muchos pueblos del oriente de Morelos era tradicional la residencia patrilocal, la pareja se establecía en la casa de los padres del esposo, o bien, compartía el terreno familiar. Muchas veces el hijo seguía trabajando en las tierras del padre. La nuera asumía ciertas obligaciones hacia todos los integrantes de la familia extensa como lavar, planchar o traer el mandado. En algunas ocasiones, al momento del parto, la nuera era asistida por su madre, pero regularmente se quedaba bajo el cuidado de su suegra. Así mismo podían generarse pugnas entre las consuegras por la forma cómo se debía cuidar a la recién parida. Una mujer de la generación de las abuelas explicó:

Cuando me casé la primera vez, los papás de mi señor me fueron a pedir y todo. Me casé de blanco, tenía 15 años. Entonces él me llevó a vivir a casa de sus padres ricos y ahí estuve viviendo con ellos. Así era de por sí y los tres años que viví con él, ahí estuve, me quedé viuda a los 18.

Después del parto se cuidaba uno un montón, en un mes no me paraba. Me cuidaba mucho la señora [se refería a su suegra] es lo que le agradezco, me lavaba y veía a mis niños. La señora me daba de comer dos o tres tortillas doradas, del comal, con sal y un jarro de té negro, esa era la comida de todo el día. Luego mi mamá me llevaba leche o sopa y se enojaba la señora y me decía: “ojalá y no le haga daño a esa criatura, ojalá y que no se enferme” y no me podía comer lo que mi mamá me llevaba.

Claro, después la señora se desquitaba yo lavaba la ropa de todos, mi señor me acarrea agua y me iban arrimando que el mandil, los calzones y ya era un montón de ropa la que lavaba yo (Entrevista a Cristobalina, 2000).

¹²En nuestro estudio, los Altos de Morelos son considerados parte de la región oriente del estado.

También distinguimos una relación existente respecto a la escolaridad y la organización de la familia para la crianza de los hijos. Aunque las mujeres continúan con la responsabilidad de llevarlos a la escuela y de ayudarles a hacer las tareas —especialmente las nietas con mayor escolaridad—, el papá asume también esta obligación (véase cuadro 44).

Cuadro 44. *Organización familiar para ayudar a los hijos a hacer la tarea*

Escolaridad	Quién ayuda a hacer la tarea			Total
	Mamá	Mamá y papá	Otros o solos	
Sin/algunos estudios	37	11	52	100
Primaria completa	51	28	21	100
Secundaria y más	64	27	9	100

N=149; $\chi^2 = 26.376$; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Algunas mujeres de la generación de las madres reconocen que cuidar a los hijos y darles una mejor educación, le ha costado sacrificios a la pareja, una mujer de esta generación expresa su experiencia:

Cuando mi hija mayor estaba chica, yo vivía en casa de mi suegra y por ese tiempo le dieron a mi esposo una participación de la cosecha, entonces le dije ¿sabes qué? nos vamos a acabar el dinero, mejor vamos a poner un negocio. Él le avisó a su papá y nos dijo, bueno si están en modo de mejorarse, luchen. Pero su mamá no aceptó, ella sí se enojó, me dijo que ya me llevaba yo a su hijo, nunca ha aceptado que su hijo se haya venido para acá [a la casa de los papás de ella]. Y del negocio ha salido para darle educación a los hijos. Aunque mi esposo prefiere sembrar.

Al casarme, mi esposo me dijo que me quedara en la casa porque las secretarías eran bien locas y se iban con los jefes. Yo le luché para trabajar, pero después pensé que era mejor no hacerlo porque así podía estar con mis hijos. Aquí trabajo, pero puedo atender sus necesidades de la escuela, y he estado siempre pendiente de ellos (Entrevista a Cristina, 1999).

Sin importar la generación y la escolaridad, las mujeres comparten con su pareja la educación familiar (moral, castigos, consejos y reglas) (véase cuadro 45).

Cuadro 45. *Organización familiar para educar a los hijos:*

	Castigar	Aconsejar	Poner reglas
Papá	9	5	22
Mamá	32	24	17
Papá y mamá	48	69	57
No aplica	11	1	1
No contestó	—	1	3
Total	100	100	100

N=149. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Para 1990, las mujeres de Atlatlahucan, al igual que las de Cuautla, sin importar la generación a la que pertenecen ni su escolaridad, seguían cocinando, barriendo, lavando los platos y yendo diario al mandado. Quehaceres como lavar y planchar la ropa lo ejecutan una o dos veces por semana. Posiblemente la razón para continuar espaciando estas actividades tiene que ver con una práctica añeja; por la falta de agua corriente en las casas, la gente tenía que ir a lavar a los ríos, normalmente se juntaba la ropa de toda la semana y se lavaba el sábado para iniciar la semana con todo limpio, esto ocurría hasta la década de los ochenta. Una abuela dijo:

A veces teníamos que ir a lavar hasta Cuautla, al Almejar o al Río de las Tazas. Juntábamos la ropa de toda la semana, una sola vez íbamos. Salíamos a las seis de la mañana y era de regresar a las seis de la tarde (Entrevista a Cris-tobalina, 2000).

Esto no significa que las mujeres se sintieran felices de seguir haciendo todas esas tareas dentro del hogar, pero lo asumían y trataban de cambiar al menos los días en los que las desempeñaban para no sentirse abrumadas:

Yo no tengo un día para planchar ni un día para lavar, lavo y plancho el día que yo quiero. Hay cosas que sí las tiene uno que hacer pero cambiar de día es salir de la rutina, no caer en lo mismo. Si yo lo hago rutinario yo me aburre, me canso de lo mismo; entonces nosotras le debemos de dar esa diferencia, que no queremos que sea igual (Entrevista a Cristina, 1999).

En síntesis, descubrimos que en una comunidad semiurbana la educación significó cambios en la participación cotidiana de las mujeres en la familia, la posibilidad de compartir con su pareja la crianza de los hijos, trabajar fuera del hogar, tomar mayores decisiones, por ejemplo, vivir en una casa aparte cuando se casaban o al nacer los hijos. Se observó un cambio generacional importante en la edad para contraer matrimonio, pues mientras las abuelas se casaron entre los 15 y los 18 años de edad o menos, algunas nietas llegaron a casarse después de los 23 años. El destino de las abuelas era casarse y esto cobra fuerza en comunidades rurales. En el estado de Morelos abundan los testimonios de mujeres que fueron robadas por sus maridos cuando iban al campo a dejar comida a sus padres o hermanos. A muchas mujeres no se les pedía opinión para casarse, la boda la arreglaban los padres.

Es posible que la escuela haya dando herramientas a las mujeres para argumentar a sus padres con quién y cuándo deseaban casarse. O bien, la escuela facultó a las mujeres jóvenes para ser más autónomas, una nieta explicó la relación con su marido:

Cuando le digo que no quiero tener hijos se desanima mucho; le digo, no es que no quiera tener hijos, a lo mejor más adelante pero ahorita ve como estamos, no podemos tener un bebé que nazca en estas condiciones. Yo quiero tener nada más un hijo y él quiere tener dos.

Mi marido no se opone a que yo salga, sí quiero salir con los amigos salgo, voy a la escuela; si quiero hacer las cosas las hago, si no no, y él no me lo exige. Lo trato mal a veces, pero él me tolera todo, de esa manera es el trato (Entrevista a Nancy, 1999).

Las mujeres jóvenes del oriente de Morelos no renunciaron al matrimonio, a la maternidad, o a su derecho de cuidar a los hijos, pero sí decidieron cuándo hacerlo. De acuerdo con los hallazgos, puede afirmarse que la redefinición de la autonomía entre una generación y otra está asociada con la escolaridad. Como lo afirma Tapia:

La educación como estructura comunicativa es uno de los espacios sociales donde es posible discutir, reflexionar, reinterpretar y reconfirmar la continuidad o, en su caso, la transformación de las actitudes, los valores, o las prácticas de salud de la vida familiar cotidiana y hasta el modo de pensar acerca de sí mismo (Tapia, 1991, p. 268)

Al analizar los rasgos que adquiere la identidad de género de las mujeres de las tres generaciones después de haber asistido a la escuela, como se presumía, se encontraron más cambios entre nietas y abuelas. Las nietas en su mayoría comparten con su pareja la crianza de los hijos, algunas se han incorporado al mercado laboral y lo reconocen, han decidido cuándo y con quién casarse, así como el número de hijos que desean tener.

Educación en valores en la familia

En Atlatlahucan, sin importar la generación o la escolaridad, dos de los valores que más se fomentan en las familias son la solidaridad e igualdad de género, y la asistencia a la escuela ha contribuido para que se transmitan otros valores dentro de las familias. Las mujeres más escolarizadas, tienen mayor posibilidad de tener ideas diferentes, participar en la toma de decisiones o ser más autónomas. Asimismo, se hallaron relaciones significativas entre generación, escolaridad y valores morales, por ejemplo, en la familia extensa resulta inaceptable que una hija sea madre soltera o un varón integrante de la familia tenga hijos fuera del matrimonio (véase cuadro 46). En México ha sido preocupación civil y religiosa conservar la familia como una de las instituciones más importantes de la sociedad. Además, cobra sentido si se considera que en Atlatlahucan la religión ha condicionado en gran medida la vida de la gente.

Cuadro 46. *Permisividad de ser madre soltera*

Escolaridad	Posibilidad de que una hija sea madre soltera			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Sin/algunos estudios	92	4	4	100
Primaria completa	77	18	5	100
Secundaria y más	70	14	16	100

N = 149; gamma = .418; nivel de significación estadística = .005. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Igualmente significativa resulta la relación entre generación y la posibilidad de que los hijos vivan con su pareja sin casarse. Posiblemente, la poca o nula permisividad, por parte de la familia extensa, a aceptar que los hijos vivan con su pareja sin casarse, está relacionada con la lucha que un sector de la localidad ha defendido, conservar la religión católica en su práctica más ortodoxa. La generación de las nietas –con mayor escolaridad– suelen cuestionar este valor y al formar *su* familia (véase cuadro 47) parecen ser más tolerantes y abiertas.

Aunque no deja de ser contradictorio que en algunos testimonios, madres y nietas expresaron que refutando la voluntad de sus padres, vivieron un tiempo con su pareja sin casarse, o como dicen en Atlaltlahucan “se fueron con el novio y después vinieron a pedir perdón”. La costumbre es que el muchacho se lleve a la novia a casa de sus padres y pasados ciertos días, todos vayan a la casa de la muchacha a pedir su mano. Otros argumentan hacerlo por cuestiones económicas, resulta mucho más caro casarse “por todas la de la ley”; pagar la boda civil y religiosa es gravoso, implica comprar el vestido blanco y hacer una fiesta donde se invitan parientes, amigos y compadres. Cuando se “pide perdón” sólo se hace la ceremonia civil y se preparan unos tamales o un pozole y se invita exclusivamente a los padrinos y parientes más allegados.

Cuadro 47. *Posibilidad de que un hijo/a viva con su pareja sin casarse*

Generaciones	Un hijo/a viva con su pareja sin casarse			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas	26	30	44	100
Madres	54	18	28	100
Abuelas	60	20	20	100

N = 149; gamma = -.299; nivel de significación estadística = .011. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Una abuela en tono de reproche dice:

Mi hijo el chiquito tiene 19 años y saliendo de la escuela luego, luego, traje a la muchacha, no se casó, nomás se la robó. Yo hasta lo regañé, porque digo si todavía no gozas nada tu juventud. Eso aquí de por sí se usa, se las llevan y después ya van a pedir perdón. De mis tres hijas sólo una se casó las otras están nomás *rejuntadas* (Entrevista a Cristobalina, 2000).

Las parejas deciden casarse por la iglesia cuando nacen los hijos, ante la imposibilidad de bautizarlos, o bien por la intervención de los abuelos que rechazan la situación: “los adultos pueden vivir en el pecado, pero las criaturas no tienen la culpa”.

Otra relación significativa se da entre generación y el valor de solidaridad con los vecinos, tanto en la familia extensa como en la nuclear. Al parecer, a las mujeres se les transmitió este valor y al formar *su* familia lo siguieron fomentando (véase cuadro 48).

Cuadro 48. *Valor de solidaridad con los vecinos*

Escolaridad	Ayudar a los vecinos a resolver problemas de la comunidad			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Sin/algunos estudios	37	33	30	100
Primaria completa	26	33	41	100

Escolaridad	Ayudar a los vecinos a resolver problemas de la comunidad			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Secundaria y más	22	16	62	100

N=149; gamma = -.338; nivel de significación estadística = .002. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Llama la atención que las mujeres de mayor escolaridad sean más solidarias que las que sólo cuentan con estudios de primaria o sin escolaridad. Probablemente, las mujeres de las diferentes generaciones aprendieron a ser solidarias con sus vecinos con un contenido o significado distinto. Las divisiones religiosas y políticas se interpusieron para que las abuelas y madres fueran reservadas y sólo ayudaran a los integrantes de su grupo religioso o político. Las nietas menos influidas por estos conflictos sociales aprendieron a ser solidarias con todos los vecinos, además, su mayor escolaridad les permitió actuar valoralmente con base en principios, más que en elementos de su contexto inmediato. Una nieta comentó cómo se apoyan unos a otros en el pueblo:

Se cooperan entre todos y se ayudan y salen adelante, en una boda, en unos quince años; en una crisis económica o si es enfermedad, que alguien se murió, también son solidarios. Si por decir se murió un vecino, los demás vienen y les dan frijol, arroz, aceite, café, maíz, así está acostumbrada la gente (Entrevista a Nancy, 1999).

Al analizar el valor de solidaridad dentro de la familia, se observa que en 83%, las nietas dicen reforzar los lazos de solidaridad entre los integrantes de la familia, mientras que las madres en 80% y las abuelas en 61%. Una mujer de la generación de las madres recuerda el compromiso que adquirieron mutuamente los miembros de su familia, por ejemplo, para educar a los hijos:

En nuestra familia siempre nos hemos ayudado mucho, cuando mis hermanos estudiaron, yo vendía comida y le ayudaba a mi mamá porque se las veía negras, eran cuatro: dos en México, uno en Zacatepec, y otra en el CICS [Centro Interdisciplinario de Ciencias de la Salud del Instituto Politécnico

Nacional, ubicado en la delegación de Milpa Alta, del D.F.]. Yo vendía, pero trabajábamos todos, entonces lo que había era para todos. Ahora mi mamá, cuando yo me veo apurada con mis hijos ella me presta dinero o me ayuda atendiendo el negocio que tengo aquí en la casa (Entrevista a Cristina, 1999).

Un valor que parece haberse inculcado de manera similar a lo largo de las generaciones, tanto en la familia extensa como en la nuclear, es la resolución pacífica de los conflictos (véase cuadro 49).

Cuadro 49. *Valor de resolución pacífica de los conflictos*

Generaciones	Resolución pacífica de conflictos			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas	17	44	39	100
Madres	7	46	47	100
Abuelas	5	26	69	100

N=149; gamma = .358; nivel de significación estadística = .006 El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Contrario a lo que pudiera esperarse, y considerando los testimonios de éste y otros trabajos empíricos realizados en el estado de Morelos, resulta extraño que la resolución pacífica de los conflictos sea un valor mucho más fomentado entre la generación de las abuelas; puesto que varias mujeres de esta generación con tristeza recuerdan:

Quando me casé yo estaba chica, aunque mi señor estaba grande me comprendía, era muy buena gente conmigo. Yo le decía, quiero ir a mi casa, no que capaz o que me diera una escapada porque lo tenía que saber. Nunca me pegó, pero si me regañaba. Decía mi suegro, esa mujer ya se salió del huacal, ya le estaba *chiviando*. “¿A dónde fuiste?” Me preguntaba mi señor; “al mercadito le decía yo”. “¿Y qué fuiste a hacer a la plaza?” “Ah pues se me antojó comprar”. “¿Quién te dio dinero?” “Primera y última vez”. Era muy macho, muy así todo *machón*. Y claro, después yo bien espantada ya no salía (Entrevista a Cristobalina, 2000).

Mi mamá era una santa, era una analfabeta, se casó chica con mi papá, él también se casó chico. Le pegó mucho a mi mamá; era muy machista (como dicen ahora). Y su familia le decía que tu mujer esto y lo otro y órale llegaba

no a preguntar sino a dar. Recuerdo que una vez mi mamá ya se quería ir y se fue con su mamá porque de plano puros golpes y golpes y que se va y que le dice mi abuela: “Te vas a venir conmigo, pero sin hijos porque yo te deje ir sin hijos”, y dice mi mamá: “Me regresé por mis hijos, ¿a dónde me voy?” Y regresó a sufrir con mi papá, porque sufrió mucho (Entrevista a Rosario, 1996).

Tal vez la representación que tienen las abuelas de la resolución pacífica de problemas, es semejante a la idea de sumisión, en las cuales ellas debían callar, soportar y acatar órdenes por ser la forma como aprendieron en sus casas el recato, la discreción y la “armonía” en el hogar.

Tomando en cuenta los testimonios anteriores –donde se visualiza maltrato físico ejercido por el cónyuge–, resulta paradójico que las mujeres de Atlatlahucan, sin importar la generación a la que pertenecen ni su escolaridad, afirmen que tanto en la familia nuclear como extensa se fomentó el valor de igualdad de género (véase cuadro 50).

Cuadro 50. Posibilidad de dar trato igual a hombres y mujeres en las familias

	Frecuencias	Porcentajes
Ninguna	8	5
Poca	18	12
Mucha	120	81
No contestó	3	2
Total	149	100

El cuadro presenta frecuencias absolutas.

En el interior de algunos hogares, como comentó una mujer de la generación de las madres, los padres se preocupaban por proporcionar a sus hijos una educación más igualitaria entre hombres y mujeres, pero esto no era común en el pueblo:

Mi papá jugaba con nosotros y nunca me dijo, vete con tu mamá que esto no es de mujeres, pero compañeras de mi edad sí me han dicho que en su casa las limitaban, tú no debes de correr porque eres mujer y te puedes lastimar, inclu-

so hasta en la comida. Tengo una prima que su mamá no la dejaba que comiera ni flores, ni limón, ni la dejaba que se bañara cuando estaba reglando.

Una mujer casada no puede pararse en la calle a platicar con un hombre, eso está muy mal visto, dicen que ya anda con fulano o con zutano; una mujer casada sólo puede platicar con su marido. Aquí siempre ha existido eso, las mujeres por aquí y los hombres por allá (Entrevista a Cristina, 1999).

Congruente con lo anterior, se encontró que al parecer las madres y las nietas han tenido mayores posibilidades de disentir de las ideas de otros miembros de la familia, a diferencia de lo que vivieron las abuelas. La escolaridad también se relaciona de manera significativa con el desarrollo de este valor (véase cuadro 51). Seguramente por ello, madres y nietas pudieron escoger a su pareja, se fueron a vivir a una casa aparte cuando nacieron los hijos, se han integrado al mercado laboral –no sólo por apoyar el ingreso del esposo– y han tenido una mayor participación en su comunidad.

Cuadro 51. *Posibilidad de tener ideas diferentes*

Escolaridad	Posibilidad de tener ideas diferentes			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Sin/algunos estudios	24	28	48	100
Primaria completa	10	21	69	100
Secundaria y más	5	30	65	100

N =149; gamma = .270; nivel de significación estadística = .030. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Una madre expresa:

Yo estudié una carrera, no trabajé en lo que estudié, pero siempre me ha gustado trabajar, no me gusta la monotonía de lavar los trastos y hacer de comer y ya; a las cuatro o cinco de la tarde que termine el quehacer sentarme a ver las novelas, siento que es una vida inútil, para mí así lo veo. Me gusta la actividad, sentirme que vivo; con la actividad siento que vivo, y si no, siento que todo me duele (Entrevista a Cristina, 1999)

En la familia extensa, las mujeres de menor escolaridad no tuvieron ninguna posibilidad de que en su familia se tomaran decisiones de

manera democrática, mientras que a las de mayor escolaridad se les inculcó medianamente (véase cuadro 52).

Cuadro 52. *Valor de la democracia*

Escolaridad	Los integrantes de la familia tomen decisiones entre todos			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Sin/algunos estudios	74	20	6	100
Primaria completa	57	15	28	100
Secundaria y más	42	22	36	100

N = 149; gamma = .421; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

A diferencia de las nietas, quienes en su mayoría, cuando forman *su* familia, permiten que se tomen decisiones entre todos (véase cuadro 53). Esta situación constituye un cambio intergeneracional revelador, pues definitivamente fue un valor que se aprendió en la escuela y las mujeres de mayor escolaridad lo pusieron en práctica en sus familias.

Cuadro 53. *Los integrantes de la familia tomamos decisiones entre todos*

	Frecuencias	Porcentajes
Ninguna	23	15
Poca	42	28
Mucha	84	57
Total	149	100

El cuadro presenta frecuencias absolutas.

En síntesis, al parecer entre las familias del oriente de Morelos hay un consenso en lo que a valores morales se refiere, las mujeres de todas las generaciones comparten la idea de que una hija no debe ser

madre soltera y que ningún integrante de la familia debe tener hijos fuera del matrimonio. Sigue siendo muy importante que los hijos estén reconocidos y sean formados dentro de familias en su concepción más tradicional.¹³ Donde se observa un cambio generacional importante es en la forma de concebir el valor de la resolución pacífica de los conflictos, las madres y las nietas han aprendido a dialogar y negociar con su pareja las decisiones más trascendentales de la familia, por ejemplo, asumir o cambiar de actividades económicas por poder ofrecerle educación a los hijos.

Educación en valores en la escuela

En cuanto a la relación entre generación, escolaridad y el valor de la diversidad, se encontró que las tres generaciones de mujeres, sin importar su escolaridad, afirman que ha sido factible la aceptación de alumnos de diferentes religiones en la escuela, además, se ha disentido de la forma de pensar de los compañeros, maestros o directivos (véase cuadro 54).

Cuadro 54. *Valor de diversidad*

Escolaridad	Posibilidades que daba la escuela de que asistieran alumnos de diferentes religiones y lo pudieran decir			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Sin/algunos estudios	34	16	50	100
Primaria completa	23	9	68	100
Secundaria y más	15	8	77	100

N=149; gamma =.355; nivel de significación estadística = .011. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Los resultados estadísticos también reflejan la constante preocupación de la escuela por promover el valor de la igualdad de género y

¹³ Papá, mamá e hijos compartiendo el mismo espacio doméstico.

el valor de identidad nacional. Al igual que en Cuautla, todas las mujeres de Atlatlahucan aprendieron en la escuela el valor de la igualdad de género (véase cuadro 55). Al parecer la educación valoral proyectada en la política educativa cumplió su función.

Desde el sexenio presidencial de Lázaro Cárdenas se trató de incluir en el discurso político y educativo el trato igual para hombres y mujeres, junto con otros valores como los de la solidaridad y la identidad nacional. Algunos de estos valores fueron retomados con gran fuerza en la década de los setenta, durante el gobierno de Luis Echeverría. En la reforma educativa 1974-1976, se explicitaron y quedaron plasmados en las leyes y en los libros de texto.

Cuadro 55. *Igualdad de género*

Generaciones	Igualdad de género			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas		4	96	100
Madres	5	11	84	100
Abuelas	24	3	73	100

N=149; gamma = -.482; nivel de significación estadística = .013. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Como sugiere Pablo Latapí, la escuela ha sido uno de los principales medios de difusión de la reorientación valoral:

Puede decirse que lo más característico de esta orientación valoral está en su correspondencia con la “apertura democrática” proclamada por el presente gobierno [sexenio de Luis Echeverría] se ha enfatizado el pluralismo, el diálogo, “la conciencia crítica”, el sentido social, la participación. La contribución a los cambios sociales se ha visto fundamentalmente como efecto de la concientización de las personas y grupos que habrían de pasar de interpretar la realidad a transformarla, tomando parte activa en los procesos sociales (Latapí, 1980, p. 29).

En 1973 se reformó la *Ley Federal de Educación*. Según Meneses, la nueva ley modificaba casi todas las funciones del sistema educativo. Entre otras, afirmaba que la escuela tiene la función de socializa-

ción: “desarrollar la conciencia nacional y el sentido de convivencia internacional (artículo 5o., II y XVII); preparar para el ejercicio de la democracia (artículo 5o., XIV); vincular participativamente la acción educativa con la comunidad, fomentando la solidaridad y participación (artículo 2o., V y XV)” (Meneses, 1991, p. 253).

A las mujeres de la generación de las nietas, en su totalidad, se les enseñó a sentirse orgullosas de ser mexicanas (véase cuadro 56). La escuela cumplió en las dos comunidades con una de sus principales funciones: exaltar el sentimiento nacionalista. El proyecto educativo posrevolucionario se propuso, desde Vasconcelos y a lo largo del siglo XX, esta tarea; en palabras de Jaime Torres Bodet y Agustín Yáñez, la escuela debía: “robustecer la identidad nacional”, “fomentar el amor a la patria”. Según Yáñez, por mandato constitucional, la escuela debía “desarrollar armónicamente todas las facultades del ser humano y fomentar en él, a la vez, el amor a la patria y a la conciencia de la solidaridad internacional, en la independencia y en la justicia” (Yáñez, citado por Solana, 1981, p. 407).

Cuadro 56. *Identidad nacional*

Generaciones	Sentirse orgulloso de ser mexicano			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas			100	100
Madres	4	5	91	100
Abuelas	11	9	80	100

N = 149; gamma = -.611; nivel de significación estadística = .011. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Tanto en Cuautla como en Atlatlahucan, las mujeres de las tres generaciones reconocen que en la escuela fueron formadas en los valores de solidaridad, democracia y resolución pacífica de los conflictos, sin embargo, a la generación de las nietas se les inculcaron dichos valores con mayor énfasis (véase cuadro 57). Seguramente fue esta generación la más influida por los cambios culturales de la década de los setenta.

Cuadro 57. *Resolución pacífica de conflictos*

Generaciones	Resolución pacífica de conflictos			Total
	Ninguna	Poca	Mucha	
Nietas	26	9	65	100
Madres	41	15	44	100
Abuelas	34	34	32	100

N =149; gamma =-.202; nivel de significación estadística = .095. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Se observa cómo los valores transmitidos en la escuela no distan de los transmitidos en las familias semiurbanas, las dos instituciones fomentan los valores de diversidad, igualdad de género, solidaridad, democracia y resolución pacífica de los conflictos.

Participación

Al igual que en Cuautla, en Atlatlahucan la influencia de la escolaridad sobre la participación ciudadana se hizo evidente en la intervención de las mujeres en la escuela de sus hijos. En contraste con la localidad urbana, en esta comunidad, el impacto de la escolaridad se observó también en la asistencia de las mujeres a las reuniones de la iglesia y a su concurrencia a las elecciones municipales, estatales y federales.

Las mujeres de las tres generaciones, sin importar su escolaridad, parecen estar pendientes de la situación de sus hijos en la escuela. Sin embargo, llama la atención que sea la generación de las madres las que ponen la nota, ellas asisten en 99% a las juntas, seguidas de las nietas 96% y de las abuelas en 79%. Posiblemente estos resultados tengan que ver con la influencia que tuvieron sobre ellas sus madres durante el conflicto religioso, se politizaron y son más conscientes de su poder de organización.

Algunas mujeres deciden ocupar cargos dentro de la Sociedad de Padres de Familia en las escuelas. Las de mayor escolaridad han ocupado el cargo de secretaria, tesorera o vocal en 47%; las de primaria

completa 21% y en 13% las de menor escolaridad (véase cuadro 58). Asimismo, aunque en menor proporción, pero de manera muy significativa, las más escolarizadas han sido presidentas de la Sociedad de Padres de Familia en 25%; las de menor escolaridad en 13% y sólo 9% de las mujeres sin escolaridad han ocupado ese cargo.

Cuadro 58. *Cargos en la Sociedad de Padres de Familia*

Escolaridad	Secretaria, tesorera o vocal		Total
	Sí	No	
Sin/algunos estudios	13	87	100
Primaria completa	21	79	100
Secundaria y más	47	54	100

N=149; chi = 16.785; nivel de significación estadística = .000. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Hay espacios de participación ciudadana donde la presencia de las mujeres sigue siendo excepcional, como los puestos en el gobierno y los cargos de representación y gestión popular; para el caso de Atlatlahucan, sólo una madre con secundaria ha sido secretaria del Ayuntamiento, también únicamente una mujer de la generación de las madres, maestra normalista, ha ocupado el puesto de regidora. Y descubrimos el caso muy especial de una mujer, de la generación de las abuelas, con secundaria completa, que fue representante de su colonia.

Nuevamente, como se señaló en el análisis para el caso de Cuautla, no significa que las mujeres que ocupan un cargo de elección siempre sean las más escolarizadas. No obstante, se encontró a varias mujeres escolarizadas participando en las escuelas de sus hijos. En ambos casos han logrado combinar la crianza de los hijos, con responsabilidades fuera del hogar. O bien, son mujeres que tienen menos hijos y les pueden dedicar más tiempo. Seguramente también han negociado con sus maridos, estar fuera del hogar, participando en su comunidad.

En Atlatlahucan, al igual que en Cuautla, un número importante de mujeres asiste a votar en los comicios para elegir presidente de la Re-

pública aunque la participación de las mujeres que cuentan con estudios de secundaria es ligeramente mayor a las de menor escolaridad o sin estudios (véase cuadro 59). Posiblemente, y como se señaló al hablar de Cuautla, las intensas campañas publicitarias por radio y televisión han impactado tanto las zonas urbanas como semiurbanas del país, sin contar que a su vez, las mujeres asumieron la responsabilidad de ejercer un derecho por años negado.

Cuadro 59. *Vota en las elecciones de presidente de la República*

Escolaridad	Asiste a votar en las elecciones		Total
	Sí	No	
Sin/algunos estudios	85	15	100
Primaria completa	93	7	100
Secundaria y más	97	3	100

N=149; chi =5.294; nivel de significación estadística = .071. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Se observa con sorpresa como las mujeres que cuentan con estudios de secundaria, participan menos en las juntas de la iglesia que aquéllas sin escolaridad, y que las de primaria completa, donde se encuentra el umbral del cambio (véase cuadro 60).

Cuadro 60. *Asistencia a juntas de la iglesia*

Escolaridad	Asiste a juntas de la Iglesia		Total
	Sí	No	
Sin/algunos estudios	44	56	100
Primaria completa	59	41	100
Secundaria y más	28	72	100

N=149; chi =9.715; nivel de significación estadística = .008. El cuadro se presenta en valores porcentuales.

Vale la pena recordar que en Atlatlahucan se dieron fuertes conflictos religiosos en las décadas de los setenta y ochenta. El movimiento religioso se mezcló en diversas ocasiones con asuntos políticos y fueron espacios importantes de participación para las mujeres. Muchas llegaron a liderar grupos.

Guadalupe Villa y Rosario García han representado dos grupos en conflicto, “tradicionalistas” y “progresistas”, respectivamente, mezclando los asuntos religiosos y políticos. Se han disputado el poder político en Atlatlahucan por más de 25 años (*Sol de Cuautla*, 11 de julio de 1982).

Es posible que las mujeres de la generación de las nietas, aunque no se involucraron en los asuntos religiosos, tuvieron una gran influencia de sus madres y abuelas. Ellas deciden participar ejerciendo su derecho al voto o mejorando la educación de sus hijos. A partir de la década de los noventa, cuando el movimiento religioso perdió fuerza, se dio paso a una acción combativa relacionada con la demanda o mejora de servicios públicos; así como de vigilancia de la legalidad en los procesos electorales. Acciones donde participan las mujeres de todas las generaciones.

En síntesis, la generación de las nietas tuvo mayor acceso a la educación escolarizada que sus madres y sus abuelas. Las nietas estudiaron la secundaria completa, a diferencia de sus abuelas, quienes sólo alcanzaron a cursar algunos años de la primaria. Como se puede apreciar en la tabla 3, la escolaridad facultó a la mujer para cambiar el modelo de familia extensa y romper con la vieja tradición de la residencia patrilocal en las que ellas fueron criadas. Asistir a la escuela y terminar la secundaria cambió a la mujer del oriente del estado de Morelos; ésta redefinió su autonomía, confirió algunas actividades domésticas a terceros, se integró al mercado laboral y compartió las responsabilidades económicas con su cónyuge. Generalmente, las mujeres de mayor escolaridad concurren a las juntas de su colonia y participan en las escuelas de sus hijos, ocupando algún cargo de representación en la Sociedad de Padres de Familia.

Contrario a lo que hipotéticamente se hubiera esperado, considerando las transformaciones sociales, económicas, jurídicas y políticas de las últimas décadas, que generaron cambios identitarios y transformaciones en la sexualidad, las relaciones de parentesco y de alianzas

en la paternidad y en la maternidad; para las mujeres del oriente de Morelos, la crianza de los hijos sigue ocupando el centro de su atención, sin importar la generación y la escolaridad. Por otro lado, la mayoría de los valores inculcados en la escuela concuerdan con los transmitidos al interior del hogar.

Tabla 3

Variables		Grado de significación	Chi cuadrada
Educación con	Generación	.000	51.574
	Con quién vivió cuando se casó.	.097	4.670
	Residencia después de nacer los hijos.	.097	4.670
	Frecuencia con la que plancha.	.000	28.616
	Frecuencia con la que lava.	.002	17.112
Valores en la familia extensa con	Generación	Grado de significación	Gamma
	Resolver problemas de la comunidad (solidaridad).	.000	-.425
Valores en la familia extensa con	Escolaridad	Grado de significación	Gamma
	Aceptar a una hija como madre soltera.	.057	-.230
	Un integrante tenga hijos fuera del matrimonio.	.000	-.434
Valores en la familia nuclear con	Generación	Grado de significación	Gama
	Posibilidad de ser “respondón con los mayores” (respeto).	.001	.481
Valores en la familia nuclear con	Escolaridad	Grado de significación	Gama

Tabla 3. (Continuación)

Variabes		Grado de significación	Chi cuadrada
	Uno de los integrantes tenga hijos fuera del matrimonio.	.007	.309
	Posibilidad de tener ideas diferentes (autonomía).	.001	.449
Valores en la escuela con	Generación	Grado de significación	Gama
	Pensar diferente a maestros, directivos y compañeros.	.001	-.376
	Resolver problemas o tomar decisiones entre todos (democracia)	.000	-.408
	Resolución pacífica de conflictos.	.065	-.229
Participación con	Escolaridad	Grado de significación	Chi cuadrada
	Asistir a juntas de la escuela.	.088	4.855
Participación con	Generación	Grado de significación	Chi cuadrada
	Asistir a juntas de la escuela.	.000	29.464
	Ocupar el cargo de secretaria, tesorera o vocal de la sociedad de padres de familia.	.007	10.057
	Votar en las elecciones para presidente de la República.	.010	9.123

FUERTES Y DECIDIDAS

A partir de entrevistas de historias de vida¹ a mujeres de tres generaciones del oriente de Morelos, se analizó el contenido del relato testimonial para construir breves novelas-testimonio. Como bien señala Barnet, la labor del investigador consiste en dar forma al contenido, respetar la esencia, pero encauzándola en un relato con un drama y desenlace propio: “De la grabadora tomaría el tono del lenguaje y la anécdota, lo demás, el estilo y los matices, serían siempre mi contribución” (Barnet, 1970, p. 141). Para la redacción de las novelas-testimonio se recuperó la narrativa, entendida ésta, de acuerdo con la definición de Stone, como:

La organización de cierto material según una secuencia ordenada cronológicamente, y como la disposición del contenido dentro de un relato único y coherente, si bien cabe la posibilidad de encontrar vertientes secundarias dentro de la trama [...] Es una narrativa orientada por cierto “principio fecundo”, que posee un tema y un argumento (Stone, 1986, p. 95).

Las protagonistas recordaron y compartieron los momentos más significativos de sus vidas. De sus memorias se rescató el drama de

¹ La historia de vida, como instrumento metodológico, permite responder al cómo y al por qué de las trayectorias individuales y su vinculación con procesos colectivos de la vida regional y nacional. Se realizaron entrevistas a mujeres de tres generaciones –abuela, madre y nieta– cuya edad oscilaba entre los 60 y los 25 años. Se buscó que las entrevistadas fueran triadas de la misma familia, y que al menos una de ellas, hubiera participado o estuviera participando en un puesto de elección popular en su comunidad y la influencia de la escolaridad tanto en su participación como en la trasmisión de los valores.

ser madre, esposa y ejercer cargos de representación y gestión popular. En ellas observamos el lugar de la mujer en la familia y en la sociedad después de su experiencia escolar, y cómo cambia la relación con los integrantes de la familia. Al haber sido formadas en la escuela en algunos valores con contenidos distintos a los transmitidos en sus casas, y en otros similares, estas mujeres aprendieron a negociar, argumentar y cuestionar rasgos identitarios tradicionales y se atrevieron a ser diferentes; lo cual no significa que hayan renunciado al matrimonio, a la crianza de los hijos o a ser amas de casa, sino que manejan sus tiempos, se organizan para alternar su papel de esposa y madre, y participar en actividades ciudadanas en sus comunidades.

La indagación histórica, la documentación y el conocimiento de la época y del contexto social específico permitió entender a “las protagonistas” (Pilar, Rosario, Laura y Ana) como mujeres de tres generaciones del oriente de Morelos, para quienes su asistencia a la escuela les proporcionó herramientas para tomar sus propias decisiones. Sus historias son puntos de partida para conocer un medio, una época; analizar y comprender a una colectividad a través de sus individuos. En este capítulo se narra la vida de dos mujeres morelenses que alcanzaron posiciones de representación social en sus comunidades; una como presidenta municipal y la otra como regidora de un Ayuntamiento. Podremos apreciar cómo las hijas y nietas de estas mujeres heredaron, en parte de sus abuelas y madres, la tenacidad para enfrentar, negociar y resolver sus problemas.

Rosario García: presidenta municipal, militante, “progresista”, maestra, hija, esposa, madre y abuela²

Nació hace 70 años en Atlatlahucan, un pequeño pueblo del oriente del estado de Morelos; vivió toda su infancia en un lugar apacible donde la gente se dormía temprano porque no había luz eléctrica y al oscurecer ya no había nada que hacer. Los únicos desvelados eran los borrachitos que nunca han faltado en el pueblo. Su casa estaba en el centro, donde “vivían los ricos”. El pueblo tenía las calles empedra-

² Con base en entrevistas realizadas en la casa del informante en 1996, Atlatlahucan, Morelos, por Luz Marina Ibarra Uribe.

das, con trazos irregulares y se dividían por tecorrales. La mayoría de las casas eran de carrizo, con grandes patios interiores donde criaban animales.

Rosario nació justo después de los grandes conflictos entre los de “arriba” y los de “abajo”; cuando el pueblo por fin estaba “unido” luchando por la categoría de municipio. En 1933 se eligió al primer presidente municipal; según los rumores habría triunfado el de menos méritos, por haberse “ganado” con pulque a los hombres del pueblo. Las primeras palabras que escuchó Rosario pudieron haber sido, “alianza”, “unidad”, “independencia” o “trinquetillas” –su destino parecía estar trazado.

A finales de los años cincuenta, según recuerda, se empezaron a observar cambios en las casas y en las calles, a raíz de las misiones culturales que capacitaron a la gente para hacer muebles para sus viviendas, enseñaron a las mujeres a coser y a preparar algunos alimentos, además de promover el deporte y construir un kiosco. Esto fue muy importante porque los domingos se organizaban kermeses o encuentros deportivos que atraían a las familias y a personas de los pueblos vecinos.

Debieron pasar muchos años para observar carros en Atlatlahucan o se pudiera abrir una llave y hubiera agua en las casas. La gente tenía que caminar kilómetros para encontrar agua limpia que tomar y para preparar sus alimentos; ir a lavar su ropa o surtirse de víveres. Rosario explica:

fue un proceso largo para que hubiera luz eléctrica, drenaje y agua potable, eso le costó largas luchas al pueblo. Durante muchos años las únicas ocupaciones en el pueblo eran maestro/a, ama de casa, campesino, y uno que otro era comerciante; hoy tenemos ingenieros, licenciados, doctores, arquitectos, hay muchos maestros/as, secretarias, enfermeras, hay de todo ya aquí.

En tiempos del presidente Lázaro Cárdenas

Rosario se acuerda que en la primaria se hablaba mucho de Lázaro Cárdenas porque visitaba frecuentemente el pueblo de Tetelcingo.³ Las escuelas eran rurales y debían contar con huerta y animales, como

³ Pueblo indígena de habla náhuatl, ubicado entre Cuautla y Atlatlahucan, se dice que el presidente Cárdenas protegió a sus habitantes, hay muchas anécdotas de sus visitas, cuentan que

cerdos y gallinas; en algunas sí se criaban los animales, pero en la mayoría no. Cada vez que llegaba un inspector le mandaban decir a los papás: “tienen que estar los cochinos y las gallinas en los corrales, entonces mañana mandan un animal con sus hijos, para que cuando llegue el inspector diga que sí está funcionando todo bien”.

Cuando Rosario estaba chica, en su pueblo sólo se estudiaba hasta cuarto año de primaria, después, las familias que podían y querían, mandaban a sus hijos a la Escuela Normal Rural.⁴ Georgina, la hermana mayor de Rosario, fue de las primeras muchachas que salió del pueblo para estudiar la normal, en dos años egresó como maestra, y volvió a Atlatlahucan a ejercer su profesión. Fue muy criticada, “la gente decía que se había ido de loca quién sabe a dónde”. Ella estudió cuando la normal estaba en Oaxtepec, en ese tiempo se decía que la educación era socialista, y por ello los padres temían mandar a sus hijos a la escuela. Pero su papá hizo caso omiso de los rumores y conforme sus otras hijas iban concluyendo la primaria, las mandaba a estudiar para maestras. Amanda, la segunda hermana de Rosario, concluyó también en Oaxtepec, pero con el plan de estudios de cuatro años. Victoria y Rosario iniciaron en Oaxtepec y concluyeron en el internado Palmira en un plan de estudios ampliado a seis años. Todas las hermanas ejercieron su profesión en el pueblo natal hasta su jubilación.

Maestra por imposición

Rosario no quería ser maestra; su papá, sin tomarle parecer, la llevó a Oaxtepec y ahí la dejó. Ella lloraba mucho y le pedía a un primo, que vivía cerca del internado, la llevara de vuelta a la casa. Su primo le sugirió hablar con su papá cuando viniera a visitarla, él temía que su tío lo regañara o le pegara. Rosario recuerda con tristeza: “nunca me llevaron porque mi papá nunca hizo caso”.

A Rosario le tocó el cambio de la Normal de Oaxtepec a Palmira, pero allá tampoco se adaptó, los maestros le parecieron injustos y

se sentaba en las banquetas a platicar con la gente, incluso lo llamaban “Tata Cárdenas”. Hoy Tetelcingo es una delegación de Cuautla.

⁴ Situada en Cuernavaca en 1927, en Oaxtepec en 1929, y finalmente en Palmira en 1944.

siempre dudó de la Sociedad de Alumnos, creía era un gancho para explotar a los alumnos y quitarles su beca o “pre” —como le decían en ese tiempo—; sobaban los pretextos para pedir cooperaciones y “rasurarles” lo poco que les daban.

Estaba a la mitad de sus estudios cuando se armó de valor y dejó la escuela, un poco por rebelarse contra su padre y un poco por considerar injusta su situación. Se le dificultaban las materias de español y matemáticas, dedicaba muchas horas a estudiar para pasar los exámenes. Rosario recuerda la ocasión en que reprobó la materia de español por una décima, como ella consideraba que había estudiado mucho, estuvo rogándole a la maestra que le subiera la décima o le hiciera otro examen; pero la maestra no aceptó. Al igual que la maestra, Rosario se empecinó y decidió no regresar a la normal. Todavía con sentimientos encontrados, recuerda:

Vinimos en una Semana Santa y me preguntó mi hermana Victoria: “¿qué ropa te pongo para que nos vayamos?” Ya no me pongas, que yo ya no me voy a ir. Y mi papá parece que nos estaba oyendo y dijo: “ya no te quieres ir, de todas maneras recoge tu ropa y te me vas aunque sea de sirvienta si quieres seguir de burra”. Sí me dolió, pero no voy y no voy, si me reprobó de todas maneras para qué voy.

Su papá enojado la mandó con su abuela paterna. Coincidió que por esos días, un tío que vivía en la Ciudad de México estaba en el pueblo y al llegar a visitar a su mamá encontró a Rosario martajando nixtamal para darle a los guajolotes y, extrañado, preguntó:

—¿Mamá qué hace ésta aquí?

—Dice tu hermano que como no quiere estudiar que aprenda a martajar, a moler y a hacer tortillas para que cuando se case no tenga problemas.

—Tú, chamaca, ¿te quieres ir a México conmigo?

—Mamá, le dice al viejo que me llevó a Rosario.

Así, inició la odisea de Rosario en una ciudad desconocida, en la convivencia con sus tíos, que aunque la acogieron como a una hija, le asignaron tareas muy pesadas para su edad. Al llegar a la Ciudad de México su tío le preguntó si tenía interés por estudiar una carrera u oficio en particular, pero se burló de ella por querer estudiar taquigrafía, “¿gatigrafía?” —en ese entonces se había puesto de moda nombrar a las sirvientas como “gatas” y a todo le encontraban parecido— Rosario se tragó su coraje, aún así, su tío nunca la puso a estudiar.

Por una temporada estuvo trabajando en la fábrica donde laboraba su tía; era una compañía alemana donde se hacían suéteres. No le volvieron a dar trabajo porque organizó un equipo de voleibol y empezó a comandar “grupitos” dentro de la empresa. Fue el inicio de una gran carrera como líder.

Ya le empezaba a pesar el exceso de quehacer en casa de sus tíos, de repente se encontró haciendo todo, aun cuando trabajaba en la fábrica, tenía que levantarse temprano y dejar todo arreglado y hasta llevar el almuerzo del día para su tía. Además, los fines de semana tenía que lavar toda la ropa de sus tíos y de unos primos que le pagaban a su tía, pero a Rosario no le tocaba ni un solo centavo.

Siempre que su papá la visitaba la pregunta obligada era: “¿cuándo piensas regresar a la escuela?” En una ocasión, próxima al inicio de un nuevo ciclo escolar, decidió retomar los estudios y se regresó al Internado Palmira. Aunque aprobó con siete la materia de español en examen extraordinario, se propuso nunca más reprobar. Rosario logró egresar de la normal y se dedicó a la docencia durante 38 años, hasta jubilarse.

Fue difícil para Rosario cambiar su destino, sus tíos paternos eran maestros “pioneros”, habían fundado escuelas en Atlatlahucan, la cabecera y en localidades cercanas; y su papá, certificado por las misiones culturales, también ejercía como maestro.

“Bola de burros”

Los papás de Rosario, Manuel García y Lucía Beltrán, eran originarios de Atlatlahucan. Su papá, ya casado y con hijos, sólo estudió hasta segundo año de primaria; sus hermanos que eran maestros lo ayudaron, se preparó y las misiones culturales lo certificaron. Ejerció su profesión en Atlatlahucan y en Totolapan, llegó a ser el director de la escuela Benito Juárez en su pueblo natal.

Don Manuel se inició como maestro rural de las misiones culturales, enseñando los oficios que había heredado de su padre y otros que, por su difícil situación económica, había tenido que aprender, sabía de peluquería, carpintería, panadería, repostería, conserva de alimentos y hasta sastrería. Donde no incursionó fue en las faenas del campo, en cuanto tuvo recursos económicos suficientes, contrató a un peón que le trabajara sus tierras. Tenía habilidad para resolver problemas en los juz-

gados, facilidad de palabra y sabía cómo moverse en ese medio; ayudó a muchas personas de su pueblo a solucionar problemas agrarios. Otra faceta de su vida fue la política, aunque nunca ocupó un cargo de elección popular, siempre estuvo cerca de los procesos electorales.

Para Rosario, su padre fue “candil de la calle, oscuridad de la casa”, ayudaba a muchas personas, pero a sus hijas no, jamás se sentó con ellas a hacer una tarea de la escuela, era muy estricto, muy autoritario, las regañaba y se enojaba cuando sus tíos, que eran sus maestros, las acusaban por no cumplir con las tareas; su frase preferida era: “bola de burros, para qué están en la escuela”. Mandó a sus hijas a la escuela únicamente hasta que él lo consideró pertinente, cuando Rosario quiso estudiar la Normal Superior, se opuso argumentando que en la casa tenía muchos libros y que ahí se siguiera preparando. Su mamá les ayudaba dándoles consejos, les decía: “estudien porque su papá las va a regañar, estudien porque las regañan, nos estaba repitiendo lo mismo”.

La vida los puso en el mismo camino, padre e hijas compartían los espacios, familiar y escolar; don Manuel no perdía oportunidad para reprender a sus hijas, además, como era el director de la escuela, tenía todo a su favor. Las “traía a raya”, no las dejaba faltar al trabajo, era muy exigente con la puntualidad, quería que dieran el ejemplo en la escuela. Al resto de los maestros les daba permiso para faltar, pero a sus hijas les ponía muchas trabas.

Rosario, aunque no deja de sentir coraje, agradece a su padre sus enseñanzas, cree que sus consejos le fueron útiles para su vida profesional, recuerda:

Él nos decía “sean puntuales, cumplidas, no falten, trabajen y no hay viento que las mueva”. Y eso sí lo seguí. Pero vi que él me estaba perjudicando. Y sí, perjudican a veces los papás, porque le quieren imponer a uno cierta conducta que no va con nosotros. Yo sí me rebelaba, me enojaba con él, le reclamaba, le decía: “a mis hermanas cuando faltan las regañas y a las otras que te ven la cara, no les dices nada”, y no me contestaba. A mí no me decía nada, pero a mis hermanas les decía como quería.

En los años setenta, a raíz de los conflictos políticos y religiosos, Rosario y su padre fueron obligados a salir del pueblo,⁵ ella se fue al

⁵ De 1961 a 1963, el presidente municipal de Atlatlahucan, quien había sido regidor de Hacienda durante el periodo presidencial de Rosario, forzó la salida de ésta y su padre del pueblo

municipio de Totolapan y su papá al poblado de Cocoyoc, municipio de Yautepec. Rosario sintió que por fin, era libre.

Por su parte, la mamá de Rosario, Lucía, siempre fue considerada una santa por sus hijos, ella se casó apenas si cumplió los 15 años. Como don Manuel también era muy chico cuando habían contraído nupcias, los trataban como “escuinclitos”. Su familia usualmente estaba intrigando y sin investigar si era cierto o no, don Manuel golpeaba a su esposa; “llegaba no a preguntar sino a dar”. En una ocasión, Lucía tomó valor y se fue de la casa, y su mamá le dijo que la aceptaba pero sin hijos; sin tener a donde ir, regresó a sufrir con su marido. Rosario reconoce que realmente su mamá sufrió mucho: “logró aprender a leer, luego se ponía en la puerta con la vela a deletrear, y eso porque mi papá enseñaba y ella veía; ninguno de nosotros le enseñó, aprendió por sí sola”.

Su mamá vivió en una época en que la mujer no intervenía en nada —“era para su casa, no para andar en la calle”. Rosario considera que fueron “muy pocas las mujeres que rompieron el mutismo ése, el tabú que les ponen, la mujer aquí y el hombre allá”. Ella hace un balance de su educación familiar y explica:

Yo sí quería salir de ese sometimiento en el que lo tenían a uno sus papás, no podía uno protestar, en ese tiempo todas las familias eran muy autoritarias, los papás le decían a uno este novio me gusta y te casas con él y uno se tenía que casar. Era una educación muy rigurosa, y yo tenía esa rebeldía adentro y no la podía sacar; pero conforme pasa el tiempo y trata uno con la gente va perdiendo el miedo y luego leía aquí, allá, por allá, uno buenos libros, unos no tanto, de política leí varios y como que la lectura lo va despertando a uno.

A pesar de la educación tan estricta, considera que algunos consejos de su padre fueron buenos, como el de estar siempre y a tiempo en su trabajo, además, de él heredó el gusto por la lectura; con todas las dificultades económicas que había en ese tiempo, su papá siempre conseguía libros y los leía bajo la luz de una vela. Según Rosario, por eso podía ayudarle a mucha gente, se documentaba para poder tener buenos argumentos. Otra enseñanza de su padre y que a su vez ha transmitido a sus hijos, se sintetiza en una frase que siempre les repetía: “uno puede andar en medio de la lumbre y si tú no te quieres quemar, no te quemas. Esos recuerdos los guardo y se los doy a mis hijos y todo.”

argumentando que habían ocupado puestos públicos y a la vez siguieron desempeñándose como profesores. Sin embargo, Rosario cree que fue sólo una venganza.

Corría 1954 cuando don Manuel sorprendió a su hija con una noticia que sería trascendental para su vida y la de su pueblo, le notificaba que iban a llegar unas personas de Cuernavaca para firmar unos documentos, y posteriormente, debía iniciar una campaña proselitista para contender por la presidencia municipal de su Atlatlahucan. No sólo se quedó sorprendida, sino desconcertada, ella tenía algunas experiencias de participación, pero nunca en cargos de representación, ni siquiera en la Normal había querido aceptar compromisos en la Sociedad de Alumnos, por lo que dirigir a un pueblo entero era un compromiso que la rebasaba. Su profesión de maestra le daba elementos para hablar, argumentar, pero creía que su formación no le permitiría desenvolverse más allá de las fronteras de su pueblo; no sabía qué pasaría al enfrentarse con muchachas de la ciudad, ellas podrían ser más abiertas; rememora:

estábamos educadas en esta comunidad, en este pueblo, que no era como ahora que ha evolucionado tanto, ahora ya la mujer participa, la mujer grita, la mujer lucha, la mujer exige en la calle y antes no. Es poco a poco como se han ido involucrando en todo; me acuerdo que cuando yo fui presidenta se acercaron muchas mujeres, pero fue más bien por la curiosidad.

Además, Rosario temía la reacción de su papá, por ejemplo, cuando tuviera que llegar tarde a su casa o se empezara a rumorar de ella en el pueblo, pero como de costumbre, su papá ya había decidido su destino y le recordó aquel viejo refrán “podrás andar en medio de la lumbre, pero si no quieres, no te quemas”. Rosario no sólo resultó electa para “dirigir” a su pueblo, sino que en ese año se amplió el periodo de gobierno de dos a tres años (1955 a 1957).

Rosario antepone a sus capacidades y habilidades como líder, las influencias políticas de su padre, pues el gobernador Rodolfo López de Nava quiso que en su estado se hiciera realidad el reconocimiento a la ciudadanía de la mujer, promulgado un año antes.⁶ Argumenta

⁶ A partir del 17 de octubre de 1953, fecha en la que se publicó en el *Diario Oficial de la Federación* el texto donde se da reconocimiento a la ciudadanía de la mujer mexicana, el presidente Adolfo Ruiz Cortines invitó a todos los gobernadores para que la iniciativa fuera promovida en los Congresos locales y se hicieran realidad a nivel nacional “tan elevados ideales democráticos”. Para formalizarlo, en el estado de Morelos se reformó, en su Constitución, el artículo 13.

que el gobernador deseaba que Morelos fuera pionero y quiso que para los comicios locales de 1954, las mujeres pudieran votar y ser votadas, Rosario expresa:

El gobernador López de Nava quería que fuera en su estado donde se eligiera por primera vez a una mujer para ocupar un puesto público, pero no la iba a poner en una ciudad, ¿verdad?, mejor dijo, hay que hacer pininos por otro lado, y la desgracia me tocó a mí, y a nivel nacional nada más yo fui, aunque pequeñito mi pueblo, la primera mujer presidenta municipal de un pueblo. Y fui yo porque mi papá fue un gran político.

El compromiso de Rosario fue muy grande, porque como dice ella, el ámbito político era “un círculo cerrado para la mujer”, donde a ella no la aceptaban. Se dice que cuando iba a tomar posesión como presidenta municipal, el gobernador tuvo que mandar policías para protegerla. En una libreta donde Rosario escribió sus remembranzas, asentó:

Aún escucho en mis recuerdos la voz de un ciudadano que decía al oficial de gobernación, “no es posible que una mujer nos gobierne ¿qué sabe ella como usar la pala, o el arado cuando andemos en el surco?” Esto, o cuando se me dio posesión legal como Presidenta Municipal Constitucional en el municipio de Atlatlahucan, mi pueblo natal, tuve la idea de no poder contestar y sólo pude arengarlos que mi tarea no era enseñar a usar la pala o el arado, pues esa tarea el hombre la aprende desde que nace, máxime siendo hijos de campesino, hasta oí los murmullos. El profesor José Urban, secretario de Gobernación, les explicó porque una mujer y de sus derechos a participar en los puestos públicos de acuerdo con los nuevos decretos.

En la época en que Rosario fue “autoridad”, el municipio era muy pobre, los ciudadanos tenían que cooperar con un peso cada mes para pagarle al secretario y al policía. Su sueldo se conseguía básicamente de los ingresos que se obtenían de las actas de nacimiento, defunción y matrimonios, o por multas.

Por la falta de recursos no se pudieron realizar “grandes obras”, según dice Rosario. Su función más que nada fue mantener el orden y en ese tiempo realmente los únicos que lo alteraban eran los borrachos, entre ellos, don Manuel. En repetidas ocasiones Rosario le había solicitado a su papá que no la desautorizara en público y no diera el mal ejemplo. Don Manuel hizo caso omiso de sus peticiones y ella no tuvo más remedio que ordenar a los policías lo llevaran a la cárcel por “desorden en la vía pública”.

Gracias al apoyo federal, estatal y local a Rosario le correspondió concluir los trabajos para reubicar la escuela Benito Juárez, la única que había en la cabecera municipal, se había iniciado la obra por la insuficiencia de espacios de la escuela por lo que se contemplaba una ampliación. Tuvo que ser muy drástica y apoyar como “autoridad” al Comité Pro-Construcción de la escuela, porque se había asignado una cantidad para que la cubriera el municipio, y la única manera de hacerlo era con la contribución de la ciudadanía, así que se acordó que todos los jefes de familia debían cooperar, tuvieran o no hijos en la escuela, y se fijó una cuota. Sin embargo, hubo problemas, explica Rosario:

Los hijos casados se escondían bajo la tutela del padre para no pagar. Entonces al hacerse el recuento con el tesorero, y con todos los que representaban el Comité Pro-Construcción de la escuela, se dieron cuenta que faltaba dinero y que también había personas que relativamente no tenían recursos. Decidieron que a estas personas se les diera la opción de que trabajaran en la obra, para cooperar. Y pues sí, hubo muchas habladas negativas hacia la autoridad porque estaba exigiendo. Muchas personas me decían: “oye, pero si tú eres mi amiga, ¿cómo es posible?” Y yo les decía: “sí, tú eres mi amiga pero si tú no cumples, aquí no hay amigos, la escuela necesita, se te mandó decir no mandaste nada que porque has estado trabajado, todos hemos trabajado, estamos trabajando y tienen que cooperar, lo siento mucho. Ahora no necesitamos tu dinero necesitamos peones, si no quieres ir tú porque te da vergüenza busca a alguien, pero tu dinero no lo queremos.” Y luego llegó otro señor que era albañil y dijo: “yo no tengo dinero, voy a trabajar, está bien”. Así se construyó la segunda escuela Benito Juárez en 1955.

A Rosario le correspondió la época de crecimiento del pueblo y se estaban alineando y abriendo calles, pero como explica ella, “en un alineamiento, alguien tiene que perder”; las personas afectadas exigían se colocaran de nuevo las bardas de piedra, pero al no haber dinero, el Ayuntamiento sólo podía proporcionarle a la gente el material y ellos debían pagar la mano de obra. “Ésa fue mi trayectoria”, concluye Rosario: “nunca engañar, ni robar ni nada, sino luchar por lo que se puede luchar. Nada más que cuando yo hablaba, les decía las cosas bien claras, como eran, eso es lo que le gusta al pueblo, que les diga uno, que le hable uno con la verdad.”

Cada oveja con su pareja

Rosario se casó a los 28 años, fue una decisión difícil de tomar, pensaba que había muchas cosas que debía hacer antes de unirse a un hombre “para toda la vida”. Además, no deseaba casarse con un maestro, tenían muy mala fama y no estaba dispuesta a soportar las habladurías en la escuela cuando su esposo le “pusiera los cuernos”. Decidió unir su vida a Arturo, un campesino dos años menor que ella, quien sólo había terminado la primaria. Cuando le hizo saber a su padre su decisión, éste dejó de hablarle por un tiempo; en Atlatlahucan había muchos prejuicios sociales, los padres solían decir a sus hijos: “cada oveja con su pareja”.

A pesar de la molestia de su papá, Rosario se casó con Arturo, en ese momento ella era la presidenta municipal del pueblo, entonces su esposo le dijo: “sí te voy a dejar trabajar, pero nomás un año, y eso porque estás en la presidencia, pero cuando termines, renuncias”. Transcurrido el año, recibieron la visita inesperada del papá de Rosario, fue a darles un consejo muy extraño para la forma de ser de don Manuel, cuenta ella que les dijo:

Te vengo a decir a ti que no renuncies, que te esperes, están jóvenes en el matrimonio y cuando vienen los hijos ya se necesita hacer muchos gastos; y tú, Arturo, no todo el monte es orégano, van a haber épocas buenas y van a haber épocas malas, si ella trabaja, siempre van a tener de donde salir adelante. Ya me voy, nada más vine a decirles eso, no vine a comer porque yo tengo a donde comer.

No discutieron sobre el tema porque para Arturo el asunto estaba terminado, ella debía dejar de trabajar. Sin embargo, Rosario concluyó el periodo en su cargo de elección y siguió trabajando como maestra, su marido jamás se lo reprochó ni cuestionó.

Uno a uno fueron llegando los hijos, y Rosario tenía que ingeniárselas para atender los quehaceres de la casa, cuidar a los hijos, ayudarle al marido y preparar sus clases. Aunque tenía personas que la auxiliaban, incluso su esposo, había cosas que ella prefería hacer, por ejemplo, preparar la comida y lavar la ropa de los niños. Y tenía otras tareas que no podía delegar, como lavar las cubetas para ordeñar o, incluso, cuando su esposo se iba de juerga, ella misma ordeñaba las vacas con los peones. Además, se encargaba de remendar la ropa de la

familia, y esporádicamente, ante el incumplimiento de su costurera, tenía que hacer de emergencia un disfraz o el vestido para el festival de alguno de sus hijos.

Habían pasado 15 años cuando Rosario decidió protestar por su doble jornada de trabajo, sentía que era injusto que tuviera que levantarse a las cinco de la mañana y acostarse a las once o doce de la noche, resolviendo asuntos de la casa, del esposo, del trabajo y sus cinco hijos. Pero su marido la miró tranquilamente y le dijo: “trabajas porque quieres, yo creo que aunque sea frijoles no nos van a faltar”.

Desde entonces Rosario no volvió a tocar el tema, se organizó y con acuerdos explícitos e implícitos con su marido, sacaron adelante a los hijos. Ante una enfermedad siempre los llevaron juntos al doctor, a cualquier hora del día o de la noche si era necesario, se trasladaban a Cuautla al médico. En los tiempos de barbecho Arturo cuidaba a los niños, jugaba con ellos, estaba pendiente de que comieran bien y vigilaba que no fueran maltratados por las muchachas que los atendían. Cuando Arturo se enfermaba, Rosario iba al campo a vigilar que los peones recogieran y pesaran bien la cosecha.

A veces cree que fue un error haberse casado con un campesino, pero gracias a que conservó su trabajo, muchas veces pudieron resolver los problemas económicos. Sin embargo, no todo ha sido malo en su matrimonio, Rosario rememora: “él se iba al campo y cuando regresaba nos contábamos las peripecias. Pero es bonito, todo es bonito, hemos tenido fracasos, porque a veces en la siembra hemos perdido hasta la camisa, pero ni modo, unas de cal por otras de arena.”

Rupturas

Todos sus hijos, según Rosario, tres mujeres y dos hombres (Victoria, Francisco, Pilar, Víctor y Estela), estudiaron lo que quisieron y hasta donde consideraron pertinente. Aunque Vicky, la mayor, confiesa haber recibido fuertes presiones de su madre para que estudiara “para maestra”; incluso le reprocha por el maltrato que sufrió en casa de sus tíos en Yautepec, cuando la obligó a irse a estudiar en la escuela normal de éstos. Vicky quien tiene un carácter, a decir de su mamá, un poco más fuerte que el de ella, se regresó al pueblo y aceptó seguir estudiando siempre que Rosario no interviniera en la selección de su

carrera, estudió para “contador privado”. La hija más chica estudió la licenciatura en nutrición en el CICS del Instituto Politécnico Nacional en Milpa Alta, y recién terminó la carrera, una enfermedad no descubierta a tiempo la llevó a la muerte. La otra hija estudió para secretaria.

De sus hijos varones, el mayor se arrepintió de estudiar en la UNAM, aprobó el examen y a pesar de la insistencia de Rosario, no quiso iniciar sus estudios. Ella lo mandó a trabajar al campo, pero pronto recapacitó y se fue al Instituto Tecnológico de Zacatepec. El otro hijo emigró al Distrito Federal y terminó la carrera de derecho en la UNAM.

Rosario siempre trató de estar al pendiente de sus hijos y del cumplimiento de las tareas en la escuela, incluso se enorgullece de haberles enseñado a los hijos menores las primeras letras, aunque lamenta las ocasiones en las que no llegó a los festivales de la escuela. Siente que tal vez fue un poco drástica con sus hijos, especialmente con la mayor, dolida expresa:

Yo quería que estudiara para maestra, pero ella hizo examen en la Preparatoria Cuautla y no se quedó; y estaba un maestro que había sido político en el mismo tiempo que yo, y le dije, ve a verlo tú y háblale porque a mí me da pena andar abogando por mis hijos, pero si tú vas seguro que te ayuda. Y sí, después apareció en listas, pero como ya estaba en Yautepec yo no la quise sacar. A veces uno trunca la carrera de los hijos, seguro que si la hubiera dejado se hubiera desarrollado mejor en algo que le gustaba, pero, pues ya trunque ese camino. Vicky estudió también en Escuela Comercial La Fénix, pero yo hubiera querido que estudiara otra cosa, creo que todavía es tiempo, hay muchas escuelas donde podría estudiar; le veo ganas, energía, disposición y porque aprende.

Los hijos de Rosario están casados, o como dice ella, “rejunta-dos”. Todos trabajan, aunque sólo los varones ejercen su profesión. Sólo uno de ellos reprodujo el esquema de residencia patrilocal. No obstante, Rosario está preparada para que sus hijos, en cuanto lo decidan, regresen a la casa paterna; cada uno tiene una parte en el terreno familiar, algunos ya construyeron, pero sólo Francisco y Vicky viven ahí.

A todos los hijos de Rosario les ha gustado participar en su comunidad, fue parte de la herencia que el abuelo le dejó a la familia Gutiérrez García. Todos se iniciaron en los programas de INEA:

En esta casa todos mis hijos llevan una secuela de abolengo, nos gusta dar, dar por poco, a veces por nada. Mi papá fue así. Mis hijos son de veras de ganas de trabajar, quieren que aprenda la gente a leer y escribir, entonces le echan todas las ganas, es mucho el tiempo que le dedican. Mi hija Vicky ha sido del comité del salón. Siempre ha colaborado con todo, está con el programa de educación ambiental, se mantiene en una lucha constante con las autoridades porque hacen lo que no se debe hacer. Trabaja en INEA, tiene un trabajo especial, tiene como 120 alumnos, me parece que con sus promotores. Recibe una paga relativa, muy poca, más bien es una labor social, pero le gusta.

La familia García también fue de rupturas, las hermanas de Rosario fueron de las primeras mujeres en salir del pueblo para estudiar. Ella fue la primera, y única, mujer de su pueblo en ser presidenta municipal y Vicky la primera en poner un negocio de comida en el pueblo, donde básicamente comían los “oaxacos”⁷ y los “fuereños” que llegaban al corte del jitomate. Recibió muchas críticas porque: “cómo era posible que la hija de la maestra Rosario García, una mujer educada, vendiera comida”. Rosario confiesa que efectivamente a ella le daba pena, pero tuvo que entender que su hija tenía cuatro hijos que mantener y si en el pueblo había necesidad de un negocio de ese tipo, debían aprovechar la oportunidad. Resultó ser una empresa muy exitosa, en la que involucró a toda la familia.

Progresistas vs. tradicionalistas

Rosario reconoce que su pueblo nunca ha estado totalmente unido, estaban los “arribeños” y los “abajeros”. Los muchachos arribeños, siempre tenían problemas cuando bajaban a ver a sus novias o viceversa. Pero parecía haber cierta unidad en la religión y la política. Había una sola iglesia, las procesiones eran largas y las fiestas del pueblo eran muy concurridas. Sin embargo, a finales de los años sesenta, se presentó un nuevo conflicto que trascendió y afectó a toda la colectividad. Empezó como un problema religioso y se mezcló con la política, la economía y la cultura.

⁷ Se denominaba así a la población indígena independientemente del lugar de donde provinieran, aunque la mayoría sí venían procedentes del estado de Oaxaca.

Siendo Sergio Méndez Arceo obispo de Cuernavaca se difunde en el estado de Morelos el cambio de la liturgia católica.⁸ Enviaba seminaristas a visitar las casas, enseñaban la Biblia y se leía especialmente el Nuevo Testamento. Los libros estaban ilustrados, dibujados y pintados a lápiz. En Atlatlahucan a la gente no le gustó, especulaban que eso era del demonio, de los protestantes y se empezaron a inconformar. El malestar coincidió con la muerte del sacerdote que había vivido más de treinta años en el pueblo, era querido y respetado, además, conocía la problemática de la gente y vivía en función de ese pequeño mundo.

El sacerdote fue sustituido por el padre Dilo, un “gringo” transferido de Tetelcingo. Había estado en la guerra de Vietnam y solía hablar mal de su país; era muy dinámico. Cuando llegó lo primero que hizo fue arreglar el aljibe –en forma de tinaja, grande y profundo– ubicado detrás de la iglesia. En ese tiempo no había agua, y el sacerdote decía que no era justo ver a la gente sufrir por falta de agua y el aljibe ahí desperdiciado, entonces vino y lo arregló. Hizo una fuente-cita en un patio de adentro del claustro; colocó a Jesús Crucificado en medio de la nave, hasta el fondo, para que cuando entrara la gente a la iglesia se dirigiera a Jesús pidiéndole como si estuviera vivo.

A la población le disgustó que el sacerdote cuestionara que las personas se acercaban primero a los santos y por último a Dios. Rosario explica: “por decir, Cristo que es el que está ahí, dice él, es el primero y los santos van al último, ustedes pídanle a Dios. En ese tiempo estaba la guerra de Vietnam y nos pedía pidiéramos por ella y orábamos ‘señor quién soy yo, qué he hecho, pido porque se acabe la guerra’”.

El padre Dilo había proyectado otras mejoras, pero a mucha gente no le gustó su ideología y lo corrieron del pueblo. La misma suerte tuvieron todos los sacerdotes que mandó el obispo Méndez Arceo. Se dividió el pueblo, unos querían los cambios y otros pedían la misa en

⁸ En la década de los sesenta, en el ámbito internacional, la Iglesia católica diseñó una serie de políticas para realizar cambios en la liturgia y reorganizar la instrucción religiosa, fueron estimuladas por el Concilio Vaticano II y la actitud abierta del papa Juan XXIII. Se hablaba de “regresar a las fuentes” –es decir, leer la Biblia y prestar menos atención a libros piadosos y catecismos–, dar menos importancia a las formas externas y más a actitudes internas, y del interés cristiano en la justicia social. El pionero y líder del movimiento reformista dentro de la Iglesia en México fue Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, a cuya diócesis pertenecen las parroquias de los Altos de Morelos (De la Peña, 1980, p. 293).

latín, con el sacerdote de espaldas a la gente y que no se volvieran a mover las imágenes de la iglesia.

Hubo muchos enfrentamientos; en un principio el presidente municipal defendió al grupo tradicionalista e hicieron del atrio de la iglesia una trinchera. Todo el pueblo se vio envuelto en el conflicto, de uno u otro bando, particularmente las mujeres. Rosario entró por el grupo de los “bíblicos”, “los progresistas” o “litúrgicos” como se hicieron llamar los que estaban a favor del cambio en la liturgia. Y otra mujer, Guadalupe Villa, abanderaba la causa de los “tradicionalistas”, exigía a los sacerdotes respetar todos los rituales, como antaño, de lo contrario, no los volvería a dejar entrar a la iglesia. Rosario les aconsejaba: “díganles que sí a todo y ya después veremos, la cosa es no dejarse sacar de la iglesia, ya no vamos a poder entrar, no nos van a dejar”.

Fueron muchos los enfrentamientos, hasta el obispo fue agredido. Se hizo la primera marcha en el pueblo, la gente llevaba velas encendidas y después de recorrer el pueblo se dirigieron a un cerro donde se celebró una misa. Rosario recuerda con pesar que el padre dijo: “vamos a dar gracias a Dios de que en esta lucha, Dios es primero. Todas las luchas que se hacen con un fin bueno, se logran”, y sí, lo logramos en el sentido de cambiar la liturgia, pero tuvimos que construir otra capilla.

Rosario nunca estuvo totalmente de acuerdo en dejarles el templo grande a los tradicionalistas, piensa que los sacerdotes se atemorizaron, se dejaron intimidar, ella no cree que se hubieran atrevido a arrojarles piedras o enviarlos a la cárcel como amenazaban. Trató de convencerlos de que la autoridad civil no tenía nada que estar haciendo ahí. Si había un enfrentamiento por conflictos religiosos, debía defender a la población sin tomar partido; anota con énfasis:

Entonces, de ahí se revolvió la cosa de la iglesia con la política, cada que había un movimiento tocaban las campanas a todo lo que dan; cerraban todas las rejas, sólo las abrían el día domingo y las cuidaban. No tenían padre, buscaban a un señor de aquí para que hiciera los rosarios, yo le decía al padre, “ya ve como no debimos salirnos, mejor que estuviéramos rezando ahí y no que estamos por aquí nomás mirando”.

Rosario decidió no acudir a los servicios religiosos de ningún templo; en la década de los noventa llegó un sacerdote al “Templo Nuevo”, el de los “progresistas”, y provocó divisiones internas. Algunos

quisieron colocar imágenes de santos y retomar viejas prácticas que molestaron a otros, entre ellos a Rosario. Ella prefería escuchar la misa desde el patio de su casa y leer la Biblia, a enfrentarse con el sacerdote. Sólo asistía a la iglesia en situaciones excepcionales, cuando había misa de difunto, una boda, primera comunión o un bautizo. Explicaba:

no estoy conforme, una cosa es la fe y otra que engañen a la gente y sí, hablé fuerte, ¡pinche padre! Bueno, entonces ustedes determinen cómo quieren que le llame, no tienen vergüenza, ésa no es la misión de Cristo y si ésa es la misión, entonces que se queden con ella; voy a misa pero cuando me invitan, pero que vaya a una misa dominguera, no voy, no me sale, no me nace.

Por su parte, Guadalupe Villa fue convencida por los lefebvristas⁹ y hasta la fecha las misas se ofician en latín, con el sacerdote dando la espalda a los feligreses, las mujeres sentadas del lado izquierdo y los hombres del derecho, las mujeres entran al templo con vestidos largos y la cabeza cubierta; realizan todas las fiestas patronales y conservan los santos en la iglesia.

Rosario comentaba con cierta molestia: “A partir de que se dividió la iglesia, a ella [se refiere a Guadalupe] la empezaron a visitar gentes, gentes lefebvristas, seguidores, y la fueron preparando y se fue haciendo grande, en el sentido de que no dejaron la iglesia, se apoderaron de ella”.

Lo derecho lo hace chueco y lo chueco derecho

La división religiosa dio paso a una tensa división política. Aunque todos eran priistas, cada sector luchaba por hacer llegar a la presidencia municipal a un representante de su grupo. Si bien a Rosario le molestaba que la llamaran líder o dijeran que ella formó su propio grupo, reconocía que existía rivalidad. A sus seguidores los han llamado “rosaristas”; igual que han llamado “villistas” a los seguidores de Guadalupe Villa.

⁹ Se conoce como lefebvristas a los seguidores de Marcel Lefebvre, prelado francés, que durante el Concilio Vaticano II fundó el *Caetus Internationalis Patrum*, al que se adhirieron 450 obispos, para defender la ortodoxia de la Iglesia católica contra la Nueva Teología (*Diccionario Enciclopédico*, 1989).

Rosario trata de convencer a la gente de que ella no es líder y de que habla porque le incomodan las personas que no tienen valor civil para decir las cosas, “si algo les molesta o les duele se callan”. Asegura que políticos de otros partidos han utilizado diversos argumentos, regalitos y hasta analogías para tratar de “jalarla”. Le llegaron a decir que se parecía a Zapata, y que recordara que él se dejaba asesorar de Otilio Montaña por ser el cerebro, y que esto siempre ocurría, que ella sólo necesitaba un poco de preparación:

Maestra usted necesita prepararse, estar en esto y esto, usted puede mucho más pero le pasa lo que a Zapata, él dirigía y otro era el que pensaba; y me imaginaba, éstos me están tomando como a Zapata y yo soy una burra; me traían lecturas, todos trataban de jalarme. Nunca me dejé, porque decía, éstos me quieren someter y al rato me voy a meter en un lío, voy a meter a mis hijos, no, mejor nada decía.

Aunque no deja de incomodarle, también le agrada que la gente aplauda cuando habla, porque cree que le “llega a la gente donde le duele”. Se compara con otras mujeres y concluye que lo que le molesta al pueblo de ellas “es que se van por el lado del engaño”.

Guadalupe Villa tiene pocos estudios; según le han dicho a Rosario, sus amigos y “seguidores” la han preparado, le llevan libros de política y religión. Se comenta en el pueblo que en una temporada que estuvo en la cárcel, mucha gente la visitaba y ahí le dieron algunas clases de derecho. Rosario cree que son chismes, porque hasta donde ella sabe, Guadalupe sólo terminó la primaria.

Rosario reconoce que un halo de misterio envuelve a su “rival”; se comenta que la cuidaban mucho, le llevaban gallinas, maíz, frijol y hasta dinero; otros dicen temerle porque lee libros de magia y brujería. Algunos más la critican porque acarrea gente y cuando llega un político al pueblo, organiza una gran fiesta, con mucha comida y música. Se rumora también que Guadalupe resuelve muchas cosas, pero siempre por la vía ilegal, según dicen: “lo derecho lo hace chueco y lo chueco derecho”, o “es como las de Jalisco, que cuando pierde, arrebatá”.

Según Rosario, Guadalupe Villa intenta seguir activa en la política, pero cada vez más gente se convence de los “manejos” y las “negociaciones que hace”, entonces se han ido alejando de ella. No obstante, tiene muchos compadres y comadres que la protegen. Pero ya no se le ve la misma fuerza.

A decir de Rosario, ella ya tampoco quiere participar, ya no quiere “más grillas”, pero al haber sido presidenta municipal forma parte del Consejo, así que cada tres años tiene que participar en los procesos de elección de candidatos para ocupar la presidencia municipal. Rosario explica:

a veces no me quieren convocar, pero les guste o no, sigo siendo la única mujer que logró ser presidenta municipal de Atlatlahucan y vaya que Guadalupe lo intentó mucho, pero no lo logró; así que me tiene que aceptar como parte del Consejo Municipal aunque les pese, y aunque yo ya no quiero, nada más por taparles la boca a dos que tres, ahí estoy.

Para algunos adultos siguen siendo líderes, la señora Guadalupe Villa y Rosario García, pero para las nuevas generaciones han empezado a perder significación estos liderazgos.

El árbol de la paz

El gobernador Lauro Ortega Martínez (1982-1988), “Don Lauro”, hizo muchos esfuerzos por acabar con la división en Atlatlahucan, llamó en repetidas ocasiones a Rosario y a Guadalupe, para tratar de dirimir sus diferencias, logró limar algunas asperezas, pero nunca se dieron la mano como lo hubiera deseado don Lauro.

El gobernador no perdía oportunidad para tratar de solucionar el conflicto que políticamente había implicado mantener dos ayuntamientos en el trienio 1970-1973, resolver múltiples conflictos electorales y poselectorales, además de continuas pugnas entre los dos grupos antagonicos.

En una ocasión, cercanos los preparativos para el festejo del 16 de septiembre, el gobernador se enteró que se estaban organizando dos noches mexicanas, mandó llamar a las líderes y trató, inútilmente, de convencerlas de que debían unirse ante tan significativa conmemoración. En las discusiones siempre salían a relucir las diferencias políticas y religiosas. Rosario explica:

Don Lauro nos mandó llamar [se refería a los progresistas y tradicionalistas] y nos dijo: “éstos los acusan de que van a hacer su noche mexicana [refiriéndose a los tradicionalistas]”, cualquiera puede hacer una noche mexicana ¿o no?, le pregunté. “Sí pero son un pueblo”; sí, pero ellos van a hacer su noche mexicana con su presidente, y nosotros vamos a hacer la nuestra con nuestro

grupo, simplemente no coincidimos con ellos. “Mire señor gobernador es que ellos andan con su padre que se anda ahí emborrachando con ellos”, dijo Guadalupe, “te consta, le dije, para nosotros ha sido nuestro sacerdote y es leal y ustedes háganse bolas con el suyo allá”.

En la década de los noventa disminuyeron notablemente los conflictos religiosos y políticos en Atlatlahucan, aunque no han desaparecido las rivalidades; como dice Rosario, fueron muchos años, se hicieron y se dijeron muchas cosas que no tan fácil se pueden olvidar:

Yo no le hablo a la señora, pero su marido pasa y me saluda. Lo que fue tan duro en ese tiempo ahora lo quieren borrar en un abrir y cerrar de ojos, quieren la unificación y no se va a poder, les va a costar, porque ¿quién les va a creer? A nosotros, si nos ven con ellos, van a decir que nos vendimos. Y eso lo manejan los que quedaron ahora [elecciones de 1997] están enojados porque nos vieron allá, pero nuestra intención no era que éstos u otros ganaran, nosotros lo que queríamos era la unidad, pero eso no lo van a entender.

Un espacio de conciliación ha sido el religioso. Hay personas que eventualmente visitan indistintamente las capillas, por ejemplo, si se trata de una misa de difuntos o celebración de ceremonias sacramentales. Otras tienen parientes en el grupo contrario, se repitió un viejo fenómeno, algunos hijos de los tradicionalistas se casaron con hijas de los progresistas¹⁰ y viceversa; tal como en antaño, los hijos de los “arribeños” establecieron alianzas matrimoniales con los de “abajo” o el “centro”.

Rosario cree que las divisiones no fueron del todo destructivas para el pueblo, porque la gente se comprometió, se entregó, a las causas y bien que mal, el pueblo se transformó, “entró el progreso”. Se ha pugnado por la democracia, por introducir servicios públicos al pueblo; la lucha fue constante hasta tener agua potable, luz eléctrica en las calles y las casas, por crear escuelas desde jardines de niños, hasta bachillerato. No importaba la edad, el sexo o la escolaridad; jóvenes, profesionistas, mujeres¹¹ y hombres, participaron en las gestiones

¹⁰ Por ejemplo, la familia Toledano, pariente de los García, fueron también enemigos acérrimos de Guadalupe Villa, sin embargo, una de las Toledo se casó con el hijo de Guadalupe y lo peor para los padres de la muchacha, es que se hayan llevado a su hija a vivir a casa de su rival.

¹¹ Fue realmente novedoso que jóvenes y mujeres participaran activamente en la comunidad, como ya lo hemos mencionado, en Atlatlahucan los hombres mayores dirigían al pueblo y la vida de sus familias con un gran autoritarismo.

para construir un edificio para la biblioteca, una iglesia, la presidencia municipal, el auditorio, un centro de salud o bien, para que se alinearan y pavimentaran las calles. Aunque hubo personas que se resistieron y se negaron a apoyar algunos proyectos, en otros lograron unirse, Rosario explica:

Por eso a este pueblo lo han catalogado de revoltoso, de chismoso, pero no, no es lo que piensan de él, es un pueblo que se preocupa porque se hagan las cosas, porque son para los habitantes de Atlatlahucan, entonces queremos lo mejor. Y ha salido el desarrollo como lo queremos, sabemos cuándo hay que trabajar unidos. Así es que todos ponen su granito de arena para hacer las cosas mejor.

Recuento de una vida

Rosario reflexiona sobre su vida y confiesa que le gusta participar porque es inquieta, porque heredó e imitó de su padre la tenacidad, la firmeza e incluso la rudeza. Descubrió que de los libros, como de las personas, hay mucho que aprender. En varias ocasiones ha recibido la visita de funcionarios que le sugieren escribir sobre su vida, y ella les contesta: “yo sigo trabajando, pero los méritos y los reconocimientos no son para mí, son para mi trabajo. Yo nunca he trabajado esperando el reconocimiento o creyéndome, como decía Guadalupe, “la madre de todos los de Atlatlahucan”. Participo porque sí soy muy inquieta y creo que como yo aprendí de mi papá a lo mejor mis hijos aprenden algo de mí.”

Un momento difícil fue salir de su pueblo y ejercer la profesión en Cuautla, sentía que sus compañeros sabían más que ella. En una temporada que trabajó bajo la dirección de un profesor tan rudo como su padre, el profesor Abraham Rivera Sandoval, Rosario aprendió a superar sus miedos. Las hijas del profesor, sintiéndose protegidas, “la querían hacer menos”. Ella decidió estudiar la Normal Superior para demostrarles “que podía y la tenían que respetar”.

El reconocimiento por su trabajo cree haberlo obtenido a base de muchos esfuerzos, no se considera una persona inteligente, pero al tener que enfrentar a tantas personas, políticos, inspectores y a su propio padre, tuvo que “despertar”.

**Pilar Reyes: militante, abogada, delegada, regidora,
comerciante, hija, compañera, esposa, madre, divorciada
y abuela¹²**

Cuautla, mundo de recuerdos

Pilar nació hace 50 años, recuerda haber vivido su infancia en una ciudad tranquila y sana. Circulaban muy pocos coches, no había robos, secuestros, ni drogas.

Cuando Pilar era pequeña los niños y las niñas caminaban solos a la escuela. A veces, después de las clases, se daban el lujo de irse al Zócalo o a la Alameda a tomar un helado. Según ella, la Alameda ha cambiado mucho, con tristeza la describe: “¡Era tan bonita! era un lugar tranquilo. Había unos árboles grandotes, unos olivos que daban mucha sombra. Se escuchaban muchos pajaritos –muchísimos–, era una cosa pero tremenda. Las bancas eran de granito, muy bonitas, amplias. Había un restaurante, todo estaba precioso, ¡a mí me gustaba la Alameda!”

Recuerda que había costumbres muy diferentes. Todas las mujeres, señoras y señoritas, usaban el vestido hasta la media pierna. Los sábados en la tarde, niños y niñas, iban a ofrecer flores a la iglesia, y los domingos, la misa era de rigor. También había que ir a la doctrina, donde los preparaban para hacer la primera comunión.

La costumbre de llevar flores a “María”, según ella, era muy bonita y no entiende por qué se perdió. Niños y niñas iban vestidos de blanco y llevaban unos ramitos de flores. En la iglesia los formaban y mientras caminaban hasta el altar para dejar las flores, iban cantando: “Venid y vamos todos, con flores a María”.

La familia de Pilar no acostumbraba ir de paseo; sus únicas salidas eran al Zócalo, cuando venía la feria. “Llegaban muchos vendedores y visitantes; abarcaba desde el Zócalo hasta el parque de la Revolución. Se colocaban muchos puestos de comida, dulces, juguetes y vendían muchas artesanías. ¡Era muy grande y bonita!”

¹² Con base en entrevistas realizadas en la casa de la informante en 1999 Cuautla, Morelos, por Luz Marina Ibarra Uribe.

Desde que tiene “uso de razón”, Pilar recuerda que en Cuautla, había luz eléctrica y mucha agua. El agua se podía tomar directamente de las llaves; salía fría y fresca. No existía agua embotellada.

Durante una temporada tuvo que emigrar a Estados Unidos y fue allá donde se dio cuenta que Cuautla conservaba su aire de provincia, pero también con la distancia, sus problemas se hicieron notorios. Faltaban fuentes de empleo. Prácticamente la gente vivía y había sobrevivido del comercio. Con voz quebrada señala: “para mí el comercio es lo mejor, lo más honesto que puede haber, del comercio se obtenía más que de una profesión, de ahí sobrevivíamos muchas familias”.

Pilar tiene la sensación de que fue después del terremoto de 1985, en la Ciudad de México, cuando empezó a llegar mucha gente a Cuautla. Se aceleró el crecimiento de la ciudad y empezaron a proliferar todo tipo de problemas. Ante la necesidad de servicios, siendo gobernador Antonio Riva Palacio, se liberaron muchas concesiones en el transporte y por eso ahora la vialidad es terrible.

A partir de la década de los noventa, se expandieron los asentamientos irregulares. He observado, refiere Pilar: “que ha llegado mucha gente de Guerrero, Puebla, Oaxaca y el D.F., de otros estados poca. Creo que desde que llegó esa gente, ha habido más violencia; porque antes, toda la gente era cuautlense, queríamos a Cuautla, no había violencia, no había drogadicción”.

Cada quien su vida

Su madre, Gloria Alarcón, dedicó su vida al hogar y al comercio, mientras su padre, Heriberto Reyes, incursionó por diversos y heterogéneos campos: fue peluquero, ocupó el puesto de jefe de almacén y despachador en el ingenio “La Abeja” de Casasano, Morelos; se desempeñó como gerente de una gasolinera y de la empresa de tractores, Recursos Agrícolas del Sur; trabajó como empleado en la Secretaría de Recursos Hidráulicos y fue jefe de la Reforma Agraria en México. Logró, después de muchos intentos, ser presidente municipal de Cuautla.

El papá de Pilar estudió contabilidad en la Comercial Mercantil de México. Aunque no concluyó una carrera, pudo ejercer como conta-

dor, avalado por sus diplomas. A diferencia de su padre, su madre sólo pudo cursar la primaria en la escuela Hermenegildo Galeana; no la dejaron seguir estudiando y se tuvo que dedicar a atender los negocios de la familia. Posteriormente, generó sus propios negocios.

Los padres de Pilar nacieron en el estado de Morelos, en Yecapixtla su papá y en Jonacatepec, su mamá. Muy chicos llegaron a vivir a Cuautla. El abuelo paterno de Pilar fue capitán de la milicia, según le han contado; “fue revolucionario y le fueron dando nombramientos hasta llegar a capitán”. Su abuela paterna fue comerciante, siempre se dedicó a vender maíz, se iba hasta Puebla a comercializar sus productos.

Su abuela materna murió cuando su mamá tenía escasos ocho meses. Pilar explica:

Mi abuela se había ido a México y allá se embarazó, nunca se supo de mi abuelito. Mi abuelita se enfermó de cáncer en los pulmones, y cuando se iba a morir unos vecinos le avisaron a su hermana. Ella fue a recoger a mi mamá. La hermana era una señora de “la alta”, doña Estercita viuda de López, una de las familias más ricas de Cuautla. Ella fue la que crió a mi mamá, a ella la reconozco como mi abuelita.

Pilar tiene dos hermanas y un hermano.¹³ Una de ellas es enfermera y la otra comerciante, al igual que su hermano. Recuerda que prefería escaparse con sus amigas a jugar con sus hermanas. Si llegaba después de las ocho de la noche, le pegaban. “Fui la más andariega, la más vaguita de mis hermanos.”

Recibió una educación muy estricta en el interior del hogar, sin embargo, siente que sus papás dedicaron mucho tiempo a sus problemas personales y descuidaron la educación escolarizada de sus hijos. No se preocupaban por revisar las tareas. No investigaban cómo iban sus hijos en la escuela; considera que ésta fue la razón por la que ella abandonó los estudios y por la que ninguno de sus hermanos tuvo una profesión a temprana edad.

Los conflictos entre sus padres, cada vez más frecuentes, los condujeron a la irremediable separación. Ante esta situación, e influida por la experiencia de su niñez, Pilar, ya casada, decidió poner un cuidado especial en la educación de su hermana más chica, Beatriz; vigi-

¹³ Es su medio hermano, hijo del segundo matrimonio de su papá, han convivido poco y ya siendo adultos.

ló que sacara buenas calificaciones y la apoyó económicamente hasta que se recibió de enfermera. “Ella me ve como a una madre y me quiere mucho, me apoya en la política, me dice que cuando necesite gente ella tiene amigas, me apoya bastante mi hermana.”

Vestiditos de popelina

Cuando Pilar era pequeña, siempre usó vestidos de popelina que le llegaban a media pierna; de cuello alto con mangas, ancho y recogido en la parte de atrás por largas cintas que se anudaban en forma de moños; nunca le compraron vestidos descubiertos. Como el resto de las niñas, conservaba el pelo largo y la peinaban de trenzas o con todo el pelo recogido en una “cola de caballo”. Siempre le ponían listones en la cabeza para verse arreglada. Pilar se puso pantalones hasta que tenía unos 20 años, ya era señora, “ya estaba grande”. Los empezó a usar durante la temporada que vivió en Estados Unidos.

Después de clases, a Pilar le gustaba detenerse un rato en el Zócalo con sus amigas o con el novio, tomaban un refresco o sorbían una nieve. Casi nunca la regañaron porque calculaba bien el tiempo para llegar a comer a su casa. Sin embargo, en la tarde se escapaba y cuando regresaba, después de las ocho de la noche, sus papás la reprendían.

Ella transmitió a sus hijos los valores que ella aprendió, porque consideró que la educación y los valores en los que la formaron fueron los mejores. Antes, señala Pilar, había mucho respeto hacia los padres; las mujeres tenían que llegar temprano a su casa, a las ocho ya toda la familia estaba encerrada. Nunca podían salir sin pedir permiso; no existían las drogas; las mujeres no podían fumar y las que lo hacían tenían que esconderse por temor a la murmuración. Las relaciones sexuales era un tema vedado en la casa y en la escuela, las jovencitas se casaban vírgenes, llenas de miedo de sólo imaginar la noche de bodas.

A partir de sus primeros periodos menstruales, su madre le pidió tener cuidado con los hombres, pues en esa nueva etapa, desde la primera relación sexual –según le dijo su mamá– ¡iba a quedar embarazada! El hombre que la quisiera, sabría esperar y se casaría con ella. Pilar creció con los consejos de su madre, repicando en su conciencia como fuertes campanadas que la alertaban ante el peligro de los “ca-

lores”. Un aborto era sinónimo de horror, el único caso que recuerda Pilar provocó un gran escándalo en la escuela: “todo el mundo estaba espantado, corrían, decían y rumoraban”.

El delito más grave en el que incurrió Pilar siendo estudiante fue el tráfico de cigarrillos en los sanitarios de la escuela, espacio propicio para “hacer bolitas de cigarrillo” esconderse y cuidarse del director. La droga estaba totalmente fuera de su entorno, ni siquiera se conocía.

Con sus hijos, Pilar intentó reproducir el ambiente de respeto en el que fue criada. Ellos aprecian su apoyo, su orientación moral y el ejemplo de superación y esfuerzo que les ha inculcado. Su hija tampoco sufrió cuando le llegó “su regla”, ella la había preparado para ese momento, la previno sobre el tipo de cuidados que debía tener con los hombres, sin llegar al extremo como lo hizo su mamá con ella. Comenta: “la preparé mucho mentalmente en la cosa sexual y a mi hijo también. Sentía coraje de que mi marido no le decía nada. Ahora los dos están muy bien, al menos no tengo ningún problema, son gente tranquila, de estudio, psicológicamente los dos están centrados.”

De acuerdo con Pilar, los padres deben acercarse a sus hijos, pero especialmente con las mujeres. Los jóvenes deben estar prevenidos de las enfermedades venéreas; el SIDA y sus consecuencias; los embarazos no deseados y de los efectos de las drogas.

Siempre inquieta

Pilar realizó todos sus estudios en su ciudad natal. Cursó la primaria en la Narciso Mendoza y la secundaria en la escuela Antonio Caso. La preparatoria y la licenciatura las estudió siendo adulta, en la modalidad de sistema abierto. Fue inquieta en la escuela, muchas veces los maestros le tuvieron que llamar la atención y también recibió algunos castigos. La dejaban en el salón de clases, parada durante una hora mirando hacia la pared o bien, le jalaban muy fuerte las orejas. No está muy segura de que los escarmientos hubieran servido de algo, pues siguió siendo muy rebelde.

Gozaba las fechas en las que salían a desfilar. Le gustaba dirigir a su grupo, incluso llegó a comandar a todo el contingente de la escuela. También le gustaba el deporte, “ser capitana del equipo”. Se diver-

tía resolviendo problemas que no eran de ella. De pequeña no le dedicó mucho tiempo al estudio, pronto perdió el interés. “Logró” concluir la secundaria y abandonó sus estudios.

Pilar compara los métodos y los contenidos con los que ella fue formada y los actuales, y “se queda” con los de ella. Según dice, al concluir la primaria y la secundaria se tenían más conocimientos. No comparte la idea de que los niños comprenden laminitas para hacer las tareas; en sus años mozos, los profesores obligaban a los estudiantes a hacer todos los dibujos, y a Pilar le gustaba particularmente esa faena, en esa “sí destaque”, anota.

Cuando estudió la primaria, había en Cuautla unas señoras que ayudaban a los niños que iban mal en la escuela. Eran unas “viejitas” que las preparaban “de cajoncito”, “hasta cantado el cajoncito”. Era un silabario con el que las señoras enseñaban las letras, con la peculiaridad de que ellas cantaban. También aprendieron las tablas cantando.

Muchos de sus compañeros tuvieron que emigrar a otros estados para continuar estudiando. Algunos regresaron a Cuautla, actualmente se desempeñan como abogados, médicos o ingenieros. Sólo uno de ellos incursionó en el mundo de la política. La mayoría de las mujeres se dedicaron al cuidado de sus hijos, otras al comercio y algunas fueron a la normal y llegaron a ser directoras de alguna escuela.

Sueños y realidades

Pilar Reyes logró casi todo lo que quiso. Soñó con casarse, tener su casa y ser comerciante; a los 19 años contrajo matrimonio con un guerrerense, con quien tuvo dos hijos, una mujer y un varón.

Su otra gran ilusión, la de ser comerciante, también la realizó; en parte porque su esposo tenía una carnicería y una tienda en el mercado y, además, porque toda su familia tenía diferentes negocios. Pilar llegó a incursionar en ese mundo, ser una exitosa comerciante y tener dinero para construir su casa, su otro gran sueño.

El encanto duró poco, a escasos cinco años de casados y ya con dos hijos, su marido inició una serie de fracasos, con consecuencias desastrosas para la familia. Acabó con sus negocios y con los de Pilar, entre ellos una papelería que le reportaba excelentes ganancias. Empezaron los problemas conyugales, pero Pilar se negaba a imitar

la historia de sus padres, “ella se había casado para toda la vida”, se repetía.

Salvar su matrimonio y su crisis económica, la llevó a seguir a su esposo a Estados Unidos en tres ocasiones. La primera vez encargó a su hijo con su mamá y a su hija con su suegra. La segunda se los llevó y la tercera los dejó con su mamá, ante la negativa de ésta a viajar con ellos.

A pesar de la discriminación y la nostalgia de su terruño, Pilar y su esposo salieron adelante, lograron pagar las deudas que había dejado él y regresaron con algo de capital, mismo que su cónyuge derrochó al poco tiempo.

Al evaluar su vida, Pilar siente que fue una buena esposa y madre. Su disciplina le permitió complementar sus actividades fuera de la casa con la educación de sus hijos y la atención a su marido. Aunque tenía personas que le ayudaban en el quehacer de la casa, ella siempre quiso hacerse cargo de la comida. Así que se levantaba muy temprano, daba el desayuno y enviaba a sus hijos a la escuela, no sin antes vigilar que fueran limpiecitos y bien peinados. Después se apuraba, hacía la comida y se iba a su trabajo. En las tardes, mientras sus hijos estuvieron chicos, se dedicaba a revisarles los cuadernos, a numerar las hojas; vigilaba que no trajeran objetos que no fueran de ellos y se sentaba a ayudarles a hacer la tarea. Ella cree que su dedicación fue parte del éxito escolar de sus hijos. Algunas veces fueron abanderados. “Nunca los expulsaron de la escuela ni tuvieron problemas.”

Pilar siempre les hizo saber a sus hijos que ella quería que salieran adelante, que fueran personas honradas y trabajadoras. En una ocasión su hijo llevó a la casa varios lápices y pinturas que no eran suyos, lo reprendió muy fuerte, le pegó con una regla y le sangró las manos. Su hija vio y ninguno de los dos se atrevió a volverlo a hacer.

A medida que sus hijos fueron creciendo pudo estar más horas fuera de su hogar. Dejó ciertas tareas de la casa y del negocio a sus hijos. Sin embargo, siempre se fijó que no llegaran tarde a su casa y que cumplieran con las labores asignadas. Siendo mayores de edad continuaban bajo su estricta vigilancia. Cuando llegaron las “discos”¹⁴ a Cuautla, sus hijos solían frecuentarlas, pero se ganaron dos fuertes reprimendas por no respetar la hora asignada para regresar.

¹⁴ Lo que hoy se identifica como “antros”.

Después de casada, Pilar incursionó en el mundo de la política y creyó tener el apoyo de su esposo, sin embargo, en varias ocasiones sus ausencias por asistir a reuniones partidistas fueron motivo de discusión. El marido reclamaba atención para él y para los hijos. Difería de su cónyuge, sentía que su vida era difícil, pero que ella siempre estaba pendiente de sus hijos, de la escuela, de la casa, y se sacrificaba en muchas cosas:

De por sí, dice Pilar, yo tuve problemas con mi hogar, pero no fue por ser mala madre, simplemente a veces los matrimonios no compactamos, porque somos de diferentes caracteres, no nos acoplamos. Pero uno no debe pensar que porque quedé mal con mi esposo o salimos mal, voy a estar mal en todo. O sea, he sido buena madre, pero en algo tengo que fallar, algo tenía que haber fallado, no sé en qué. Casi quince años, yo hice mi comida y de chiquitos fue de darle a mis hijos en la boca, vestirlos, cambiarlos, y peinarlos. O sea, sí me dediqué a mis hijos.

Lo que en un principio parecía ser una tragedia para Pilar fue su salvación. En 1993, después de 25 años de casada y sin darle ninguna explicación, su marido la abandonó. Ella entró en una profunda crisis y llegó a pensar en la muerte. Gracias a su tenacidad, la suerte en los negocios y su incursión en la política, logró superar el abandono de su marido y sacar adelante a sus hijos. Su hija estudió en el Anglo Americano en Cuernavaca y luego en México. Su hijo terminó una ingeniería en el Tecnológico de Monterrey, campus Cuernavaca. Pilar recuerda con orgullo y tristeza:

A veces yo me daba de golpes de que no sabía de dónde iba a sacar dinero. Mi hijo me pedía para su mensualidad, para el departamento; y yo no sabía de dónde iba a sacar tanto dinero. Yo batallé mucho para que mi hijo saliera adelante, porque mi marido me había dejado, y me había dejado muy endrogada. Había acabado con el patrimonio de la familia.

Se dedicó de lleno a su trabajo, reinició sus estudios y cada vez logró más éxitos. Con las heridas cerradas, reconoce que el abandono de su marido fue lo mejor que le ocurrió:

Ahora que no tengo esposo es otra cosa, mi hija es la que se encarga de la casa, yo hago ejercicio, leo, o me dedico a preparar discursos. Me voy a trabajar como a las 10:00 y ya no vengo casi en todo el día a la casa. Me voy a las colonias a hacer gestorías. No me preocupa si llego, o no a comer a mi casa, yo dejo el dinero y punto.

La fiel acompañante

Al recordar sobre su participación social, Pilar reflexiona en voz alta:

la mujer se inmiscuye en la política por la necesidad de buscar alternativas y soluciones a las carencias que existen, la misma necesidad hace que la mujer se enrola en la política, pero no como político. Las mujeres ven en la política la forma de sacar adelante a su comunidad, jalando a las demás, organizando grupos.

Hay mujeres, como nosotras, que empiezan a servir de forma natural: a defender los derechos de cualquier ciudadano. Se supone que como mujer, pues, uno a veces apoya más a la mujer. Yo pienso que aquí la situación es apoyar a todo el mundo.

Pilar siente que su deseo de servir es un “don natural”, que simplemente hay mujeres que nacen con él. Ella empezó como líder desde la escuela, siempre le gustó defender a sus compañeros. Era una mujer muy extrovertida, muy inquieta, siempre quiso tener “voz de mando”.

A los doce años abandonó los quehaceres del hogar para acompañar a su padre en su primera campaña política por la presidencia municipal de Cuautla, Morelos. Aun cuando tuviera que guardar silencio por su corta edad, prefirió infiltrarse como espía entre los grupos que seguían a su padre, que permanecer encerrada en casa. Siendo muy joven obtuvo un cargo de promotor en el sector femenino del partido político al que siempre sería fiel, el Partido Revolucionario Institucional, su actividad fue de representante y coordinadora de veinte o treinta mujeres de diferentes sectores. Además, realizó trabajos de gestoría y defensa. Cuando había algún evento político se encargaba de aglutinar al mayor número de personas, reclutaba mujeres para fortalecer al partido.

Como las jóvenes de su edad, perdió el interés en el estudio y en la política. Soñó con casarse, ser comerciante y hacer una gran fortuna. Sin embargo, comprendía la terquedad de su padre por obtener la presidencia municipal. Siempre que lo intentaba o no lograba conseguir el apoyo plural de la gente o no contaba con el aval de los gobernadores, invariablemente perdía.

Al observar Pilar que sólo los familiares, amigos o compadres de los “de arriba” obtenían los puestos, no pudo evitar sentir un gran resentimiento hacia el partido, deseaba fervientemente que su padre ga-

nara, así que decidió involucrarse de lleno en la política. Las buenas intenciones no le duraron, al poco tiempo, cupido golpeó a su puerta y súbitamente su vida se transformó, cambió las consignas políticas por cantos de cuna.

A los dos años de casada, nuevamente se interesó por la política, su padre buscaba por tercera vez la presidencia, “por ahí entre 1976 y 1978”. Contagiado por su esposa, el marido de Pilar incursionó en el mundo de la política, apoyando a su suegro; desgraciadamente, una vez más, la suerte no estuvo de su lado.

Sin embargo, el padre de Pilar no se dio por vencido, tuvieron que pasar diez largos años de extenuante agotamiento para que finalmente llegara a la gubernatura el amigo que le ayudó a realizar su tan anhelado deseo, “don Antonio Riva Palacio”.

Con el cansancio desbordándose en cada arruga de su semblante, su padre llegó ante el gobernador Antonio Riva Palacio López (1988-1994) para pedirle su apoyo; éste al verlo viejo y fatigado le sugirió que fuese su hija Pilar quien ocupara la presidencia municipal, otorgándole a él, a cambio, algún puesto administrativo. La respuesta fue categórica, ¡no!: “Don Antonio, tantos años que lo seguí y ahora que usted es gobernador, ¿no voy a ser presidente? ¡Ahora más que nunca quiero ser presidente municipal!”

Heriberto, el padre de Pilar, insistió hasta lograrlo, el gobernador lo designó candidato a presidente municipal de Cuautla para el periodo 1988-1991, realizó su campaña y obtuvo un triunfo contundente.

Como su padre era divorciado, la gente le decía a Pilar que ella era la indicada para ser la presidenta del DIF, por ser cuautlense y conocer las necesidades de la ciudadanía, no obstante, optó por permanecer tras bambalinas, únicamente ayudó con su opinión y con algunos consejos. Los primeros cinco meses del mandato de su padre fueron al mismo tiempo, los más felices y tristes de su vida, pues al cabo de ellos, enfermó de gravedad y falleció.

A la gente hay que apapacharla, atenderla y entenderla

Los constantes fracasos de su padre llevaron a Pilar a cuestionar las prácticas de su partido y también las de su padre. Creía que él debía haber aceptado los puestos administrativos que le ofrecían, estar

activo, militar todo el trienio en el partido y no sólo hacer campaña, cuando se acercaban las elecciones.

Pilar heredó la tenacidad y los deseos de su padre por ser presidente municipal. Decidió iniciar una carrera política al margen de su papá. En 1980 empezó a participar activamente en la CNOP (Confederación Nacional de Organizaciones Populares). Sus tácticas funcionaron, y poco tiempo después de la muerte de su padre, guía y compañero en la política, le ofrecieron ser delegada de Tránsito en la zona oriente del estado. Como iba a ser la primera vez que una mujer ocupara ese cargo, diferentes grupos de “dolidos caballeros” fueron a ver al gobernador para impugnar su nombramiento. Él les dijo: “déjenla trabajar, vean cómo se desempeña, si ella no puede con el paquete, ella misma lo va a sentir y va a renunciar”.

El éxito de la gestión de Pilar como delegada de Tránsito se debió, en parte, a su carácter fuerte y que desde el principio les hizo saber a sus subordinados, la mayoría de sexo masculino, quién era la autoridad. Les prohibió hablar frente a ella con palabras altisonantes. Si un empleado intentaba “pasarse de listo” y quería ordenarle o gritarle, lo sacaba de su oficina, le sugería volver cuando se calmara y le recordaba que ella era la autoridad y, le gustara o no, la tenía que respetar.

Recuerda con agrado:

la delegación de tránsito fue muy difícil porque había mucho hombre mal hablado, de lo peor, y como eran 16 municipios había muchos problemas por resolver. Pero lo más difícil fue el trato con los compañeros, hay gentes que te hablaban con respeto, hay gentes que te hablaban con groserías, con majaderías, faltaban al respeto, pero yo los ponía en su lugar.

Se propuso a través del “apapacho” ayudar a las personas, llegó a autorizar el cobro de sólo 10% de una multa o infracción. Con esta estrategia logró ganarse a la gente.

Pilar decidió continuar su carrera política. Renunció a su cargo e hizo campaña por la dirigencia de la CNOP. Recordó las palabras de su padre, y al momento de entregar su renuncia al gobernador, le manifestó su interés por dirigir un sector popular y le pidió su apoyo.

Su campaña fue un éxito, se ganó la simpatía de las diferentes organizaciones del sector. Sus adversarios se dieron cuenta del respaldo que tenía y decidieron no seguir participando. Nuevamente incurrió en un espacio tradicionalmente de hombres y fue ratificada en su

cargo en tres ocasiones; siendo testigo de la transformación de la CNOP en UNE (UNE-ciudadanos en movimiento) y de nuevo en CNOP.

Pilar cumplía otro de sus sueños: complementar su actividad política con los negocios y lograr ser una exitosa comerciante. Esto le permitió mantenerse durante ocho años en el sector popular. Financiaba muchos de los gastos que le generaba su dirigencia a falta de cualquier tipo de pago, subsidio o presupuesto.

El comercio le ha proporcionado vivir “holgadamente”, y de la política le han quedado grandes satisfacciones. Se siente feliz de poder ayudar a la gente, orgullosa recuerda:

Yo sé que he ayudado a muchísima gente, en gestiones, en cuestión médica a mucha gente la he apoyado para que no paguen más de la cuenta. Ya ni me acuerdo, tanta gente que he ayudado. La satisfacción más grande es que no he dejado de defender a las personas, no permito que pisoteen sus derechos. Yo he dado más de lo que me ha dado en la política.

En 1994, gracias al buen desempeño de sus funciones y a su constante militancia en el partido, la nombraron regidora de colonias, poblados y mercados. De momento pensó que podía haber personas más capacitadas que ella para desempeñar esa función, pero sus deseos de lograr una diputación y luego la presidencia municipal, la hicieron recapacitar y aceptar el reto. A Pilar le tocó ver cómo muchos de sus compañeros, seguros de los permanentes triunfos de su partido, descuidaron su labor como servidores públicos. La gente fue perdiendo credibilidad en el partido. Ella cree que ésa fue una de las razones por las que en 1997 ganó, en la localidad, un partido opositor.

En 1993 se veían venir tiempos difíciles para el partido y también para Pilar. Las exigencias para ocupar una cartera dentro del partido o para aspirar a un cargo de elección popular aumentaron, la que más afectó a Pilar fue la escolaridad. Con tristeza recuerda: “me faltaba la escuela, el estudio. Nos decían ignorantes, neófitos, a veces se pronunciaban mal algunas palabras y me sentía yo mal. Siempre me decían *la C*. Pilar Reyes y me preguntaba, ¿voy a ser la *C*. Pilar Reyes todo el tiempo?”

Pilar vio la necesidad de continuar estudiando si aspiraba a seguir ascendiendo en la escala política. En 1993 se inscribió en un programa de preparatoria abierta, pero no fue suficiente, sentía que le hacía falta más preparación. En 1995 se inscribió a la licenciatura en dere-

cho, también en un sistema abierto, fue así como concluyó una carrera universitaria.

Considera que sus conocimientos sobre las leyes, la normatividad y lo jurídico está profundamente relacionado con sus funciones. Ahora puede debatir en el Cabildo con argumentos, con “conocimiento de causa”. Se siente muy bien porque cree que se fijan más en ella, que tiene más capacidad. Esto se debe en parte a su preparación académica y a su experiencia. Pilar no quiere que la gente piense que es una oportunista, por eso ha tenido una intensa militancia en el partido, y ha sido constante su participación en el sector popular.

En las elecciones de 1997-2000, creía que estaba lista para la diputación, sin embargo, no le dieron la candidatura y lo más que le ofrecieron fue nuevamente una regiduría. Un poco dolida y decepcionada la aceptó y lo tomó como un nuevo reto en su vida. En esas elecciones el PRI perdió en Cuautla la presidencia municipal y la diputación. Pilar se dedicó desde su posición, como regidora por representación proporcional, a redoblar esfuerzos para recuperar la credibilidad en su partido y a ganar votos para las siguientes elecciones. Esta segura que puede aspirar a una “posición más grande”, “porque tiene a la gente”.

Para ella no fue fácil ser funcionaria en un gobierno de oposición. Aunque su regiduría era de educación y atendía a las instituciones educativas en la organización de eventos de cultura y recreación, la gente la siguió buscando para que le ayudara a solucionar asuntos relacionados con su representación anterior como problemas en las colonias, poblados y mercados. Además, realizaba gestorías de acción jurídica. Su lema fue: “primero las necesidades de las gentes”. “Todo lo que me llegue de cualquier índole, lo tengo que resolver”.

Se dedicó a trabajar muy duro, le invirtió a su cargo mucho más tiempo y esfuerzo que en la gestión anterior (regidora de colonias, poblados y mercados, trienio 1994-1997). Creía que sólo de esa manera la gente volvería a confiar en su partido. Observó que su actitud de denuncia, reclamo y exigencia para con el presidente municipal, causó malestar entre los integrantes del Cabildo. Para algunos, ella estaba tratando de desestabilizar al Ayuntamiento. Sin embargo, consideró indispensable denunciar las múltiples anomalías en las que estaban incurriendo los perredistas. Por ejemplo, por primera vez en ese periodo, se liberó el artículo 115 constitucional, donde se autorizaba a los municipios cobrar tanto el impuesto predial, como impuestos so-

bre la posesión vehicular. Además, a cada municipio le llegó un presupuesto para obras, sus compañeros regidores invirtieron el dinero en gastos de representación y según Pilar, “no se vio ninguna obra municipal”.

La inexperiencia de los perredistas generó muchos problemas internos en el Ayuntamiento. No organizaron un plan de trabajo, se limitaron a ejecutar los proyectos que llegaron del gobierno federal. A los regidores de oposición no les permitieron dar su opinión, los obstaculizaron, no los dejaron ejecutar los programas. Según ella: “les faltaron muchas tablas. Los priistas, aunque minoría, les demostramos que teníamos más capacidad, formación, experiencia; que teníamos trato social, relaciones y más táctica.”

De acuerdo con Pilar, la política, contrario a lo que muchas personas piensan, es muy difícil. Desde su experiencia afirma:

A la gente hay que entenderla, saber cómo piensa. Yo ya sé lo que la gente de abajo quiere, sé apachar a la gente. Yo soy muy dura, dicen que soy bien *cabrona*, pero siempre peleando por el bienestar de la gente. Me pongo con las autoridades que están de mi nivel, para defender a la gente, con ella nunca me enoja, trato de entenderla, de atenderla y de resolverle sus problemas.

Reconoce que su éxito en la política tiene que ver con su carácter y con el apoyo que le ha dado toda su familia:

Tengo voz de mando, soy de carácter rígido, cuando me quieren pisotear soy agresiva. Además, he contado con el apoyo incondicional de toda mi familia. Qué decir de mi papá, de mis hijos y ¿por qué no? del apoyo de mi marido. Qué hubiera hecho sin los consejos y orientaciones de mi mamá me decía: “cuidate, no hagas mal las cosas, no robes, atiende bien a la gente, porque se habla muy mal de los políticos”. Así que en mi familia todos me apoyan, les da mucho gusto que estoy sobresaliendo, que todo mundo me conoce. Yo veo que las mujeres aquí en Cuautla, no por menospreciar, pero yo siempre he estado activa en la política, y muchas han sido un rato, salen, se van y yo siempre he estado activa en la política como dirigente.

Las nietas: Laura y Ana, historias paralelas

Laura y Ana son dos mujeres que han trazado sus vidas en direcciones distintas, no comparten el mismo lugar de origen, no asistieron a los mismos colegios, no crecieron en el mismo entorno, ni siquiera

se conocen; pero ambas tienen una historia que contar, Laura y Ana pertenecen a la generación de las nietas.

“Mi infancia no fue como la del resto de los niños”, señaló Laura Reyes,¹⁵ una mujer que al mirar atrás en busca de los primeros recuerdos, evocó imágenes y sensaciones de momentos cuidadosamente guardados en su memoria.

Amarga, no es la palabra que definiría su niñez, pero complicada y dura sí, son términos que vienen a su mente cuando trata de pensar en la primera etapa de su vida.

Con tan sólo cuatro años de edad, Laura vio partir a sus padres hacia Estados Unidos, y a su hermanito a la casa de la abuela materna. A ella la dejaron bajo el estricto cuidado de sus abuelos paternos y la difícil tarea de convivir con sus tíos. Ser la única mujer en medio de tantos hombres, con tareas domésticas excesivas para su edad y una educación severa acompañada de castigos o “nalgadas” (atribuida por Laura al origen de sus abuelos, un par de ancianos oriundos de un pequeño pueblo de Guerrero), le hizo envidiar la situación de su hermano, una vida llena de comodidades y “apapachos” por ser el nieto consensado en la casa de la abuela materna.

Los problemas económicos que obligaron a los padres de Laura a trasladarse al vecino país del norte, no se solucionaron, sin embargo, se presentó la oportunidad de regresar por sus hijos para llevarlos consigo a vivir en la ciudad de Los Ángeles, California. Laura ingresó a un kinder donde pudo aprender a comunicarse en inglés y jugar con niños de su edad. En el barrio había pequeñitos puertorriqueños y afro-americanos, en su mayoría, con costumbres muy diferentes a las suyas.

Cuando el reloj marcaba las diez de la mañana, Laura se encargaba de ayudar a las maestras para que los niños más pequeños descansaran, a dos o tres les “hacía piojito” hasta que se quedaban profundamente dormidos. Al cabo de su ardua labor, Laura también tomaba su siesta.

Fuera de la escuela, Laura y su hermano tenían que permanecer en casa con una señora que, contratada por su madre para vigilarlos, los maltrataba encerrándolos en un cuarto o mandándolos a dormir al suelo en un tapete, mientras ella se acostaba en la cama con su mari-

^{15 70} Entrevista realizada el 14 junio de 1999 en la casa de la informante, Cuautla, Mor., por Luz Marina Ibarra Uribe.

do. Aunque estaban con sus papás, la vida en Estados Unidos no fue nada agradable, al maltrato se sumaban las frecuentes enfermedades.

Cuando Laura pudo regresar a la ciudad de Cuautla, tras su amarga experiencia en Estados Unidos, comenzó una nueva vida, no menos estricta y acelerada para su edad. Casi inmediatamente, su madre abrió una papelería que todos habrían de cuidar; por las mañanas, Laura y su hermano se dirigían solos a la escuela Narciso Mendoza y por las tardes, mientras su mamá salía a comer o a descansar, se hacían cargo de la caja, pues desde pequeños sus padres les enseñaron a manejar el dinero. El día no terminaba ahí, cuando caía la noche, Laura debía hacer la tarea y preparar los uniformes para la mañana siguiente.

“Nosotros ni lavábamos, estábamos chicas, apenas nos íbamos a jugar al agua, o a atrapar pececitos, a jugar y nos llevaban en la camioneta de mi abuelo.” La infancia de Ana Gutiérrez¹⁶ transcurrió entre juegos y diabluras; responsabilidades y quehaceres no fueron precisamente sus palabras preferidas.

A diferencia de Laura, Ana vivió una niñez marcada por sus travesuras y rebeldías cotidianas. Las tareas del hogar rara vez le fueron asignadas; trabajar en el campo para apoyar a sus padres nunca fue necesario. Ana no tuvo que abandonar la rutina diaria de asistir al colegio y observar todos los días las caras y los lugares conocidos. No sufrió los estragos de un matrimonio en conflicto.

¿Paseos, diversión, entretenimientos? Las distracciones para Laura y Ana estuvieron vetadas, aunque no en el mismo sentido. Laura creció en Cuautla, ciudad que desde su pueblo Ana soñaba con visitar simplemente por salir de la monotonía, para tomar un helado o jugar en el parque, sin embargo, no siempre podía escaparse o inventar una tarea escolar para trasladarse de Atlatlahucan a Cuautla. Y Laura, por su parte, no podía abandonar el negocio o desatender sus obligaciones por salir a divertirse. En esta situación se encontraba Laura, la mala relación con su padre siempre impidió que la familia disfrutara de unas vacaciones tranquilas.

La situación de Laura y Ana respecto a la relación con sus padres vuelve a ser un punto de coincidencia, ambas se identifican más

¹⁶ Entrevista realizada el 19 de abril de 1999 en la casa de la informante, Atlatlahucan, Morelos, por Luz Marina Ibarra Uribe.

con sus madres y tienden a alejarse, e incluso, guardan cierto rencor hacia sus padres.

La imagen paterna se vio opacada por la tenacidad e independencia de las madres, mujeres que rompieron esquemas tradicionales y formaron a sus hijas de manera diferente. Mientras Ana y Laura identifican a sus padres por haber sido agresivos; reconocen y explican la diferencia entre el carácter de sus padres en la educación que recibieron. Consideran que comunicarse con sus padres se volvió una misión imposible por haber sido educados a “gritos y sombrerazos”; en cambio, sus madres, con mayor escolaridad, aunque también estrictas, les enseñaron a discutir y negociar los problemas, y permitieron establecer buenos lazos de comunicación que con el tiempo se transformaron en confianza. En sus madres encontraron el apoyo para seguir estudiando y el impulso para romper barreras.

Si bien pertenecen a ambientes distintos, Laura y Ana reconocen que su entorno es muy diferente al que vivieron sus padres y abuelos. Tal vez la comunidad semiurbana de Atlatlahucan, donde nació Ana, es la que presenta los cambios más notorios, porque fue testigo de la acelerada transformación y la modernización tecnológica de los últimos años. El Atlatlahucan de Ana cuenta con luz eléctrica que poco a poco se ha ido extendiendo hasta la salida del pueblo. Aunque escaso, ya hay servicio telefónico en las casas. Las calles convergen entre rústicos empedrados y largas avenidas pavimentadas. Algunas casas están bardeadas, pero en otras quedan las evidencias de los tecorrales que recuerdan la vieja usanza. Ya ni siquiera los campos están divididos por esas piedras superpuestas; las piedras desaparecieron para dar paso a caminos marcados por pequeñas bardas.

Por comodidad, la familia de Ana dejó de cocinar con petróleo o leña para cocinar con gas, y sustituyó las tortillas de mano por las de máquina, aunque todavía se ve mucha gente en el pueblo que se dirige al campo a buscar leña y se distinguen hileras de humo que salen de las casas cuando están haciendo la comida o “echando” las tortillas.

Aunque ya llegaba agua a las casas, los abuelitos y tíos de Ana acostumbraban lavar en las aguas claras y limpias de Cocoyoc y Oaxtepec. Asistir se convertía en todo un acontecimiento familiar, los niños nadaban y jugaban a atrapar pececitos. Ana acepta con tristeza

que ya no es posible visitar el río; el agua que corre es escasa y ha dejado de ser transparente.

Sin la intención de ir a trabajar, Ana acompañaba a su padre al campo. Mientras los adultos sembraban, ella y sus hermanos se divertían jugando en la arena y cortando ciruelas. Nunca se le pidió recoger la cosecha, pero a sus hermanos les tocó ir algunas veces. Espera jamás tener que hacerlo, pues es muy pesado y a ella “sembrar le da mucha flojera”.

A través del tiempo, en el pequeño pueblo de Ana se han multiplicado las casas y negocios, y las principales construcciones se han modificado o cambiado de lugar, tal es el caso de las iglesias y el palacio municipal. “La presidencia no estaba, no sé ni donde estaba, pero ahí no estaba,” comenta Ana cuando trata de recordar dónde estaba tal edificio, símbolo o estandarte de los movimientos políticos y religiosos del pueblo. Según el partido en el poder, se ubicaba en distintos lugares, como si quisiesen encarnar en la construcción, la distinción entre una y otra fuerza política.

Al terminar la telesecundaria, Ana se fue a estudiar a la capital del país, le parecía que había llegado a otro mundo, que la vida se regía al son de otro ritmo. Ana se sintió libre y se acopló rápidamente a la prisa de la ciudad, como el resto de la gente, aprendió a moverse, salía con amigos a tomar un café, a bailar o hacer “diabluras”, que por la cercanía con su madre, jamás se hubiera atrevido a hacer o lo habría evitado por miedo a los castigos o reproches. Salir de su pueblo y compararlo con Cuautla o la Ciudad de México, le permitió ver desde otra perspectiva, Ana considera que esa etapa de su vida le enseñó a ser más responsable de sí misma y a ver su realidad de manera distinta, a detectar los diferentes moldes que la sociedad tiene preparados para sus integrantes, según al grupo social o de edad al que se pertenezca.

Por su parte, Laura experimentó sentimientos similares cuando al igual que Ana se desplazó a la ciudad de México para estudiar. La generación de Laura y Ana tuvo la posibilidad de escoger dónde continuar sus estudios, ya sea dentro o fuera de su localidad.

Laura siempre quiso estudiar en escuelas privadas. A pesar de sus sueños frustrados, considera que aprovechó al máximo su formación escolar. Cuando su mamá buscaba “palancas” para inscribirla en la Escuela Secundaria Federal Cuitláhuac, y luego para la Preparatoria

Cuautla, lo hacía pensando en que las escuelas federales tenían mayor prestigio; no obstante, Laura conserva muy malos recuerdos del ambiente hostil y difícil que vivió por ser la “típica presumida” en medio de muchachos más despiertos y aventados, acostumbrados a fumar, tomar e “irse de pinta”.

Ana y Laura iniciaron sus estudios de secundaria y preparatoria, respectivamente, en la década de los ochenta, denominada como la “década perdida” en el desarrollo social de toda Latinoamérica. No obstante la inercia generada por un caduco modelo de desarrollo estabilizador y las políticas educativas de los regímenes priistas de 1970 a 1982, éstas, entre otros factores, permitieron que en México continuara la expansión en la cobertura del servicio educativo en la educación primaria, pero no en la misma proporción en la educación pos-primaria en las localidades pequeñas del interior de la República. Por ello, las madres de Laura y Ana se vieron en la necesidad de intervenir y mover sus “influencias” a fin de garantizar el futuro educativo de sus hijas.

Al concluir la preparatoria, Laura emprendió el viaje hacia la Ciudad de México, sin estar muy convencida de lo que quería estudiar, pero con la idea muy clara de alejarse de su casa. Aconsejada por una amiga, nuevamente, gracias a la intervención de su madre, se inscribió en la carrera de Relaciones Internacionales en la Universidad Femenina de México.

Aunque su estancia en la Ciudad de México no fue tan agradable como la de Ana, por su carácter introvertido y por llegar a vivir a una pensión de estrictas monjas, haber salido de su terruño también cambió la percepción que tenía de su lugar de origen, incluso rompió las relaciones con sus viejas amistades por diferencias irreconciliables en su manera de pensar.

Al cabo de un año, Laura y Ana regresaron a sus casas. Laura se hizo cargo del negocio familiar, mientras Ana retomaba sus estudios en el Colegio de Bachilleres en Cuautla.

Habían transcurrido sólo unos meses cuando Laura decidió que lo más conveniente era alejarse nuevamente de su casa, pues la relación entre sus padres se hacía cada vez más difícil. En esta ocasión emigró hacia Cuernavaca a estudiar un diplomado en lenguas.

Laura comenzó nuevamente el duro proceso de adaptación a otra ciudad, definitivamente más pequeña que la Ciudad de México, pero

al fin y al cabo en un ambiente distinto al que estaba acostumbrada, a su parecer mucho más “liberal”. Cuando por fin se encontraba estudiando la carrera idónea para ella y había conocido personas con intereses afines, los problemas entre sus padres la obligaron a volver. No sólo se hizo cargo de los negocios, sino también de cuidar y apoyar a su madre en uno de los momentos más difíciles de su vida, el abandono de su esposo.

Por su parte, Ana volvió a ser “hija de familia” hasta que en quinto semestre del bachillerato conoció al muchacho que al poco tiempo se convertiría en su esposo. Ni ella misma se explica cómo aceptó una responsabilidad tan grande, sin embargo, como sus amigas de la secundaria no habían seguido estudiando y se habían casado a los dieciséis o diecisiete años, su caso no resultaba nada extraño para los costumbres del pueblo.

En su casa, las reacciones de enojo no se hicieron esperar, su padre dejó de hablarle, su madre le pidió esperar hasta realizar una carrera y su abuela –siempre fuerte influencia en la educación de Ana y sus hermanos–, en esta ocasión, simplemente guardó silencio.

Muy decidida prometió a su madre que por ningún motivo se embarazaría antes de concluir sus estudios, y aunque su marido no ha estado de acuerdo, Ana ha cumplido su promesa y ya sólo le falta un semestre para terminar la licenciatura en Educación en la Normal Federal Cuautla.

Su vida de casada no ha sido fácil, pero sobre todo nada común. Su marido no creció en Atlatlahucan, pues su familia llegó de la Ciudad de México por prescripción médica y se quedó a vivir en el pueblo. Ana se sintió atraída por el joven ciudadano y sin pensarlo bien aceptó contraer nupcias con él.

Inicialmente, Ana se alejó de sus amigas y sus actividades de soltera por temor a disgustar a su marido. Cansada de permanecer en la casa, viendo como él se iba con sus amigos, comenzó a perder el miedo y volvió a salir con sus amigas a bailar y a divertirse. Ana no pide permiso, avisa, o de vez en cuando negocia con su esposo sus decisiones. Han aprendido a ponerse de acuerdo en aspectos como cuándo y cuántos hijos tener, así como a coordinarse en los quehaceres cotidianos para dar oportunidad a que Ana continúe estudiando.

Desde que se casaron se fueron a vivir con la suegra de Ana, a quien le pagan para que les prepare los alimentos; su marido come

con su mamá y Ana, después de la escuela, está en el domicilio de sus padres hasta que su marido la recoge para ir a dormir a la casa de la suegra. Ana, huraña a cumplir responsabilidades, se ha ido acostumbrando a ayudar en las labores del hogar, no como su suegra quisiera, pero su esposo ha dejado de actuar de intermediario y ya no hace caso a los reclamos de su madre.

Ana desearía que su pareja concluyera por lo menos la secundaria y que se interesara por leer y platicar con ella temas relativos a su carrera, pero resignada comprende que ella trata con niños y él con coches y láminas, es mecánico.

Pese a los reclamos de su suegra, Ana también se ha organizado para seguir estudiando y cumplir como esposa; es una mujer fuerte que supera cualquier obstáculo a fin de conseguir sus metas.

Laura también conoció al hombre con quien quería compartir el resto de su vida. Renunció a sus sueños de viajar a Inglaterra para perfeccionar el idioma y a cambio aceptó que su lugar y su futuro estaban en Cuautla, al lado de su madre, no tanto porque sufriera un desesperado “amor maternal”, como por la necesidad que siente de corresponderle todo el apoyo que ésta le ha brindado.

Hoy, Laura es madre de dos pequeñitos, esposa e hija. Ha retomado sus estudios, pues desea seguir el ejemplo de su madre, quien a últimas fechas se recibió de abogada. Tomó la decisión de quedarse a vivir en Cuautla, se casó y tuvo los hijos que entre su esposo y ella eligieron tener; así mismo, negoció la posibilidad de seguir estudiando y trabajando, mientras su madre y su marido cuidan de los niños.

Ana y Laura se identifican por ser poco participativas respecto a la destacada actuación de sus madres, y en el caso de Ana, también de su abuela Rosario; no obstante, representan a la generación de las nietas que ha ejercido su derecho a perfilar el camino que desean seguir.

RECAPITULACIÓN Y REFLEXIONES TRAS EL CAMINO ANDADO

Es necesario hacer una pausa para reflexionar acerca de las historias de algunas abuelas, madres y nietas del oriente de Morelos; mujeres que abrieron las puertas de sus mundos para dejarnos reconocer en ellos las redes que entretejen su cotidianidad, su identidad, sus valores, aspiraciones, miedos y deseos, a la par de los escenarios que las envuelven.

En el modo de vida entre una generación y otra, son evidentes las permanencias pero también las rupturas y las transiciones. En la investigación que dio origen a este libro, se pretendió describir, en el marco de las transformaciones sociales y políticas del estado de Morelos y del país, de 1930 a 1990, la manera en que la educación familiar y el acceso a la escuela cambió la forma de vivir, ver y pensar de las mujeres. La manera en que se modificó la identidad de género de dichas mujeres del oriente de Morelos, después de su experiencia de haber asistido a la escuela.

En el marco de la historia de la educación, el estudio de las mujeres en general y de las morelenses en particular, no ha sido una tarea sencilla, pues la información está dispersa, mutilada o desorganizada. Las políticas educativas mexicanas dirigidas a las mujeres presentan tanto vacíos en su atención como lagunas en su recuperación. La preocupación por documentar el ingreso, permanencia y egreso desde una perspectiva de género es más bien reciente y más aún cuando se trata de aspectos cualitativos como las prácticas escolares, la exclusión y la discriminación de las mujeres en el ámbito escolar.

El acercamiento a la problemática abordada en este trabajo, tuvo como propósito dar cuenta de los estudios sobre la evolución de la educación de las mujeres en una región del estado de Morelos, estudios que, además de escasos, se limitan, en el mejor de los casos, a reportar matrículas de ingreso y egreso. Dichos estudios proporcionan escasa información sobre la forma en que incide la educación escolarizada en la vida cotidiana de los sujetos, en su interacción y participación en los distintos grupos sociales en los que se desenvuelven quienes accedieron a ella. En esta investigación, mediante encuestas e historias de vida, se constató que el acceso de las mujeres a la educación les permitió abrirse mayores espacios de participación; tema escasamente desarrollado en los estudios de educación, desde la perspectiva regional, predominando los trabajos que privilegian una revisión macrosocial de la política educativa nacional.

Los estudios que han abordado el tema mujer y educación, en su gran mayoría lo tratan desde diversas perspectivas, entre las cuales podemos mencionar la económica, como posibilidad de acceso al mercado laboral, la influencia de la escolaridad sobre la reducción de la fecundidad, el diferir o retrasar la edad para casarse; así como la relación inversa: a mayor escolaridad de las madres de familia, menor mortalidad infantil y, además, un desarrollo más saludable de los hijos. La mayoría de los estudios apuntan más hacia los cambios dentro de las familias como consecuencia de la incorporación de la mujer al mercado laboral. Son escasos los estudios sobre las mujeres y su cotidianidad familiar, y los existentes abordan la problemática en contextos urbanos.

El enfoque regional establece una vía de comunicación entre lo nacional, lo regional y lo local, permite comprender procesos sociales que dentro de un espacio y un tiempo determinados cobran nuevas dimensiones. Las mujeres de tres generaciones del oriente de Morelos comparten ciertos valores, creencias y costumbres, al tiempo que el espectro de diferencias se despliega de abuelas a madres, de madres a hijas y de un escenario urbano a uno semirural.

Para varios autores, el tema de la escuela como canal de movilidad social es altamente cuestionado. Argumentan que los grupos más desfavorecidos no han logrado satisfacer las expectativas de ascenso social que la población había esperado. Si bien es cierto que la educación escolarizada puede ser un medio eficaz de control social, que por

ningún motivo garantiza hoy el ingreso al mercado laboral y sí aumenta la brecha de la desigualdad social, pues pone en cierta desventaja a los no escolarizados o con menores niveles de escolaridad respecto a los escolarizados para obtener empleos mejor remunerados y alcanzar cierta movilidad social y económica, en esta investigación se encontró que para muchas mujeres tanto de zonas urbanas como semiurbanas, la escuela ha significado no sólo la posibilidad de cambiar de una posición social a otra con una mejoría en ingreso, sino que ha significado y representado una mayor presencia y participación social activa en sus comunidades y, en consecuencia, el acceso a las posiciones de poder y prestigio social.

La expansión del sistema educativo en el ámbito nacional y estatal de 1930 a 1990 facilitó el acceso a la participación ciudadana de las mujeres morelenses. En las últimas dos décadas se ha incrementado la presencia de las mujeres en las escuelas, el fenómeno de la feminización de la matrícula en algunos tipos y niveles educativos es una realidad, sobre todo en contextos urbanos.

Si bien es cierto en el oriente de Morelos hay espacios de representación y gestión popular donde la presencia de las mujeres sigue siendo excepcional, como los de gobierno; no obstante, existen casos de mujeres que han ocupado cargos de representación política como el de presidenta municipal, secretaria del Ayuntamiento o el de regidora, y en un mayor número, las mujeres con cierta escolaridad han participado en las juntas y en los cargos de representación de las sociedades de padres de familia de las escuelas de sus hijos; además, han sido representantes sociales vecinales de su colonia (ayudantes municipales) y han ejercido en mayor proporción su derecho al voto.

A diferencia de estudios anteriores, que aseguran que la primaria es el nivel trascendente en la vida de las mujeres, en esta investigación se encontró que es el nivel de educación secundaria el que ha cambiado a las madres y a las nietas en cuanto a la manera de vivir en su familia, la forma de criar a los hijos y el control de la natalidad. Definitivamente, la vida de las mujeres es distinta después de haber asistido a la escuela y, en particular, después de haber terminado la secundaria. La asistencia a la escuela les da a las mujeres una capacidad de iniciativa distinta para enfrentar su mundo, su vida y su realidad cotidiana.

A pesar de haber logrado precisar estos cambios tan importantes en la vida de las mujeres que han podido asistir más años a la escuela, al analizar el caso de las mujeres del oriente del estado de Morelos se encontró que muchas mujeres se definen aún por ciertos rasgos identitarios que parecieran tradicionales. Esto se debe, según se puede deducir de la investigación desarrollada, a que: algunas no tienen recursos económicos para delegar a terceras personas los quehaceres de la casa y la crianza de los hijos; o en determinados casos, las mujeres manifiestan un sentimiento de culpa por delegar esas tareas, y por último, incluso siendo mujeres escolarizadas que trabajan y están totalmente conscientes del valor de su trabajo, prefieren seguir siendo las responsables de su hogar, pero como un acto de voluntad, una decisión propia conscientemente tomada.

Si bien la vida de una mujer cambia siempre con la presencia de los hijos, encontramos que estos cambios difieren según la generación a la que se pertenece y el nivel de escolaridad alcanzado. Las mujeres con secundaria completa, cuando se casan o nacen sus hijos, deciden vivir en una casa aparte, forman familias nucleares. Parece ser que esto se debe a que en una familia nuclear hay mayores posibilidades de ejercer el valor de la autonomía, por ejemplo, al educar y cuidar a sus hijos o distribuir el ingreso. En la familia extensa, por su parte, generalmente se organizan en torno a la autoridad de los abuelos, mientras que la educación de los hijos recae en los hombres y las mujeres del grupo doméstico. Las actividades del hogar y el cuidado de los hijos también son compartidos por las mujeres del grupo. En suma, las nietas, con mayores niveles de escolaridad que abuelas y madres, forman familias nucleares, donde la organización para el trabajo, las pautas de socialización y los valores difieren de las familias extensas en las que vivieron las abuelas.

Tanto en la comunidad urbana –Cuautla– como en la semiurbana –Atlatlahucan–, el mayor acceso a una educación escolarizada ha significado cambios en la participación cotidiana de las mujeres en la familia: la posibilidad de compartir con su pareja la crianza de los hijos, trabajar fuera del hogar y una mayor libertad y participación en la toma de decisiones.

Las mujeres escolarizadas del oriente de Morelos dedican más horas a sus hijos, revisan sus tareas, les imponen reglas y explican por qué les prohíben ciertas cosas, además asisten regularmente a las jun-

tas escolares. Las mujeres con mayor escolaridad negocian con sus parejas la crianza de sus hijos, juntos deciden a qué escuela inscribirlos, acuerdan los castigos y las tareas que se les van a asignar. De igual forma, estas mujeres escolarizadas organizan su tiempo para platicar con sus hijos y con su pareja; aceptan aunque sea temporalmente hacer cambios en su vida mientras van a la escuela, por ejemplo, dejar de trabajar fuera del hogar (aunque en las zonas semiurbanas estos cambios se prolongan hasta que consigue un empleo). Se atreven a emprender negocios o a participar en su comunidad aunque ninguna mujer lo haya hecho antes.

En Atlatlahucan, en particular, se observa un cambio generacional muy importante en la edad en la que contraen matrimonio: mientras la mayoría de las abuelas se casaron cuando aún no habían cumplido los 15 años, algunas nietas llegan a casarse de más de 23 años. Indudablemente, el destino de las abuelas era casarse y esto cobraba fuerza en comunidades rurales. Además, en el estado de Morelos abundan los testimonios de mujeres que fueron “robadas” por sus maridos o no se les pedía opinión para casarse, en bodas “arregladas” por los padres. Es posible que la escuela esté dando herramientas a las mujeres para argumentar a sus padres con quién y cuándo desean casarse. O bien, la escuela permite a las mujeres jóvenes ser más autónomas. Las mujeres jóvenes del oriente de Morelos no renuncian a casarse, ni a la maternidad ni a su derecho de cuidar a los hijos; simplemente deciden cuándo, con quién y cómo hacerlo.

Después de analizar los rasgos que adquiere la identidad de género de las mujeres de tres generaciones tras su paso por la escuela, se encontraron grandes cambios entre nietas y abuelas; resaltan mayores rupturas en la generación de las madres en aspectos como el desempeño diario de las labores del hogar, el reconocimiento de compartir la responsabilidad económica con su esposo y la participación en la comunidad.

Las mujeres del oriente de Morelos fueron formadas en valores con contenidos similares entre una generación y otra. No obstante, la generación de las nietas fue educada en la escuela a la luz de ciertos valores que no fueron reforzados en la familia y viceversa; y éstos no son necesariamente los mismos que sus madres y abuelas aprendieron.

Aunque se pudieron detectar permanencias en la transmisión de ciertos valores, por ejemplo: si una nieta aprendió el valor del respeto

a los mayores, ella enseña a sus hijos a ser respetuosos con los adultos, y con notable énfasis dependiendo de la escolaridad; a mayor escolaridad parece fomentarse más el valor del respeto —esquema que parece repetirse en los valores de diversidad, solidaridad e igualdad de género. También fueron evidentes los cambios en algunos otros valores; la generación de las abuelas vivió en familias autoritarias y patriarcales bajo la supervisión del padre y los tíos paternos, quienes podían “aconsejar” al hermano sobre la mejor forma de educar a los hijos. Por el contrario, las nietas, aunque crecieron en familias menos autoritarias, creen que sus padres las tomaban poco en cuenta, y por ello, al formar su hogar intentan ser más abiertas y fomentan la toma de decisiones entre todos los integrantes de la familia.

Según los resultados de las encuestas aplicadas, las nietas aprendieron a reconocer los valores de autonomía e identidad nacional después de su experiencia de haber ido a la escuela, pues aparentemente en la familia no se les inculcó. Por tanto, este fenómeno podría constituir una veta interesante para explotar en futuros trabajos de investigación.

Al parecer, entre las familias del oriente de Morelos hay un consenso en el contenido de algunos valores morales. Las mujeres de las tres generaciones comparten la idea de que una hija no debe ser madre soltera y que ningún integrante de la familia debe tener hijos fuera del matrimonio. Sigue siendo muy importante que los hijos estén reconocidos y sean formados dentro de familias en su concepción más tradicional. No obstante, empieza a gestarse y a percibirse un cambio generacional sustancial, las nietas tienden a ser ya más permisivas y manifiestan no tener inconveniente en que sus hijos no se casen o que tengan hijos fuera de matrimonio.

Igualmente, se observó un cambio importante en la forma de concebir el valor de la resolución pacífica de los conflictos. Las madres y las nietas han aprendido a dialogar y negociar con su pareja las decisiones más trascendentales de la familia; por ejemplo, cambiar de ocupación económica para proveer de mejores condiciones materiales a los hijos y su proceso educativo escolarizado, por ejemplo, abandonar el magisterio para dedicarse al comercio.

Los valores detectados en las familias morelenses y aquellos que las escuelas promueven están relacionados, existe una correspondencia. Los valores significativamente representativos en la escuela, regularmente coinciden con los valores transmitidos en el hogar.

Las mujeres de las tres generaciones reconocen que en la escuela fueron formadas en los valores de solidaridad, democracia y resolución pacífica de los conflictos. No obstante, a la generación de las nietas se le inculcó con mayor énfasis; seguramente fue a esta generación a la que más le impactaron los cambios culturales de la década de los setenta. Además, la información recabada permite constatar que en el oriente de Morelos la escuela ha cumplido con una de sus principales funciones: exaltar el sentimiento nacionalista.

La influencia de la escolaridad sobre la participación ciudadana se hizo evidente en la intervención y participación de las mujeres en la escuela a la que asisten sus hijos y en la colonia donde residen. El análisis mostró que existen relaciones significativas entre escolaridad y la asistencia a las juntas escolares o las vecinales de la colonia donde viven, así como entre el nivel de escolaridad y el alcanzar posiciones en las estructuras de las sociedades de padres de familia de las escuelas de sus hijos.

Se observó que las nietas han ocupado el cargo de presidenta de la Sociedad de Padres de Familia más que sus madres y sus abuelas. Sin embargo, se encontraron dos fenómenos, mujeres sin escolaridad que participan en dicha organización, y mujeres escolarizadas que desempeñan una actividad económicamente remunerada y que no tienen tiempo de ocupar un cargo de elección en la escuela de sus hijos o en su comunidad. Esto significa que la influencia de la escolaridad en la participación ciudadana es más compleja de lo que hasta ahora se ha dicho, pues la incorporación de las mujeres a la vida productiva debido a las exigencias y demandas económicas, influye de manera importante también en la decisión de participar en la comunidad o de ocupar un cargo de elección. Se requiere de más investigación en este terreno.

En el caso de la participación de las mujeres como presidentas de las sociedades de padres de familia, las mujeres de Atlatlahucan participan un poco más que las de Cuautla. Si los cargos son por elección, podríamos suponer que hay cierto grado de reconocimiento social, considerando además que Atlatlahucan es una comunidad más pequeña en donde es posible obtener ese reconocimiento por las relaciones sociales y de parentesco.

Las mujeres de las tres generaciones, sin importar su escolaridad, parecen estar más pendientes de la situación de sus hijos en la escuela

que los papás. No obstante, la generación de las madres, en general, es la más participativa. En la comunidad semiurbana este fenómeno posiblemente tiene que ver con la influencia que tuvieron sobre ellas sus madres, durante los conflictos religiosos de las décadas de los setenta y ochenta, seguramente se politizaron y por ello son más conscientes de su poder de organización.

En Atlatlahucan, el impacto de la escolaridad en la participación ciudadana se observó también en la asistencia de las mujeres a las reuniones de la iglesia y a su ejercicio en los procesos electorales municipales, estatales y federales. Es posible que las mujeres de la generación de las nietas, aunque no se involucraron en los asuntos religiosos detonantes de la participación colectiva en la localidad, tuvieron una gran influencia de sus madres y abuelas. Posteriormente, ellas decidieron participar ejerciendo su derecho al voto o mejorando la educación de sus hijos. A partir de la década de los noventa, cuando el movimiento religioso perdió fuerza, dio paso a una acción combativa relacionada con la demanda o mejora de servicios públicos; así como de vigilancia de la legalidad en los procesos electorales. Acciones donde participan las mujeres de las tres generaciones.

A través de esta investigación, se puso al descubierto la densa trama de significados en la vida de las mujeres y en sus roles de ser, madre, esposa y participantes en la vida cívica. La narrativa permitió acercarnos a las historias de tres generaciones de mujeres de manera distinta. Sus voces y sentimientos en defensa de sus deseos de estudiar, trabajar y participar en cargos de representación y gestión popular, sin dejar de lado su papel de esposas y madres, cobraron sentido.

Estas mujeres que se atrevieron a vivir de manera diferente y se resistieron a repetir ciertos esquemas tradicionales, son fuertes y se caracterizan por su capacidad de ejercer liderazgo, complementado por toda una serie de redes de parentesco, clientelismo político y compadrazgo. Sus madres desempeñaron una fuerte influencia en la toma de algunas decisiones, como el apoyo para que las mujeres continuaran estudiando, mientras que sus padres las motivaron para participar activamente en su comunidad. Aunque al principio lo hacen por intervención de sus padres, lograron conseguir un reconocimiento por sus acciones en la resolución de distintos problemas de su localidad. En la narrativa se pudo evidenciar que las mujeres del oriente del estado de Morelos actuaron en el interior de su sociedad no como objetos,

sino como sujetos, con cierto grado de control. Se descubrieron mujeres que lejos de ser “pobres mujeres explotadas y disminuidas”, son decididas y negociadoras, tema poco explorado que requiere de una mayor atención para recuperar y reconstruir la historia social de las mujeres y su participación.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguayo Quezada, Sergio (2007), *El almanaque mexicano 2008*, México, Aguilar.
- Aguilar Hernández, Citlali y Etelvina Sandoval Flores (1994), “Ser mujer-ser maestra. Autovaloración profesional y participación sindical”, en Vania Salles y Elsie Mc Phail (coords.), *Textos y pretextos, once estudios sobre la mujer*, México, El Colegio de México, pp. 117-166.
- Aguilar Medina, José Iñigo y María Sara Molinari Soriano (2008), *La familia urbana. Continuidad y cambio generacional*, México, INAH.
- Álvarez Masso, Lucía (1997), “Las campesinas mexicanas en las actividades agropecuarias”, en María Luisa González M. (coord.), *Mitos y realidades del mundo laboral y familiar de las mujeres mexicanas*, México, Siglo XXI, pp. 139-157.
- Amorós, Celia (1985), *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos.
- Archenti, Nelida, *Mujeres y política en América Latina*, Argentina, Heliasta, 2008.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (coords.) (2004), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, UNAM.
- Barrera Bassols, Dalia (1998), “Mujeres que gobiernan municipios: un perfil”, en Dalia Barrera B. y Alejandra Massolo (coords.), *Mujeres que gobiernan municipios*, México, El Colegio de México, pp. 91-112.

- (comp.) (2000), *Mujeres, ciudadanía y poder*, México, El Colegio de México.
- Barrera Bassols, Dalia y Alejandra Massolo (comps.) (2003), *El municipio. Un reto para la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres*, México, Instituto Nacional de las Mujeres.
- Barnet, Miguel (1970), *La canción de Rachel*, Barcelona, Estela.
- Bolos, Silvia (coord.) (2008), *Mujeres y espacio público: construcción y ejercicio de la ciudadanía*, México, Universidad Iberoamericana.
- Caballero *et al.* (2009), “La Escuela Normal Urbana Federal Cuautla”, en Arredondo Adelina, *Historias de normales. Memorias de maestros*, México, Juan Pablos/Universidad Autónoma del Estado Morelos/ Universidad Pedagógica Nacional-Morelos.
- Cardaci, D. (2004), *Salud, género y programas de estudios de la mujer en México*, México, UNAM-UAM.
- (enero-abril, 1996), “La construcción de la ciudadanía. El sufragio femenino según los presidentes Lázaro Cárdenas y Adolfo Ruiz Cortines”, en *Acta Sociológica*, núm. 16, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, pp. 149-174.
- Collignon, María Martha (coord.) (2010), *La vida amorosa, sexual y familiar en México. Herencias, discursos y prácticas*, México, ITESO-Universidad Iberoamericana.
- Cortina, Regina (2001), “Prioridades globales y predicamentos locales en la educación”, en Regina Cortina y Nelly P. Stromquist (coords.), *Promoviendo la educación de mujeres y niñas en América Latina*, México, Pax, pp. 193-206.
- Chávez, Julia del Carmen (2008), *Género y ciudadanía*, México, UNAM-Plaza y Valdes.
- De Lauretis, Teresa (1986), “Feminist Studies/Critical Studies, Terms and Context”, en T. De Lauretis (ed.), *Feminist Studies/Critical Studies*, Bloomington, Indiana University Press.
- Dewey, John (1967), *El niño y el programa escolar. Mi credo pedagógico*, Buenos Aires, Losada.
- Diccionario enciclopédico Salvat Alfa*, México, Salvat Editores, 1989.
- Elizondo Mayer-Serra, Norma (1984), *Las relaciones de poder en Atlatlalhuacan, Morelos*, tesis de licenciatura de la UAM-Iztapalapa, México.

- Escalante Ferrer, Ana Esther y Luz Marina Ibarra Uribe (2006), “Los líderes comunitarios en el estado de Morelos”, en *Contextos en la investigación de las ciencias sociales y administrativas*, México, UAEM, pp. 105-129.
- (2004), “El oriente del estado de Morelos: formas de asumir los procesos electorales”, en Medardo Tapia Uribe y Morgan Quero (coords.), en *Los rituales del cambio. Transformaciones del régimen y cultura política en Morelos*, México, CRIM-UNAM.
- Esteinou, Rosario (2008), *La familia nuclear en México*, México, CIESAS-Porrúa.
- Fernández Christlieb, Paulina (1995), “Participación política de la mujer en México”, en Anna M. Fernández Poncela (comp.), *Participación política. Las mujeres en México al final del milenio*, México, El Colegio de México, pp. 85-96.
- Fernández Poncela, Anna M. (1995), “Participación social y política de las mujeres en México: un estado de la cuestión”, en *id.* (comp.), *Participación política. Las mujeres en México al final del milenio*, México, El Colegio de México, pp. 23-84.
- (1999), *Mujeres en la élite política: testimonio y cifras*, México, UAM-Xochimilco.
- (2003), *La política, la sociedad y las mujeres*, México, Instituto Nacional de las Mujeres-UAM-X.
- Franco Solís, Guillermo A. (2006), *¡Que se estén quietecitos! Movimientos sociales en el oriente de Morelos*, México, La Rana del Sur.
- Galván, Luz Elena (1985), *La educación superior de la mujer en México, 1876-1940*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata núm. 109).
- (1996), “La historia regional de la educación y la vida cotidiana. Una historia en construcción”, en *Primeras jornadas multidisciplinarias. Alternativas de los sujetos y las regiones a la educación y a las culturas nacionales*, Cuernavaca.
- y Susana Quintanilla (1993), *Historiografía de la educación*, México, COMIE (Colección Estados de Conocimiento, núm. 28).
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2006), *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*, México, El Colegio de México.

- García, María Ileana (coord.) (2004), *Mujeres y sociedad en el México contemporáneo: nombrar lo innombrable*, México, ITESM-Porrúa.
- García Salord, Susana y Liliana Vanella (1996), *Normas y valores en el salón de clases*, México, Siglo XXI.
- García Velazco, Guadalupe (s/f), *Son mis mejores soldados...testimonios de mujeres jaramillistas*, Cuernavaca, Escuelas Campesinas “Revolución del Sur”.
- Giménez, Gilberto (2007), *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, México, Conaculta.
- (2002), “Paradigmas de identidad”, en Aquiles Chihu Amparán (coord.), *Sociología de identidad*, México, UAM-I, pp. 35-62.
- Gobierno del Estado de Morelos, *Primer Informe de Gobierno del C. Coronel Elpidio Perdomo ante la XXVII Legislatura Local*, mayo de 1938 y 1939.
- , *Segundo Informe de Gobierno del C. Coronel Elpidio Perdomo ante la XXVII Legislatura Local*, mayo de 1939 y 1940.
- , *Sexto Informe de Gobierno del C. Norberto López Avelar ante la XXVII Legislatura Local*, mayo, 1964.
- , *Tercer Informe del C. Coronel Elpidio Perdomo, Gobernador Constitucional del Estado de Morelos a la XXVIII Legislatura*, Cuernavaca, Mor, 1941, s/p capítulo de Educación Pública.
- González, María Luisa (2008), *Límites y desigualdades en el empoderamiento de las mujeres en el PAN, el PRI y el PRD*, México, Porrúa.
- González, Soledad (1994), “Intergenerational and Gender Relations in the Transition from Peasant Economy to a Diversified Economy”, en *Women of the Mexican Countryside, 1850-1990*, Tucson, Arizona USA, The University of Arizona Press, .
- González, Villarreal Roberto y Ricardo Amann Escobar (2002), “Amilcingo: los desafíos de la tradición”, en Adelina Arredondo (coord.), *Historias de normales. Memorias de maestros*, México, Juan Pablos, UAEM, UPN-Morelos, pp. 63-109.
- Heller, Agner (1972), *Historia y vida cotidiana*, Barcelona, Grijalbo.
- (1977), *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Anagrama.
- Hernández Chávez (2002), Alicia. *Breve historia de Morelos*, México, FCE y El Colegio de México.

- INEGI, *Censo de Población y Vivienda 2010*. Resultados definitivos, <<http://www.inegi.org.mx>>, consultado el 12 de marzo del 2011.
- , *Los jóvenes en Morelos, México, 2009*. <<http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/estudios/sociodemografico/jovenesm/poentidad2007/joven_morelos.pdf>, consultado el 10 de marzo del 2011.
- , *Conteo de población y vivienda 2005*, México, <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/ccpv/cpv2005/default.aspx>>, consultado el 13 de febrero del 2011.
- , *Censo de Población y Vivienda 2000*. Resultados definitivos, <<http://www.inegi.org.mx>>, consultado el 13 de febrero del 2011.
- , *Anuario Estadístico del Estado de Morelos 1999*, México, INEGI, 1999, pp. 215-222.
- , *Cuaderno Estadístico del Sector Educativo 97-98*, INEGI, Gobierno del Estado de Morelos, Morelos, Secretaría de Bienestar Social, 1999, págs. 68-70.
- , *Estadísticas Históricas de México*, 3ª ed., México, INEGI, 1994.
- , *Morelos. Cuaderno de Información para la planeación*, México, INEGI, 1990.
- , *Morelos, resultados definitivos. Datos por localidad (integración territorial) XI Censo General de Población y Vivienda 1990*, Aguascalientes, INEGI, 1991.
- Jelin, Elizabeth (1987), “Ciudadanía e identidad. Una reflexión final”, en Elizabeth Jelin (coord.), *Ciudadanía e identidad. Las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*, Ginebra, ONU, pp. 313-349.
- Knight, Alan (1995), “Continuidades históricas en los movimientos sociales”, en Jane-Dale Lloyd y Laura Pérez Rosales (coords.), *Paisajes rebeldes. Una larga noche de rebelión indígena*, México, Universidad Iberoamericana (Serie Historia y Grafía), pp. 13-52.
- Lamas, Marta (coord.) (2007), *Miradas feministas sobre las mexicanas del siglo XX*, México, FCE-Conaculta.
- Latapí, Pablo (1980), *Política educativa y valores nacionales*, México, Nueva Imagen.
- , “Valores y educación”. Conferencia impartida en el Ciclo de Conferencias Magistrales, Cátedra Fin de Milenio, dictada el

- 23 de octubre del 2000 en la Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Lau Jaiven, Ana (1994), “La historia oral: una alternativa para estudiar a las mujeres”, en Graciela de Garay (coord.), *La historia con micrófono*, México, Instituto Mora, pp. 90-101.
- Lenin, Vladimir Ilich (1970), *La emancipación de la mujer*, México, Grijalbo.
- Lerner, Susana y Lucía Melgar (coords.) (2010), *Familias en el siglo XXI: realidades diversas y políticas públicas*, México, UNAM-El Colegio de México.
- López Figueroa, Yolanda (1998), *Educando para ser mujer: la filosofía educativa en Puerto Rico y México su efecto en la construcción del Género 1900-1930*, tesis de doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, México.
- López González, Valentín (1995), *La mujer morelense en la política*, Morelos, Gobierno del Estado de Morelos.
- López, Pérez, Oresta (2001), *Alfabeto y enseñanza domésticas: El arte de ser maestra rural en el Valle del Mezquital*, México, CIESAS.
- Luna Arroyo, Antonio (1936), *La mujer en la lucha social*, México, Talleres Gráficos de la Nación.
- Martínez Assad, Carlos, “Los estudios regionales y su impacto en las ciencias sociales”, en *id.* (coord.) (1990), *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, CIIH-UNAM-Porrúa.
- Massolo, Alejandra (1992), *Por amor y coraje, mujeres en movimientos urbanos de la ciudad de México*, México, Colegio de México.
- (septiembre-diciembre, 1999), “Defender y cambiar la vida. Mujeres en movimientos populares urbanos”, en *Revista Cuicuilco*, nueva época, vol. 6, núm. 17, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, pp. 13-23.
- Merino, Mauricio (1997), *La participación ciudadana en la democracia*, México, Instituto Federal Electoral.
- Meneses, Morales Ernesto (1991), *Tendencias educativas oficiales en México 1964-1976*, México, CEE-Universidad Iberoamericana.
- Muñiz, Elsa (1994), *El enigma de ser mujer*, México, UAM-Azcapotzalco.
- Orozco Valle, Jesús (1999), “Mario Olea Martini, jefe de la Policía Judicial”, en José Francisco Sánchez Morfín (coord.), *La Cuerna-*

- vaca de ayer*, Cuernavaca, Honorable Ayuntamiento 1997-2000/ Letras Diseño Gráfico.
- Ortega y Gasset, *Revista de Occidente*, vol. 1-53, núm. 1-157, julio 1923-julio 1936, Madrid, vol. 53, 1936, pp. 20-35.
- Pellicer de Brody, Olga y José Luis Reyna (1988), *Historia de la Revolución Mexicana 1952-1960. El afianzamiento de la estabilidad*, México, El Colegio de México.
- Peña, Guillermo de la (1980), *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos*, México, Ediciones de la Casa Chata.
- Periódico Oficial del Estado de Morelos*, “Ley de Educación Pública del estado de Morelos”, Cuernavaca, Mor., 29 de marzo de 1931.
- Periódico Sol de Cuautla*, Cuautla, Morelos, 11 de julio de 1982.
- Reyes, Yolanda de los (1983), *La desigualdad educativa de la mujer: el caso de México*, Panamá, UNESCO.
- Riquer Fernández, Florinda (1992), “La identidad femenina en la frontera entre la conciencia y la interacción social”, en María Luisa Tarrés (comp.), *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa*, México, El Colegio de México, pp. 51-64.
- Ritchey, Ferris (2002), *Estadísticas para las ciencias sociales*, México, Mc Graw Hill.
- Robichaux, David (comp.) (2007), *Familias mexicanas en transición. Unas miradas antropológicas*, México, Universidad Iberoamericana.
- Rodríguez Hernández Francisco (1993), “El bienestar y los servicios públicos”, en David Moctezuma y Medardo Tapia (coords.), *Morelos el estado*, Cuernavaca, Letras consultores en Comunicación Visual/ Gobierno de Estado de Morelos, pp. 253-271.
- Salles, Vania, “Las familias, las culturas, las identidades” en José Manuel Valenzuela Arce (coord.) (2000), *Decadencia y auge de las identidades*, México, Colegio de la Frontera Norte/ Plaza y Valdés, pp. 249-288.
- Sanahuja Yll, Ma. Encarna (2002), *Cuerpos sexuados objetos y prehistoria*, Madrid.
- Sánchez, O. A. (2003), *La mujer mexicana en el umbral del siglo XXI*, México, UNAM.
- Sarmiento Silvia, Sergio (1997), *Morelos: sociedad, economía, política y cultura*, México, CIICH-UNAM.

- Sau Victoria (1976), *La suegra*, Barcelona, Ediciones 29.
- Scott, Joan W. (1996), “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Lamas Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Miguel Ángel Porrúa-PUEG-UNAM, pp. 265-302.
- Secretaría de Economía, *Séptimo Censo General de Población 6 de junio de 1950. Estado de Morelos*, México, Secretaría de Economía/Dirección General de Estadística.
- Secretaría de Industria y Comercio, *VII Censo General de Población-1960. Estado de Morelos*, México, Secretaría de Industria y Comercio/Dirección General de Estadística, 1963.
- , *IX Censo General de Población 1970*. Estado de Morelos, México, Secretaría de Industria y Comercio/Dirección General de Estadística, 1971.
- Serrat, Estela (2000), “Género, familia e identidad cultural. Orden simbólico e identidad femenina”, en José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades*, México, Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdés Editores, pp. 2231-2248.
- Sistema para el Análisis de la Estadística Educativa* (SISTESEPE) (2000), México, Subsecretaría de Planeación y Coordinación, SEP.
- Smith, Anthony (1997), *La identidad nacional*, Madrid, Trama Editorial.
- Solana, Fernando *et al.* (1981), *Historia de la educación Pública en México*, México, SEP-FCE.
- Stone, Lawrence (1986), *El pasado y el presente*, México, FCE.
- Tapia Uribe, Medardo (2001), *La autonomía y la responsabilidad en el desarrollo de los niños mexicanos*, Cuernavaca (manuscrito).
- (2001a), *La escuela en Morelos: herramienta para pensar, participar y trabajar*, Cuernavaca, CRIM-UNAM.
- (1994), *Mujer campesina y apropiación cultural*, Cuernavaca, CRIM-UNAM.
- y Luz Marina Ibarra (1993), “La reconstrucción, el surgimiento y la modernización; 1930-1992”, en David Moctezuma y Medardo Tapia (coords.), *Morelos el estado*, Cuernavaca, Letras consultores en Comunicación Visual/ Gobierno de Estado de Morelos, pp. 112-129.
- (1993), “El patrimonio educativo de Morelos”, en D. Moctezuma y M. Tapia (coords.), *Morelos el Estado*, Cuernavaca, Go-

- bierno del Estado de Morelos y Letras Consultores en Comunicación Visual, pp. 272-285.
- (1991), “La escolaridad de la mujer y la reproducción de la cultura en áreas rurales: vida cotidiana, salud familiar, comunicación y alfabetismo”, en M. Tapia (coord.), *Primeras Jornadas de investigación en el estado de Morelos*, Cuernavaca, CRIM-UNAM, pp. 263-278.
- (1988), *Women's schooling, fertility and child survival in a mexican village*, a thesis presented to the Faculty of the Graduate School of Education of Harvard University in Partial Fulfillment of the requirement for the Degree of Doctor of Education.
- Taracena Arriola, Arturo (primavera de 1999), “Región e historia”, en revista *Desacatos*, núm. 1, México, CIESAS, pp. 28-35.
- Tarkowska, Elzbieta (1994), “Diferenciación de estilos de vida en Polonia: generación y sexo”, en *Revista Historia y Fuente Oral*, vol. 2, núm. 12, Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 47- 70.
- Tarrés, María Luisa (1991), “Más allá de lo público y lo privado, reflexiones sobre la participación social y política de las mujeres de clase media en ciudad Satélite”, en Orlandina de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 197-218.
- (1992), “Introducción. La voluntad de ser”, en María Luisa Tarrés (comp.), *La voluntad de ser mujer en los años noventa*, México, El Colegio de México, pp. 21-46.
- Thompson Palmer, Edward (1997), *Historia Social y Antropología*, México, Instituto Mora.
- Thompson, Paul (1994), “La transmisión cultural entre generaciones”, en *Historia y Grafía*, núm. 3, México, UIA, pp. 201- 213.
- Tuñón, Julia, *Mujeres en México. Recordando una historia*, México, Conaculta, 1998.
- Tuñón Pablos, Esperanza (1992), *Mujeres que se organizan. El Frente Único Pro Derechos de la Mujer 1935-1938*, México, UNAM-Coordinación de Humanidades-Porrúa.
- Urbán Aguirre, José (1960), *Historia del estado de Morelos*, México, s/e.
- Van Young, Erick (1997), “Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas”, en Pedro Pérez Herrera (comp.), *Región e Historia en México (1700-1850)*, México, Instituto Mora, pp. 99-122.

- Varea F., Ma. de los Ángeles (s/f), *Mujer, educación y política en México*, s/l, s/e.
- Vaughan, Mary Kay (2001), “Insertando la categoría de género en el análisis de la historia de la educación en el siglo XX”, en Lucía Martínez Moctezuma (coord.), *La infancia y la cultura escrita*, México, Siglo XXI /UAEM, pp. 56-73.
- Vázquez, Josefina (1979), *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México.
- Vélez Tapia, Martha Patricia *et al* (2000), *El movimiento de mujeres a través de la publicaciones del CIDHAL*, Cuernavaca, Instituto Estatal de Documentación.
- Warman, Arturo (1978), *...Y venimos a contradecir, los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, México, Ediciones de la Casa Chata.
- Weiner, Annette (1976), “Trobiant Kinship From Another View: The Reproductive Power of Women and Men”, en *Man*, vol. 14, núm. 2, pp. 328-348.
- Wertsch, James V. (1988), *Vygotsky y la formación social de la mente. Cognición y desarrollo humano*, España, Paidós.
- Yurén Camarena, Ma. Teresa (1996), “Educación centrada en valores y dignidad humana”, en revista *Pedagogía*, tercera época, vol. 11, núm. 9, México, Universidad Pedagógica Nacional, pp. 16-23.
- (1995), *Eticidad, valores sociales y educación*, México, Universidad Pedagógica Nacional.
- (1987), *Mujer, educación informal y valores*, México, Universidad Pedagógica Nacional.
- Zaragoza, Juan Manuel (1998), “Relaciones de género en los gobiernos municipales de Morelos”, en Dalia Barrera Bassols y Alejandra Massolo (coords.), *Mujeres que gobiernan municipios: experiencias, aportes y retos*, México, El Colegio de México, pp. 83-89.
- y José Moisés Hernández Zamora (2004), “Cómo participamos en política las ONG’s de Morelos”, en M. Tapia Uribe y Morgan Quero (coords.), *Los rituales del cambio. Transformaciones del régimen y cultura política en Morelos*, México, CRIM-UNAM.

Archivos

Archivo Histórico de la SEP, *Misión cultural en el estado de Morelos*, informe del maestro Salvador López, 1933, caja 169, exp.11.

Archivo Histórico de la SEP, *Misión cultural en el estado de Morelos*, informe de la maestra Sara Valero de Marines, 1933, caja 166, exp.15.

Archivo Histórico de la SEP, *Dirección General de Educación Primaria en los Estados y Territorios*, Morelos, exp: 30 caja 13.

Archivo Histórico de la SEP, *Estadística escolar de Morelos*, referencia 184/exp.4/1944-1945.

Archivo Histórico del Estado de Morelos, *Programas de Gobierno*, exp.II/021/219.

Archivo Histórico del Estado de Morelos, *Ley General de Instrucción Pública*, 1922/exp. II/021/160.

Testimonios orales

Ana, entrevistas realizadas en abril de 1999 por Luz Marina Ibarra Uribe, en el domicilio del informante, Atlatlahucan, Mor.

Arturo Alarcón, entrevista realizada en marzo de 1999, por Luz Marina Ibarra Uribe, en el Café Oasis de Cuautla, Mor.

Cristina, entrevistas realizadas en abril de 1999, por Luz Marina Ibarra Uribe, en el domicilio del informante, Atlatlahucan, Mor.

Cristobalina, entrevista realizada el 6 de marzo de 2000, por Luz Marina Ibarra Uribe, en el domicilio del informante Atlatlahucan, Mor.

Laura, entrevista realizada en junio de 1999 por Luz Marina Ibarra Uribe en el domicilio de la informante, Cuautla, Mor.

Margarita, entrevista realizada el 27 de abril de 1999 por Luz Marina Ibarra Uribe, en la cafetería La Cibeles de Cuautla, Mor.

Nancy, entrevistas realizadas en abril de 1999 por Luz Marina Ibarra Uribe, en el domicilio del informante, Atlatlahucan, Mor.

Pilar, entrevista realizada en junio de 1999 por Luz Marina Ibarra Uribe en el domicilio de la informante, Cuautla, Mor.

Rosalba, entrevista realizada en abril de 1998 por Luz Marina Ibarra Uribe, el domicilio de la informante .Cuautla, Mor.

Rosario, entrevistas realizadas en abril de 1999 por Luz Marina Ibarra Uribe, en el domicilio del informante, Atlatlahucan, Mor.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTO	9
PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	25
Periodización	27
Estado de la cuestión	29
Referentes conceptuales	31
REGIÓN ORIENTE	37
Estudios regionales	42
Cautla	47
<i>Educación escolarizada</i>	59
Atlatlahucan	61
<i>Educación escolarizada</i>	68
MUJERES QUE SE EDUCAN Y PARTICIPAN	71
Educación escolarizada	72
Participación ciudadana	90
Mujer y participación, breve recorrido histórico	93
ABUELAS, MADRES Y NIETAS: CAMBIOS Y PERMANENCIAS	107
Cautla	108
<i>Educación en valores en la familia</i>	118

<i>Educación en valores en la escuela</i>	122
<i>Participación ciudadana</i>	125
Atlatlahucan	129
<i>Educación en valores en la familia</i>	144
<i>Educación en valores en la escuela</i>	152
Participación	155
FUERTES Y DECIDIDAS	161
Rosario García: presidenta municipal, militante, “progresista”, maestra, hija, esposa, madre y abuela	162
<i>En tiempos del presidente Lázaro Cárdenas</i>	163
<i>Maestra por imposición</i>	164
<i>“Bola de burros”</i>	166
<i>Nunca engañar, nunca robar</i>	169
<i>Cada oveja con su pareja</i>	172
<i>Rupturas</i>	173
<i>“Progresistas” vs. “tradicionalistas”</i>	175
<i>Lo derecho lo hace chueco y lo chueco derecho</i>	178
<i>El árbol de la paz</i>	180
<i>Recuento de una vida</i>	182
Pilar Reyes: militante, abogada, delegada, regidora, comerciante, hija, compañera, esposa, madre, divorciada y abuela	183
<i>Cuautla, mundo de recuerdos</i>	183
<i>Cada quien su vida</i>	184
<i>Vestiditos de popelina</i>	186
<i>Siempre inquieta</i>	187
<i>Sueños y realidades</i>	188
<i>La fiel acompañante</i>	191
<i>A la gente hay que apapacharla, atenderla y entenderla</i> ..	192
<i>Las nietas: Laura y Ana, historias paralelas</i>	196
RECAPITULACIÓN Y REFLEXIONES	
TRAS EL CAMINO ANDADO	205
BIBLIOGRAFÍA	215